# ÁGAPE



ANDREA M.G.

# ÁGAPE

Andrea M.G.

Copyright © 2023 Andrea M.G.
Todos los derechos reservados.

# Agradecimientos

A mi familia, que siempre ha estado para apoyarme (ya os diré las páginas que no quiero que leáis, luego leeréis y me moriré de vergüenza). A mis amigas y a mi hermana, cuyas aportaciones fueron vitales para darle forma a este libro. Y a la mujer de mi vida, quien me descubrió el amor verdadero y me ha hecho posible poder escribir sobre él, parte de este libro es tuyo.

# Contenido

Agradecimientos
PRIMERA PARTE
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
SEGUNDA PARTE
23
24
25
26
27

28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
Epílogo



¿Te gusta leer con música? No te pierdas la BSO del libro.

# PRIMERA PARTE

## De los mortales

# Prólogo

# Esclava de los espartiatas

Mi mañana siempre empezaba antes que la del resto de las personas que habitaban la casa, ya que, fuese cual fuese el dios que se veneraba en cada época del año, las fiestas no estaban diseñadas para alguien como yo y, por ello, me encargaba de varias tareas desde el amanecer. Mis dueños, debido a su origen espartano, se avergonzaban de mí y preferían no dejarme salir como al resto de esclavos, por lo que lo único que conocía de esos eventos era el lejano ruido del gentío, los regaños de mi señora a su marido, su hablar incongruente y ese fuerte olor a alcohol y vómito que desprendía este en invierno, cuando se llevaban a cabo las bacanales.

Por lo general, tampoco se me permitía preguntar sobre cualquier cosa que se relacionase con el exterior de la casa o, en el caso de recibir visitas, que estuviese presente en la misma habitación que mis señores y sus invitados. Era por eso por lo que tenía que levantarme y cumplir con mis deberes antes que nadie para no ser vista o molestar con mi presencia. Sin embargo, para alguien como yo, era la única forma de tener algo que comer al final del día y me conformaba a pesar de que era menos de lo que recibían los demás.

Ante todo, debía mantener el hogar encendido en honor a la diosa Hestia, ya que mis dueños creían que, si se apagaba, una gran tragedia caería sobre todos los habitantes del edificio, y desde bien pequeña me amenazaron con cortarme el cuello para apaciguar a la diosa si eso ocurría. A esa edad, era obvio que sus amenazas me asustaban, pero la cocinera desarrolló cierta simpatía por mí a pesar del asco que sentía en su voz cuando me hablaba y me dijo que Hestia era pacífica y la única forma de contentarla en un caso así era sacrificar a un cordero recién nacido, no a una niña.

Ese fue el primer y uno de los pocos conocimientos que adquirí de las costumbres de Salónica, ciudad en la que se suponía que habitaba. Al crecer, dejé de creer en los dioses y supe que, si el fuego se apagase, solo dejaría de dar calor, que Dionisio era una excusa para emborracharse y que, a pesar de lo que pensase, debía callarme si no quería que me azotasen. Esas eran las tres grandes verdades de mi vida.

Con cuidado de no chocar con nada y romper algo, lo cual era motivo suficiente para darme entre diez y treinta latigazos, mi otro deber era limpiar el patio central y el andrón. Según había oído, las mujeres no podían pasar a esa zona de la casa, al igual que a los hombres se les prohibía el gineceo, pero mi dueño prefería que los hombres trabajasen en sus tierras y esperarme allí como cada mañana.

Al abrir la puerta, fría y húmeda desde hacía años, pude percibir ese olor cargado que solo estaba presente cuando él estaba allí respirando el mismo aire varias horas. Busqué la ventana, la cual fue difícil de localizar para mí los primeros años en esa casa, y sentí su aliento en mi nuca, caliente y desagradable, además del tacto rugoso de sus manos en mis dedos. Eso solo podía significar una cosa.

— No abras la ventana… — dijo con una especie de ronroneo en la voz.

— Sí, mi señor.

Aparté mis manos de esta y me di la vuelta. Estaba frente a él y percibí el cambio en su respiración; ahora era más pesada y hacía un ligero gruñido cada vez que expulsaba el aire. Lo siguiente que hizo no era nada nuevo para mí y no me sorprendí cuando me acorraló entre él y la pared. Cuando cumplí los ocho años, no entendía qué era lo que pasaba, el porqué de sus actos, pero, cuando sentí un dolor agudo en mi entrepierna y su posterior suspiro aliviado y satisfecho, entendí que no era algo bueno cuando me dejó en aquel lugar tirada con la sensación de haberme hecho sentir asco de mí misma.

Esa mañana buscaba lo mismo y era por eso por lo que se me permitía la entrada al andrón específicamente a esas horas: para complacer a mi amo sin ningún tipo de queja o, en su defecto, que mi ama no se enterase de ello. El castigo, si lo descubría, sería la pena de muerte para mí, no por costumbre tesalónica, sino por su propio capricho.

Sentí sus ásperas manos en mi piel, intentando arrancar mis harapos de esclava, pero no lo hizo, pues nunca se me proveía de ropa hasta que esta no era más que simples tiras mugrosas o, cuando era pequeña, se me quedaban realmente estrechas. Noté las telas deslizarse hasta hacer un ruido leve a la vez que seco en el suelo.

Mi señor llevó mis manos a su entrepierna y, ante el contacto, suspiró pesadamente y con un gruñido que solo una bestia suelta al ver a su presa. Se acercaba el momento. Me empujó contra una mesa de madera que ya estaba bastante desgastada, porque, probablemente, tenía muchos más años que mi amo y perteneció a su padre, el cual se fue con Hades unos cinco años atrás. No tenía noción del tiempo en aquel lugar; los días se sucedían igual uno detrás de otro. Noté sus manos en mis caderas, apretándome fuerte para asegurarse de que no escapaba y, con la misma brusquedad que sentía cada vez que hacía eso, comenzó a buscar el alivio que ya no encontraba en su esposa.

¿Cuánto habría pasado ya? ¿Cinco, diez minutos? No era capaz de medirlo con él a mi espalda, aunque, por otra parte, ya estaba acostumbrada, por lo que no era tan terrible como las primeras veces. Al final, tomó aquel acto tan desagradable como una rutina. No tardé en sentir cómo se alejaba y percibí un líquido recorrerme la espalda. Advertí cómo se inclinaba sobre mí, cansado, con la respiración irregular y el cuerpo pesado. Era entonces cuando sabía que, al menos por ese día, ya había acabado todo.

— Tú. Vístete y limpia todo este desastre. Y deja de llorar, al menos tendrías que estar agradecida de que alguien te folle, bestia inmunda. Y rapidito, que no tengo todo el día. — Oí cómo se colocaba la ropa mientras permanecí de espaldas a él, sin poder moverme.

— Sí, señor.

— ¿Y qué más tienes que decir? Recuerda que lo hago de forma que no te quedes preñada. Soy muy considerado contigo.

— Gracias, señor — respondí temblando, él cerró la puerta.

Me dejé caer al suelo, sin fuerza en las piernas y con un dolor punzante en el vientre, como cada vez que eso ocurría. Abracé mi cuerpo, muerta de asco y vergüenza y, notando el frío de la piedra, dejé que calmara mi cuerpo y temperamento. Quería desaparecer de aquel lugar y no sabía por qué no era capaz de decírselo a mi señora para que me matase y dejase de sufrir de

una vez por todas. Quizás era demasiado cobarde como para hacerlo, o demasiado tonta, como ellos mismos me recordaban todos los días. Sin embargo, siendo como era, quizás lo que me había tocado vivir era la mayor suerte a la que podía aspirar.

Mientras pensaba en ello, recuperé el control sobre mi cuerpo y, a pesar del dolor y sentir cómo unas gotas de olor metálico recorrían mis piernas con cada paso que daba, las ignoré y seguí con mis quehaceres. De todas formas, sabía por experiencia que aquello no me mataría. No me iba a desangrar. Comprendía por qué mis señores solo habían tenido un hijo que, unos meses atrás, había partido con el ejército.

Salí cuanto antes de ese lugar. Me encargué de nuevo del hogar, ya que siempre debía estar encendido, incluso si me tenía que levantar varias veces de madrugada, y limpié el patio central. Por suerte, no tenía que encargarme nunca del gineceo, debido a que mi ama no me quería cerca y, por ello, otra esclava se encargaba de ello.

De ella solo conocía su forma de caminar, pues aprovechaba para deambular por la casa cuando yo estaba acostada por las noches y todo estaba en silencio. Tenía terminantemente prohibido acercarse a mí, hablar conmigo o siquiera estar en la misma habitación que yo. Por ello, aparte de las veces que la cocinera se saltaba las normas o que mis amos me ordenaban algo, nunca tenía compañía, a excepción de un ser al que no parecía importarle cómo fuese mientras le diera de comer. Argos, el perro guardián del ganado, siempre me buscaba a horas concretas del día y siempre me ladraba para avisar de que era su momento de comer.

Salí con los restos de la cena, pues era lo que se le servía al perro, y por un momento sentí envidia de él. Comía mejor que yo y lo trataban mucho mejor que a mí, pues debía estar fuerte y bien cuidado para controlar a los bueyes y alejar a los ladrones. Lamió mis manos en señal de desesperación y dejé el plato en el suelo. Con respecto a él, tenía la orden de sentarme a su lado y esperar a que comiese en mi presencia mientras yo moría de hambre hasta llegar la noche.

A pesar de que hacía todo lo posible por no prestarle atención, no podía ignorar el ruido que hacía al masticar o el olor que desprendía la comida. Ojalá me hubiesen dejado morir en aquel bosque, hubiese sido mucho menos cruel. ¿Por qué se molestaban siquiera en hacerme sentir como si no fuese nada? ¿No era demasiada molestia para tomarse con alguien como yo? Llegué a la conclusión de que, simplemente, eran crueles con los que no eran como ellos.

Pensé en eso hasta que me quedé dormida encogida sobre mí misma, sentada al lado de la comida del perro. Me sentía demasiado débil en esos momentos, pero pronto me arrepentí de haberme dado un descanso. Mi ama me encontró allí y, sin que me hubiese dado cuenta de que venía, me despertó de un buen golpe en la espalda. Aturdida, me levantó a rastras de aquel lugar y me llevó a las tierras de cultivo. El sol hacía que me picase la piel, pero, sabiendo lo que venía, era lo más agradable que iba a sentir. Ató mis muñecas con una cuerda, alzó mis brazos e hizo un nudo en un poste para asegurar que no escapaba.

— ¡Acercaos todos! — dijo mi ama al resto de esclavos—. Ya sabéis cuál es la pena por holgazanería y esta bestia ha osado dormir en horas de trabajo. La cuido y ella cree que puede tener privilegios solo por ser distinta. Estás muy equivocada, esclava — me susurró al oído—. ¡Filippós! — gritó—. ¿Qué castigo merece? — Por suerte, le había preguntado a él, que era el

más indulgente.

— Diez azotes, mi señora. — Su voz era firme y, por su timbre, supe que me apoyaba.

— ¿Seguro? Estás a tiempo de retractarte. Sabes que diez es lo mínimo.

— Su falta no es grave, mi señora. No ha roto nada ni robado. Para una holgazana, diez son suficientes para escarmentar.

— Tu sabiduría a pesar de ser un esclavo me abruma, Filippós — respondió claramente complacida por la respuesta—. Que sean diez — dijo con una extraña satisfacción en la voz, y supe de mano de quién los iba a recibir—. ¡Arsen! — De nuevo, pude sentir el odio que emanaba, pero… ¿por qué me detestaba tanto?

Sus pisadas, fuertes, lentas y tediosas nos decían a todos los presentes que no estaba dispuesto a hacerlo pero que, al ser esclavo, no podía negarse. Desde que yo era muy pequeña, los azotes los había recibido por parte de él, pero jamás habíamos cruzado unas palabras que no fuesen un «lo siento» culpable y susurrado por su parte. Por la mía, supe en mi propia piel por qué su nombre significaba «fuerte» y por qué era él en especial quien me castigaba. De vez en cuando, se escuchaban azotes en el campo desde dentro de la casa y los gritos de los esclavos, probablemente porque estaban cansados. Sin embargo, Arsen no era quien los propiciaba, sino el que normalmente los recibía cuando quería defender a sus compañeros. Eso, por tanto, era un castigo para ambos, pues no podía recibirlos por mí.

Se situó en mi espalda y oí cómo agarraba el látigo con fuerza entre sus manos, pues hizo un ruido muy característico al ser tensado, y no tardé en recibir el primer golpe. Ese siempre era el peor. Apreté los dientes, dispuesta a no gritar y darle esa satisfacción a mi ama. Ella siempre reía cuando sabía que moría de dolor, pero en ese momento no me apetecía que me viese así.

Tomé aire profundamente y volví a poner los pies firmes sobre la tierra, agarré bien las cuerdas que me ataban y esperé el segundo. Ese siempre me daba en el mismo sitio, por lo que noté rápidamente cómo se me abría la carne. Sin embargo, no podía culpar a Arsen, pues era consciente de que no me daba tan fuerte como podía. Todos en aquella casa sabíamos que era capaz de levantar más sacos de trigo que nadie y eso no se correspondía a lo que mi propio cuerpo recibía en ese momento.

Al séptimo latigazo, no pude contenerme más y di el primer grito. Oí a mi ama reír, triunfante, y a los esclavos respirar hondo para poder soportar el espectáculo. Mi carne ya estaba completamente desgarrada y el cuero retorcido no golpeaba mi piel, sino mis músculos. Cuando mi cuerpo perdió toda su fuerza y colgaba de las cuerdas, todo acabó.

— Pasarás aquí el resto del día — dijo cuando estaba a punto de desmayarme—. Ellos te mirarán mientras trabajan. ¡Y a quien se le ocurra acercarse antes de que yo lo diga, lo pagará! ¡A trabajar!

Y así, con mi espalda sangrante, dolorida y humillada, perdí la consciencia hasta que, horas después, cuando hacía frío, noté que alguien me desataba y me cargaba a sus espaldas. A juzgar por su envergadura, no era una mujer, pero no pensé mucho en ello porque sentía mucho sueño. Apenas notaba los pasos que daba o el contacto de su espalda. Era solo como si flotase en una nube y, por una vez en esa casa, me sintiese protegida y en calma, sensación que no duró

mucho cuando oí esa voz diciéndome algo distinto a lo que estaba acostumbrada.

— Niña, no sé qué le habrás hecho a la señora, pero a veces me da la sensación de que quiere matarte.

— No son… imaginaciones mías — respondí algo atontada, intentando despertarme.

— Claro que no, todos lo vemos dentro y fuera de la casa. El otro día fue Filippós el que se quedó dormido. Solo le negó las comidas del día. A ti casi te mata hoy.

— Espera… — dije algo intrigada—. ¿Tenéis más de una?

— Sí, dos contundentes para trabajar en el campo y una de recompensa si hemos rendido bien.

— Yo solo tengo una al final del día con un vaso de agua, y no se puede decir que sea contundente. Hace que le dé al perro de comer cosas que no son ni restos para castigarme por algo que no entiendo. Los restos me los como yo. Si no hay, tampoco tengo comida.

— Niña… sabía que comías poco porque estás en los huesos, pero… ¿hasta ese extremo? — Abrió la puerta y esta crujió un poco, me estaba llevando a mis mantas.

— Sí… Sabía que vosotros recibíais más por el esfuerzo físico, pero no tanto…

— ¿Tanto? Sin contar la comida extra, la otra esclava de la casa come las mismas veces al día que nosotros. Solo tú subsistes así aquí.

— No sé quién es la otra, nunca me dejan estar con ella o siquiera hablar. Ella también tiene órdenes explícitas de no acercarse a mí.

— Te lo digo sinceramente, niña. Aquí no vas a vivir mucho.

— Mírame, esto es todo lo que tengo y lo mejor a lo que puedo aspirar. Para alguien como yo, vivir mucho no es un regalo, es una maldición. En cierta forma le agradezco que me ayude a terminar con todo. La ama es buena.

— Te equivocas. — Me dejó en el suelo sobre mis mantas—. Espero que recapacites antes de que te mate a latigazos o de hambre.

Con esas pisadas tan características a la vez que ligeras para ser él, pronto me quedé sola y, como supuse, no tenía nada de sobras cerca para esa noche, por lo que tendría que esperar a la siguiente. Intentando reservar fuerzas, me acosté con la espalda descubierta debido al dolor e intenté dormir algo. En el silencio de la noche, escuché las pisadas de la otra esclava.

Venía hacia mí, pero no quería que me castigaran más, por lo que me hice la dormida y, si pasaba algo, no sería mi culpa. El sonido del agua al ser escurrida pronto inundó mis sentidos y, tras escuchar atentamente cómo se situaba detrás de mí, noté una ligera punzada en la carne lacerada. Estaba sanándome. Durante todo el proceso, apreté los dientes y aguanté el dolor, cosa que no fue tan sencilla hacer cuando me cosió las heridas con una aguja caliente e hilo.

Ambas éramos conscientes de lo mucho que se arriesgaba con eso así que, tras poner en el suelo algo que olía muy bien, se fue con el mismo sigilo que vino. Entonces, supe que tenía a una amiga dentro de la casa y que, gracias a ella, tenía una cena decente esa noche, pues era la

primera vez que probaba una zanahoria. Si algún día se diese la ocasión, le daría las gracias. Cuando cerré los ojos, pensé en que quedaba un día menos para morir.

# 1

# Pisadas pesadas

Durante varias semanas, mi rutina de trabajo continuó mientras sanaban mis heridas. Los primeros días fueron los peores, pero me consolaba saber que, mientras a mi amo le pareciese repulsivo ver mi carne desgarrada curarse, no iba a tocarme. La piel me tiraba debido a la improvisada intervención que hizo la otra esclava sobre ella, pero sabía que era mucho mejor que tener las heridas abiertas y morir de una infección, por lo que no me quejaba.

Ella, durante esas semanas, se escabullía todas las noches del gineceo para limpiarlas y tratarlas, además de cederme algo de comida. Sin embargo, nunca me hablaba, yo nunca hacía que se diese cuenta de que estaba despierta y nunca oía nada que no fuesen sus pasos. Por otro lado, sabía que aquello no era bondad o altruismo, pues la energía que desprendía al llevar a cabo tales acciones y el suspiro satisfecho que soltaba al terminar e irse me hicieron comprender que lo hacía por sí misma, por sentirse bien y redimida ante los dioses y el resto de los esclavos, y ya no sentía ganas de agradecerle sus cuidados. El egoísmo también había tocado su corazón.

Por otro lado, debía admitir que, por ella, no había muerto por mis heridas y estas habían sanado más rápido que otras veces en las que fui azotada, lo cual tampoco me hacía un favor real. Por alguna broma del destino, los dioses me hicieron diferente y, cuanto más deseaba que mi ciclo llegase a su fin, más días de vida me concedían ellos. Era algo muy irónico sabiendo que, con toda probabilidad, había gente en el exterior que deseaba vivir con todas sus fuerzas y, por el contrario, la enfermedad o la guerra se los llevaba.

Aunque ese no era el peor castigo que se me podía dar pues, con mi cuerpo cicatrizado a pesar de que eran marcas frescas, la costumbre que mi amo tenía de acorralarme y someterme a su virilidad había vuelto. Sin embargo, hacía mucho tiempo que no me quejaba y no me daba asco a mí misma, sino que, simplemente, ocupaba mi mente en otros pensamientos, en imaginar cómo olería una flor recién cortada, cómo se sentiría la brisa del campo en mi cara o el tacto que tendría un templo de mármol, pero eso era algo que no estaba a mi alcance.

Dentro de esa casa, todo lo que podía tocar era paja o madera, no había brisas porque casi siempre estaba encerrada y probablemente no sabría identificar una flor ni aunque me la pusieran delante. A mi ama no le gustaban las plantas, por lo que yo jamás me había cruzado con una incluso estando al lado de un campo de cultivo y, por descontado, nunca había cuidado de una. Sabía que necesitaban agua, pero eso lo había oído de los otros esclavos cuando era pequeña, un día que me ataron para azotarme por caérseme un plato. Por ello, totalmente recuperada, sabía que aquello no era fortuna y que lo que tenía era el hades en vida. No necesitaba morir para saber lo que era el inframundo.

Esa mañana, como me había ordenado mi ama, empecé a limpiar el establo de los bueyes y, poco a poco, a darles de comer hasta que estuviesen satisfechos. Eran bestias magníficas, muy tranquilas y nobles, además de las mejores trabajadoras de aquella casa, pues poseían la fuerza de diez Arsen, lo cual no era poco. Al tacto, sus musculaturas eran muy poderosas y sabía que, si quisieran, podrían ser libres sin ningún esfuerzo, pero, a juzgar por sus actitudes, estaban a gusto en esa casa.

De repente, me pareció cruel que incluso los animales tuvieran mejor sustento que yo, no porque fuesen animales, sino porque me di cuenta de que la única prescindible era yo, la más inútil, y por eso no se molestaban en darme lo mismo que al resto. Era duro confirmar lo que sospechaba, lo que siempre había sabido pero que, al ver la actitud de mis amos hacia mí, se convertía en una realidad porque no solo estaba en mi cabeza. Era completamente remplazable y mejorable.

No era una tarea fácil limpiar la paja del establo pues, a pesar de que las bestias eran nobles, no lo era el olor que desprendían sus deshechos mezclados con el seco material, lo cual me producía asco y, al mismo tiempo, una pequeña desorientación debido al fuerte aroma que se había creado en aquel lugar cerrado. Por otro lado, la sombra que el techo propiciaba a sus habitantes hacía que aquel verano no fuese tan insoportable, al menos en comparación con atarme al sol durante todo el día.

A pesar de todo, me sentía inquieta. Era solo un presentimiento, pero no podía estar tranquila. Mi corazón se aceleró sin motivo alguno, como cuando los pájaros dejaban de cantar antes de que pudiese escuchar caer las primeras gotas de lluvia porque, al igual que yo en ese momento, sabían que algo iba a pasar. Sentí los latidos en mi garganta cuando, tras de mí, escuché las mismas pisadas que siempre me atormentaban, esta vez partiendo las pequeñas ramitas secas de paja que todavía no había quitado de en medio. No me di la vuelta. Si me hacía la tonta a lo mejor se iría, o al menos todo pasaría más rápido.

Pronto supe que no me ignoraría, pues sus manos ásperas y grandes ya exploraban bajo mis harapos todas mis virtudes — o desgracias, pues ser mujer y esclava era uno de los peores cometidos que los dioses me podrían haber designado—. No tardé en sentirlo a él, fuerte, desagradable, ronco y excitado haciendo lo que quería conmigo, tanto porque no me podía negar como porque me sentía especialmente débil, con un único pensamiento en mente: morir. Debía de ser agradable…

Me tiró al suelo, como si valiese menos que la ropa que yo misma le recogía y lavaba, y levantó la parte imprescindible de mi toga para satisfacerse. Pensé que ese contacto seco y hosco era lo único que era familiar para mí y solo me quedó una cosa; llorar. De rabia, de impotencia, de asco y desesperación. Llorar más de lo que lo había hecho en toda mi vida porque, más que nunca, sentí cómo me había roto por dentro, cómo esa pequeña esperanza de que todo cambiase, mejorase, o de que al menos él muriera y me dejase vivir un poco más tranquila los pocos años que me quedaban, se había esfumado. Definitivamente, ya no quedaban más años para mí. Era momento de ponerle fin a tan miserable vida.

# 2

# Sentencia de Tánatos

Eso eran… ¿pisadas? Sí, partiendo las ramas secas, pero no sonaban cerca. A pesar de que los latidos de mi corazón se agolpaban en mis oídos, al igual que el sonido de la carne de mi amo chocando con la propia, podía oírlas. Lejanas, ligeras y poco acostumbradas a esa zona de la casa. Las reconocería en cualquier parte, llevaba oyéndolas años.

— Arsen, — Apenas era un murmullo su voz—, quiero a esa bestia desarrapada muerta esta noche. — Sonó un poco más cerca—. Se arrepentirá de haber mancillado el honor de esta *oikós*.

— Sí, mi señora.

Por fin, mi vida iba a llegar a su término a manos de mi, por primera vez querida, ama. Por una vez, su castigo iba a ser una bendición de los dioses. Pronto, Hades decidiría a qué infierno mandarme, aunque, habiendo vivido una vida sin pena ni gloria, probablemente tendría el placer de saber cómo eran los Campos de Asfódelos. No era un final tan malo para alguien como yo, después de todo.

Era mucho peor ser un alma en pena. O mucho mejor que sentir a mi amo, por primera vez en toda mi vida, humedeciendo mi interior. Era desagradable. Pensé que, de haber sido de otra forma, quizás de haberlo amado, no me habría resultado tan repulsivo tener ese tipo de relación con él. Ahogó un gemido en la base de su garganta, se despegó de mí y me dejó tirada en el suelo.

— No me ha dado tiempo — gruñó para sí mismo—. Si te preñas, tendré que deshacerme de ti.

— Gracias, mi señor.

— Buena chica. — Soltó una risa—. Más te vale procurar que eso no ocurra. Y limpia este establo, está hecho una pocilga.

— Sí, mi señor — respondí con un extraño alivio en mi espíritu sabiendo que me quedaba poco tiempo en la tierra de los mortales.

Una vez empezaron a alejarse sus pisadas de mí, comencé a sonreír por primera vez desde que llegué a aquella *oikós*, pues todo lo que podía recordar desde que tenía memoria era haber vivido como lo había hecho hasta ese momento. Pero ya todo se había acabado. El frío comenzaba a erizar mi piel y, a lo lejos, escuchaba al resto de esclavos recogiendo los arados y conducir a los bueyes hasta mí para resguardarlos de la noche. Aquello que tanto ansiaba estaba muy cerca, solo me hacía falta ser un poco más paciente o que, por otro lado, Arsen no se diese cuenta de que había escuchado a nuestra señora.

De repente, pensar en él me hizo reflexionar sobre algunas cuestiones con respecto a su persona. Normalmente, se dedicaba a protegernos, pues nos consideraba sus iguales y no quería caer en la desgracia en la que vivían mis amos. No era la primera vez que le había oído decir eso mientras estaba atada al sol en medio del campo, castigada, y sabía que tampoco era solo

palabrería, pues en más de una ocasión había recibido azotes por desatarme y darme un poco de agua.

De la misma forma, sabía que mis amos eran conscientes de su instinto paternal hacia los esclavos, lo cual no era de extrañar, pues a muchos de nosotros nos vio crecer. Siendo así, ¿por qué le encomendaban a él la tarea de matarme? Y más importante aún, ¿cómo lo haría? Comprendería que fuese egoísta, que acabase rápido conmigo independientemente del dolor que yo sintiese para que su sufrimiento fuese mínimo.

¿Usaría la fuerza bruta?

Era perfectamente consciente de que, con mi cuerpo y su musculatura, sería más que capaz de romper mis huesos si me apretase lo más mínimo. Después de todo, él era el hombre más fornido y yo, casi con toda seguridad, la más débil y desnutrida. Pero eso no iba con Arsen; verme sufrir hasta la muerte no era algo que pudiese soportar. Lo había sentido en otras ocasiones, una punzada eléctrica que atravesaba mi cabeza cada vez que lo oía suspirar cuando me azotaban. No, no sería capaz de completar tan ardua tarea mediante la fuerza bruta.

¿Me dejaría en medio de un bosque?

Desde que yo recordaba, no había estado fuera de esa casa jamás. Si me abandonase en un lugar así, había una probabilidad más que alta de que no sobreviviese más de una semana, si es que antes no me atacaba una bestia y me convertía en su aperitivo, o tropezaba en algún lugar y me rompía el cuello en la caída. Por otro lado, había una pequeña posibilidad de poder salir con vida y era más que consciente de que mi ama no quería que eso ocurriese y que, probablemente, querría corroborar que estaba muerta cuando todo acabase. Ver mi cuerpo.

¿Veneno en la comida?

Si, eso era lo más acertado. Sin posibilidad de sobrevivir y sin que Arsen tuviera que presenciarlo después de actuar. Si me dieran a elegir, esa sería mi muerte ideal: rápida, limpia y sin demasiado drama ni complicación. Después de todo, cualquier cosa era mejor que seguir experimentando ese infierno en vida.

Entré en la casa a tientas, rezando porque mis amos no se hubiesen despertado y me hubiesen escuchado, ya que lo que menos quería en mí era una última paliza antes de coger de la mano a Hades. Zeus sabía que no era la primera vez que me pasaba, en especial cuando era pequeña, pues siempre me estaba tropezando. Mi ama siempre decía que era muy torpe y, en una ocasión, me dejó atada fuera varios días para que no rompiese nada.

Solo pude soltar un suspiro ante ese recuerdo porque, incluso estando sola, asustada, en silencio y muriendo de frío, fueron los días más felices de mi vida. Noté una lágrima recorrer mi mejilla y pronto me di cuenta de que para nada había sido una vida satisfactoria, memorable o al menos algo destacable. Nadie me recordaría, nadie me echaría de menos y nadie me pondría un nombre. Sería una muerte anónima, pero al menos no solitaria.

Una vez acostada en mis mantas, no tardé en oír unas pisadas que, a pesar de ser ligeras esa vez, eran inconfundiblemente de un hombre alto y robusto. Sonreí, Tánatos venía a por mí y yo, como muy poca gente haría, lo recibí con gusto. Nada podía ser peor que mi vida, daba igual lo que llegase después. Se agachó a mi lado, podía sentir el aire moverse ante su corpulencia, su

respiración en mi oreja y el latido de su corazón. Estaba nervioso. Su mano, áspera y fuerte, agarró mi hombro, probablemente hasta llegar al cuello. Al final, había elegido ahogarme.

— Eh, despierta, — Me zarandeó, pero ¿qué…? —. Despierta — susurró apresurado—. Sé que no duermes, ¿cómo vas a poder sabiendo lo que sabes?

— Solo espero — le respondí en el mismo tono.

— Y te rindes, así, sin más.

— Mírame, no me queda más remedio. Siendo lo que soy jamás podré vivir tranquila.

— Donde te voy a mandar, sí que puede ser posible. — Oí el leve tintineo de unas monedas—. Estos son mis ahorros para liberto. A ti nunca te dejarán serlo, ni siquiera te dan dinero para saldar tu deuda. Pero con esto te puedes ir muy lejos, tan lejos que jamás te encuentren.

— ¿Y tú? ¿Qué hay de ti? Esto es toda una vida de esfuerzo, Arsen.

— Ya he dado la libertad a otros antes de que llegases. Siento que mi propósito en la vida es acabar con la esclavitud tanto como esté en mi mano hacerlo. A mí me dan el dinero de dos hombres y trabajo como tres. Quédatelo, muchacha. Vive por primera vez. Y ahora, deja que te coja y no te muevas. Ni respires, ¿entiendes? — asentí.

Entonces, sentí cómo me alzaba y me cargaba sobre su hombro. Para él, yo era como un saco de grano, e incluso podría jurar por Deméter que hasta eso le pesaba más. Andaba ágil y, a juzgar por las veces que giró mientras caminaba, se dirigía al gineceo. Estaba asustada, pero no lo cuestioné porque sabía que fue honesto cuando me contó su propósito, lo sentí en el timbre apremiante de su voz. El chirrido de la puerta, el cual había escuchado desde bien joven, me dijo dónde estábamos exactamente. ¿Para qué ninfas me había llevado allí si su propósito era sacarme de la casa?

— Está hecho, mi señora. Ahora es solo un peso muerto.

— Siempre lo ha sido. — La oí cerca de mí—. Era una inútil… — Me agarró del pelo y tiró de mí fuertemente hacia arriba. Dolía, pero no hice el más mínimo movimiento—. La muy zorra… ¿acaso querías un trato especial follándote a tu amo? — Ella jamás hablaba así, estaba cabreada—. Llévatela bien lejos y vuelve aquí en una hora. Tengo planes para ti cuando vuelvas. — Soltó una ligera carcajada perversa.

Volvimos a ponernos en camino, esa vez alejándonos de todo lo que había supuesto mi infancia, mi vida, mi tormento y mi infierno. Por primera vez, pensaba en lo que iba a ser vivir en un mundo abierto y me asusté. ¿Cómo se suponía que iba a existir fuera si yo era la clase de persona que no estaba bien vista? Entonces, mi alivio por seguir viva se esfumó. Al parecer, lo que Arsen tenía planeado para mí era una muerte lenta y dolorosa provocada por el hambre, la intemperie y las personas.

— Muy bien, muchacha. — Me bajó y me colocó la ropa—. A partir de ahora, — Me puso una especie de gorro, me tapó la cara—, te irás con una persona en la que yo confío mucho. Pero vas a hacer lo siguiente: no alces la cabeza, apenas hables con nadie que no sea él y, sobre todo, cuando te pidan dinero da solo una moneda de este saco. Una moneda es más que suficiente para

comprar pan y una ración de comida. Si te ven, si descubren lo que eres, estás acabada. Así que sé discreta, ¿me has entendido? — Asentí en silencio—. Vale, pues hoy, — Me alzó y me montó en un carro—, comienza tu viaje a Tracia.

# 3

# Dracmas de metal y piedra

El sonido era exactamente el mismo: grillos cantando entre las hojas movidas por el viento del bosque. Sin embargo, no sonaba igual. No era como si aquello pudiera tener matices, pues había cosas que eran irremediablemente inmutables. Era la sensación, más bien, aquella que estaba en el aire que hacía cantar a los árboles. Era puro, libre y sin un cargado olor a leña del hogar, sin perfumes de mi ama, el sudor de mi amo o la comida que nunca podía tocar.

¿Sería ese el sonido de la libertad? ¿Así olía la tranquilidad? Por primera vez en toda mi vida, sentí lo que otros esclavos llamaban «alivio». Supuse que significaba algo parecido a «estar tranquilo», puesto que los hombres solían usar esas palabras cuando las lluvias no arruinaban la cosecha.

Por otro lado, hacía algo de frío a pesar de la capa que Arsen me había dado, lo que no era extraño pues, a pesar de ella, por debajo solo llevaba unos finos harapos. Pero, al contrario que en mis largas noches de castigo, no era para tanto, puesto que me podía abrigar y mover. Podía… hacer cuanto me placiese. Ya no había órdenes ni castigos, solo era yo, viviendo por primera vez la vida de una esclava libre. Cuando pensaba en ello, apenas podía creérmelo. Esperaba que no fuese un buen sueño y debiese despertar, porque eso destruiría por completo mi mente y, si es que la tuviera, la poca esperanza que me quedaba. No quería conocer el sabor de la libertad si me lo iban a arrebatar.

Me pellizqué la piel. No, no era un sueño, aquello era muy real y estaba pasando. Estaba tapada, subida en una carreta con un desconocido que me llevaba a Tracia, viva y respirando. ¿Cómo no se había dado cuenta mi ama de que no había muerto? ¿Tanto confiaba en Arsen o es que odiaba tanto mirarme que ni siquiera le importó si lo estaba? Realmente me daba igual, mi intención no era, ni mucho menos, volver a casa. Aún no sabía de qué forma, pero pensaba vivir los años que me quedasen de la forma más digna posible y si, con suerte, alguien quería darme trabajo a pesar de lo que era, me convertiría en una persona feliz.

De repente, el carro paró y, corroborando lo que supuse, no viajaríamos más por esa noche. Hicimos el recorrido más largo que la luz nocturna permitió al amigo de Arsen. Lo poco que sabía de él, puesto que no era muy hablador, era que se llamaba Diceópolis, que antaño fue un esclavo que acabó siendo liberado por Arsen y que tenía una mujer y una hija, las cuales también viajaban con nosotros. Ninguna de las dos me dirigía la palabra, pero no me extrañaba ni me molestaba, puesto que me pasaba desde pequeña.

Cuando los grillos dejaron de cantar y comenzaron a hacerlo los pájaros, supe sin haber despertado del todo que era de día. No había bullicio ni se escuchaban voces, por lo que supe con toda certeza que, incluso estando dentro del bosque, no había una población cerca. Oí unas pisadas ligeras y rápidas dirigirse hacia el árbol en el que me había recostado, cada vez más cerca hasta que, cuando las percibí claramente, pararon. La hija de Diceópolis estaba allí, delante de mí, esperando a que me espabilase.

— Papá dice que es hora de ponerse en marcha. Está recogiendo nuestras mantas y yo ya le he dado de comer al burro. ¿Seguirás viajando con nosotros?

— ¿Cuánto tiempo queda hasta llegar a Tracia? Arsen dijo que allí estaría a salvo, que no me buscarían.

— Cogeremos un atajo, un paso por el río Nestos. Llegaremos sobre el mediodía. A partir de allí sólo nos quedaría un día de camino incluso parándonos a descansar cuando caiga el sol.

— Está bien… gracias. — Hice una mueca de sonrisa, aunque no sabía si lo hice bien.

— No hay de qué. ¿Quieres comer?

— ¿P-puedo? — pregunté dudosa.

— Claro que puedes. Papá me contó sus años de esclavo en esa casa, esos amos son lo peor que te podría tocar en suerte dado que no todos son así. A partir de ahora puedes hacer cuanto te plazca porque has sido liberada, sin pedir permiso. — Oí sus pisadas cuando se dio la vuelta, dispuesta a irse—. Y harías bien en levantar la cabeza, ya no tienes que agacharla ante nadie.

Me levanté y fui con ella a la zona donde la familia había acampado. Sabía que todo lo que ella me decía era cierto, que me tenía que comportar de ciertas formas ahora que no debía servidumbre a nadie, pero no era tan sencillo saberlo como llevarlo a cabo. Me enfrentaba a toda una vida de sumisión y de acometer órdenes sin tener un juicio de si era correcto, perverso, saludable o siquiera moral. Durante toda una vida me había sometido a los designios de los dioses y, sobre todo, de mis amos, esperando que la enfermedad o la muerte me llevasen. El hecho de ser liberta jamás había formado parte de mis planes y, por tanto, nunca me había imaginado en semejante situación.

No, no era nada fácil.

Partimos cuando el sol más quemaba la piel, aunque aquellos mercaderes estaban bien preparados para un largo viaje, puesto que pararon y, con unas mantas, crearon un techo improvisado para hacer sombra en las peores horas. Inexplicablemente, me sentía con energía y vitalidad, y no tardé en comprender que era porque llevaba dos comidas seguidas en mi estómago. Era increíble lo que algo tan simple podía hacer, pero me paré a pensar que era más increíble que, tras dieciocho años habiendo habitado el mundo de los vivos, era la primera vez que tenía esa sensación, la primera vez que no me sentía desfallecer trabajando o mi estómago no dolía al rugir.

Tampoco tenía noción del tiempo. El viaje era siempre en línea recta, con los mismos sonidos, el mismo viento y el mismo intervalo de frío y calor que proporcionaban las sombras. Al menos hasta que el agua empezó a correr rápida y formando un gran bullicio. Apenas nos escuchábamos hablar entre nosotros. Habíamos llegado al río más tarde de lo que la chica me había dicho y, a pesar de ello, todavía era de día.

Sobre esa hora al día siguiente, comenzaría mi vida. Pero, por el momento, el carro era bastante inestable pasando por el puente debido a las largas separaciones que había entre maderos, por lo cual paramos unos minutos para redistribuir la carga. Una vez reanudamos el viaje, apenas se notaba esa inestabilidad a nuestro paso, por lo que continuamos sin mayores complicaciones.

Poco después, el camino volvió a ser de tierra, así que volvimos a cambiar de sitio la mercancía de tal forma que el carro no volcara con las piedras más grandes y pasamos el resto del día viajando. El silencio reinaba en casi todo momento y solo era opacado por algún que otro comentario entre madre e hija. Por mi parte, la temperatura y la sensación de tener el estómago lleno me producía una especie de somnolencia bastante agradable.

Por primera vez, supe lo que era descansar una tarde tomando el aire. Reflexioné en aquellas pocas veces en las que pensé en el exterior. Era algo que me había aterrorizado desde muy pequeña tanto por las historias que me contaban para que no saliese como por mi propio desconocimiento. Me di cuenta de que aquello a lo que tanto temía no era ni la sombra de lo que yo creía que era.

El exterior era maravilloso. La libertad lo era.

Preocuparme por cómo ganarme la vida, qué hacer para comer o siquiera por cómo iba a salir adelante a pesar de todo no me suponía una angustia allí, en ese preciso instante. Todos mis sentidos se apagaron a pesar de permanecer despierta y solo quedaron unos sonidos huecos provenientes del exterior y mi respiración y latidos en el interior. Ambos se ralentizaban poco a poco hasta ser un simple murmullo y jamás podría haber sabido durante cuánto tiempo estuve en ese estado.

La voz de Diceópolis me trajo de vuelta de esa nada al día siguiente. El carro había parado y, proveniente de todas direcciones, varias voces se agolpaban en mis oídos, no solo de personas, sino también de bestias grandes y pequeñas. Sin duda, ya estábamos en la ciudad de Tracia.

— Aquí acaba nuestro viaje compartido, joven. Nosotros seguiremos hacia adelante después de comerciar hoy por el ágora. Después, será difícil que nos volvamos a encontrar, así que me gustaría que nos despidiésemos.

— Gracias por todo a los tres, me gustaría compensarte con unas dracmas, al menos una por día de viaje. — Rebusqué en mi capa y, cuando di con la bolsa, saqué dos monedas.

— Te equivocas, muchacha, nosotros no hemos hecho esto por dinero. — Su tono de voz era sincero, casi divertido—. He pasado por lo mismo que tú y, a juzgar por cómo estás, incluso lo tuyo habrá sido peor con toda probabilidad. Vas a necesitarlo, así que quédatelo.

— Vaya, yo… no sé qué decir. T-tu hija me ha enseñado mucho, al menos acepta una para comprarle algo en compensación.

— Nunca he visto una esclava cabezota. — Me sonrojé, era la primera vez que insistía en algo—. Si es tu primera voluntad siendo libre, lo acepto. Y ahora un consejo, chiquilla. Que no te vean sola, como mujer te conviene no estarlo.

— Pero… no conozco a nadie aquí. ¿Y por qué no puedo?

— Mejor que no tengas que descubrirlo. Será más seguro que te refugies en zonas boscosas y aprendas a vivir allí, lejos de esto. Todo está corrupto hasta la médula para alguien como tú.

Antes de hacer que nuestra despedida fuese definitiva, la mujer de Diceópolis insistió en

llevarme con ellos por la ciudad para guiarme y hacer que la conociese un poco más. Lo único que podría haber resaltado de ese lugar era el incesante sonido de varias voces, el calor que se producía al rozar los cuerpos de sus habitantes intentando avanzar por las calles y lo estrechas que estas eran. Pensé en que, si su objetivo era albergar a muchas personas y bestias, ¿por qué no eran más anchas? ¿Quién había sido el genio que había ideado tal cosa? Porque, definitivamente, no vivía allí. No lo había diseñado para la comodidad de sus habitantes y mascotas varias.

El ágora me pareció un lugar de lo más curioso, además de polifacético. Por una parte, había un gran mercado y los puestos estaban separados por estatuas de mármol que estaban frías al tacto a pesar del sol. Por otro lado, el trabajo de los escultores era impecable, pues no tenían irregularidades de ningún tipo.

Por otra zona, se podía escuchar a los filósofos sofistas enseñando a sus alumnos todas las habilidades para alcanzar el *areté*, pero, en mi opinión, la excelencia en el arte de la elocuencia era inútil, pues todos seríamos juzgados por los dioses por nuestras acciones, no nuestra inteligencia o preparación académica. Pensé que era lo más justo porque, de morir en ese instante, yo me quedaría en la nada solo por no haber tenido oportunidad de hacer algo de mí. Los dioses, si es que existían, eran justos.

Poco a poco, las voces del ágora se iban apagando conforme lo hacía también el día. Mis nuevos y efímeros amigos me dieron un adiós que era, casi con toda probabilidad, definitivo y tuve una sensación en el pecho que podía identificar como pena. Se me pasó por la cabeza detenerlos e irme con ellos allá donde fuesen, pero eran una familia y sabía de sobra que a la larga les causaría problemas por ser… yo. No podía hacerles eso cuando ellos solo habían tenido palabras y gestos amables hacia mí.

En solo dos días, me enseñaron que, al contrario de lo que mi ama solía decir, había gente amable en el mundo. Quizás, mis amos eran los de mente perversa y el mundo exterior no era ni la sombra de lo que me habían relatado. Pero ¿a qué vinieron las palabras de Diceópolis entonces? Me infundieron miedo sin siquiera saber a qué se refería.

Asombrosamente, mi cuerpo se acostumbró en tan corto tiempo a comer con regularidad y, recordando el camino que la hija de Diceópolis me enseñó, puse rumbo a la taberna más cercana. Al entrar, el olor a asado recién hecho invadió mis fosas nasales a la vez que el ambiente animado se abría paso a través de mis sentidos. Experimenté algo parecido a la felicidad, aunque en alguna parte de mí sabía que necesitaba algo. ¿Compañía, quizás? Si, estaba bastante sola al contrario que todas las personas de allí, pues fuese cerca o lejos, todas las voces estaban acompañadas de una contestación o una risa. Más allá de Salónica, parecía que la camaradería era bastante más importante.

Tapé mi rostro y cabeza con la capa que Arsen me había otorgado como regalo de despedida y me senté cerca de las cocinas, sitio en el cual el olor a comida era más fuerte que el que impregnaba el ambiente de sudor y cerveza. A pesar del bullicio, era el lugar más agradable para mis sentidos.

— Tenemosh carne freshca ejta noxe — dijo un hombre a mi lado, beodo.

— ¿Disculpa? — respondí. ¿Qué significaba eso de «carne fresca»?

— Tu no vienej muxo po aki, no me suenaj presiosa. — Me puso una mano sobre el hombro—. ¿Komo te llama?

— Eso es irrelevante. — Me llevé una cucharada de sopa a la boca, al menos había aprendido algo de mi amo cuando sus amigos se emborrachaban y debía tratar con ellos.

— Isi is irrilivinti — respondió con tono de burla—. Kairós, ¡mira ke moza maj wapa tenemoj aki!

— Déjala tranquila, Ikarós. — Se sentó a mi izquierda y por alguna razón me puse tensa-. Discúlpalo, es de más al norte y entre que no habla como nosotros y que está borracho… Te he dicho mil veces que no te acerques así a las muchachas, que las asustas.

— No estoy asustada — corregí—. Solo sorprendida.

— Llámalo komo kieraj, eshtaj temblando. — Se rio estridentemente—. A ver esa karita ke tienej. — Me cogió del mentón en un intento de ver mí cara, pero, para que no lo hiciese, le di un manotazo y me oculté más—. Ke arijka ere.

— No es arisca, la estás molestando. Chica, nosotros somos buenos y no te vamos a hacer nada, pero no acostumbres a hacer eso por aquí. Un día podrías perder la mano.

— O la castidá — añadió de forma descarada y, además riéndose de su propio chiste.

— Venga, vámonos y dejemos a la señorita cenar tranquila.

Cuando por fin me quedé sola, me di cuenta de que una taberna no era la mejor opción para hacer amigos y terminé mi cena en silencio, prestando atención a todo lo que podía. Cuando acabé, simplemente pagué la dracma que me pidieron y me fui sin pensar en dónde dormiría, pues era algo que descubriría tarde o temprano ya fuese en el suelo o en un lecho. Estaba tan cansada que ese detalle no era importante.

Deambulé por las calles un largo rato, teniendo como compañeros al lejano bullicio y al frío. Debía reconocer que más al norte el aire nocturno era ligeramente más fresco, o al menos esa era la sensación que daba en ese momento. La idea de que la temperatura pudiera ser más baja me animaba a buscar un cobijo antes de que lo sufriese en mi propio cuerpo, pero, tras haber buscado en las únicas dos posadas que conocía gracias a la hija de Diceópolis, supe para la única mala noticia de ese día que estaban completas.

Al parecer, era lo más normal los días en los que los comercios del ágora se llenaban por completo, pues varios comerciantes — en ocasiones con familia — pasaban la noche en Tracia antes de continuar con su ruta comercial. Supe en ese momento que mi destino estaba en el bosque, en pasar una noche bajo el abrigo de un árbol. Por ello, me puse sin más dilación en dirección adonde las hojas silbaban con el viento, puesto que ni siquiera tenía fuerzas para pensar en demorarme. A esas alturas, todo lo que no fuese estar en casa de mis amos era un lujo. Sentir la brisa en mi cara sin que fuese una corriente de aire viciado lo era, pero no tanto como sentir silencio.

Hasta ese momento no había reparado en lo aliviada que me sentía por no oír las voces trilladas de mis amos, esos gritos y desprecios con los que había crecido para convertirme en una muchacha escuálida. Reflexioné en que esa sería mi primera misión como mujer libre, no dejar

que nadie volviese a hablarme así. Al menos, en teoría, no dejaría que lo hiciesen. Por el momento, no me sentía con la costumbre de replicar, pero ¿qué eran dos días de libertad comparados con quince años de esclavitud? Esa había sido mi realidad desde que cumplí los tres y simplemente no podía cambiar todos mis hábitos de una vez. Por lo pronto, poder elegir dónde dormir me hizo feliz.

De repente, las ramas caídas de los árboles crujieron al ceder ante un peso que no era el mío, a escasos metros de mí. Paré intuyendo que podría tratarse de un animal y escuché atentamente; no sonaba a las pisadas de una bestia de cuatro patas a las que tanto estaba acostumbrada por los bueyes. Eran pies humanos acercándose por mi izquierda. Me giré y estas pararon, por lo que supe que quienquiera que fuese se escondía de mí. Con todos mis sentidos alerta, continué caminando, lo cual me hizo saber que mi acompañante no estaba solo. Otra persona se aproximaba por mi derecha.

— ¿Quién va? — pregunté ligeramente asustada a la vez que con firmeza con la esperanza de que alguien hablara.

— Moza, eres más agresiva de lo que creíamos, como a mí me gusta. — Rio compulsivamente. Ese sonido…

— Estábamos rezando porque vinieses aquí. Parece que los dioses nos han sonreído. — Su voz era extremadamente familiar, como si ya la hubiese oído antes.

— Tú ya no suenas borracho y tú… eres el señor simpático de la taberna. Ikarós y… Kairós.

— ¡Premio pa’ la moza! Ahora tienes tu recompensa, pero puedes elegirla y tó, fíjate si somos consideraos. Puedes darnos tu saco de dracmas pacíficamente y nos iremos o puedes no hacerlo y te obligaremos por las malas. ¿Qué te parece?

Salí corriendo incluso antes de que terminara la frase, pero el eco formado por los árboles me dejó terminar de escuchar su proposición. Dudaba que sus castigos fuesen tan malos como los de mis amos y por ello fue por lo que decidí resistirme en vez de rendirme pasivamente. En una sola fracción de segundo, pensé en que esas monedas serían lo que me mantendrían durante un período de tiempo que ni siquiera sabía cuán largo iba a ser, por lo que merecía la pena luchar por la única fuente de alimento que poseía. Ni siquiera sabía mantenerme por mí misma en el bosque debido a los muchos años de enclaustramiento o si alguien me daría trabajo a pesar de mis condiciones. Sin ese saco, moriría, así que arriesgarse a cualquier cosa por él era lo más acertado.

Perdí toda esperanza cuando me sentí caer por un barranco y lo único que pude hacer fue llorar de frustración mientras rodaba sin parar, sintiendo mi carne ser arañada por las afiladas piedras y un intenso mareo cuando paré en seco. A lo lejos, las risas de mis atacantes eran especialmente ruidosas. Al parecer, la presa había caído en la trampa.

Me levanté penosamente y, arrastrando los pies, anduve como mejor pude hasta que alguien me puso la zancadilla. Caí de bruces al suelo y uno de ellos se puso sobre mí. Me agarró de las muñecas y las elevó por encima de mi cabeza. Tosía violentamente debido al polvo que estaba tragando así que giré la cara, agotada, y supe que ya no había más por lo que luchar. Sabía

lo que era tenerme en esa postura, lo hacía exactamente igual que mi amo: sujetarme dos manos con una de las suyas, apoyarse en las rodillas, separarme las piernas, levantarme los harapos, llevar las manos a sus pantalones y escuchar el siseo de una serpiente…

¿El siseo de una serpiente?

Retomé el control de mi cuerpo ante ese sonido; llamó mi atención. Simultáneamente, mi atacante cayó a mi lado como si fuese un objeto pesado y me dejó libre. Me levanté cuando escuché a su compañero gritar desgarradoramente detrás de mí unos segundos después. Algo se deslizaba a través de la tierra, era grande a juzgar por la velocidad que llevaba y se dirigía hacia mí.

Toqué a mi atacante buscando el saco de monedas, pero, donde debía estar él, solo quedaba una fría roca con forma antropomórfica. Se había… convertido en piedra. Corrí sin pensarlo dos veces antes de que fuese lo que fuese lo que los atacó pensase en hacer lo mismo conmigo. Sin embargo, la dureza con la que caí comenzó a pasarme factura y, siendo cada vez menos consciente de lo que me rodeaba, lo último que noté fue mi cuerpo contra el suelo antes de perder el conocimiento.

4

# El desierto de Hades

Me dolía la cabeza. Eso era lo único que podía identificar en ese momento. No sentía las piernas, ni las manos, solo un desagradable pitido en los oídos y todo dar vueltas a mi alrededor. No sabía siquiera cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había respirado, pero los pulmones me dolían como si no los hubiese utilizado en décadas, sensación que se pasó cuando cogí un par de bocanadas de aire.

Comencé a mover los dedos, los cuales se mancharon de tierra completamente árida, y me di cuenta de que era la misma sensación que tenía en todo el cuerpo: polvo y calor. Era evidente que había dejado el bosque, pues ya no cantaban los grillos ni los pájaros, además de que la humedad del rocío que lo impregnaba todo la noche anterior, la suavidad de las hojas de las plantas o el silbido que estas provocaban con el viento ya no estaba.

Me levanté a duras penas con el cuerpo entumecido, dolorido y hambriento e intenté dar un par de pasos. Sentía un desagradable hormigueo en las plantas de los pies, pero no le di importancia porque sabía que se iría cuando diese unos cuantos pasos. Llevé mi mano a la frente y fue entonces cuando supe que llevaba allí tirada más de un día, pues la sangre se me agrupó en una ristra de costras y la herida de la que provenía estaba casi totalmente cerrada. Obviamente, nadie me había echado de menos porque era nueva en esa *polis*, así que era de esperar que nadie me buscase. Comencé a caminar sin saber dónde me encontraba o si habría alguien cerca, asustada y muy preocupada.

¿Qué se suponía que debía hacer? Apenas tenía energías para mantenerme en pie, pero tenía que caminar a base de fuerza de voluntad. El hambre casi no me dejaba pensar, pero había algo que tenía muy claro: con toda probabilidad moriría allí. Extrañamente, mi bolsa de dracmas colgaba pesadamente en mí cintura a pesar de no ser capaz de recordar en qué momento la cogí, pero de nada servía tenerla porque no podía comprar comida en aquella vasta y yerma llanura. Siempre había pensado que mi final se encontraba en la casa de los que una vez fueron mis amos, pero jamás creí que fuese a morir sola, aunque libre.

Quizás en el hades se apiadarían de mí por no haber tenido la oportunidad de cambiar mi destino y me mandarían a uno de los inframundos más indulgentes, pero sabía perfectamente que las reglas eran inamovibles. Pensé que, cuando cayera, tampoco sería el peor final que me podía esperar. Había sido una esclava, no una asesina. ¿O sí?

¿Qué era exactamente lo que me había pasado aquella noche de a saber hace cuántos días? Recordaba que tenía a uno de los dos — pensé que más probablemente a Kairós — sobre mí a punto de llevar a cabo la misma costumbre que mi amo y tras ese siseo todo se quedó en silencio. Pero era imposible, ¿qué tenía eso que ver con lo que me había pasado? ¿Y si me lo había imaginado y los había matado yo misma?

Recordé la estatua y el hecho de que yacía donde mi atacante debía estar, pero eso no era posible. Caminaba sin rumbo pensando en cómo podría pasar algo así y simplemente no podía. Un hombre no se transformaba en piedra, pero sí que podía ponerse frío y rígido cuando moría. Lo sabía porque más de una vez limpié los restos de animales muertos en la cuadra, lo cual no

era nada agradable. Si mis recuerdos eran confusos y había pasado lo que me temía, sí que había cambiado mi destino en el hades. Estaba condenada a sufrirlo como asesina para toda la eternidad.

Es más, ¿dónde me encontraba ahora? Llevaba caminando en línea recta lo que me parecieron horas. No… no me lo pareció, habían pasado horas puesto que el sol ya quemaba otra parte de mi piel. O quizás no avanzaba, sino que iba en círculos. Además, no me podía explicar cómo había pasado de estar en un bosque a deambular por un desierto.

Temía el calor, casi lo odiaba por todos los días de verano que había pasado atada a un poste. Sin embargo, pasé de estar en un sitio a otro y solo me hizo falta caer y despertar. Era, como mínimo, extraño. Tenía la boca seca y la mente turbada, lo cual hizo que mi cuerpo empezase a moverse erráticamente debido al mareo. Casi sin darme cuenta, caí de rodillas sobre la arena. Quemaba. Fue lo último que pude pensar racionalmente antes de desplomarme.

— Niña, acércate — escuché decir a mi amo, pero por algún motivo no le hice caso —. Esclava, ven.

Aun así, no lo hice. Me quedé en el mismo sitio como si no la hubiese escuchado. Así no era como me solía comportar con él y, de pronto, sentí una mezcla entre enfado e inseguridad. Por algún motivo, ese sentimiento de saber qué era lo que iba a pasar no me abandonaba. Aquello me sonaba de algo a pesar de que no recordaba el qué.

Experimenté lo que mi ama solía llamar «delirio», lo cual me reprochaba cuando ya tenía tanta hambre que me mareaba y no era capaz de hablar o entender órdenes con coherencia. Esta vez, fue provocado por eso y por el calor, el cual me llevó a tal extremo que seguí caminando ajena a todo, incluso a mí misma. Ya no era arena lo que pisaban mis pies, eran rocas duras, afiladas y calientes. El aire era pesado y casi quemaba cada vez que respiraba, aunque, por desgracia, no podía vivir sin hacerlo.

Aun así, caminaba, caminaba sin rumbo esperando a que algo fuese diferente. Sin embargo, cuanto más avanzaba más yermo se volvía todo a mi alrededor y menos posibilidades me quedaban para salir de allí, pero era tarde. Retroceder tampoco era una opción; la nada era igual de abrumadora tomase la dirección que tomase.

— *Deberías haber dejado que Arsen te matase* — me susurró mi ama cerca.

— Créeme, habría sido feliz si lo hubiese hecho — respondí con amargura.

*— Eso te pasa por estar con un hombre que pertenece a otra mujer, recoges lo que siembras. No sabes la felicidad que me da que te veas tan patética.*

— Piensa lo que quieras, vieja loca y amargada, ya me da igual. No te pertenezco, en mi cabeza nunca te he pertenecido, ni a ti ni a él. Era lo único que nunca me pudiste quitar, aunque lo intentaste con fuerza. — Me caí, ya casi no me respondía el cuerpo.

*— Eres patética.* — Rio con ganas—. *Solo tienes valor para decir esas cosas a una alucinación, pero estando a mis pies volverías a ser la misma niña asustada de aquel bosque. Si hubiera sabido que él te rescató para convertirte en su divertimiento sexual, te habría matado allí mismo.*

— ¿Tenías envidia? — Sonreí ante la ironía y me senté, agotada—. Incluso si no me hubieseis encontrado, él se habría quedado con la otra esclava o incluso habría preferido al buey antes que a ti. Tuvo valor para hacerte un hijo porque no le quedaba más remedio. — Hablaba ya mi resentimiento más que mi razón—. Sois los dos una escoria tal para cual, tú una sádica y él un violador asqueroso que solo se siente grande con gente inferior a él. Una rata es más digna en comparación. ¿Envidia? La envidia es la menor de tus preocupaciones.

*— Serás insolente… Arsen te pondrá en tu sitio con unos latigazos, a ver si así aprendes a controlar esa lengua viperina que tienes.*

— Arsen no está aquí y tú tampoco. Moriré y lo haré libre, por fin. Pero te esperaré al otro lado para ver cómo desciendes al peor de los inframundos y ser testigo de que la justicia exis…

Comenzaron a pitarme los oídos y perdí el control de todo mi cuerpo, pesaba y sentía que me desvanecía poco a poco. Lo último que pude escuchar fue un siseo, aunque no pude identificar qué o quién lo producía. Había llegado mi momento. Muerte, dulce muerte…

— Esclava, ven. — Oí a mi amo decir con un tono seco y autoritario—. Dame las manos.

Obediente, puesto que el castigo eran unos merecidos latigazos al candente sol del verano si no lo hacía, alcé las manos con miedo a que me hiciese cualquier cosa, pues no era la primera vez que mi ama me obligaba a caer en ese truco para darme con una rama de olivo. Sin embargo, sentí el áspero tacto de sus manos agarrar las mías con una gentil fuerza y me relajé; era un gesto muy paternal. Al fin y al cabo, él era bueno de verdad conmigo: me daba de comer carne sin que mi ama lo supiese, me ayudaba a limpiar el andrón y siempre evitaba que me cayese al tropezar. Era muy patosa. Posó mis manos sobre su pantalón y toqué algo que era nuevo para mí.

— ¿Esto qué es? — pregunté, inocente y curiosa.

— Es… — gimió levemente—. Nuestro nuevo secreto, igual que la comida extra. Se llama falo. Cuando esté fuera del pantalón, tienes que tocarlo, pequeña.

— Creo que no quiero… — Me dio una bofetada, no tardé en sentir el suelo en mi trasero.

— No se trata de lo que tú quieras, sino de lo que yo diga. — Me levantó en peso y me tiró al suelo con violencia —. Hubiera sido mejor para ti que obedecieses.

Recobré la consciencia sintiendo una intensa punzada en mi intimidad. Al parecer, mi cabeza no era la única que recordaba esa sensación. Las lágrimas recorrían mis mejillas, no porque me sintiera triste, sino porque aquella vez lloré, lloré hasta quedarme dormida entendiendo por las malas que mi amo tampoco era bueno y cada vez que lo recordaba o soñaba con ello mi cuerpo reaccionaba de esa misma manera.

Sin embargo, había algo que apremiaba más cuando escuché unas pisadas y un siseo cerca de mí. Ya no estaba en un lecho rocoso, la temperatura era agradable y estaba acostada sobre algo blando. Estaba asustada; si antes no sabía dónde estaba, ahora era más difícil todavía averiguarlo porque no sabía cómo había llegado allí. Me levanté sobresaltada, tenía que salir de ese lugar.

— Eh, calma, calma — dijo una voz tras de mí, dulce y desconocida—. Estás herida y muy malograda, apenas te queda piel en los pies, andabas inconsciente sobre rocas ardiendo. Jamás había visto a alguien caminar desmayada. — Parecía preocupada de verdad y era cierto, cuanto más me espabilaba, más me dolía todo, pero mi experiencia me decía que no debía fiarme de desconocidos.

— ¿Quién eres tú? — Soltó una risa sorda acompañada de un siseo, era… de serpiente, como las que antaño se comían los huevos de las gallinas de mi ama.

— Medusa.

5

# Medusa

Me quedé parada unos instantes decidiendo si quería tomarme el pelo o era una persona demente. Sin embargo, me convencí de que era la segunda opción, pues era imposible que una criatura mitológica existiese, ya que los dioses eran una excusa para celebrar o matar en nombre de alguien, no algo real. Aun débil y sin levantarme, le devolví la sonrisa sorda, incrédula.

— No vas a conseguir engañarme ni meterme miedo. Si lo que quieres es matarme, haz lo que tengas que hacer. De todas formas, no puedo salir corriendo. — Señalé mis pies, aunque me dolían, no era comparable a los latigazos.

— Si hubiera querido matarte, te habría dejado al pie del volcán. Hubiera sido divertido ver qué te mataba antes, si el azufre en los pulmones, el hambre o dejarte la piel derretida en las rocas. — Parecía enfadada a pesar de que su tono era tranquilo.

— Está bien, no quieres matarme. — Por algún motivo, me aliviaba, pero eso no quitaba que la persona que tenía ante mí estuviese loca—. Aun así, no puedo creer que seas Medusa, los seres mitológicos no existen.

— ¿No?

Se movió hacia mí y no tardé en percibir su olor. Era dulce, como si su piel estuviese impregnada de aceites esenciales, aunque con un pequeño rastro del azufre que ella había mencionado anteriormente. No llevaba allí tanto tiempo como yo creía. Se acercó a mi oreja y solo entonces pude percibir con claridad lo que hasta hacía unos segundos era apenas un siseo. Serpientes. Un susurro destacó entre ese ruido incesante que cada vez se multiplicaba más y más mientras que rodeaba mi cuello.

— Sabes que no te miento. — Todo cesó de repente y las escamas que sentí en el cuello se convirtieron en un ligero cosquilleo provocado por un cabello lacio—. Aunque no siempre tengo esa forma, así me maldijeron.

Sus palabras estaban cargadas de tristeza, lo cual no comprendía, pues, de acuerdo con la tradición, ella fue quien provocó la ira de los dioses. Sin embargo, teniendo en cuenta mi circunstancia, decidí que era mejor no decir nada inapropiado. Por otro lado, estaba demasiado sorprendida como para articular alguna palabra. La persona que tenía delante era capaz de cambiar su forma, o al menos eso me hacía creer con alguna especie de truco. Y si la leyenda era cierta, ella, Medusa, era un ser más que capaz de matarme cuando quisiese. Por primera vez, no quería que eso ocurriera, no cuando había conseguido ser libre.

Permanecí acostada lo que me parecieron horas sin entablar una sola conversación con ella a pesar de que no se había movido de allí. De vez en cuando, tomaba mi temperatura o revisaba los paños que llevaba puestos en los pies, lo cual me parecía extraño. Nadie servía a una liberta, ¿qué querría a cambio? Dracmas quizás, aunque no sabía dónde estaba la bolsa. Tenía dos opciones: o se perdieron mientras vagaba por a saber dónde, o ella me las había quitado. Comencé a buscar bajo mi capa, por si la bolsa seguía colgada en el cinturón, pero no.

— ¿Qué buscas? Pareces agitada.

— Una bolsa de… — Carraspeé—. No importa.

— Dracmas — concluyó—. La tienes a tu izquierda. — Comencé a buscarla, aunque no la encontré—. La izquierda es al otro lado desde mi posición — dijo divertida—. Por la cantidad que tenía en su interior y a juzgar por tus ropas, eres una liberta. Una muy mal cuidada si se me permite opinar.

— Si… — respondí desconfiada—. Supongo que ahora tengo una deuda contigo y quieres que la salde.

— No, bastante habrás pasado ya. Eras muy ligera cuando te recogí. — Me sonó el estómago, mi cuerpo me había traicionado—. ¿Tienes hambre? — Asentí—. Genial, la comida lleva esperando un rato, pensaba que no la ibas a pedir nunca. Me muero de hambre.

— ¿Y por qué no has comido? — Agarró mis manos y me tendió un cuenco. Olía bien.

— Porque, como podrás comprender, no tengo visita muy a menudo. Y los que vienen suelen ser hombres que quieren mi cabeza y acaban adornando la entrada como estatuas. Las pongo ahí como aviso. No quiero hacerles eso, aunque mi maldición no me deja otra opción. Pero bueno, no se diga más, come y repón fuerzas.

— A mí no me has convertido en piedra — reflexioné—. Sabía que me mentías.

— Es que no puedo, por varias razones, además. La principal es que no quiero, aunque eso no libró a los demás. Prefiero ayudarte a que estés bien y puedas seguir tu camino si así lo deseas.

— ¿A cambio de qué?

— De nada, supongo. Quizás algo de compañía hasta que ese momento llegue.

— Es la primera vez que una persona es tan desinteresada conmigo.

— Tú no puedes ver y yo no puedo mirar… ¿Dónde está la diferencia?

— Ya entiendo… no me puedes convertir en piedra porque soy ciega. ¿Cómo lo has sabido?

— Porque tus ojos son completamente blancos, sin contar que no te ubicas bien en sitios desconocidos.

— ¿«Blancos»? – dije extrañada.

— Es un color, ¿no sabes qué es?

— Jamás me han enseñado nada. Solo sé ser una esclava.

— Comprendo… — Pensativa, tardó un minuto en volver a decir algo—. Ya lo tengo, espera aquí.

Oí cómo se alejaba de la zona en la que estábamos y me quedé completamente sola, con mis pensamientos. Se suponía que nadie debía descubrir qué era porque algo malo me pasaría, pero ella me hablaba de ello abiertamente y se portaba bien conmigo. Sentía sinceridad en sus palabras.

Pensé todo el rato en lo que me había dicho: «Tú no puedes ver y yo no puedo mirar… ¿Dónde está la diferencia?». Y lo cierto es que apenas era distinto. A pesar de que Medusa podía disfrutar de los colores y ver con claridad todo aquello que la rodeaba, llegué a la conclusión de que ambas teníamos muchas similitudes. Éramos rechazadas y no podíamos hacer vida social. Además, era odiada profundamente por lo que era, igual que yo. No éramos tan diferentes. Por fin, sus pasos regresaban a mí.

— Esto te va a encantar — dijo emocionada—. Se me ha ocurrido una forma de enseñarte cómo son los colores, a tu manera claro — añadió cuando iba a reprocharle que era imposible—. Abre la boca. — Lo hice y, acto seguido, colocó un pedazo de comida dentro —. Eso es blanco.

— Pues el blanco está muy rico, ¿qué es? No lo había probado nunca. — Las lágrimas asomaban por mis ojos.

— Queso… — dejó caer en un tono extraño.

Se quedó en silencio un largo rato. No sabía si esperaba algo o pensaba que necesitaba que estuviese callada para masticar, aunque casi sentí el ambiente un tanto pesado porque, a pesar de todo, sentía que quería decirme varias cosas. Pensé que tal vez, solo tal vez, no era raro que quisiese hablar conmigo, en especial si había estado tan sola como ella decía.

¿Por qué no decía nada? Comenzaba a sentirme nerviosa e innecesariamente observada. En ese momento, me di cuenta del privilegio que supuso en el pasado que pasase desapercibida casi todo el día. De pronto, me agarró del cabello. Me asusté, pensé que ella también iba a tirar de él, así que le aparté la mano con agresividad.

— Lo siento, siento mucho haberte asustado.

— No me toques el pelo, por favor — respondí irritada.

— Está bien… Solo pensaba que estaría bien lavarlo y peinarlo. Me gustaría saber de qué color lo tienes.

— ¿No lo ves? — Me extrañé, se suponía que ella podía verlo.

— Veo… — Respiró profundo—. Sin ofender, ¿vale? — Asentí—. ¿C-cuánto tiempo hace que no te bañas?

— Oh, eh… lo normal. Me baño bianualmente.

— ¿Y-y eso…? — Su tono de voz me indicó que le sorprendió bastante, pero sí, los esclavos también nos bañábamos—. ¿Eso es dos veces al año o cada dos años?

Calló de nuevo, esperando una respuesta. ¿Qué clase de pregunta era esa? Bianualmente era bianualmente, sea lo que fuere que eso significase. Mi ama decía que nosotros, los esclavos, nos teníamos que bañar así en honor al dios Hades porque olíamos a muerto y eso para mí tenía todo el sentido del mundo. Ella decía que, de no tener sus aceites esenciales, sería insoportable estar con nosotros.

— Bianualmente — respondí con simpleza, no había más que explicar.

— Ya veo… Voy a aventurarme a decir que dos veces al año. Te informo de que ninguna de las dos opciones es normal de todas formas. Lo mejor es tomar un baño diario, así se evitan enfermedades.

No tardé en sentirme profundamente avergonzada. Eso significaba dos cosas: que mi aspecto era mucho peor de lo que yo en un principio me había imaginado y que, además, era peor que un animal con toda probabilidad. Sin embargo, lo peor para mí fue que me lo tuviera que decir una persona desconocida que, por algún motivo, me hablaba con una simpatía que no fingía.

Quizás, tenía intención de ayudarme sin pedir nada a cambio, como me había dicho, pero no era capaz de fiarme. No cuando no podía ver sus verdaderas intenciones, literalmente. No cuando sabía que nadie hacía nada sin esperar algo a cambio. No cuando me sentía tan vulnerable y fuera de lugar. Es cierto que me di cuenta de que, tal y como era mi vida ahora, no quería morir porque había descubierto por primera vez lo que era vivir, pero en ese momento, con un ser supuestamente mitológico, me di cuenta de que no iba a ser nada fácil adaptarme a lo que estaba por venir.

# 6

# No somos tan diferentes

Cuando se dio cuenta de que mi ánimo caía en picado a medida que los pensamientos crecían y se instalaban en mi subconsciente, se alejó lentamente de mí caminando, aunque dudaba que me hubiera dejado sola. Más bien, era como si quisiera dejar un espacio para mí.

Esa nueva sensación ante la soledad era un tanto peculiar. Se sentía bien, podía estirar los brazos y no darme con las paredes o levantarme sin que me diese con una madera en la cabeza, pero era aterrador al mismo tiempo. No sabía dónde estaba, cuándo me chocaría con algo e incluso cuán grande era ese vacío metafórico. No recordaba la última vez que estuve despierta y sola.

Aparté la comida y me levanté, era como si el techo estuviera cayendo en mi pecho y me presionara a pesar de que no sabía si había uno y comencé a caminar. Pasos cortos, con los pies por delante. Una mesa. Nada a la izquierda, seguiría por ahí. Me dolían los pies a pesar de llevarlos protegidos con telas, así que mi exploración no duraría mucho. Cuatro, cinco, seis pasos. El suelo cambió; ya no era aterciopelado, era roca alisada. Siete, ocho, nue…

— ¡Cuidado! — Oí un siseo y pronto un cuerpo de reptil me rodeaba. Estaba en el aire —. No se te puede dejar sola dos minutos. No pensaba que te fueses a levantar con los pies así.

— ¿Qué es…? — Intentaba zafarme de ello.

— Soy yo, es mi cuerpo cuando me transformo.

— No necesito tu ayuda.

— Si quieres te suelto — dijo bromeando—. Ahora vuelve a la cama y descansa, luego pasearemos por la cueva.

— Nueve pasos, precipicio. Ocho pasos, seguro — murmuré.

— ¿Qué? — respondió extrañada.

De todas formas, no contesté. Por el momento ella no debía saber qué hacía o por qué. Volviendo a su forma normal, lo cual me asustaba, aunque no lo quisiera admitir, me agarró de la muñeca y me llevó de nuevo a ese lecho improvisado. Tres pasos a la derecha y seis al frente. Definitivamente, no debía confiar en ella. Su cuerpo me rodeó, no cabía duda de que podría aplastarme los huesos de proponérselo. Mi prioridad era no cabrearla y salir de allí cuanto antes. Sin embargo, no volvió a dejarme sola en un largo rato.

A pesar de no poder verla, me sentía constantemente observada mientras terminaba de comer, pero no era tan malo como cuando mi ama lo hacía. Cyrilla — no la iba a llamar «ama» nunca más — solía hacerlo esperando a que cometiese un error y tener una excusa para castigarme, aunque eso podía pasar fácilmente con tropezar. Sin embargo, cuando lo hacía me daba la sensación de que el obstáculo lo ponía ella misma, ya que conocía la casa a la perfección y a veces las cosas no estaban donde debían estar. Sin embargo, no sentía ningún tipo de peligro venir de Medusa, irónicamente, sólo incomodidad.

— ¿Y tienes algún nombre? — preguntó de repente—. Aún no me lo has dicho.

— Pues… — Lo pensé, intentando recordar si alguna vez me habían llamado de alguna manera—. Creo que puede ser Tú, Esclava o Inútil, aunque me decían las tres con frecuencia, así que no sabría decirte cuál de esos tres era mi nombre.

— Eso es horrible — respondió sorprendida y apenada.

— Horrible… Horrible también podría ser mi nombre.

— Eso no son nombres. — Se enfadó repentinamente—. Es injusto, todos tenemos derecho a tener nombre.

— No es mi caso. De todas formas, no me importa, un nombre no da de comer. — Me encogí de hombros.

No dijo nada más al respecto, y no dijo nada más sobre cualquier otra cosa. Estaba realmente cabreada y no llegaba a comprender por qué. ¿Por qué le importaba tanto si apenas me acababa de conocer? Aunque, según la mitología y a pesar de ser culpa de ella, tampoco la habían tratado bien, la habían maldito y llevaba mucho tiempo sola por lo que pude entender de nuestra conversación. Quizás, eso la había hecho sensible a cualquier tipo de «injusticia».

Sin embargo, Cyrilla me transmitió una enseñanza espartana en la que decían que algo como la injusticia no existe, sólo la ley del más fuerte. Si yo era débil por mi ceguera, no merecía tener lo que los demás tenían. Si Arsen era fuerte, entonces merecía más que los demás. Para mí, eso era lo más lógico del mundo y debía estar agradecida de que me dejasen vivir a pesar de todo, aunque cada día quería morir. A pesar de ello, por primera vez y en lo que parecía ser la guarida de Medusa, no tenía ese sentimiento, sino que… estaba relajada.

Poco después de que terminase, recogió mi cuenco y me dejó sola durante un rato. Lo supe porque no escuchaba sus pisadas o su respiración. Con los años me volví bastante sensible a esos sonidos para poder estar alerta y, al parecer, confiaba en que no volviese a hacer lo mismo de antes. Llegué a la conclusión de que se fiaba bastante de mí como para dejarme sola, o simplemente confiaba demasiado en que no me iba a poner en pie. Aun así, lo sentí extraño; no todo el mundo dejaría sola a una pordiosera a expensas de dejar todas sus pertenencias a su alcance. Al menos, eso era lo que me habían enseñado. Volvió con paso ligero y, tras alimentar el fuego que había junto a mi lecho, tocó mi brazo para saber si estaba despierta.

— ¿Sí? — dije sabiendo que quería una respuesta.

— Ven, he preparado algo que creo que te puede gustar. Espera… es mejor que no te levantes más, podrían volver a sangrar. — Reflexionó—. Está bien.

— ¿Qué haces? — Sentí que ponía sus manos alrededor de mi cuerpo y me elevaba—. Suéltame, peso demasiado para ti. Arsen…

— No pesas demasiado. — Me cortó—. Apenas pesas en general, no sé cómo no has muerto de hambre. — Su voz sonaba muy cerca de mí y sentía la vibración de su pecho al hablar —. ¿Quién es Arsen?

— Es… — Me desconcentré, su tacto era cálido y olía muy bien, era una sensación rara

y placentera—. Quien me liberó.

— ¿Tu amo? — Su voz dejó entrever un timbre de molestia.

— No, otro esclavo. Ganaba bastante dinero y siempre lo empleaba en liberar a los demás. Esa vez se apiadó de mí y, en cierta manera, me cuidaba rogando por castigos leves o incumpliendo normas.

— ¿Qué normas? — Se paró y me dejó en el suelo, podía percibir el murmullo del agua.

— Pues… por ejemplo, darme agua cuando cumplía castigo en el poste. — Permaneció callada, esperando algo más—. Cuando era verano y hacía algo mal, mi ama tenía por costumbre atarme a un poste durante las horas de sol sin comida ni agua. En invierno era igual, pero por las noches. O… darme conversación. Todos tenían prohibido hablarme.

— ¿Por qué? — Estaba bastante irritada.

— Para que no me enterase de cosas. Por ejemplo, antes de irme supe que era la única que no recibía un salario para pagar mi liberación o que se comía más de una vez al día. Y platos completos, ni más ni menos.

— Platos completos… — pensó en voz alta, sabía que venían más preguntas—. ¿Y qué comías tú?

— Un trozo de pan con agua o las sobras del perro, aunque no solía dejar. Nunca se lo dije a nadie, pero a veces me guardaba un poco de lo que le servía y me lo comía a escondidas — dije con algo de orgullo.

— ¿Y tú veías eso normal? — dijo más inquisitiva que enfadada.

— Hasta hace poco que me enteré de algunas cosas, creía que todos estábamos más o menos igual. Era como me habían criado, así que… sí.

— Pues no lo es. Ante cualquier persona, y apuesto que incluso dentro de esa casa, eso es maltrato. Nadie en su sano juicio hace daño por placer. ¿Tu amo no hacía nada al respecto como señor de la casa? Esa mujer… — Se calló, esperando calmarse ante su creciente ira.

— Mi amo, Proteus, tenía un carácter muy… cambiante. A veces me trataba bien, pero solo era para conseguir cosas. Me obligaba a hacer cosas y siempre dolían. —Instintivamente, llevé mi mano a la entrepierna—. Aunque era a diario y al final acabé acostumbrándome.

— Nunca te acostumbras a algo así… — Sonaba triste—. Quizás aceptas los hechos y procuras que no te duela aquí. — Puso sus dedos sobre mi pecho, señalando el corazón—. Pero al final eso marca y mata por dentro.

No quiso hablar más. Por algún motivo eso último le había perturbado más negativamente que todo lo demás. Reflexioné sobre sus palabras y quizás tenía razón, mataba por dentro porque yo misma deseaba mi muerte a diario, pero no por Proteus, sino por Cyrilla. Ella era sin duda la que provocaba esos pensamientos en mí.

Todo se disipó cuando escuché cómo trasteaba algunos cuencos y, sobre todo, cuando la sentí a mi lado. Pronto, se dispuso a quitarme la poca ropa que llevaba y dejarme desnuda. Antes

de poder pensar en qué estaba pasando, me volvió a levantar en el aire y supe que ella tampoco estaba vestida. Su piel se rozaba gentil y levemente contra mí y, avergonzándome de lo áspera que era la mía, sentí una especie de deleite con la suya. Esa piel no era de un monstruo o de una mujer con forma de serpiente, sino de algo más divino. Me latió el corazón deprisa. Sus pies comenzaron a hacer ruido en el murmullo del agua y no tardé en sentirla sobre mí. Estaba caliente.

— ¿Está a tu gusto? — preguntó casi en un susurro, no era necesario alzar la voz debido a nuestra cercanía.

— S-sí — respondí algo nerviosa—. Es la primera vez que me baño en agua caliente.

— Lo imaginaba, tus amos no parecían el tipo de gente que les calienta el agua a los esclavos. Estamos en las entrañas de un volcán. Más bien, en una de las muchas cuevas que hay por aquí. El agua fluye naturalmente caliente; esto es una laguna dentro de una gruta. Si pudieses mirar arriba, verías cómo se cuela la luz nocturna entre algunas grietas. Ya es de noche. — Su tono era muy dulce.

— Tiene pinta de ser muy bonito.

— Y lo es. — Comenzó a echarme agua sobre el pelo—. ¿Puedo tocarlo esta vez? — Asentí, sus intenciones no eran malas—. Gracias. No muy lejos de aquí se ha creado una especie de ecosistema dentro de las grutas. El calor y esta fuente de agua propicia que aquí crezcan plantas que no hay en muchos, muchos estadios.

— ¿«Estadios»? — pregunté, confundida.

— Tampoco te han enseñado las distancias y no puedes percibirlas… — Pensó unos segundos antes de continuar hablando—. Digamos que… aparte de ese sitio, no hay nada vivo a varios días andando. Más o menos todo lo que recorriste hasta llegar al pie del volcán — Asentí —. Entonces, suelo cazar y recolectar en esa zona, siempre intentando mantener un equilibrio. Pero, cuando necesito otras cosas, me atrevo a ir a la ciudad a ciegas.

Sus manos comenzaron a recorrer mis brazos repartiendo el agua y tratando mi piel con dulzura. Me estaba… limpiando, de cabeza a manos. Mi corazón parecía saltar ante tan agradable contacto. Con el agua, su piel era incluso más suave de lo que había experimentado. Cuando se movió para alcanzar mi otro brazo, su pecho rozó ligeramente mi espalda y sentí un leve cosquilleo. Ella, sin embargo, parecía muy tranquila, en paz y contenta por tener alguien con quien hablar sin miedo a hacer daño. En cierta manera, me alegraba porque ambas hubiéramos conseguido algo que necesitábamos ese día.

— Por eso estabas allí… No fue casualidad lo que les ocurrió a mis atacantes. Fuiste tú.

— Si… No me enorgullezco de ello, pero ese tipo iba a… — Su voz se quebró ligeramente.

— Gracias.

Pasó el resto del tiempo tratando mi cabello con aceites, por lo que pude oler, y peinándolo. Sin embargo, para otras zonas, me dijo cómo debía hacerlo para desembarazarme de mi suciedad. No hablamos nada más a partir de la mención de Ikarós y Kairós, pero el ambiente

se sentía relajado y en paz, tanto que empezaba a darme sueño poco a poco.

Medusa seguía mesando mis cabellos, al parecer, intentando que fuesen más suaves. Cuando concluyó su trabajo, me puso una especie de tela para secarlos y me sacó del agua. En ese momento, volví a sentir su piel junto a la mía, lo cual me ponía algo nerviosa. Para mi sorpresa, cuando no hablaba, las vibraciones de su cuerpo venían de su corazón, que para mí era tanto fácil de oír como de sentir.

El agua de su cabello goteaba sobre mí y sintiendo que bajaba la cabeza, noté de nuevo sus pechos en mi costado, rozando mis brazos. Sin embargo, esta vez no eran sólo suaves, también estaban un poco duros, al igual que los míos. Probablemente, tenía tanto frío como yo.

No tardó mucho en dejarme nuevamente en el suelo y tenderme otra tela para secarme. Mientras tanto, sus esfuerzos se centraron en mis pies, en volver a curarlos y vendarlos. Extrañamente, se sentían mucho mejor después del baño, ya no picaban. Me cogió de las manos y me dio una nueva clase de aceite a juzgar por el olor, esperando a que lo repartiese por todo mi cuerpo. Ella, sin embargo, ya no me observaba, sino que la oí irse unos metros lejos, con la respiración agitada. ¿Estaba nerviosa?

— Toma — dijo al volver—. Esta noche vamos a quemar esos harapos que traías, así que… necesitas ropa nueva.

— P-pero… Gracias — respondí ruborizada. No podía creerme tanta amabilidad.

— No hay de qué. ¿Sabías que eres rubia? — respondió a una pregunta que no hice, probablemente tras ver mi reacción—. No sabes lo que es, por supuesto. Rubio es un color de pelo muy claro. El mío, por ejemplo, es del color de la tierra, o de serpientes. — Rio con un humor fingido—. Te explicaré como es el tuyo mañana al alba, Helena.

7

# El sol de Helena

Esa noche apenas pude dormir pensando en todo lo ocurrido el día anterior y, en especial, en cómo me había llamado. Helena… Helena. Era la primera vez que alguien me llamaba por un nombre de verdad y, aunque no me había planteado ponerme uno, ella lo hizo con tanta naturalidad que no fui capaz de rechazarlo. Y la verdad es que me gustaba mucho como lo decía, con tanta dulzura. Helena… No podía creerlo, pero tenía un nombre y eso me hacía feliz.

Entre pensamientos, prestaba atención a todos los ruidos de la gruta y de los que hacía mi acompañante. Al parecer, se quedó a dormir junto a mí y a la hoguera, y me hizo gracia saber que siseaba mientras dormía. Quizás, no era capaz de controlar su metamorfosis durmiendo… Por otro lado, percibía el sonido de pequeños retazos de arena cayendo de entre las rocas, el calor que emanaba del suelo, que por suerte era agradable y, si me esforzaba mucho, el murmullo del agua que venía de la laguna.

Sin embargo, no percibía ninguno que diese a entender que hubiera vida cerca. No me había mentido, estábamos lejos de cualquier lugar habitado. Quizás, ella misma se había recluido allí porque con esa maldición no le sería posible vivir en una gran ciudad. Si lo pensaba en profundidad, era algo triste. Sólo cometió un error una vez, seducir a Poseidón y mantener relaciones con él en el templo de Atenea. Incluso siendo una gran ofensa, era demasiado castigo para unos seres imperfectos. Todos éramos como niños a los ojos de los dioses, pero ellos no contemplaban el perdón.

— Ya casi amanece — dijo de repente junto a mí, ¿cuándo se había levantado? —. Vamos, quiero que vengas a un sitio conmigo, desayunaremos allí.

Me incorporé algo somnolienta por el poco descanso que tuve. No fui consciente de la cantidad de horas que pasé pensando y me di cuenta de que era agradable que no me despertasen con un grito o una patada. Quizás, tampoco tenía tanta prisa por irme. Ella se sentía agradecida de tener compañía y yo de tener un lugar donde vivir, ¿dónde estaba el problema?

Me cargó en su espalda tras ajustar un saco a la mía y comenzó a andar sin decir una palabra. Si le parecía pesada o si estaba cansada de llevarme, no lo mostró. Caminaba con paso firme y ligero y no tardamos en pasar el murmullo del agua. Llegué a la conclusión de que la laguna estaba a ciento ochenta y tres o ciento ochenta y cuatro pasos en línea recta desde mi lecho, pero que no era allí adonde nos dirigíamos. Desde ese lugar, el olor del ambiente cambió a uno más fresco cuando dio veintiocho pasos a la derecha y siguió recto otros cuarenta y dos. Nos estábamos alejando mucho de la gruta y eso me asustaba.

— No tengas miedo, mientras estés conmigo no te va a pasar nada.

— ¿Cómo sabes…?

— Respiras muy fuerte y mi parte de reptil me deja captar las vibraciones de tu corazón. He supuesto que lo desconocido te aterra a juzgar por lo rápido que te va. Cuando puedas caminar propiamente, te prometo que te ayudaré a conocer todo esto y que te puedas mover sola.

— Pero… eso no te conviene. — Por su silencio, supuse que no me comprendía y

esperaba que continuase —. Es decir, si quieres algo de mí, como mi servidumbre a cambio de tu hospitalidad, ¿no sería mejor que no me enseñes cómo salir o cómo moverme? Cyrilla y Proteus nunca me dejaron ir más allá de los establos y no pude escapar sin ayuda.

— No quiero tenerte aquí por obligación, Helena. — Me estremecí al oír ese nombre mezclado con su voz—. No te ayudo a cambio de algo y la decisión de quedarte o irte es tuya. Es cierto que me hace feliz poder tener visita y compartir tiempo contigo, lo añoraba tanto como visitar templos, pero no puedo forzarte a estar aquí. Ojalá fuese tan fácil como hacer lo que yo quisiese, pero es tu vida. — Dejó entrever algo de melancolía en sus palabras.

— Has tenido que dejar mucho atrás, ¿verdad?

— Demasiado…

No tardé en sentir en la piel que salíamos al mundo exterior. El aire era mucho más ligero y fresco, además de que, si bien era cierto que aún se percibía el calor del volcán, era mucho menor que en su interior. No tardó en dejarme sentada sobre un lecho de algún tipo de planta y en coger el saco de mi espalda. Como supuse, ahí llevaba comida. Me extendió un vaso con algún tipo de líquido y, cuando lo bebí, era muy dulce y algo espeso, pero nunca lo había tomado.

— ¿Qué es esto? – pregunté maravillada.

— ¿Nunca has tomado? — Negué—. Se llama leche, la producen los animales para sus crías y los ganaderos aprovechan para recogerla y hacer varios alimentos o simplemente beberla. Y, por cierto, es de color blanco.

— ¿Como el queso? Sabe totalmente distinto.

— Pues el queso es un derivado de la leche. — Me sorprendí, ella rio—. Por cierto, ¿recuerdas para qué estamos aquí? Quiero que sientas el sol sobre tu piel.

Durante unos minutos, me concentré en mi cuerpo y cómo el sol me bañaba de la cabeza a los pies. Era una sensación muy agradable a pesar de que notaba cómo me miraba. Respiré profundamente y acaricié mis brazos. Estaban notablemente más suaves después del baño.

— Eso es el color rubio. Tú lo sientes, pero cuando veo tu pelo parece del color del sol o del oro. Se podría decir que el tacto del oro también puede servir para explicarlo, pero para ti puede ser difícil distinguir metales. Todos son fríos e inertes y sin embargo tienen un valor por el que los reyes matan.

— No imaginaba que pudiera llegar a ser de esa forma. — Instintivamente, llevé las manos a mi cabeza—. Es bastante suave — Sonreí.

— Otro dato que quizás no sepas. Eres bonita cuando sonríes. — Me sonrojé—. Me alegra que este momento te haga feliz. ¿Sabes cómo eres?

— Sí. — Se sorprendió—. Tengo el pelo bastante largo, los ojos grandes, la nariz pequeña y los labios carnosos. También tengo unos hoyuelos en las mejillas y en la barbilla. Y más evidentemente, estoy escuálida, así que no creo que me vea muy grande.

— ¿Cómo lo sabes? — dijo con total curiosidad.

— Por las manos. — Se las enseñé—. No sabría decirte cómo lo hago, pero si toco las cosas con atención puedo hacerme una idea de cómo son, aunque en mi cabeza son como unas líneas que destacan en un fondo, no sabría decirte siquiera si tienen color o cuál sería.

— Fascinante… ¿Quieres saber cómo soy? — Asentí, ella colocó mis manos sobre su cara.

— Creo que eres un poco más alta que yo, tu cabello es largo y ondulado, bastante suave. — Sonreí y me sonrojé—. Tus ojos son afilados y grandes, la nariz es pequeña, tu boca… es pequeña, también suave. — Tragué saliva—. No tienes hoyuelos, se te marca la mandíbula un poco, tu cuello es largo y tus hombros estrechos. — Me quedé abstraída pensando en cómo sería —. Eres bellísima, Medusa — dije casi sin darme cuenta.

— Oh… gracias — dijo en un susurro.

— ¿De qué color tienes los ojos? — Acaricié sus mejillas, su piel era tan suave que no podía apartar las manos.

— Son verdes, como la hierba que nos rodea, aunque más brillantes. — Me extrañé ante ese tipo de color—. Con un poco de sol en ellos — matizó.

— Comprendo…

— Pero hoy no solo te he traído aquí para esto. — Agarró mis manos y las bajó, pero no me soltó—. Sé que te he estado haciendo demasiadas preguntas y yo no te he contado nada sobre mí. No es justo. Pero antes de comenzar, ¿qué sabes sobre lo que me pasó?

— Sé… — Carraspeé—. No te vayas a ofender, por favor, es lo que me han contado.

— Tranquila — me dijo con firmeza.

— Servías a Atenea en su templo y sedujiste a Poseidón. Pero él es el enemigo de Atenea porque Zeus decidió ceder la ciudad de Atenas a su hija y no a su hermano. Ella es una diosa virginal y así deben serlo sus sacerdotisas, pero tú, en un acto de rebeldía, llevaste a Poseidón al interior del Partenón y dejaste que su enemigo se llevara tu castidad. Ella te castigó y te quitó lo que más adorabas, tu belleza, para que ningún hombre o cualquier ser humano pudiera estar contigo. Matas con una sola mirada. Y sé que desde entonces muchos ansían tu poder y por ello adornan la entrada de tu morada.

— Así que eso es lo que cuentan de mí — dijo triste—. Eso no es lo que ocurrió realmente, pero los dioses no admiten cometer errores y que a veces pueden ser más crueles que los humanos. Te contaré lo que pasó. Yo nací en el seno de una familia inmortal, seguro que te suenan las temidas hermanas gorgonas. — Asentí—. Pero yo no era como ellas. Nací humana, sin metamorfosis y sin el poder de petrificar a nadie con la mirada. Pero a pesar de ser mortal, era hermosa, e incluso algunos me comparaban con Afrodita. Sin embargo, siempre había respetado mucho a los dioses y no me enorgullecía de esa comparación.

» Fue por ello por lo que decidí servir a Atenea en el Partenón y ser una de sus sacerdotisas. La admiraba. Era inteligente, pura, una estratega nata, justa y muy, muy hermosa. Era todo lo que yo aspiraba a ser a pesar de que jamás sería igual. Creía fervientemente en ella y en que me protegería de mi reputación de gorgona. En su templo, no era Medusa, el vestigio y

fracaso de una estirpe, solo era yo sirviéndola con todo mi corazón.

» Pero Poseidón supo de mí, de mi belleza y mis aptitudes y, sin respetar mi camino como sacerdotisa, quiso seducirme. Me negué una y otra vez, incluso si al principio no sabía quién era él porque, al igual que Zeus, primero se acercó a mí con un disfraz de mortal, de varios mortales de hecho, y rechacé a todos y cada uno de ellos. Por ello, una noche se presentó en el templo en su verdadera forma. — Comenzó a hablar con un nudo en la garganta—. Una vez más, me exigió ser suya, esta vez apelando a su posición de dios y la sumisión que como humana debía profesarle, pero aquella noche me negué una vez más. Así que me obtuvo a la fuerza.

» Atenea no atendió a razones, me condenó por un delito que no cometí porque fui brutalmente forzada y, a pesar de que quería explicarme, que me comprendiese y que me dejase seguir siendo su sacerdotisa, incluso si ya no poseía mi castidad y la perdí en su templo, concluyó que era mi culpa por haber seducido a un dios. No creyó que me negase incontables veces porque en realidad yo amaba a las mujeres. ¿Una mortal negándose a la magnificencia de un dios? Imposible. Como castigo, ella creía que presumía de ser más bella que Afrodita y me arrebató todo: mi cuerpo, mi apariencia, mi mortalidad y mis amigos. Me maldijo con esta mirada de piedra y con una metamorfosis que me costó siglos controlar.

» He sesgado accidentalmente más vidas de las que soy capaz de contar y otras tantas a propósito por defenderme, solo porque muchos quieren usar mi cabeza como arma. Eso me ha hecho ser infeliz durante tantos años… Pero creo que no contaba con que mi maldición no afectaría a alguien como tú. — Sentí un toque de felicidad en su voz y eso me alegró—. No puedo dañarte, puedo conversar contigo sin tener una ansiedad constante por perder el control porque mi otra forma siempre lucha por salir y… puedo volver a tener una amiga si es lo que tú también quieres. Si te he tratado así, es porque hacía demasiado tiempo que no podía cuidar de alguien, hablar o tener compañía. Sé que puede ser abrumador para ti, pero espero que lo entiendas.

— Lo… lo comprendo — dije tras haberme quedado momentáneamente en blanco—. Lleguemos a un acuerdo entonces. Cuando algo nos parezca abrumador, nos lo decimos sin que la otra se ofenda. Ambas hemos pasado por mucho y creo que está bien que nos demos una oportunidad.

— ¿Lo dices en serio? — Sollozó, llevé mi mano a su cara para secarle las lágrimas.

— Claro. Mírame, aún no sé ser independiente, así que no podría vivir sola o en una sociedad en la que no han dudado en intentar robarme a la primera de cambio. Y tú necesitas no estar sola de nuevo, creo que podemos aportarnos mucho. — Rio suavemente, estaba contenta.

Continuamos con nuestro pequeño picnic a la luz del color rubio durante lo que calculé que podrían haber sido un par de horas más. Charlamos sobre cosas interesantes que Medusa daba por sentado, como por ejemplo que existía una cosa que se llamaba «escritura». Ella decía que la gente grababa en piedra unos símbolos que significaban palabras y que luego otros eran capaces de leer.

Después, me contó las maravillas que suponían los poemas o los manuscritos, superficies de papel en las que se marcaban esos símbolos con tinta y se creaban historias. Incluso me dijo que podía enseñarme cómo hacerlo en la tierra que nos rodeaba. Guio mi mano para trazar esos

símbolos y luego acariciarlos con atención hasta que descubrí su forma completa: *ΈΛΕΝΗ*.

— ¿Qué es esto? — pregunté fascinada, ella volvió a sonreír—. ¿Qué significa?

— Es tu nombre, Helena. — Me sonrojé, no me acostumbraba a tener un nombre o a lo bonito que ella lo pronunciaba—. El mío sería así. — Me agarró de la mano de nuevo—. *ΜΕ… ΔΟΥ…ΣΑ*, es un poquito más difícil que el tuyo, lo admito.

— ¿Acabo de escribir? ¿Y cómo te sabes todos estos símbolos?

— Tranquila. — Rio de nuevo, estaba realmente feliz—. Técnicamente, no, no has escrito, he escrito yo por ti, pero si te interesa puedo enseñarte. Y me sé esos símbolos de memoria porque están recogidos en un alfabeto. Cada letra tiene su nombre y su orden, y cuando las juntas crean palabras. Te advierto que no lo dominarás en un día y en tu caso, será mejor que escribas en piedra. Cuesta más, pero podrás leer con las manos.

— No me importa cuánto tarde o si será difícil escribir, quiero saber cosas. Hay tanto que me he perdido estos dieciocho años…

— Entonces aprenderás, te lo prometo. — Sonrió de nuevo.

— ¿Por qué estás feliz? — pregunté curiosa.

Por toda respuesta, Medusa se levantó de mi lado y comenzó a recoger. Lo único que podía distinguir eran sus pies dando vueltas a mi alrededor y los cuencos de madera sonando unos contra otros. Además, percibía un ligero siseo proveniente de su boca. Comencé a sentirme mal porque quizás había dicho algo malo o fuera de lugar y no creía que fuese el momento de preguntar. Después, me pidió que me pusiese en pie para recoger la tela en la que estábamos sentadas y, tras volver a ajustarme el saco en la espalda, volvió a cargarme de vuelta a casa.

El silencio era abrumador, pero, a pesar de ello, no lo sentía pesado y llegué a la conclusión de que la única que estaba incómoda era yo. A juzgar por el cambio de temperatura, debía ser bien entrada la tarde cuando llegamos de nuevo a su hogar. Me bajó con cuidado de su espalda para dejarme sentada en mi lecho, pero no se iba, la tenía muy cerca observándome. Sin previo aviso, me estrechó contra sí y pude percibir su dulce olor.

— Estoy feliz porque todo te hace ilusión y quieres compartirlo conmigo. Estoy feliz porque estás aquí, Helena.

8

# Sentimientos encontrados

Varios días habían pasado desde aquel picnic en esa zona que Medusa llamaba el Pequeño Paraíso. Desde aquel día, no volvimos a ir porque el estado de mis pies empeoró debido, según ella, a la suciedad, que me provocaba algo llamado «infección». Por mi parte, solo sabía que eso picaba y que olía a podredumbre. Era una pequeña dosis de muerte, mi más antigua acompañante en el delicado equilibrio de mi existencia.

Medusa, atenta y sorprendentemente servicial, se convirtió en una gran ayuda durante mi período de convalecencia. Quizás, de haber sabido que no era mi primera herida y tampoco la más grave, habría estado más relajada con todo el asunto, pero parecía tomar mis magulladuras con mucha seriedad y mi cuidado con mucho cariño. Cuando me acariciaba la piel al limpiarla, mi corazón se calentaba, y llegué a la conclusión de que esa sensación era parecida al cariño.

Por las noches, pensaba en todas las conversaciones que teníamos durante el día y las pequeñas cosas que iba aprendiendo de ella, como por ejemplo el olor que debía tener una planta con propiedades cicatrizantes y cómo tratarla para conseguir un ungüento. Si la infección olía a muerte, Medusa y sus plantas olían dulce, igual que todo lo que estaba relacionado con ella. Y era agradable, muy agradable.

— He llegado a la conclusión de que sé qué haces cuando cuentas — expresó mientras cuidaba mis pies con delicadeza. Yo me extrañé—. Por las noches — añadió cuando vio mi confusión—. Te he oído murmurar números cuando crees que duermo.

— No lo sabrías ni en mil años, Medusa — respondí con sorna cuando reaccioné.

— Cuentas pasos — sentenció. Mi silencio le confirmó que era cierto—. Lo sabía… No sé cómo lo haces, pero eres capaz de distinguir direcciones contando. ¿Qué pasa si algo cambia?

— Tropiezo — admití a regañadientes—, lo cual suele significar castigo. Bueno, solía, espero. No pareces de esas que me daría diez latigazos atada a un poste por romper algo.

— Esa actitud es enfermiza. — Su voz tenía un ligero toque de irritación—. No, no te azotaría por algo así. Por alguna otra razón… puede.

— ¿Qué razón? — inquirí conociendo una posible respuesta. Con los días había empezado a comprender su sentido del humor.

— Que tú me lo pidas. — Suspiró una sonrisa. Me ardía la cara de vergüenza debido a su tono sensual, pero pensar en cómo unos azotes podrían ser placenteros escapaba de mi entendimiento. Los latigazos dolían—. ¡Lo has imaginado!

No dije nada al respecto, puesto que aprendí rápido que contestar a eso le daba pie a continuar por ese camino durante horas y eso me provocaba sentimientos encontrados. Hablarlo con ella, incluso preguntar sobre cualquier cosa, era fácil, pero a veces me recordaba mi vida anterior. Eso siempre acababa en llanto y en malestar, pues habiendo pasado solo unos días con ella, me di cuenta de que todo lo que componía mi realidad se sustentaba en una palabra: abuso.

Callé siendo consciente de que la sonrisa que teníamos mientras hablábamos se

desvaneció, pero no pude evitarlo, dolía. Para mí, el sexo era más doloroso que cualquier otra cosa porque no tenía un solo recuerdo bueno sobre ello, solo abusos por parte de Proteus casi a diario que eran terribles, tanto física como mentalmente. Era tal el poder que ejerció sobre mí durante tantos años que creía tener suerte cuando solo me pedía estimulación. Pero la verdadera suerte era ser libre y poder darme cuenta de que ese no era el orden natural de las cosas.

«Yo solo me pertenezco a mí misma, y a la vez nadie me pertenece a mí. Esa es la verdad.»

Salí de mi abstracción cuando dejé de notar el contacto de sus manos en mis pies. Medusa soltó un suspiro y comencé a oír sus pasos alejarse de mí hacia lo que hacía días descubrí que era la cocina. Allí, guardaba un cubo con agua, probablemente de la laguna donde nos bañábamos, para poder lavarse las manos o limpiar los cuencos que usábamos para comer. En poco tiempo, me di cuenta de que tenía una ligera obsesión con la limpieza y eso me hizo sonreír. Medusa tenía sus particularidades y eso me despertaba cierta ternura.

Además, me parecía curioso que, a pesar de saber que yo había sido esclava y que sabía desempeñar muchas tareas, solía hacer ella misma todo aquello que necesitaba. Jamás me lo pedía. Notaba en su actitud y en ciertas cosas que me decía que prefería dejar que yo descansase y me daba la sensación de que se refería a mi cabeza más que a mis pies. ¿Acaso quería que mi mente también sanase?

— Siento mucho si he dicho algo que te haya hecho sentir mal. — ¿Cómo había llegado a mi lado sin darme cuenta? —. Para mí, tenerte también significa un cambio muy grande.

— No es por ti, tranquila. Es… — pronuncié, luego tomé aire—. Tenías razón, es algo que no se supera — admití.

El silencio se apoderó de la situación y, en esta ocasión, era bastante pesado. Durante varios días, no le había expresado cómo me sentía cuando comentaba ese tipo de cosas, solo porque no sabía cómo hacerlo. Por ello, mientras caminaba y contaba pasos por las noches, imaginaba cómo sería decir que algo era molesto o desagradable para mí, pero cuando lo intentaba en la realidad, era muy difícil que todo saliese como en mi mente. Pero algo cambió ahí, quizás su tono de voz, quizás su disculpa, una de las primeras de mi vida, pero las palabras salieron antes de que pudiera pensarlas.

Ante eso, ella se agachó junto a mí, lo supe por cómo se movió el aire en ese momento, y se sentó a mi lado. Su compañía física era apenas un ligerísimo contacto de mi brazo con el suyo y su rodilla contra mi pierna estirada, pero supe que no me miraba a mí, sino al frente, quizás con la mirada perdida, cuando habló y me hizo conocedora de la dirección que su voz tomó. Hablaba bajo, triste, y extrañamente eso calentaba mi interior porque se sentía familiar.

— Helena… — Dudó—. Cuando tenía dieciséis años, hace varios siglos, cuando era humana, conocí a una chica… — Giré mi cabeza hacia ella dándole a entender que era toda oídos—. Fue la primera vez que tuve sentimientos encontrados, pero algo distintos a los que tu experimentas. — Estaba confundida, nunca le había dicho eso—. No eres la única que siente las cosas, yo lo llamo «vibraciones» — aclaró—. Era… feliz.

— ¿Feliz? — Me sorprendí. Los sentimientos encontrados no eran felices.

— Sí, feliz. El cometido de una mujer es poder estar junto a un hombre, amarlo cuidar del hogar, tener hijos y amarlos también, ¿no crees? — Asentí—. Pues yo pensaba igual, pero todo se volvió confuso cuando conocí a Alida. — Podía notar su sonrisa melancólica en sus palabras—. Me empezó a gustar. Mucho, de hecho.

— ¿Y qué? — Me extrañé, no sabía a dónde quería llegar con esa historia.

— Paciencia — susurró—. Resultó que ella sentía lo mismo y comenzamos a compartir besos, secretos, incluso habitación en algunas ocasiones. Pero eso me hizo darme cuenta de que cada vez quería menos una vida con un hombre y proporcionarle hijos. Alida me hizo enfrentar aquello que sabía contra aquello que quería. Me resultaba muy difícil avanzar y dejar algunas cosas atrás. Casi se convirtió en una obsesión: ella, su piel, sus besos, sus caricias, incluso su forma de hacerme el amor.

Me sonrojé al escuchar esa última confesión y comencé a reflexionar sobre sus palabras. Si bien mantener relaciones con otras mujeres no estaba mal visto mientras se llevase a cabo en la discreción del gineceo, sin que nadie fuera de la *oikós* se enterase, y se cumpliera con las tareas para con el hombre, entre ellas mantenerlo satisfecho, confesarlo era una práctica muy extraña. Ella, sin embargo, estaba hablando de algo muy distinto… Rechazaba la idea de estar con un hombre para dedicar su vida a una mujer. Convertirse ella en el hombre, como Proteus bien expresó al prohibírselo a Cyrilla. Impensable…

— Sé lo raro que suena, tranquila. Sé que no es muy común para las mujeres hablar abiertamente de esto, pero quiero que comprendas. Además, aquí solo estamos tú y yo. Estaremos bien. El caso es que no podía seguir así, era muy joven y el ostracismo me aterraba. Irónico, ¿no? — añadió con tristeza—. Pero tampoco podía, no quería pasar mi vida a expensas de un hombre. Fue por eso por lo que fue para mí fácil tomar la decisión de ser una sirvienta de Atenea y rechazar a Poseidón tantas veces hasta… — Carraspeó, a ella tampoco le gustaba hablar de ello—. Hasta que abusó de mí. Por eso tengo sentimientos encontrados, he experimentado amor y dolor en la misma acción. Pero he tenido siglos para sanar y olvido que tú eres más sensible ahora.

— ¿Lo hacías como un hombre? — pregunté abstraída.

— ¿Y eso es lo que preguntas tras la historia? — Rio a carcajadas—. No, Helena, nunca. Para empezar, siempre lo hice como mujer porque es lo que soy. A veces un reptil, pero mujer. — Sonreí ligeramente—. Pero si te refieres a la parte en la que se introduce un falo… No, porque es imposible si no tienes uno. De haber sido así no podría haber servido a Atenea, no habría sido casta.

— ¿Y cómo… hacíais el amor, entonces? — Cada vez me sentía más confusa, era un tema totalmente nuevo para mí y ni siquiera se correspondía con lo poco que sabía a la fuerza.

— Hay muchas formas de hacerlo si se comprende que tener un falo no lo es todo. Puedes acariciar con suavidad, — Sus dedos comenzaron a trazar suaves líneas en mis brazos mientras hablaba, ilustrando lo que estaba diciendo—, o dar besos en el cuello. — ronroneó en mi oído. Después, sentí su aliento recorrer suavemente mi piel. Comencé a sentir calor desde mi interior y supe que estaba sonrojada—. Incluso puedes… — susurró, bajó sus caricias a mis muñecas.

— ¿Puedes…? — inquirí con la voz entrecortada. No sabía qué era la sensación que me invadía, pero no era tan desagradable como Proteus.

— Usar la lengua.

Acto seguido, noté cómo lamía toda mi cara, dejando una densa capa de saliva sobre mi piel. Ella reía a carcajadas esquivando con facilidad mis inútiles intentos de defenderme. De haber visto dónde estaba, le habría dado una fuerte bofetada. Con un claro gesto de asco, comencé a secarme la cara con la toga mientras seguía escuchándola reír suavemente a pocos metros de mí. Extrañamente, eso me hacía sentir bien. Mi pesar había desaparecido conforme me contó algo sobre su pasado, que era inexplicablemente parecido a como me sentía.

Estaba tranquila y segura con Medusa porque sabía que tenía algo parecido a una *oikós*. Levantarme desorientada y golpeada ya no era un motivo para pasar noches en vela para evitarlo, pero eso no hacía que mis hábitos de sueño hubiesen cambiado. Era parecido cuando pensaba en Proteus y en todos aquellos años. No iba a desaparecer como si nada, pero eso no significaba que mi relación con la intimidad no pudiese convertirse en algo más positivo en el futuro.

Ese día me sentía muy feliz. Mi amo me había dicho el día anterior que iba a ser mi séptimo cumpleaños, lo cual quería decir que cumplía siete. Él me enseñó a contar números muy grandes, incluso hasta el mil, para poder controlar mis pasos sin necesidad de tropezarme, y estaba claro que ya era una niña grande. Aunque a mi ama le desagradaba que año tras año siguiera allí a pesar de todo, mi amo era mejor y me prometió un regalo especial a los ocho, el cual me daría él personalmente en el andrón. Eso me hacía ilusión, ¡sólo me quedaba un año! Y quién sabe, a lo mejor me convertía en liberta…

Con energía, comencé mi mañana avivando el hogar y echando agua a los bueyes. La verdad es que yo también tenía mucha sed, pero debía portarme bien si quería un regalo. ¿Qué sería esta vez? Quizás un trozo de carne recién hecho, nada de sobras. O tal vez dar una vuelta por el ágora por primera vez. ¿Y si era como el año pasado en el que por un día mi amo se aseguró de que no me castigasen? ¡Eso sí que sería emocionante! Acabé con la cara llena de hollín por limpiar las cenizas, pero la posibilidad de tener unos regalos así, o incluso todos a la vez, me alegraba tanto que ni siquiera me importaba.

Lo siguiente era el gineceo. Mi ama solía dejarlo muy sucio, sobre todo con ropa de por medio con la que me tropezaba, pero ese día no era importante porque, al haber crecido un año entero, me dejaba escoger uno de los trajes que tenía tirados por el suelo. Siempre me llevaba el que más me agradaba al tocarlo, porque, aunque duraba poco siendo suave, al menos se convertía en algo mío y no me apretaba.

Me encantaba mi cumpleaños.

No tardé en recoger en silencio una de las dos habitaciones que había en esa parte de la casa. Mi ama mandó construirla uno o dos años atrás alegando que necesitaba más espacio, y por

supuesto que mi amo quiso complacerla. Era el mejor hombre de toda Grecia y quería verla feliz. Entre divagaciones mientras recogía, escuché un ligero sonido parecido a una voz, el cual habría sido imperceptible para cualquiera excepto para mí. Me dirigí al lugar del que había emergido y se hizo, poco a poco, más intensa. Era como un quejido.

Entré en la habitación, cautelosa, y comencé a comprender que no eran lamentos. Esa voz no estaba tintada de dolor, no como la de los otros esclavos trabajando que escuchaba al pasar días castigada frente a ellos. No… Esa voz tenía algo de placentero, algo de disfrute, parecida a la que le salía a mi amo cuando comenzaban las bacanales.

— Cyrilla… — gimoteó una voz conocida.

— Calla, Erianthe. — ¿Qué hacía allí la otra esclava? Debería estar en las cocinas en ese momento—. Recuerda quién soy para ti.

— Mi ama — gimió de nuevo. Pude escuchar un sonido ligeramente viscoso provenir de ellas.

— Exacto, y eres mía. — Esta vez, Erianthe gimió fuerte, como cuando yo me daba con los muebles en el dedo pequeñito del pie. ¿Se habría hecho daño? —. ¿Lo quieres más fuerte?

— Si, mi ama — jadeó, y pensé que quizás le estaba pegando, pero no sonaba a golpes. Me desconcertaba porque, ¿qué si no querría más fuerte?

En el momento que ella contestó eso, el sonido que percibí fue completamente nuevo para mí. No eran golpes, pero definitivamente sonaba a carne chocando con algo. La voz de Erianthe comenzó a elevarse poco a poco y mi ama comenzó a soltar un ligero gemido de cansancio, como si le faltara el aire. En realidad, el conocer por primera vez esos sonidos me estaba asustando porque no era capaz de entender nada de lo que estaba pasando. Ni siquiera era capaz de saber del todo si sentían placer o dolor.

Y esa vez, solo esa vez en la vida, me olvidé de contar pasos y me dispuse a salir corriendo. Pero, para mí, no contar solo significaba una cosa: romper objetos, a veces de gran valor. Por desgracia, eso ocurrió antes de salir de la habitación y, cuando el barro endurecido y convertido en ánfora estalló contra el suelo, las voces cesaron y se convirtieron en sorpresa, e incluso diría que algo de miedo. ¿Acaso hacían algo que no debían?

— ¡Esclava estúpida! ¿Qué haces aquí? — Me agarró fuertemente del brazo y pude sentir un penetrante olor a sudor. Mi ama no sudaba, no por esfuerzos físicos.

— Y-yo… Limpiar, mi señora. — Agaché la cabeza, quizás podría librarme.

— Lárgate de aquí y no vuelvas. Te prohíbo desde ahora entrar al gineceo. ¡Nunca más!

Tras espetarme la orden así, me dio la vuelta y me dio una fuerte patada en la espalda, haciéndome tropezar hasta lo que identificaba como la salida. Era normal que se hubiese cabreado tanto, le había roto una de sus ánforas favoritas, la que contaba la hazaña de Heracles contra el león de Nemea, o eso me dijo ella una vez. Lo cierto era que me lo merecía, pero no pude evitar llorar porque no era como si lo hubiese hecho aposta, fue un accidente. Los otros esclavos no eran tratados así cuando se equivocaban, y para colmo me había quedado sin toga nueva.

Se suponía que mi cumpleaños debía ser un día feliz, pero justo en ese momento se había torcido todo. Ya no podía recibir mi regalo favorito, que no me castigasen, porque ya lo había hecho mi ama. Lloré amargamente mientras continuaba con los quehaceres de la casa pensando en que quería mi toga porque no aguantaba un minuto más con la que me estaba pequeña. ¡No era justo! Y cuanto más pensaba en ello, más lloraba, hasta que se convirtió en un berrinche incontrolable.

Fue entonces cuando mi amo me escuchó y acudió a mí. Primero, me acogió entre sus musculosos brazos, esculpidos por el trabajo, y me consoló con palabras suaves. Desde luego que él era el mejor. Cuando hipé para calmar el llanto, me preguntó qué había pasado y le conté todo, incluido lo de que mi ama no me quiso dar una toga nueva. Sin embargo, lejos de lo que había previsto, se cabreó sobremanera y me arrastró con él al gineceo soplando por la nariz furiosamente. Cuando llegamos, los gemidos cambiaron a un suspiro sonoro.

— Cyrilla… ¿Qué haces, mujer malnacida? — La bofetada que le dio hizo eco en la habitación. Después, oí cómo mi ama caía al suelo, a plomo—. ¡Y con la esclava! ¿Es que no tienes límites?

— P-Proteus, yo… Ella… — susurró aterrorizada.

— ¡No quiero saber nada! ¡Me das asco! ¿Qué pretendes convirtiéndote en un hombre? ¿Haciendo…? ¡Eso! — añadió asqueado—. Y te las has ingeniado para tener un falo de cuero. — ¿Qué era un «falo»? No entendía nada—. Te prohíbo que vuelvas a hacer semejante atrocidad. Las mujeres son para los hombres, y esta… abominación con la esclava, me la pagarás. Erianthe, recoge tus cosas. No te concedo la libertad, pero te irás de mi casa antes del mediodía o sabrás lo que es la cólera. Niña — espetó—, recoge todo este desastre y elige una toga nueva, esa te está pequeña.

A pesar de no verla, supe que mi ama me dedicó una intensa mirada de odio que recorrió toda mi espalda mientras recogía. Desde ese día, algo se había encendido dentro de ella más allá del asco que, como espartiata, me tenía.

Cuando desperté, pasé un rato pensando en silencio, sin llamar la atención de Medusa. Recordaba ese día… fue el último en el que me sentí feliz de cumplir años, cuando mi vida se convirtió en el verdadero hades y no sólo en una antesala. Y todo por una maldita toga. De haber sabido que Cyrilla sentía algo por Erianthe, no sé si amor o simplemente favoritismo, lo habría dejado estar, porque ambos me usaron para su venganza personal: ella, para torturarme a diario por algo que fue un error infantil; él, para darme el regalo no deseado de su virilidad a los ocho años y de manera continuada e indeseada hasta que hui, sólo porque era la persona a la que Cyrilla más odiaba.

Lo más cómico de todo ello era que ambos habían orquestado aquella situación muy cuidadosamente para herirse indirectamente en vez de conversar. ¿Por qué? Era bastante sencillo.

Cyrilla era una pobre infeliz que debía volcar sus frustraciones con alguien más débil, alguien que no se pudiese defender, alguien como una niña ciega. Y Proteus sólo necesitaba una excusa para justificar sus actos de tortura porque, en realidad, debía de haber estado pensando en aquello durante mucho tiempo. Desde muy pequeña me había dicho que mi regalo especial llegaría a los ocho años, y a los ocho años experimenté mi primer abuso. Dañarme a mí era la única forma de mantener su estatus social porque descargaban sus frustraciones conmigo, un mero objeto. Retorcido.

9

# Las bestias que moran en el interior

Poco a poco y con el paso de las semanas, ordenaba los pensamientos que me asaltaban sobre mi infancia, así como los sentimientos que me producían. Llegué a la conclusión de que mis recuerdos más felices eran de cuando era más pequeña, antes de cumplir los ocho años, porque sólo me trataban de inútil y Cyrilla me castigaba, pero al menos tenía a Proteus de mi lado. Después de eso, me quedé completamente sola durante diez años y todo se volvió más y más duro conforme crecía y era más consecuente con la situación en la que estaba viviendo. Por eso deseaba morir en vida.

Pero algo cambió cuando conocí a Medusa. Ese día se cumplían dos meses desde que llegué a su morada en el corazón de una montaña y me sorprendí a mí misma al reflexionar sobre mi vida desde que la encontré. Ya no quería morir a diario. De hecho, no había pensado en ello ni una sola vez desde que compartíamos hogar. Era muy agradable estar con ella, conversar y aprender sobre el mundo que nos rodeaba, también nuevo para mí, a medida que me lo enseñaba todo. La felicidad era algo que poco a poco podía ser tangible para mí por primera vez y eso, de vez en cuando, encogía mi pecho cuando pensaba que se debía a ella.

Mis heridas, por fin, habían sanado del todo y pude comenzar a hacer cosas por mí misma sin que Medusa se tuviera que preocupar de cada necesidad que yo tenía, y lo cierto es que era un alivio. Descubrí durante ese período de tiempo que me gustaba hacer las cosas por mí misma, aunque tampoco era malo dejar que ella me «mimara», como solía llamarlo. No tenía ni idea de qué quería decir con ello, pero era tan agradable sentirse así que ni siquiera me cuestionaba sus acciones o por qué lo hacía. Me gustaba estar con ella, eso era todo.

Y a ella le gustaba estar conmigo. Días atrás, salió de sus propios labios, pero era algo que ya sabía sin que me dijese nada porque poco a poco sentía cómo cambiaba su forma de dirigirse a mí e interactuar conmigo. Solía hablarme muy suave y cerca, casi como si quisiera acariciarme con cada palabra, y le notaba en la voz que sonreía más. Además, nuestras conversaciones eran más personales, tanto que comencé a contarle algunas cosas de mi pasado cuando ella me preguntaba por ciertos eventos que no me dejaban dormir. Con ella, nada de eso era incómodo. Así, más de una madrugada tuvimos conversaciones acompañadas del canto de los grillos, la una frente a la otra, hasta que me daba la mano y me quedaba dormida tras llorar. Se convirtió en algo muy… íntimo.

Pero no solo le ocurrió a ella. A mí también me gustaba estar a su lado y compartir el tiempo que teníamos. Sonreía más y me sentía aliviada en lo más profundo de mi ser, como si hubiera estado buscando algo toda la vida sin saberlo y lo hubiera encontrado el día que me rescató. ¿Se sentiría así un hogar de verdad? Ese que te dicen que no es en sí la *oikós*, sino con quién la compartes. Y llegué a la conclusión de que sí, porque a veces se tenía que ausentar durante unos días para ir a Tracia y adquirir algunos víveres que no podía obtener del Pequeño Paraíso y, cuando llegaba, no podía evitar salir corriendo para estrecharla entre mis brazos deseando fusionarme con ella mientras mi corazón se encogía de la emoción.

¿Qué me estaba ocurriendo?

— ¿Helena? — Salí de mi abstracción. ¿Cuándo me había distraído? —. ¿Estás conmigo o en el Olimpo?

— Contigo, contigo — respondí sonrojada. Me había pillado.

— ¿Sí? — añadió con una sonrisa maliciosa—. Entonces dime, ya que estamos dando la letra omega, ¿me la puedes escribir? — Por toda respuesta, tracé una «Ω» sobre una tablilla de piedra con el martillo y el cincel que ella me había regalado—. Muy bien, listilla. ¿Y en qué se diferencia de una ómicron?

— En la grafía. — Había aprendido esa palabra con ella y me gustaba usarla en cuanto tenía la oportunidad.

— Muy pero que muy listilla. — Se rio con una suave musicalidad—. Pero no me refiero a eso, sino al uso.

— Tú ganas — dije tras unos minutos de silencio—. Estaba en el Olimpo, ¿contenta?

— Mucho — confesó—. La verdad es que no hay mucha diferencia de uso. Si hablas desde el yo, o si dices que algo es tuyo, se escribe con omega. Si no, es con ómicron.

— Medusa, es demasiado confuso.

— Lo sé. ¿Recuerdas que me fui hace unos días? — Asentí—. Fue para comprar esto. — Cuando lo puso sobre mis manos, supe que eran unas tablillas escritas—. Considero que para saber escribir hay que leer y… me pateé el mercado entero buscando unas tablillas llenas de ómicron y omega para ti. Para que puedas… — Carraspeó—. Ya sabes…

Su voz tembló e instintivamente alcé la mano a su cara y acaricié su mejilla. Estaba bastante cálida y a la vez pude sentir unas escamas duras en el contorno de su mandíbula, por lo que supe que estaba nerviosa por algún motivo. Para calmarla, me acerqué más a ella, la abracé y le acaricié el pelo, pero no conseguí el efecto que buscaba. Por el contrario, empecé a sentir un siseo contra mi oreja proveniente de su boca, que poco a poco bajaba hacia mi cuello. Mi piel se erizó ante el contacto con su lengua y comprendí que me había gustado sentirla, pero pronto se sustituyó por un tacto más duro; eran sus colmillos, ligeramente afilados, a punto de morderme.

Sin embargo, no me aparté. Encontré deleitante el ligero bocado que me propició y, a pesar de no saber por qué, a qué se debía o siquiera qué estaba ocurriendo, no quería que aquello parase. Su tacto me gustaba y me sorprendió llegar a la conclusión de que quería que se prolongase durante un rato. Sus manos, ahora también cubiertas de escamas y con las uñas afiladas, buscaron mi espalda y la arañaron delicadamente, casi como si hubiese utilizado una pluma para ello, y me acercó más a ella.

Ahí estaba de nuevo esa sensación; quería fundirme con ella.

— Helena — susurró con voz gutural.

— Medusa — respondí en el mismo tono.

— Coge el… a-azufre — dijo de repente como si le costase hablar, pidiéndome que cogiese el cubo de las emergencias—. Y ve… te a…

— Al bosque, a la choza del pánico.

— Si. — Sonrió a duras penas—. Co…rre.

Sin discutir una sola palabra, me separé de ella con rapidez e hice exactamente todo lo que me pidió. Poco después de curar mis pies, me explicó por qué vivía en un volcán, y no era solo por su lejanía con el resto de la sociedad. Era por el azufre y por el delicado equilibrio que mantenía con su yo maldito. El azufre repelía a las serpientes, lo cual significaba que no podía salir de allí si su otro ser se descontrolaba. Si se convertía en el exterior, era porque ella tenía el control. Pero ahora vivía conmigo y yo no estaba fuera, por lo que preparó ese cubo para una emergencia, así como la choza del pánico. Si algo pasaba, yo debía encerrarme allí y esparcir su contenido en el interior. Ella sabía que no me podía convertir en piedra, pero sí podía estrangularme.

Fui rápida en acometer mi tarea, no solo para salvarme a mí misma sino también para dejar a Medusa más tranquila. No quería que ella cargara con la muerte de una persona a la que apreciaba. Ya había sufrido bastante en la vida como para añadir eso a su lista de miserias y, además, a mí tampoco me apetecía dejar de respirar. Quizás, esa habría sido la mejor opción del mundo hacía meses, pero ahora, compartiendo mi vida con ella, no quería que aquello acabara. Procuraría que las dos pudiéramos quedarnos juntas un poquito más.

Escuchando sus gritos desesperados retumbar contra las paredes de la cueva mientras yo corría como una exhalación, no pude evitar llorar de la impotencia. Era débil, mortal, y todo lo que podía hacer por ella era esconderme como una cobarde y dejarla sufrir sola. Y Medusa, sin embargo, me había preparado para cuando algo así pasase porque fue ella quien me animó a correr bajo su supervisión cuando no había peligro, a aprender el camino casi como si fuese instintivo, a no tropezar corriendo como si mis ojos funcionasen. Me había enseñado a dejarla atrás.

Llegué al Pequeño Paraíso. Ni los insectos ni los animales hacían un solo ruido. Todos estaban escondidos en sus madrigueras temerosos de la furia de Medusa y de ser su siguiente alimento. Por mi parte, mientras encontraba la choza y ataba a la puerta una gruesa cadena que ella predispuso en su interior para mi seguridad junto con una llave, sollozaba preocupada, escuchando los gemidos de la bestia que habitaba en su interior reverberar dentro de la montaña y ocupar el silencio que reinaba en aquel lugar. A mi alrededor, vacié el cubo de azufre. Acto seguido, me senté, temblando, y me encogí contra mis propias piernas a esperar.

Pensaba en lo mal que lo debía de estar pasando porque no había nada peor que luchar contra el monstruo que se esconde dentro de todo ser, ya sea de naturaleza salvaje o, en mi caso, el que por años me había instado a acabar con mi vida. Y ambas luchábamos contra ellos, pero, en mi caso, yo la tenía a ella para librar la batalla. Medusa solo podía depender de sí misma debido a que su naturaleza le impedía estar acompañada cuando perdía el control. Toda la vida me reprocharía no ser lo suficientemente fuerte para estar con ella en esos momentos, pero solo me quedaba rezar a los dioses, ahora sabiendo que existían puesto que Medusa era real y estaba realmente maldita, y esperar.

Durante horas, los gritos salvajes, los golpes sonoros y los quejidos de algún animal cazado, así como una figura arrastrándose continuamente alrededor de la choza del pánico y

haciendo ceder la hierba bajo su peso, me atormentaban. A veces, el siseo que Medusa arrastraba llenaba por completo mis sentidos y lo escuchaba por encima de mis sollozos. Rondándome, cazándome. Pero yo sabía que no me haría nada. No era una certeza, pero irracionalmente sabía que no estaba en peligro. Era Medusa, y la Medusa que yo conocía jamás me habría hecho daño.

Sin embargo, me daba miedo pensar que aquel ser del exterior no era ella y que, en ese caso, sí que estaba dispuesto a acabar conmigo independientemente de la voluntad de la Medusa humana. La menor de las gorgonas supuraba odio porque así era la maldición de su soledad. Sabiendo cómo era, que ese ser del exterior normalmente me apreciaba, me cuidaba y me tenía en alta estima, que me enseñaba a vivir como una persona digna y lamentaba a diario haber arrebatado tantas vidas a lo largo de los siglos, me aterraba el odio irracional que ahora mostraba. Me di cuenta de que Atenea había hecho el trabajo más perfecto y cruel de todos los tiempos: a la hora de la verdad, Medusa debía estar sola, tal y como exigía su condena.

Maldije a la diosa en voz alta como si de una plegaria se tratase, pues su crueldad fue tal que no me importó obtener un castigo por su parte. Fuese lo que fuese, no podía ser peor que mis primeros dieciocho años de vida. Quizás, con suerte, me maldeciría como a Medusa, exactamente de la misma forma, y podría quedarme junto a ella sin estar en peligro. Pero nada pasó, ignoró mi blasfemia al igual que ignoraría a muchos mortales a lo largo del día, y permanecí en esa cabaña sola e impotente, a la espera.

Solo me quedaba llorar y esperar a que todo acabase, escuchando los quejidos de Medusa cerca y lejos de la cabaña del pánico. Llorar mientras diezmaba la población de conejos que con tanto cariño y equilibrio cuidaba para mantener una fuente de recursos estable. Llorar maldiciéndome por poder escuchar más de lo que podía un humano normal y no perderme un solo detalle de su sufrimiento y su frustración, porque ahí, bajo la piel de la bestia, sufría la humana por no poder hacer nada. Esa batalla no se libraba con huestes ni con lanzas y barcos, sino con la mente luchando por tener el control del cuerpo.

Pensé entonces en ella, en la humana, y en lo bien que me había hecho sentir con el paso de los días. Hizo tantísimo por mi sin pedir nada a cambio que, en un principio, pensé que tarde o temprano se aprovecharía de mí o me pediría algo, pero solo quiso mi compañía. Algo simple e insignificante como la presencia y la conversación de una liberta se convirtió en algo vital para las dos, para vivir con plenitud. En muy poco tiempo pasé de negarle el contacto, en especial de mi cabello, a confiar en ella sin ponerle una sola traba porque sentí que me iba a tratar con… amor.

Ella siempre me trataba así, con mucho cariño y delicadeza; cuando curó mis heridas, con las charlas íntimas de cada noche, cuando un tema podía ser potencialmente doloroso para mí, sus caricias, su delicada voz, incluso sus abrazos o sus ligeros roces en mi cuello… Antes de huir, podría haber sucumbido a la bestia y haberme mordido hasta morir desangrada o asfixiada, pero me avisó al ver que no quería, que no podía apartarme de ella. Luchó unos minutos para que no saliese y me dejó huir a pesar de escuchar cómo sufría por ello. Todo por mí.

Pero algo más había pasado en ese momento, o en general en varios momentos en los que le gustaba estar cerca de mí y acariciarme. Era algo casi, si es que no lo era ya, íntimo, y no solo me agradaba, sino que a menudo me sorprendía pensando que quería más o que no quería que ese momento se acabase. Nunca había anhelado volver a tener algo así, que acabara un

momento con ella y estar deseando a que llegase el siguiente, porque antes los únicos momentos que se repetían eran las palizas y los abusos, pero ella era algo totalmente distinto.

Medusa me hacía sentir bien, segura y querida. Y yo, todavía descubriendo qué era el cariño, si lo que recibía era amor, pensé que tenía la misma necesidad de devolverle lo que ella me daba a diario y que por eso lo haría incluso si mi corazón se sentía raro. Cada abrazo, cada caricia, hacía que se me saltase un latido e, igualmente, podía escuchar con claridad cómo a ella le solía pasar lo mismo. Por otro lado, junto a ella tenía la facilidad para sonrojarme como jamás lo había hecho, aunque no llegaba a entender por qué. Al fin y al cabo, ella era una mujer y yo también, pero eso no me quitaba de la cabeza que ella quizás me…

— *Helena* — dijo Medusa en el exterior, con la voz algo gutural y rascando la puerta. Por el sonido, presupuse que dejaría un profundo surco en la madera—. *Heleeeeena* — canturreó —. *Vamosssss, sé que estás ahí, ratoncita. Sssssal de la madriguera*.

— Ya hablas… — susurré.

— *Claro que hablo*. — ¿Cómo me había escuchado? —. *Soy yo, tu amiga Medusssssa, y ya estoy mucho mejor. Sssssal, preciosa, y vámonos a casssssa*.

— ¿Te encuentras bien? — Dudé.

— *Sssssi. Todavía me dura este cuerpo, pero sssssoy yo.* — De nuevo, escuché que rasgaba la puerta.

— Está bien, volveremos. ¿Te has herido?

— *Nooooo* — canturreó de nuevo. ¿Era tan rara después de transformarse?

— Vale, eso es bueno. — Comencé a tantear la cadena de la puerta con la llave, dispuesta a irme con ella. Estaba claro que, por su actitud extraña, necesitaba ayuda—. Salgo en seguida, ¿sí?

— N-n-no — dijo ahogadamente, su voz cambió de nuevo—. Te… engaña, Helena. No… salgas. *Sal. Sssssal y vamos a casa.* — Pero ¿qué…? —. ¡Quédate a-hí, Helena! *No, vámonos, te echo de menosssss.* Te… matará. *La deseo, voy a hacer lo que tú no tienesssss valor de hacer*. ¡NO!

¿Qué acababa de pasar? Medusa me imploraba que me quedase y que me fuese con ella, y sin embargo ahora gritaba desesperadamente en la puerta de la choza. Oí golpes, como si estrellase la cabeza contra la madera maciza, y su cuerpo cayó al suelo durante unos minutos de absoluto silencio. Pero ahí había algo más: era ella, aunque su voz era cambiante. Una de ellas me imploraba con cariño que me quedara, pero la otra, algo distinta, me pedía que saliese. Y pronto lo comprendí: era la humana y la bestia hablando a la vez, reclamándome e intentando proteger algo preciado.

Me tembló el cuerpo al ser consciente de que no era capaz de distinguir a una de la otra y que, por primera vez, no podía percibir sus intenciones. Podría estar amenazada según la humana y por algún motivo la bestia me buscaba también, pero no sentía su sed de sangre. No sabía qué sentía por ella exactamente, pero era un lazo fuerte construido a base de paciencia y cariño; así me había tratado todo este tiempo. Y decidí que la mejor manera de respetarlo, de volver a

tenerla entre mis brazos tarde o temprano, era esperar en esa cabaña con el llanto como acompañante, costara lo que costase, hasta que la que volviese a llamarme fuese la verdadera Medusa. Mis sentidos no podían debilitarse, y no lo harían.

Así, tras dos días y dos noches en vela preparada para cualquier cosa que aconteciese, dejé de escuchar los lamentos y los siseos de Medusa. Ahora, la hierba cedía ante unos pies, y no tardé en sentir cómo tocaba a la puerta civilizadamente, con los nudillos, y su suave voz, humana de nuevo, pronunciaba mi nombre. Sonaba cansada, pero contenta. La batalla había terminado y su lado humano había salido victorioso. Apresurada, abrí la puerta y, sin decir una sola palabra, se abalanzó sobre mí en un tierno abrazo que correspondí con alivio.

— Lo siento tanto, Helena — dijo entre sollozos—. Debo de haberte asustado. — Me estrechó más contra sí.

— Tenía miedo, sí. Pero no de ti, sino por si te pasaba algo.

— Podrías haber muerto, ¿y te preocupas de cómo me sienta yo? — Noté una sonrisa en su voz mientras se sorbía la nariz—. Eres increíble.

— Bueno, tampoco creo que fuese a morir, tonta. Pero me alegro de que estés aquí ahora. ¿Estás bien? ¿Qué pasó?

— Yo… — Hablábamos muy de cerca porque, a pesar de estar la una frente a la otra, seguíamos aferradas a la cintura ajena—. Cuando me abrazaste, percibí tu olor. Y esos aceites que te traje te sientan muy bien y… Perdí el control. Me gustó demasiado y tuve un momento de debilidad mental. Y sin darme cuenta surgió. Llevaba décadas doblegada a mi voluntad y bastaron unos segundos.

— Entonces es… ¿mi culpa? — pregunté preocupada. ¿Quería que me fuese?

— N-no, Helena. Lo que quiero decir es que… A ver, — Suspiró y respiró hondo, buscando palabras para expresarse. Después, dejé de sentir su cálido tacto a pesar de la cercanía —, t-tú… y entonces yo… ¡Argh! ¡Me gustas, maldita sea! Pasamos mucho tiempo juntas y me gusta que estemos así, que hagamos cosas nuevas a diario, que podamos pasarlo bien y…

— Oh, entiendo. A mí también me gusta estar contigo.

— ¡M-me refiero a que me atraes! C-como mujer — susurró, pero la escuché y me sonrojé violentamente—. Y cuando estoy contigo, que es casi todo el día, me cuesta mucho controlar esto que tengo dentro. Y en ese momento consiguió salir — dijo preocupada—. Nunca me había pasado porque estoy sola desde que me maldijeron y es nuevo para mí. No sé cómo controlarlo antes de que pase.

— Aprenderemos — sentencié.

— ¿Quieres decir… que no te vas a ir? — Sollozó.

— Claro que no. — La abracé—. Ahora que me necesitas y puedo hacer algo por ti, y sabiendo cómo te sientes, te haría mucho daño si me fuese. No te mereces eso, Medusa.

— P-pero… ¿Estás bien sabiendo que tengo esto en mí interior? ¿Que tengo estos sentimientos?

— Has podido adelantarte y avisarme por si las intenciones de ella no eran buenas, y estoy bien. Y con respecto a los sentimientos… No sé si atracción es la palabra, todo es demasiado nuevo para mí, pero lo que sí es cierto, lo que sí comparto contigo, es que me gusta que estemos juntas, y no pienso renunciar a ello por esto. A tu lado, siento algo raro en el corazón y me gustaría saber qué es.

No dijo nada más, no sé si por vergüenza o porque quisiera dar la conversación por acabada. Por mi parte, esa sensación rara del corazón no se me fue mientras reflexionaba sobre lo que me había dicho. Yo le gustaba. Yo le atraía. Una muchacha ciega y liberta le gustaba a una criatura mitológica que era real. Y más allá de eso, yo, como mujer, atraía a otra y no me importaba que fuese así. No era desagradable, no si era Medusa, y pronto mi imaginación voló hasta preguntarse cómo sería besarla.

Sin embargo, esa pregunta no tardó demasiado en salir de mi cabeza, puesto que mis cavilaciones se vieron interrumpidas por la mujer que las protagonizaba. Caminando de nuevo a la cueva, traspasando el lago, me agarró de la mano con los murmullos del agua como los testigos del momento. Mi corazón se sobresaltó por esa acción tan inesperada, puesto que Medusa sabía que me conocía la zona. No necesitaba una guía. Eso lo hacía por placer, y por placer nos quedamos así, porque en ese momento supe que yo tampoco quería soltarla.

10

# Apaciguar a las bestias

Tras dos días, supe que aquel era un tema que nos iba a quedar pendiente, puesto que Medusa no me había vuelto a hablar de ello, ni de nada, en general. Se dirigía cordialmente a mí para decirme si me apetecía comer algo, o si había bebido suficiente agua. Como conversación extraordinaria, me explicó qué color tenía el agua. Ella lo llamaba «transparente», es decir, sin color, lo cual me cuadraba porque el agua tampoco tenía ningún tipo de sabor en especial a no ser que tuviese tierra.

Sin embargo, eso fue lo único que hablamos extendidamente durante ese período de tiempo. Y era normal, había superado algo muy difícil y se notaba que estaba cansada, mentalmente exhausta. Por ello, decidí no presionarla, no forzar las conversaciones, y dejar que ella viniese a mí cuando estuviera lista. Respeté el silencio y me dediqué a practicar con las tablillas, recorrer más zonas de la montaña y repasar conocimientos culinarios bajo su atenta mirada. Sentía que, quizás, Medusa creía que no me daba cuenta de que me observaba solo porque no podía verla, pero podía sentirlo.

De estas tres opciones, solía practicar más la cocina, no solo porque estaba aprendiendo, sino porque, a veces, recibía algún comentario de Medusa; «más a la derecha» o «lo tienes abajo», algo pequeño, pero muy significativo para mí. Solía estar muy atenta a ello porque ella sabía que nunca me habían dejado aprender a cocinar y eso suponía un peligro en una zona llena de cuchillos y fuego. Pero esa actitud, aunque la agradecía, a veces me agobiaba. Si bien era cierto que su ayuda visual me resultaba muy útil, a menudo sentía que no se fiaba de mí por el hecho de ser ciega. Había nacido con ello y sabía manejarlo, no era ninguna impedida.

Por otro lado, pesaba más en mi conciencia el saber que lo hacía con buena intención que el pensar que podría verme igual de débil que meses atrás, por lo que comencé a mostrarle con mis acciones que no era así y que podía estar tranquila. Simplemente, que podía disfrutar de haberme enseñado bien a ser independiente en casi todos los aspectos, como cualquier otro ser humano. Todos tenemos cosas que podemos hacer y cosas que no, incluso Medusa, así que no me consideraba en desventaja y estaba dispuesta a demostrarle que era capaz de todo.

Con ese pensamiento, ese día preparé mi primera comida en solitario tras advertirle que no quería indicaciones, cosa que Medusa respetó a rajatabla. Para mi alivio, se había despertado seria, pero más abierta a mí que los días anteriores y, por ello, me animé a hacerle tal petición. Ella, por su parte, acudió a un pequeño huerto que tenía más allá del bosquecillo, donde el sol y el agua abundaban y podía cultivar algunas verduras. Por la mía, comencé a preparar los utensilios que utilizaría en orden, para no equivocarme, y a despiezar uno de los pocos conejos aprovechables que encontró muerto tras su transformación.

Con el agua lista y en el fuego, comencé a añadir todas las verduras que me trajo, aunque no pude distinguir bien qué era un pepino para la ensalada y qué un calabacín, o un nabo de una zanahoria, puesto que, al tacto, eran iguales, pero estaba convencida de que no haría mucho la diferencia en una sopa. Después, cuando el agua comenzaba a oler a comida, agregué el conejo para hacer el estofado. Por último, le eché una pizca de sal y, cuando conté que había pasado media hora, lo retiré del fuego. Tras servirlo en dos cuencos y llevárselo a Medusa, esperé a que

lo comiera.

— ¿Qué tal? — dije expectante.

— Pues… — respondió con la boca llena mientras escuchaba cerca de ella cómo caía un líquido en la tierra—. M-muy rico.

— Me hace feliz que te guste.

Contenta, me llevé una cucharada a la boca, y por todos los dioses que me mintió diciendo que estaba bueno, porque era la cosa más asquerosa que me había llevado jamás a la boca, y eso que había comido sobras de perro. Acto seguido, devolví lo que tenía en la boca de nuevo al cuenco y recibí una carcajada sonora por parte de Medusa.

— Lo has tirado, ¿verdad? — dije comprendiendo que el líquido derramado en la tierra era la sopa.

— S-si… Siento mucho que…

— Me has mentido — respondí ofendida.

— Merecía la pena por ver la cara que se te quedaba al probarlo. Conejo al azúcar, riquísimo. — Volvió a reír a carcajadas.

— Está bien, tú ganas. No puedo hacer cosas sola, ¿contenta? No puedo cocinar sin ti, no puedo caminar sin ti, y no puedo hacer nada sin tu ayuda. — Más que enfadada, estaba frustrada —. Soy una inútil. — Sin querer, comenzaron a caerme lágrimas de impotencia.

— No lo eres — respondió seria. De repente, no quedaba ni rastro de sus risas—. Te lo han dicho tanto que a la mínima que algo te sale mal, lo crees. Y no es así, Helena. Estás aprendiendo y es normal que no te salga bien a la primera, en especial si no pruebas las cosas mientras las haces.

— ¿Probarlas? ¿Puedo hacer eso?

— ¡Pues claro! ¿Cómo vas a cocinar si no? Y ya no por la vista, porque me he dado cuenta de que no diferencias algunas cosas todavía. — A pesar de haber visto mis errores, respetó el no decirme nada e incluso probó el resultado final. ¿Por qué era así de buena conmigo? —. Es que hay que saber cómo queda todo en conjunto. Yo uso mis ojos y aun así tengo que probar lo que hago antes de progresar en cada paso.

— Ah, ¿sí? Creía que no se podía hacer.

— Imagino quién te metió esa idea en la cabeza… — Arrastraba algo de asco en sus palabras—. Prueba las cosas, Helena. Todo. Huélelo, mastícalo, lo que necesites. Y cuando te acostumbres a ello serás la mejor cocinera.

— Gracias, Medusa — dije todavía sollozando. Ella limpió mis lágrimas con los pulgares.

— Date tiempo, preciosa — añadió acercándose a mí—. ¿Sabes que cortas las cosas de maravilla? Despiezas conejos mejor que yo.

— Es por el tacto — respondí sonriendo mientras me sorbía la nariz.

Siendo un estofado imposible de comer, Medusa decidió ir a buscar ingredientes para una ensalada, puesto que no debíamos abusar en los siguientes meses de los animales de caza para dejar que se reabasteciera la población. Ella me enseñó dónde se ubicaba exactamente el huerto y a cuántos pasos estaba: ciento veintiocho pasos más allá del Pequeño Paraíso, hacia la derecha. Cogió los ingredientes, no sin antes darme a probar cada uno, dejar que los tocase, decirme su nombre y dejarme medir la envergadura del huerto. Cincuenta pasos y aumentando, puesto que ahora éramos dos e íbamos a depender más de los vegetales que de los animales.

Me sentí comprendida con las acciones de Medusa, puesto que me enseñaba todo lo que ella sabía teniendo en cuenta que yo aprendía todo de forma distinta, que para mí no era tan fácil como decir «¿Ves esto? Es una rúcula.» y que necesitaba experimentarlo todo. Jamás nadie se había tomado tantas molestias conmigo, y reflexioné sobre cómo se comportaba y lo que me había dicho días antes. Yo le gustaba como mujer y, quizás, me mostraba a diario que sus palabras no estaban vacías teniendo esos detalles conmigo, cuidándome y haciéndome sonreír a diario por una cosa u otra. Y pensar en ello hacía que mi corazón estallase dentro de mi pecho y que mi estómago se sintiese raro cada vez que me venía a la cabeza la forma que tenía de ella que imaginé con mis manos.

Medusa era preciosa por dentro y por fuera.

— He llegado a la conclusión de que vamos a dar un paso más en tu aprendizaje — dijo de repente sacándome de mis pensamientos. Aún estaba acelerada por la imagen de sus labios en mi cabeza.

— ¿El qué? ¿Hay más aparte de los colores, la cocina, la lectura y la escritura?

— ¡Muchísimo más! Muchas cosas las aprenderás conforme leas, pero hay otras que nos urgen por… Por si al final tengo que dejar que te marches. Por si no aprendo a controlarlo. — Su tono cambió a uno más preocupado y sentí que había algo que no me decía.

— Aprenderé. Pero debes prometerme que no vas a dejarme, que tú también vas a aprender a mantenerlo a raya.

— No es tan sencillo como el alfabeto, Helena. Me susurra a diario. Me come y lo siento subir por todo mi ser en el silencio de la noche. Por ahora ella es… impredecible. No sé qué quiere o si es del todo sincera cuando me habla. Y solo se calla cuando… — De repente, dejó de hablar.

— Cuando me observas. Lo sé. — Sabía que ahora me miraba sorprendida—. Siento cuándo me miras, incluso cuando duermo, y noto cómo vas cambiando conforme pasa el tiempo. Como si tu bestia interior estuviera tranquila al tenerme cerca. Lo he pensado mucho, y quizás por eso me imploraba salir cuando me encerré en la cabaña.

— Deseaba matarte. Lo sentí en alguna parte de mí — dijo atemorizada.

— Y en un principio, yo también. Pero cuanto más pienso en lo que pasó, en lo que escuché… Más pienso que me necesitaba. Que me necesitabas. — Corregí—. No sé explicarte por qué, pero me siento capaz de apaciguar a tu bestia como tú calmas a la mía.

Por toda respuesta, sentí a Medusa rodearme con los brazos en un cálido y tierno abrazo. Por mi parte, le correspondí apoyando la frente en su hombro y alojando la nariz en el hueco de su cuello. Ella lloraba y no me quedaba claro si era de tristeza o de alivio, así que, por toda respuesta, acabé rodeándola también con mis manos. Me di cuenta en ese instante de que no era capaz de calmarme y de que nuestros cuerpos encajaban a la perfección. Y me sentí querida. Perdí todas las ganas de ir a cualquier otra parte o siquiera de soltarla, así que no lo hice. Con toda probabilidad, ella pensaba lo mismo porque tampoco me dejó ir. Por primera vez en toda mi vida, me sentía realmente en paz.

Sin embargo, momentos como esos no duran toda la vida, desgraciadamente. Cuando llegó el momento de separarnos, lo hicimos a duras penas sabiendo que el tiempo no se podía parar. Durante el resto de la tarde, estuvimos charlando animadamente sabiendo que las dos nos habíamos quitado un peso de encima al tratar el tema que tuvimos pendiente durante días. Ahora, solo quedaban temas más alegres, como los distintos tipos de hojas comestibles que había y cuáles cuidaba Medusa en su huerto. Llegamos a la conclusión de que, para ayudarme a distinguir mejor algunas cosas de la cocina como el azúcar y la sal, lo pondría en vasijas de distintas formas y siempre lo tendría que probar antes de usarlo. La regla de oro de la cocina.

Dándome otra oportunidad, me dejó encargarme de la cena, pero esta vez con su ayuda. Establecimos un sitio fijo para todo en un orden exacto para que me resultase más sencillo y ella, para que me acostumbrase, guio mis manos durante casi todo el proceso. Para ello, se puso en mi espalda y, rodeándome con los brazos, puso sus palmas sobre las mías en un delicado tacto y ambas nos movimos aquí y allá juntas, memorizando el lugar de cada utensilio. Esa acción me produjo un agradable cosquilleo por todo el cuerpo, en especial cuando posó la cabeza sobre mi hombro, observando el proceso mientras me dejaba actuar sola.

— La prueba de fuego: echar sal — dijo en un susurro. Su aliento acarició mi oreja y me estremecí.

— Estaba a… — Apenas podía pensar, me había quedado en blanco—. La derecha. En la vasija pequeña.

— Muy bien, Helena. — Sentí mis piernas temblar. Era una sensación demasiado placentera—. Pero antes de echarlo…

Nerviosa, me llevé una pequeña cantidad de sal en una cucharilla para comprobar que lo era. En efecto, acerté, pero el temblor de mi pulso hizo que una pequeña parte se quedase en mis labios sin darme cuenta. Sin embargo, no fue un detalle que se le escapase a Medusa, por lo que me dio delicadamente la vuelta para poder observarme cara a cara. Sentí cómo estaba atrapada entre la mesa y sus brazos, con su cadera rozando ligeramente la mía por la cercanía. Me observaba muy atentamente, podía saberlo incluso sin verla, pero no tenía miedo.

— Me está diciendo cosas sobre ti, ¿sabes? Que se te acelera el pulso.

— ¿Estás bien? — dije algo alarmada. De inmediato, alcé la mano para acariciar su cara y allí estaban las escamas.

— Si, está controlada. Te hemos observado estos días de silencio y hemos hablado. Solo se callaba cuando te mirábamos porque ella también quería verte. *Quiero dissssculparme*. —

Carraspeó y apretó las manos sobre la mesa, rasgándola.

— Tú… — afirmé sorprendida, aunque sin temor.

— *Yooooo* – canturreó—. *Tranquila, ratoncita. ¿Sssssabes una cosa? Le gussssstas a Medussssa. Me gustasssss. Más bien, sssssé que te quiero, aunque la humana no te lo diga.* — Se corrigió—. *Antessss pensábamos como dossss seres distintosssss y nos peleábamos, pero las dos tenemos sentimientos por ti en común. Quiero hacerte una promesssssa*.

— Dime, Medusa — respondí tranquila. No sentía nada de odio en la criatura que tenía delante. Ni tan siquiera había forzado su transformación. Mi tacto no me engañaba.

— *No volveré a intentar hacerte daño. Le dejaré controlarnos en nuestra forma humana. Ella esssss débil, pero asssssí podremos estar contigo. Si sssssalgo, me descontrolo y te hago daño, ya no podremos dissssfrutarte. Te prometo que te dejaré a sssssu lado. Sssssolo pido que no te vayasssss, y que de vez en cuando me dejesssss jugar*.

— No voy a irme, te lo prometo. Me siento bien a tu lado y eso no lo cambio por nada. — ¿Se darían cuenta algún día de que no eran seres distintos?

— *Graciasssss.* — Con esa promesa tan sincera, alzó la mano para limpiarme la sal de los labios. Después, escuché cómo se lamía los dedos y me sonrojé. Habían estado en mi boca segundos antes—. *Ella no se acordará de esssssto, así que mantendremosssss mis sentimientosssss en secreto hasta que ssssse atreva a decírtelo como humana. Pero que conste que yo me he confesado primero.* — Durante unos segundos, el silencio se apoderó de todo, hasta que escuché cómo sacaba las garras de la madera de la mesa—. Dioses… ¿estás bien? ¿Te ha hecho algo? — dijo examinando cada parte de mi cara y mi cuello.

— No, tranquila. Hemos hablado. Dice que quiere disfrutarme y que no podrá si me hace daño. Creo que… también le gusto — dije callándome lo que realmente me confesó, pues me aceleraba demasiado como para tratar ese tema en ese preciso instante —, y creo que quiere compartir el control.

— ¿Por qué crees eso? — preguntó apartándose de mí. Se dio cuenta de nuestra situación.

— Porque me ha dicho que *pensabais* como dos entidades.

— Peleábamos por el control a diario, pero de repente cesó. Me susurraba en mi cabeza incansablemente, y estos días decidí escuchar. Quería que fuésemos distintas, pero juntas, darme el control a cambio de dejar que te vea. Y ahora ha salido sin mi permiso porque no estaba en guardia, rompiendo el acuerdo, y para colmo la muy… — Se calmó tras respirar profundo—. No me ha dejado presenciarlo. Creí que te iba a perder.

— No me vas a perder. Te he prometido que no me voy a ir. Y, además, sospechaba que ese día no quería hacerme daño. Quizás hacía tiempo que no salía y tenía su instinto animal intacto, pero no creo que esté en peligro si vuelve a salir.

— No… No, no, no, no, no… Si vuelve a tomar el control cuando estés en peligro y me duerme, no podré garantizar que no te mate. — Durante unos instantes, se quedó pensativa—. Decidido, si quiero que no salga debo reducir la probabilidad de que estés indefensa. Mañana

empieza tu entrenamiento de caza, recolección y lucha.

# 11

# La guerrera Gorgona

La decisión de Medusa me pareció un tanto excesiva, en especial debido a que, a pesar de que le expliqué una y otra vez que su otro yo no tenía intenciones asesinas para conmigo, ella no me creyó — o no quiso creerme — e insistió en que debía aprender. Mientras intentaba hacerle entrar en razón conforme pasaban las horas, más se encerraba ella en sus pensamientos, probablemente confrontándose a sí misma en su mente, y me pareció una situación de locos.

Sin embargo, le dejé claro que no me estaba negando a aprender, puesto que mi situación como mujer «inferior» debido a mi aparente desventaja parecía tener un efecto en la sociedad: la creencia de que podía y debía ser maltratada por ser ciega. Y eso era algo que no iba a volver a vivir. Si bien me hicieron creer durante años que era lo que me merecía y que tenía suerte, durante el tiempo que pasé con Medusa supe lo que era ser realmente querida y cuidada, y eso no era lo mismo que Proteus y Cyrilla me habían dado. La época de la esclava Inútil había acabado para dar paso a la de Helena.

Por ello, decidí que ese conocimiento me sería útil si quería sobrevivir en este mundo, incluso si me quedaba junto a Medusa. Ella no estaba a mi lado siempre y podía pasar de todo cuando me quedaba sola. Debía aprender qué hacer si algún Ikarós o Kairós intentaba volver a hacerme algo así. Al menos por esos motivos, quería adiestrarme y ser un poco más independiente. Medusa me enseñaría.

Pensando en qué me depararía el futuro, me pasé la noche en vela escuchando los grillos estridular en las afueras y a Medusa sisear en sueños. Nos habíamos pasado horas hablando sobre mis teorías sobre su otro yo sin mencionar que tenía la certeza de que lo que decía era cierto porque me había confesado sus sentimientos, mientras que ella rebatía todas mis ideas basándose en el miedo que le tenía. Sin embargo, pensaba que era algo normal porque habían sido siglos de lucha continua por el control que ahora cesaba. No se fiaba, pero era algo muy lógico a juzgar por sus experiencias anteriores.

Por otro lado, yo era capaz de ver un patrón muy claro cuando aparecía su otro yo sin control: cuando estaba en peligro. Medusa me había contado varias veces que no era capaz de recordar los ataques de las personas que ahora adornaban la entrada a su morada, pero que siempre había tenido la sensación de haber estado en una pelea salvaje. Esto era algo que no cuadraba con los momentos en los que ella se convertía a voluntad, que yo supiese para salvarme a mí en dos ocasiones, y quizás en muchas más antes de conocerme. Siempre que no estaba en peligro, ella tenía el control, pero cuando la situación requería violencia, puesto que había tocado todas las estatuas y todas eran de guerreros armados, era la otra la que se encargaba de todo. ¿Y si en cierta forma la estaba protegiendo?

Allí, cerca de ella y tomándola dormida de la mano, pensé que tendría que preguntarle a la otra — que para mí era ella misma, aunque no quisiera reconocerlo — por qué parecía protegerla y atormentarla a la vez. ¿Qué sacaba ella con eso? ¿Y por qué le metía ideas en la cabeza de que quería hacerme daño cuando en realidad me quería románticamente? ¿Y si yo no le correspondía? Porque era obvio que algo dentro de mí se movía cada vez que ella estaba cerca, y que el juego de su otro yo me ponía nerviosa por su cercanía y su honestidad, pero realmente

no sabía si era lo mismo que sentía Medusa. Quizás confundía el sentirme bien con el estar… Con que me gustase.

— Qué madrugadora — dijo cuando los pájaros comenzaron a cantar.

— ¿Cómo sabes que estoy despierta?

— Tienes esos preciosos ojos blancos abiertos. — Me sonrojé—. Buenos días, Helena. — Me acarició la cara, sus manos eran suaves y mi corazón se saltó un latido.

— Buenos días, Medusa — respondí algo nerviosa.

— ¿Preparada para tu primer día?

Por toda respuesta, me incorporé en mi lecho esperando que ella hiciese lo mismo. Sin que yo lo esperara, se acercó a mí, probablemente de rodillas aguantando su peso, y me besó la mejilla. En ese mismo instante, sentí mi cara arder ante el contacto de sus labios con mi piel y mi mente quedarse en blanco. Había sido un contacto extremadamente placentero a la vez que tranquilo y cotidiano, y supe que, en un futuro, querría más. Me sorprendí a mí misma pensando que me gustaría que me diese esos besos más allá de las mejillas.

Llevé las manos a su cara para saber dónde estaba y, acercándome poco a poco a ella, sentí cómo se acaloraba conforme me acercaba a devolvérselo. Quería saber qué se sentía al mostrar afecto de esa forma, ya que hasta el momento solo ella se había atrevido a ello, y la busqué para averiguarlo. Ella, sin embargo, se movió sorprendida por mi valentía y la besé peligrosamente cerca de la boca, en la comisura de los labios. ¿Realmente se había movido o había actuado por mí mi subconsciente? La verdad, no quería saberlo.

Por primera vez, Medusa se quedó petrificada y empecé a dudar de que hubiese hecho algo bueno. ¿Lo había fastidiado todo? ¿Y si no le gustaba que le dieran afecto, sino darlo cuando ella quisiese? Mi cuerpo actuó entonces más rápido que yo y se apartó de ella, aunque mi cerebro claramente decía que no, que debía quedarme a su lado. Me sentí muy rara de repente, luchando entre lo que quería y lo que tenía que hacer y, tras unos segundos infernales, la escuché respirar de nuevo y reírse. Estaba contenta.

— Afrodita me quiere matar — dijo al volver en sí, sonriendo nerviosa.

— ¿Afrodita? — pregunté confundida—. ¿Qué tiene ella que ver?

— M-me… gustas — admitió con dificultad, pero más calmada—, y cuando haces esas cosas sin que las espere se me estruja el corazón. La diosa del amor me quiere muerta.

— ¿A-a-a-amor? — Ahora, la que estaba nerviosa era yo.

— Gea, trágame… — susurró, aunque la escuché—. Sabes bien lo que siento por ti, dejémoslo ahí.

No insistí más porque no estaba preparada para esa conversación. Pero no era tonta, sabía bien a qué se refería cuando habló de amor. Y gustar no es amor. Su otro yo me había dejado bien claro que me quería, y eso era mucho más que gustar. En el poco tiempo que había estado con ella, había comprendido esas palabras mucho más allá de lo que jamás nadie me había enseñado, porque algunas de las tablillas que me había regalado pertenecían a la poetisa Safo de

Lesbos. En ellas se hablaba de amor, amor entre mujeres, y yo identificaba y relacionaba algunos de esos sentimientos con Medusa. Quizás, solo quizás, sentía algo por ella que no estaba dispuesta a admitir, o quizás solo era mi imaginación.

Desayunamos en silencio, pensando cada una en nuestras propias cosas después de ese pequeño accidente, y no pude evitar recordar lo cerca que había estado de sus suaves labios. Eso me aceleraba tanto que no era capaz de pensar racionalmente u ordenar mis pensamientos. Solo saqué en claro una cosa: quería más. No sabía de qué modo, pero más. ¿Más veces de la misma forma? ¿Avanzar más? Y si era esta segunda opción, ¿avanzar cómo? ¿Acaso se podía? Me había metido en una encrucijada sentimental sin siquiera haberme dado cuenta. Estupendo.

— Helena… — dijo a mi lado, insegura—. C-creo que deberíamos empezar ya. Hoy tendremos un primer contacto.

— Vale, vale… — respondí pensando que debería decírselo—. Medusa…

— ¿Sí? — Su voz tenía un timbre de esperanza.

— Yo… — No, no podía—. No sé pelear, nunca lo he hecho.

— Ah… Eh… Empezaremos por lo básico — dijo con la voz perdida. Quizás, había esperado que le dijese otra cosa—. Toma. — Puso algo entre mis manos—. Es una *xiphos* espartana. Sé que querrás saber cómo es, pero no toques la hoja, está afilada.

— No la quiero. — Sentí en su suspiro que estaba confundida—. Es espartana, no quiero nada más espartano. Sabes bien por lo que he pasado.

— Sé lo que hacen los espartiatas con los débiles y no me parece justo, pero, antes de que te decidas, te voy a explicar por qué este modelo y no otro. Primero, es más pequeño, pesa menos para ti y además te hace ágil, que es tu punto fuerte. Vi cómo corrías hacia la cabaña el otro día. Saliste flechada incluso sin ver. Es admirable.

» Segundo, lo creas o no, en Esparta reside tu fuerza. Te han hecho fuerte de la manera más cruel jamás imaginable, pero es por esto por lo que ahora estás aquí conmigo, sana, salva y más fuerte que nunca. Quiero que esta *xiphos* te recuerde de dónde vienes, pero, sobre todo, dónde estás. Tiene mi marca en la empuñadura. Quiero que vuelques esa ira espartana recibida durante años sobre los que te han hecho sufrir con esta espada. ¿No es poético?

— Si… lo es — respondí con cierta reticencia—. La conservaré, pero por tu marca, para llevarla siempre conmigo allá adonde vaya.

— T-también tengo un arco para cazar y esto — continuó tras carraspear, sorprendida por mi respuesta—. Es un *aspis* ligero, para protegerte. A veces, el mejor ataque es una buena defensa. He de decirte que esto pesa un poco más que la espada, porque es de metal, no de cuero, así que tendremos que trabajar. Tiene la misma marca que la espada. Dudo mucho que nadie te quiera atacar sabiendo que solo tú tienes mi símbolo y te protejo, pero… Nunca es poco.

» Por último, no se puede pelear en toga, tropezarías y eso puede costarte la vida. Tengo esto para ti: grebas, una túnica, una coraza con mi rostro en el pecho, unas sandalias y un casco. Tendrás que aprender a ponerte todo. Es todo lo ligero que puede ser, pero debes entrenar.

— ¿De dónde ha salido todo esto?

— No todo son enemigos en el Olimpo. Hace tiempo, me otorgaron este regalo, aunque aún no sé para qué me lo dieron o quién fue. Creo que lo mejor es que te pueda proteger a ti.

Comencé a tantear el arco que había dejado cerca de mí junto a un carcaj y unas flechas. Asumí que ambas cosas se ajustaban a la espalda y que las usaría, como ella dijo, para cazar. Sin embargo, cuando sentí su forma metálica tan perfectamente elaborada, con la misma marca que la espada, supe que no solo tenía un uso. Esa manufactura también estaba pensada para la lucha. Me preguntaba cómo me iba a enseñar a usar un arma de larga distancia si no podía ver a mi enemigo o saber si estaba apuntando bien. Pero confiaba en Medusa, ella lo sabría.

Después, toqué la armadura con admiración, pues era la primera vez que tenía una entre las manos. La toga era de cuero, suave y aparentemente sin usar. La coraza, por otro lado, era fría, de metal, pero algo particular. El torso y el abdomen estaban decorados como si del vientre de una serpiente se tratase, con escamas que se fundían con el cabello de la Medusa bestia. Y ahí, en el centro, estaba su cara esculpida en metal tal y como era en la vida real. Iba a llevar su cara en mi pecho, como su guerrera. No podía evitar emocionarme.

El casco, por otro lado, tenía un diseño plano a excepción de la cresta, que estaba compuesta por la silueta de varias serpientes enredándose entre sí, aunque sólo una sobresalía por el frontal. Al sentir en las yemas de mis dedos sus afilados colmillos, supe que tenía la boca abierta en señal de amenaza. Esa armadura, desde luego, no había sido hecha por un artesano corriente. Tenía algo de divino en ella y no sabía si era en sí la manufactura o la extraña sensación que recorría mis manos cada vez que la tocaba, como si reaccionase ante su tacto.

— ¿De qué color es? — dije abstraída, tocándolo todo para hacerme una imagen en la cabeza.

— Del color del sol, como tu cabello. No sé por qué, pero ese detalle es el que me da la sensación de que esto era para ti desde un inicio, aunque hace siglos que lo tengo. ¿Te parece de locos?

— No. Quizás estábamos destinadas a encontrarnos, aunque no lo sepamos — dije sonriendo.

— Puede que si — respondió abstraída ante mi sonrisa—. De todas formas, — Carraspeó sonoramente—-, por ahora solo vas a ponerte la túnica, las grebas y las sandalias para entrenar. Tienes que ser más fuerte antes de manejar la *xiphos* y el *aspis*. Comenzaremos por el arco, ya que necesitas fuerza para tensar la cuerda y te puedo enseñar a cazar al mismo tiempo. Así que cámbiate, vamos a empezar. Te espero en la entrada de la cueva.

Dio la conversación por finalizada cuando la escuché caminar hacia la salida. Supuse que allí habría más espacio para practicar y no la cuestioné, pero, cuando me quedé sola, me di cuenta de un ligero detalle: ¿cómo demonios se ponía esa túnica? Pensé que iba muy en serio cuando dijo «Tendrás que aprender a ponerte todo.», tanto que incluso quería que averiguase cómo. Por lo que podía sentir, esa prenda era muy distinta a los harapos que había llevado casi toda mi vida o a las togas que Medusa me solía prestar. Esta, por el contrario, estaba llena de hebillas para ajustarla a los hombros y a la cadera.

Estuve un rato descifrando cómo podría hacer lo que me parecía una hercúlea tarea. Pensé, en primer lugar, que podría ponerme la túnica con las hebillas sueltas y atarlas, pero era probable que se me cayese toda la ropa antes de poder ajustarla. Por ello, decidí ponérmela tal y como estaba y ajustarla después a mi cuerpo. Por suerte, salió bien, así que procedí a hacer lo mismo con las sandalias y las grebas. Sin embargo, en esta ocasión sí que cometí un error debido a que me puse la protección antes que el calzado, lo cual era imposible si quería llevar ambas cosas.

Una vez vestida tras lo que me pareció una eternidad, coloqué ordenadamente las piezas y las armas que no iba a utilizar cerca de mi lecho, memorizando al mismo tiempo dónde había dejado cada cosa para un futuro, y salí. En esa zona de la montaña, el aire era áspero y caliente, con el mismo olor a azufre que desprendía mi ropa la primera vez que estuve junto a Medusa. Mucho había pasado durante esos dos meses de libertad, pero jamás habría creído que convertirme en una guerrera iba a ser una de ellas. ¿Acaso Medusa pretendía que si, según ella, llegaba el momento, la matase? No sería capaz, aunque tener conocimiento para defenderme no era malo.

— Por fin. Pensaba que ya no llegabas — dijo con algo de sorna—. ¿Te sientes cómoda con la túnica?

— Si, es bastante fresca.

— Te hace unas piernas bonitas — respondió con la voz temblorosa. Yo me sonrojé ante esa observación—. En fin, — Carraspeó—, d-deberíamos empezar. Primero, vamos a correr un poco. Debes aprender a respirar.

— ¿Cómo? — pregunté confundida. ¿Había oído bien? —. Llevo 18 años respirando, ¿y lo hago mal?

— No, tonta — dijo tras una carcajada—. Es controlar el ritmo mientras te ejercitas. Estás acostumbrada al trabajo duro, pero no al deporte. Respirar es la clave para ser resistente. Ya verás, día a día lo harás mejor y con más peso encima.

Me agarró de la mano para colocarme en posición de salida y corrigió la postura de mi cuerpo, entre ellas la cabeza recta y la espalda erguida. Después, comenzamos a correr lo que me pareció que era en círculos sobre las duras piedras de la falda de la montaña, y agradecía no ir descalza. Solo con Medusa supe lo que era llevar un calzado y el gran daño que habían sufrido mis pies a lo largo de todos aquellos años, y daba las gracias por tenerla en mi vida. Ella me hablaba para distraerme, pero no podía evitar sentir cómo, poco a poco, mis pulmones amenazaban con estallar dentro de mi pecho. Pedí parar, había tenido suficiente.

— Diez minutos — dijo como si no hubiese corrido a mi lado durante todo ese tiempo—. No está mal para una primera vez. Recuerda acompasar la respiración con los pasos que das, porque lo que sientes ahora mismo se llama hiperventilar. Pero está muy bien, Helena.

— Mátame — pedí con el poco aire que tenía.

— Tranquila, se te pasará. Haremos algo más tranquilo cuando te calmes un poco.

Estuve sentada lo que me pareció un minuto sintiendo en mi piel el calor infernal del

volcán unido al sol del mediodía. La roca sobre la que me había sentado también emanaba un ligero calor que, comparado con el de mi entorno, no era nada. Comprendí, de repente, por qué Medusa había escogido aquel lugar en vez de uno más indulgente, y es que quería que me acostumbrase desde un inicio al peor entorno posible. Como maestra era implacable, desde luego.

Me levanté cuando ella estimó que había descansado lo suficiente, a pesar de que mis pulmones no decían lo mismo, y continuamos con lo que ella había planeado para ese día. Depositó sobre mi mano lo que pensé que era una espada de madera, como la que el hijo de Proteus y Cyrilla tenía cuando su padre lo entrenaba para soldado. Había recogido mil veces sus armas de entrenamiento, por lo que esta me resultaba familiar. Medusa quería que peleásemos.

Sin decir una sola palabra, sentí el primer golpe en el brazo. Había sido flojo para no hacerme un daño excesivo, pero suficiente para causar algo de malestar. Me di cuenta entonces de que mi cuerpo había perdido la tolerancia al dolor. Mi carne se había debilitado ante la ausencia de maltrato, y sonreí.

— Técnicamente te acabo de cortar un brazo, ¿y te ríes? — preguntó desconcertada.

— Me ha dolido — respondí sonriendo entre lágrimas—. Apenas ha sido nada y me ha dolido.

— L-lo siento, no quería ser brusca, solo…

— No, es maravilloso. Antes era capaz de tolerar varios latigazos sin gritar. Eran muchísimo más fuertes que esto y… Puedo volver a sentir las cosas como una persona normal.

— Comprendo… — Me rodeó entre sus brazos—. Nadie te va a maltratar más, Helena. El dolor no debería ser una costumbre. Me alegro de que ya no lo toleres tanto.

— Quiero seguir — dije contenta.

Durante un largo rato, continuamos con el «duelo» de espadas, que más bien era una interpretación en solitario de ella, mientras que yo era como un pelele. Con cada golpe que ella me asestaba, la frustración y un ligero toque de ira se iba instalando en mi subconsciente, el cual crecía y crecía cada vez que ella me decía que sus movimientos producían ruido, que escuchase mi entorno para pararla. Mi paciencia se colmó cuando la sombra del atardecer ya nos arropaba. Mi mente se quedó en blanco y fue mi cuerpo el que reaccionó por mí.

Sentí cómo la sangre, ardiendo, comenzó a fluir incontroladamente por mis venas junto a un impulso que no pude acallar, y pasé al ataque olvidándome de la defensa. Medusa soltó un gemido ahogado desde la base de su garganta, sorprendida, y pasó a defenderse como mejor pudo. La poca consciencia que me quedaba me hizo darme cuenta de que mi manejo de la espada era, repentina e inexplicablemente, excepcional, y que mi cuerpo bailaba en el terreno asestando golpes al arma de Medusa una y otra vez, hasta que se rompió.

Sin saber cómo, la tiré al suelo y acabé encima de ella, blandiendo aquella espada de juguete, apuntando a su cuello y agarrando los tirantes de su túnica con una de mis manos. De repente, volví en mí. La respiración de Medusa me decía que había algo de pánico en ella y la mía, algo más pesada, me devolvió a la realidad. Todo, incluso los animales, quedaron

silenciados por tan extraña batalla, reinando así nuestros alientos y nuestras gotas de sudor cayendo sobre el silencio. Cuando fui consciente de todo, tiré la espada a un lado y ella, sin esperar a que me quitase, se incorporó.

— T-tú… ¿Habías hecho… esto antes? — preguntó con incertidumbre en su voz.

— Jamás había cogido un arma — respondí entrando en pánico.

— Helena… — calló unos segundos—. Parecías un hoplita instruido. ¿Estás segura de que…?

— Nunca… — repetí. Estaba desconcertada.

— Vale, vale… — susurró más para sí misma que para mí. Después, me tocó la cara para calmarme—. Seguro que tiene su explicación. A lo mejor te instruyeron cuando eras muy pequeña y no lo recuerdas. *Hasssss estado cerca de hacernosssss daño*.

— Lo siento. — Comencé a llorar.

— No la hagas sentir mal. *Pero debe sssssaber que tiene que ssssser cuidadosssssa*. Dale tiempo. *Me hasssss cansado*. — dijo discutiendo consigo misma—. *Esssssstamos solas, Helena. Tienesssss algo, no sssssé el qué, pero ten cuidado. Ssssse te da bien la* xiphos*, pero sssssi nos hacesssss algo, no podré defenderla. No de ti*.

— Está bien — sollocé—. L-lo controlaré.

— Por Zeus, otra vez. ¿Quieres parar de hacer eso? *No* — rio siseando y yo también, lo cual liberó el ambiente—. *Yo le gusssssto más, ssssse ríe conmigo*. No, conmigo. *No, con…*

— Me gustáis las dos — dije sin pensar. Después, me sonrojé—. O-o sea… que me hacéis gracia las dos. Dejad de discutir ya. Sois la misma persona, por el amor de Afrodita.

— Perdón. No obstante, creo que después de lo que acaba de pasar sería mejor que descansemos y que te calmes. *Que nos calmemos todasssss*. Eso — se corrigió—. Creo que nos merecemos un baño.

Así, me incorporé y le tendí la mano para que ella hiciera lo mismo. Escuché cómo recogía del suelo su arma, ahora partida en dos, tras ceder ante mi fuerza, y se quedó unos minutos en silencio, probablemente observándola. Mi cuerpo ahora se sentía más débil, como si apenas pudiese moverlo tras el gran gasto de energía que había supuesto derribar a la Medusa humana. Por ello, volví a entrar en nuestro hogar arrastrando los pies y la *xiphos* de madera por el suelo, deseando descansar.

12

# Palabras

No podía parar de darle vueltas a lo que había ocurrido instantes antes. Que yo recordase, jamás había tocado un arma para luchar. Sin embargo, cuando mi paciencia llegó a un límite, algo dentro de mí despertó del más profundo letargo. Lo sentí, se abrió paso a través de mis venas e hizo que mi cuerpo reaccionase de forma primitiva, fuera de toda lógica. Pensé en cómo me había olvidado de protegerme para pasar al ataque. No tenía ningún sentido.

Lo peor, por otra parte, es que había estado cerca de hacerle daño de verdad a Medusa porque no fui capaz de retener ese impulso. Fuese lo que fuese, debía aprender a controlarlo si no quería herirla, pues era una persona muy preciada para mí. Comenzaba a comprender su miedo a perder el control de la Medusa bestia y hacerme algo de lo que luego se arrepintiera, pues, pensándolo en frío, a mí también me daba pánico llegar a hacer algo así y perderla. No iba a permitir que eso pasase, pues yo…

… Yo no conocía esa faceta de mí. ¿De dónde había salido? Y lo más importante, ¿por qué tuve la sensación de que algo que iba más allá de mí se apoderó de mí cuerpo? Jamás hasta ese momento me había pasado, claro, que nunca había combatido. Me resultaba desconcertante que, precisamente por no haber hecho eso antes, hubiese luchado como si fuese un soldado. No tenía ni pies ni cabeza, en la vida había practicado. Necesitaba averiguar por qué.

Dejando esos pensamientos de lado, cogí la toga de mi lecho y me dirigí al lago, donde pensaba darme un largo y reconfortante baño caliente. Me sentía exhausta y es que, aunque no tuve control sobre mis actos, mi cuerpo sí que notaba que no estaba acostumbrada a aquello. Simplemente, necesitaba relajarme. Ya había memorizado el camino, incluso dónde estaban las rocas que podían hacerme tropezar. Medusa solía decir que las esquivaba con tal naturalidad que parecía que podía ver, y que no le extrañaba que aprendiese tan rápido cuando tenía semejante memoria.

La necesidad mueve montañas, ¿no?

Supe que había llegado a mi destino cuando el agua de la cascada que abastecía al lago llegó a mí como un murmullo. Siempre había pensado que, si el agua entraba y el lago nunca se desbordaba, por alguna parte tenía que salir y, a menudo, me preguntaba hacia dónde. Esa ocasión no era diferente, así que me desnudé con rapidez, no sin dejar mi ropa en orden, y me metí en el agua. Desde los tobillos a los hombros, me recorrió una sensación de calidez y tranquilidad y suspiré satisfecha.

No supe el placer que daba bañarse a diario hasta que lo comencé a hacer. Ahora que sabía lo que podía significar «bianualmente», y a juzgar por cómo sentía la suciedad de mi cuerpo cuando era esclava, podía decir con certeza que tenía permitido bañarme dos veces al año y que no se parecía de ninguna forma a cómo lo hacía ahora. Solían darme algo de agua fría y un jabón que hacía que mi piel picase, además de peinarme el pelo tirando de él o cortármelo sin esmero, tanto que podía sentir zonas bastante más largas que otras, por lo que antes no me parecía una buena noticia que llegase el día de baño.

Sin embargo, Medusa me había abierto un nuevo mundo de jabones que no irritaban,

agua caliente, aceites esenciales y peinados que no dolían, y a diario. Pensándolo bien, quizás no le devolvía todo lo que ella hacía por mí y eso me hacía sentir mal. No quería pensar en ello demasiado, pues la culpa era un sentimiento con el que no sabía lidiar así que, recordando mi curiosidad por saber hacia dónde iba al agua, me sumergí por completo en el lago.

Allí dentro, no podía escuchar nada con claridad. El murmullo del agua sonaba como si me hubiese tapado los oídos y percibiera el golpe seco que propiciaba en la superficie al caer. Pero, a la vez, esa sensación me parecía maravillosa. Al no poder ver, estaba acostumbrada a escuchar muchos más sonidos que otras personas, por lo que no solo era el murmullo, sino los animales del exterior, el viento que se colaba por las zonas resquebrajadas de la montaña, la lejana melodía que Medusa cantaba en ocasiones y el eco de la cueva cuando algunas pequeñas porciones de tierra caían. A veces, era demasiado, pero bajo el agua solo estaba el latido de mi corazón y eso era reconfortante.

En mi piel, sentí una ligera corriente que seguía hacia la zona más profunda del lago, y la seguí. Poco a poco, sentía que me quedaba sin aire a la vez que mis oídos adquirían mayor presión cuanto más bajaba. Poco antes de subir, llegué adonde el agua se filtraba. Cuando lo toqué, era apenas un hueco donde podía meter la mano y llegué a la conclusión de que iba a una zona más profunda. Salí antes de quedarme sin aire y, tras quitarme el pelo de la cara, respiré profundo. De nuevo, todos los sonidos llegaron a mí, pero había uno que antes no estaba, el del agua chapoteando al dejar paso a Medusa.

— Veo que te lo estás pasando bien — dijo sonriendo.

— Investigaba — respondí sin más—. Ahora sé que el agua que entra por esa cascada va al subsuelo.

— Si, es la que aprovecho para el huerto. El riachuelo está solo a medio estadio. Emerge de una apertura en la montaña.

— Oh — dije pensando que, en ese caso, mi descubrimiento no era gran cosa—, entonces habría sido suficiente con preguntarte. — Me senté a su lado.

— Hubiera sido más rápido, pero ¿habría sido para ti igual de meritorio? — Negué con la cabeza—. A veces, Helena, — Agarró mis manos con dulzura—, no se trata de lo que es más fácil, sino de lo que consigues por ti misma. Mírate, — Acomodó un mechón de mi pelo tras la oreja—, hace un par de meses no sabías nadar y apenas sacabas conclusiones de lo que aprendías. Y ahora, sin embargo, utilizas tus propias habilidades para aprender por ti misma. Es algo muy valioso.

— Es fácil avanzar rápido cuando no sabes nada — dije sonrojada, pues yo no me creía tan inteligente.

— Es fácil avanzar rápido cuando quieres hacerlo. — Suavizó el tono—. Y lo que más me gusta de ti es que no te escudas en que eres ciega para no hacer ciertas cosas. Nunca abandonas y demuestras que eres tan capaz como cualquier otra persona. Esta personalidad que tienes es maravillosa. — Se acurrucó en mi hombro, a mí se me saltó el corazón un latido.

— A-a mí me gusta de ti lo gentil e inteligente que eres. — Pero ¿qué estaba diciendo? —. N-no tendrías p-por qué hacer lo que haces por mí y lo haces y… sabes tantísimo del

mundo… Que… Que… — Callé, no se me daban bien aquellas cosas.

— Lo comprendo, tranquila — susurró cerca de mi oído—. Sé que estas conversaciones te cuestan y…

— Me gustas.

En mi cabeza, no era ni el momento ideal, ni la forma ideal de decirlo, pero el gran problema era que mi boca había hablado antes. Mi cuerpo se tensó por completo sin saber qué esperar de aquel momento, cómo se lo tomaría ella o cómo podría parar mi corazón, que ahora estaba desbocado. Y ella lo sabía, su parte de reptil le decía que estaba agitada, y lo fuerte que me agarraba de la mano sin moverse me decía que estaba igual que yo. Mi cerebro se quedó en blanco, y llegué a la conclusión de que ninguna de las dos habíamos esperado esas palabras. Sus mejillas ardían sobre mi piel y no tardó nada en incorporarse, sorprendida por el momento. El silencio, por primera vez en mi vida, era pesado y abrumador, pero interrumpirlo parecía imposible.

Por ello, me levanté dispuesta a irme, incluso sabiendo que dejaría a su vista todo mi cuerpo desnudo, pero necesitaba salir de esa situación como fuese. No estaba lista para confrontarla. Rápidamente, abandoné el agua y recogí mis cosas, dispuesta a vestirme, pero no pude. Instantes después, tenía a la Medusa bestia enrollando todo mi cuerpo, apretándolo y levantando mis brazos sobre mi cabeza para palpar mi costado, hipnotizada. Mi respuesta inmediata fue intentar alejarla, pero era más fuerte que yo.

— *Fasssscinante* — dijo ensimismada—. *Tu cuerpo esssss… maravilloso. Dan ganasssss de tocarlo por todas…* — De repente, calló, y noté que su atracción animal desapareció, pero yo no podía evitar estar sonrojada—. *Curiosssssa marca de nacimiento.* — Arañó mi cadera y se alejó de mí, espantada—. L-l-l-lo siento, yo no quería… Dioses, si pudiera la mataba. ¡¿Sabes lo que es el consentimiento?! — Durante unos momentos, pareció esperar una respuesta que no llegaba—. Genial, y ahora desapareces. Muy madura. L-lo siento, Helena. M-me voy, ¿vale? Tómate tu tiempo y… ahora hablamos.

Escuché cómo recorría todo el camino corriendo. Al parecer, tenía prisa por desaparecer. Por otro lado, yo no sabía bien qué pensar o cómo reaccionar, porque habían pasado muchas cosas a la vez que me producían sensaciones raras en el cuerpo y me suscitaban muchas preguntas. Durante un rato, me quedé en ese mismo lugar, de pie, buscando cómo ordenar aquellos pensamientos.

Era innegable que mi confesión había salido de lo más profundo de mí sin ningún filtro, así que ya no me cabía duda de que ese sentimiento por ella no estaba confundido. Era algo real y, desde ese momento, innegable. Ya no había marcha atrás para lo que fuese que había iniciado. Por otro lado, sentirme físicamente rodeada por ella había exaltado todos mis sentidos y nos había generado una sensación desconocida, y todo porque me había visto desnuda y su otro yo no se había podido controlar. Pero ¿acaso eso era normal y correcto? ¿O no debería haber reaccionado así? Tenía que averiguar a qué se refería Medusa con eso del «consentimiento». Y, por último, ¿qué vio en mi cuerpo que la espantó tanto de repente?

En cualquier caso, todas las respuestas tendrían que provenir de la misma fuente: Medusa, ya fuese la humana o la bestia. Me quedé un rato más dándole vueltas a todo lo que

había ocurrido, aunque esta vez decidí recrearme en las sensaciones que había experimentado. Sonreí tontamente yo sola, haciéndome una imagen de todo en la mente, y mi corazón se volvió a acelerar. Habíamos estado muy cerca la una de la otra y eso me hacía sentir extraño el estómago y el corazón, pero era agradable.

Me vestí y emprendí el camino de vuelta a casa, donde probablemente ella me esperaba, y estaba algo nerviosa. Cuando los temas requerían que expresase cómo me sentía yo de forma más profunda, siempre me costaba porque nunca había podido hacerlo, y ahora era una habilidad de la que carecía. Pero, si quería comprender y ser comprendida, y era algo que con Medusa me apetecía más que con nadie, debía hacerlo. Por ello, cuando escuché el ruido de los cuchillos cortando cosas en la cocina, no pude evitar acercarme a la zona y tomar asiento, esperando cortésmente a que ella también quisiera hablar.

Pero la ocasión no se dio durante un buen rato. Sentía cómo ella me miraba y, a juzgar por su respiración irregular, estaba insegura o no sabía qué decir. Por mi parte, lo respeté porque yo tampoco sabía cómo abordar el tema con respecto a la confesión que emanó de mi ser. Si ya había hecho lo más difícil, ¿por qué se volvía de repente tan complicado hablar con ella? Jamás lo había sido, pero ahora parecía más fácil emprender el viaje a Salónica de rodillas. Pensando en ello, comenzaba a sentirme ansiosa conforme escuchaba los cuchillos cortar o golpear la madera de la mesa, así que me llevé las manos a los hombros y los froté para calmarme. Pronto, pude escuchar sus pisadas viniendo hacia mí y sus manos agarrando las mías. Estaba detrás de mí, muy cerca, y mi corazón estalló.

— Sé que has sido muy valiente diciendo eso antes. — Acarició mis manos y comenzó a recorrer los brazos hasta descansar su peso sobre mí, abrazándome. Era la sensación más pacífica que había tenido nunca—. Gracias — dijo en un susurro tras pegar su mejilla a la mía.

— Yo… — ¿Qué se suponía que debía hacer?

— Lo sé — añadió dulcemente mientras me estrechaba contra sí.

— N-no sabía q-qué iba a decir.

— A veces, las palabras no son tan necesarias. Demostrar lo que una siente es mucho más valioso que cualquier palabra que intente expresarlo. Por eso sé lo que piensas, aunque no lo digas.

— ¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes saber?

— Te observo, a veces incluso más de lo que se considera sano, porque no puedo apartar la vista de ti. Por eso sé que cuando te llevas las manos a los hombros estás insegura, y que probablemente es porque no sabes cómo hablar de lo que sientes. Y bueno, — Noté cierto nerviosismo en su voz —, el amor no es lo más sencillo de expresar.

De nuevo, esa palabra nos rodeaba a las dos como si de un hilo del destino atado a la vida de los mortales se tratase. Amor. Un fenómeno tan extraño de explicar y tan poco frecuente entre humanos que lo consideraba casi un mito. El único ejemplo que tenía de «amor» eran aquellas dos mezquinas personas con las que había pasado toda la infancia, y no se amaban. Sin embargo, el concepto que ahora Medusa me presentaba lo sentía totalmente distinto, más accesible, tan lejos del mito como ella misma lo estaba. Desde hacía tiempo, yo no me imaginaba

lejos de ella ni sintiendo algo así por alguien que no fuese ella. Tenía la necesidad de darle todo lo bueno que había en mí y de mejorar cada día para ser digna de estar a su lado.

— No sé si habrá palabras para describir lo que siento — dije en el mismo tono que ella. Después, me di la vuelta, me levanté y me quedé frente a Medusa tan cerca que percibía el calor emanando de su piel y endulzando el ambiente.

— Lo único que me da miedo de eso es que no sé si sentirás lo mismo que yo ahora. Espero no equivocarme — dijo con cierto temor, susurrando.

Medusa, llena de duda, pasó su mano izquierda por mi cintura y me atrajo hacia ella. Pude sentir casi al instante su cadera rozar la mía y su pecho contra el mío, subiendo y bajando con una pesada, aunque lenta y constante, respiración. Supe de inmediato que estaba nerviosa, pero de una forma distinta a como lo estaba instantes antes, y a mi cuerpo le recorrió la misma sensación cuando me di cuenta de qué iba a pasar. Llevó su mano derecha a mi cara, temblando, y agarró ligeramente mi nuca. La piel se me erizó por completo ante la sensibilidad de su tacto y, poco a poco, comenzó a atraerme hacia ella. Segundos después, los cuales parecieron horas, pude sentir por primera vez el tacto de sus labios sobre los míos depositando un tierno beso.

Me había preguntado miles de veces cuando no podía dormir cómo sería tener algo así con ella, e incluso había fantaseado con cómo se sentiría, a qué aceite olería cuando aquello pasase, si su piel sería más suave todavía o cómo sabrían sus labios, pero nada en mi imaginación me había preparado para las sensaciones que ahora recorrían hasta el último recoveco de mi cabeza. Era un tipo de paz que hasta el momento había sido desconocida para mí, y eso que pensaba que nada podía superar el no ser continuamente golpeada. Sin embargo, al mismo tiempo, todo mi cuerpo sentía un hormigueo muy agradable, e incluso comencé a temblar un poco. Había sido la mejor sensación de mi vida y no quería que acabase, pero pronto se separó de mí. No dije nada tras el beso intentando ordenar mis pensamientos, lo cual la abrumó.

— Madre mía… — dijo para sí misma y comenzó a hablar atropelladamente—. No debería haberlo hecho. Seguro que no te ha gustado y te he asustado. Te vas a separar de mí, te vas a ir y…

No la dejé terminar, pues antes de que siguiese con su disertación de puro pánico, la atraje hacia mí y sellé de nuevo sus labios con los míos en un increíble segundo beso. Ante esa acción, todo su cuerpo se relajó de repente, como si hubiese soltado de golpe toda la tensión que tenía acumulada por la incertidumbre. Por mi parte, me ardían las mejillas tanto como a ella sin terminar de creerme la iniciativa que había tenido, pues ni siquiera había pensado en hacerlo, solo pasó. Mi cuerpo sabía que quería estar cerca de Medusa y, aunque no supiera comunicárselo a ella con palabras, todo mi ser quería. Definitivamente, eso debía ser amor.

# 13

# Heridas de muerte

La incomodidad que sobrevino tras esos primeros besos fue evidente para ambas. Nos quedamos juntas, sin saber qué hacer o qué decir. Suponía que ella me miraba y, por mi parte, agucé el oído para estar pendiente de cada uno de los sonidos que podría producir. Suspiraba sonriendo cada cierto rato, siempre sin decir una sola palabra, mientras rebuscaba utensilios de cocina aquí y allá. Para ocupar mi mente, me alejé de la zona y me puse a practicar la escritura en mis tablillas. Poco a poco, había aprendido a hacer las letras y las frases rectas, aunque me llevaba más tiempo porque dependía totalmente del tacto. Medusa solía decir que tenía una letra muy bonita y, al recordarlo mientras cincelaba la superficie de la piedra, sonreí. Ya sabía qué me apetecía escribir, pues lo había leído muchas veces:

*«ΤΟ Μ' Ἡ ΝΆΝ ΧΑΡΔΊΑΝ ΕΝ ΣΤΕΘΕΣΙΝ Ἴ ΠΤΟΑΙΣΕΝ»*

— «En mi pecho el corazón se estremece.» — escuché a Medusa decir a mi lado. Yo me asusté, pues me había concentrado tanto en el repiqueteo sobre la piedra que no la oí venir—. Lo siento, no quería asustarte — añadió en un tono suave—. Me suena mucho esa frase…

— Es de Safo. A veces, me identifico un poco con ella — añadí esperando que entendiese a qué me refería.

— El mío también se estremece — susurró nerviosa.

Tomó asiento a mi lado y no dijo más nada, dando así la conversación por acabada. Con el corazón amenazando con salir de mi pecho, me dispuse a guardar todos los cinceles solo para tener una excusa para levantarme y alejarme un poco de ella y pensar. Nunca había tenido un día tan intensamente emocional y estaba comenzando a ser errática con los comportamientos que debía o no tener. Comenzaba a entender el significado de «estar rara», pues ni yo misma me comprendía.

Volví a donde estaba, pues la baza de ir a guardar cosas no me iba a durar eternamente, y no tardé en sentir el contacto de las manos de Medusa sobre las mías tendiéndome un cuenco. Tras los dos meses que llevábamos juntas, ella había aprendido que, si quería que yo cogiese las cosas sin errar en el intento, debía guiar mis manos porque no era capaz de prever dónde estaban aquellos objetos que no tenían un lugar fijo y que no sabría ubicarlos incluso si los tenía justo delante. Pero ella lo hacía con una dulzura especial, con un tacto suave y relajante que desprendía cariño, al igual que la caricia que siempre me daba en la espalda cuando ya tenía lo que me diese entre las manos. Esta vez, sin embargo, no solo me acarició, sino que además me besó la mejilla. Con una sonrisa estúpida y sonrojada, me llevé las manos a la cara.

— ¿E-está rico? — preguntó intentando iniciar una conversación. Estaba evidentemente incómoda.

— Mucho. Gracias… — ¿Por qué me tenía que costar tanto hablar?

— N-no hay de qué. — Se hizo un silencio que nos pareció eterno—. ¿T-te encuentras bien?

— Si, es que nunca… — Me rasqué la frente buscando las palabras adecuadas—. Nunca había besado a nadie. E-eres la primera — susurré.

— Oh… — A pesar de que su respuesta fue comedida, supe por su tono que estaba sorprendida y nerviosa al mismo tiempo. Quizás, le había añadido más presión al momento—. Pensaba que tal vez… c-con ese bastardo…

— Nunca. — Deposité la cuchara en el cuenco y lo sujeté entre las manos con la cabeza gacha, avergonzada—. Me hizo muchas cosas, pero nunca me besó. Decía que era un acto de amor que no me merecía. Y creía que era cierto, pero…

Sin dejarme decir una sola palabra más, llevó una de sus manos a mi nuca y me atrajo de nuevo hacia ella. Instantes antes de encontrar sus labios, pude sentir su aliento chocar con mi piel, lo cual despertó todos mis sentidos y me hizo sonrojar violentamente. Sin embargo, ese beso no se había sentido como los anteriores, era más suave, algo menos torpe e infinitamente más pacífico. El hormigueo de mi estómago se sustituyó por una calidez infinita en el pecho. Y me sentí amada. Y me sentí abrumada. Decía tanto sin pronunciar una sola palabra que no supe manejar lo que me producía, así que acabé derramando lágrimas descontroladamente. Medusa se separó de mí y limpió las gotas saladas de mis mejillas.

— Que te quede bien claro, Helena. — Juntó su frente con la mía—. Mereces ser amada y nadie tiene el derecho de decirte lo contrario. Y me alegra ser la primera en demostrarte que puede ser así.

Durante unos instantes, lo único que me apeteció fue posar la cabeza sobre su hombro en silencio, buscando la paz que ella solía darme, y conseguí calmarme al poder percibir el latido de su corazón que, a pesar de ser un poco arrítmico por el nerviosismo, permitía a su dueña estar apoyándome emocionalmente. Me fascinaba la forma en la que Medusa era capaz de domar casi todas las veces sus sentimientos por su bien y el de los demás, a no ser que la excitación fuese tan extrema que perdiese el control en favor de la bestia. Lo había visto en varias ocasiones, la más reciente aquella misma tarde en el lago, lo cual me recordaba…

— ¿Qué es «consentimiento»? — dije de repente incorporándome y moviendo la cabeza en su dirección, dándole a entender que le prestaba atención.

— Es hacer algo con el permiso de alguien más, en especial si lo que vas a hacer afecta a la persona con la que lo vas a hacer. — Probablemente, vio mi cara de confusión, por lo que prosiguió con su explicación—. Por ejemplo, esta tarde la otra te ha toqueteado desnuda. — Hizo una ligera pausa—. Pero no se preocupó de si tú querías o no ese contacto. No lo consentiste. Que no llevases ropa no significa que la invitases a hacer algo así.

— ¿Entonces no es correcto? — inquirí dándole vueltas al asunto.

— No, no lo es. No te ha dado la oportunidad de elegir. Incluso si en un primer momento hubieses dicho que sí, si luego te arrepientes y dices que no, una persona con principios debería parar de inmediato.

— ¿Y si no para?

— Sería una violación a tu intimidad y esa persona no te respetaría. — Puso un especial

énfasis en esa última idea, lo cual hizo que cierta parte de sí misma se diera por aludida—. *Sssssi que la respeto. Hasssss sido tú, ssssssomos la misma persssssona, idiota.* — se burló—. ¡Somos la misma persona cuando te interesa! Admite que no deberías haber hecho eso. *¿Te molesssssta que lo haya hecho antesssss que tú?* Me molesta que no tengas en cuenta lo que ella quiere, solo lo que tú deseas. — Durante un minuto, todo se quedó en silencio—. Y se fue. Odia que lleve razón.

— Sois la misma persona — dije divertida—. ¿Acaso a ti no te molestaría no llevar razón?

— Un poco… — admitió—. En fin, la cosa es saber si tienes permiso o no para hacer ciertas cosas que afecten a los demás.

— ¿Y por qué no me pediste el beso? ¿Cómo sabías que realmente quería eso?

— *¡Ah! Bien dicho, Helena. Esssso, tú también hasssss violado sssssu intimidad*. — De repente, su otro yo volvió a la conversación, lo cual me parecía raro y adorable al mismo tiempo —. Ahora no somos una sola, ¿eh? Será convenida… — susurró—. No siempre hay que verbalizar las cosas. Por cómo respondía tu cuerpo, pude saber que era un sí. De haber visto algún tipo de duda, jamás lo habría hecho.

— Gracias, Medusa — añadí algo sonrojada. Cuidaba tanto de mí que a veces me parecía increíble—. Solo me gustaría saber una cosa más. ¿Por qué te espantaste cuando viste mi marca de nacimiento? Que, por cierto, no sabía que la tenía.

— *Porque esssss fea* — respondió burlona—. ¡No es verdad! No hay nada feo en ti, tranquila. Es que tiene forma de ave. Son depredadores naturales de las serpientes.

— Siento mucho que te asustase — me disculpé con sinceridad. Al fin y al cabo, la Medusa bestia también era sensible con algunas cosas.

— *No tenía miedo* — sentenció. Estaba… ¿enfadada? —. Claro que sí. Tú también tienes tus debilidades. Supéralo.

Nadie dijo nada tras eso, pues la Medusa bestia se había retirado del todo y ambas nos quedamos bastante preocupadas. Por mi parte, temía haber dicho algo que realmente le hubiese molestado, pero, al parecer, tampoco era normal que algo así ocurriera, por lo que Medusa tampoco sabía qué esperar al respecto. Decidimos terminar la cena en silencio y, cuando terminamos, yo me encargué de limpiar todo antes de ir a la cama. Medusa avivó el hogar antes de que nos quedásemos dormidas, pero esa noche no fue a su lecho ni me tomó de la mano para dormir, sino que se quedó frente al fuego, pensando.

Cuando me dirigí a la cocina, el olor de la comida invadió mis fosas nasales y despertó mi estómago con un ligero rugido, producto del hambre que tenía tras no haber comido desde la noche anterior. Me disponía a pedirle a la cocinera que me enseñase alguna receta con la

esperanza de poder hacerme con las sobras, pues esa mañana no podía esperar a que llegase la cena. Me senté durante unos momentos en una de las banquetas que había cerca del fuego, esperando a que se me preguntase qué quería, pues yo no podía iniciar ninguna conversación con ninguna persona de la *oikós*. La anciana no tardó en preguntarme por qué holgazaneaba, ya que ella sabía cuál era el castigo cuando los amos veían a algún esclavo sentado, en especial si era yo.

Fue entonces cuando me armé de valor y le hice aquella petición, a lo que ella me respondió con una sonrisa en su voz que, si quería aprender, estaba dispuesta a enseñarme siempre y cuando la ama hubiese dado su visto bueno. Yo le dije que sí y, feliz, hice todo aquello que ella me pidió a lo largo de la mañana, aunque le mentí cuando le dije que la ama me había autorizado a estar allí. Lo hice porque esa mañana había terminado con todas mis tareas y ella no solía buscarme, así que pensé que no pasaría nada. Era el mejor plan de la historia.

— ¿Qué haces aquí? — preguntó de repente una desagradable voz que no esperaba escuchar—. Te ordeno que te vayas inmediatamente y que jamás vuelvas a no ser que yo te lo pida expresamente. ¿Qué hace esta… niña aquí, Eulalia?

— Me dijo que usted la había mandado aquí porque ya no tenía más nada que hacer. Me extrañó que fuese así porque nunca me había mandado a esta esclava a la cocina, pero no pensaba que me mintiese.

— O sea, que has mentido a esta pobre anciana a la que yo considero como una madre. Sabes lo que eso significa, ¿no?

— Ama, yo... - Estaba atemorizada, sabía que eso podía significar un castigo, pero la incertidumbre de saber cuál sería era lo que me producía un verdadero terror.

— Hoy no comerás — decidió indulgentemente, probablemente debido a la presencia de Eulalia—. ¿Sabes por qué nunca te he mandado a la cocina? Porque aparte de ser inútil para usar cuchillos, no quiero que comas lo que sobre. Si respiras, es porque yo lo digo. Si comes, es porque yo quiero que lo hagas. Y si no quiero que lo hagas, no lo haces. ¿Te ha quedado claro?

— S-sí, mi ama — dije con miedo de hablar por si se lo replanteaba.

— Lárgate de aquí y agradece que esta vez no vas al poste. Pero si vuelves a mentir, te aseguro que el castigo será mucho peor que a lo que estás acostumbrada. Tengo mucha imaginación y tiempo libre.

Esa fue la primera y la única vez que mentí, pues, para bien o para mal, me di cuenta de que la mentira solo traía la desgracia a la persona que la contaba. Probablemente, ni ella ni la cocinera buscaban darme una lección, pero yo aprendí a ser honesta y, aunque después de ese día vinieron muchos castigos, jamás fue por ser mentirosa. Quizás, esa fue la única vez qué merecí el castigo porque realmente había hecho algo mal e, irónicamente, fue la que me perdonó. Y eso me enseñó otra lección, que ser buena no significaba recibir cosas buenas. Fue el día en el que perdí la confianza en las personas, y creí que jamás la iba a recuperar.

Cuando fui consciente de mí misma, suspiré al recordar lo amargo que había sido para mí saber que la justicia no existía. Lo que se considera ética o lógica depende de una sola cosa: quién tiene el poder. Lo lógico era darle de comer a la niña de nueve años que hizo una trastada en la cocina, pero lo que dictaba la ley de Cyrilla distaba mucho de lo que era ético o remotamente normal. Dudaba mucho que pudiese eliminar el resentimiento que tenía hacia ella, hacia los dos, pero sabía que jamás iba a volver a ese lugar, por lo que solo me quedaba avanzar y dejarlos atrás en lo más recóndito de mi ser.

Esa mañana, al contrario que otras, estaba sola, o al menos eso era lo que parecía. Mi mano estaba suelta y Medusa no me daba los buenos días con su suave y somnolienta voz. Ni siquiera olía a ella, por lo que solo podía pensar en dos cosas: o se había levantado muy temprano y se había marchado a Tracia, opción que era improbable porque no necesitábamos nada, o no había ido a su lecho la noche anterior. La segunda opción me pareció lo más probable puesto que, cuando me dormí, aún no se había acostado. ¿Por qué se había quedado en vela? No era muy común en ella.

Igual que hacía Argos cuando le solía poner de comer, comencé a olfatear el ambiente en busca de su esencia. Debía de ser todo un espectáculo, pero, por suerte, no podía ver el ridículo que hacía. No estaba en la gruta, pues no había ni rastro de ella. ¿Le habría pasado algo? Con la incertidumbre instalada en mi mente, continué recorriendo cada estancia en busca de alguna señal de Medusa, la cual no parecía estar por ninguna parte.

Tampoco se estaba bañando. No había ropa en el sitio que habíamos designado para dejarla, pues ella era muy cuidadosa para no dejar nada en medio que me pudiera hacer tropezar, y tampoco había preparado su ya acostumbrado ritual de aceites esenciales. Además, el ruido del agua no parecía perturbado por estar ella dentro, por lo que, sin duda, sabía que no estaba allí. Continué entonces con mi camino palpando las rocosas paredes de la gruta natural que conducía al Pequeño Paraíso. Era bastante estrecho, ya que no podía estirar mis brazos por completo y, con solo alzar la mano un poco por encima de mi cabeza, ya tocaba el techo. Cuando Medusa pasaba por allí, solía respirar con fuerza debido a su claustrofobia. Por ello, paré y agucé el oído buscando ese sonido, pero tampoco lo encontré. Allí no estaba.

No me quedó más remedio que continuar avanzando con el corazón en un puño. Había otra opción, otra que antes no se me había pasado por la cabeza pero que, quizás, era tan plausible como las otras dos. ¿Y si se había ido sin mí? Sin más, sin otro motivo que no fuese alejarse de mí, porque no solía irse a ninguna parte sin decírmelo y esta vez estaba ilocalizable. ¿Habría hecho algo yo?

Ese pensamiento se esfumó cuando, ya arropada por el característico sonido de los insectos del Pequeño Paraíso, me tropecé con un gran montículo de tierra y caí en un agujero. Ninguna de las dos cosas estaba ahí antes, así que alguien debía de haberlas puesto. Tosí tras inhalar una gran cantidad de polvo, pues eso hizo que me ardiese el cuerpo desde el interior, y me incorporé. Un pequeño reguero de sangre comenzó a recorrer mi pierna izquierda, y el dolor me decía que su origen estaba en la rodilla. Probablemente, me la había raspado. No le di mayor importancia y, tras sacudirme la toga, el pelo y la cara, me quedé allí en medio de pie.

— ¿Medusa? — Alcé la voz, ella no parecía responder—. ¡Medusa! — dije tras ponerme las manos frente a la boca intentando que mi voz llegase más lejos.

— ¿Helena? — Desde lejos, su voz llegó a mis oídos como un murmullo y sentí un alivio inmediato. Ella estaba allí y se apresuró para alcanzarme—. Dioses, ¿estás bien, Helena? ¿Te has hecho daño? — Sus manos comenzaron a recorrer mis brazos y, probablemente, buscaba heridas con su mirada. Estaba realmente preocupada—. ¡Estás sangrando! Tu toga…

— Tranquila — dije interrumpiendo su creciente ansiedad—. Es un rasguño en la rodilla, pero parece que sangra mucho. Es que no he tenido cuidado y me he tropezado con un montículo de tierra. ¿Para qué estás cavando?

— Debería haberte avisado. Soy una estúpida.

— No lo eres. — Busqué su mejilla y la besé. No quería que se sintiese mal—. Solo ha sido un accidente. Estoy bien. ¿Cuándo has hecho esto?

— Anoche. — Se hizo un largo silencio. Quería que se explicase y esperé hasta que me dio una respuesta —. No podía dormir, y pensé que necesitábamos ampliar el huerto. Ahora no estoy sola y dependemos solo de los vegetales. A este paso, no tendremos nada en un par de meses y…

— ¿Y tenía que ser anoche? Creo que eso no es todo — dije perspicazmente.

— Entre que amo y odio que puedas percibir los detalles de mi voz. — Me sonrojé, pues sabía que, en realidad, decía veladamente que le gustaba ese rasgo de mí—. Ella no me dejaba dormir — añadió seria.

— ¿Por qué?

— Porque hablaba y hablaba. Sobre ti, lo espectacular que eres, lo bien que… b-besas…

— ¿Era ella la que me besó?

— Fui yo. Ella… sentía y miraba. Y me atormenta porque no la dejé salir. Pero quería que esa primera vez fuese nuestra, no suya — dijo con convicción y me enterneció, pero, al parecer, no estaba en mis manos hacerle entender que era solo ella, Medusa. Debía aceptar la forma en la que se empeñaba en hacer distinciones y adaptarme—. Y luego estuvimos hablando sobre tu marca de nacimiento. Me ha pedido que te comunique que no le da miedo.

— Comprendo. ¿Puedes salir y decírmelo tú misma?

— *Sssssi* — dijo instantes después, poco convencida—. *No le temo a esssse pajarito* — añadió a media voz.

— Sé que eres valiente y, si dices que no le temes, te creo. — En ese momento, aunque sabía que no era cierto, decidí que lo mejor era no herir su orgullo. Sí que le aterrorizaba, pero para ella era importante hacerme saber que no y lo respetaba.

— *Graciasssss*.

— Una cosa más. No te vayas, por favor.

Cuando alcé las manos para atrapar sus brazos y acercarme a ella, supe que no se había ido, pues su piel estaba ligeramente irregular debido a la presencia de las escamas. Cuando la Medusa bestia estaba tranquila, llegué a la conclusión de que la transformación estaba a medias, con rasgos de reptil, pero sin llegar a convertirse en uno y me pareció, cuanto mínimo, curioso. Acorté la distancia que nos separaba y noté su claro nerviosismo cuando nuestras caderas encajaron a la perfección. El espacio personal había pasado en segundos a ser inexistente y, a pesar de esa nueva sensación para ella, se dejó hacer.

Acaricié su pelo con suavidad, tanteando poco a poco la situación en la que nos encontrábamos porque sabía que ella podía perder el control con facilidad. No tardó en comenzar a sisear, lo cual me daba a entender que le estaba gustando aquello y que estaba relajada, así que, ignorando mi propio nerviosismo, hice que aquel contacto fuese un poco más íntimo, más nuestro. Bajé la mano hacia su nuca y, poco a poco, la atraje hacia mí buscando su boca. Aquellos labios eran exactamente los mismos, e incluso esa forma de besar tan tierna que tenía era igual, pero no tardé en sentir que algo distinto a las anteriores veces estaba pasando.

Sus colmillos aferraron mi labio inferior con un hambre voraz. Solté un gemido involuntario ante tan repentino cambio de actitud, lo cual me produjo un inesperado placer y le dio a ella alas para volar e intentar llegar más lejos todavía. Apretó un poco más la mordida, lo cual comenzó a provocarme dolor, y enrolló su cuerpo, aún humano, a mi alrededor, atrapándome. Pronto, mordió un poco más fuerte intentando saciar un hambre que era casi voraz, hasta que sentí el sabor metálico sobre mi lengua. Me tiró al suelo y quedó sobre mí, probablemente mirándome, y pronto sentí su lengua recogiendo una gota de sangre que yacía en la comisura de mis labios y apretando su rodilla contra mi intimidad. Poco a poco, comencé a entender qué era lo que estaba pasando, lo había vivido durante diez largos años. Ella deseaba sexo.

Mi mente se bloqueó y mi cuerpo se quedó tan rígido que incluso me dolía esperando lo peor. No quería que también me hiciera eso, no Medusa, porque había decidido confiar en ella, abrirme y hacerla sabedora de mis sentimientos. Había escuchado durante esos meses algunas de las atrocidades a las que había estado expuesta durante mi infancia y mi adolescencia y… No podría soportar que ella también me hiriera, en especial así. Entonces, me vino a la cabeza una idea que ella misma me había explicado: podía negarme y ella me tenía que respetar.

— Medusa — jadeé mientras intentaba zafarme de ella—. No quiero esto.

Esas tres palabras fueron suficientes para que todo parase de repente. Fue entonces cuando fui consciente de que mis mejillas estaban cubiertas de lágrimas y de que estaba agobiada por la situación. Ella no dijo una sola palabra, pero podía notar la culpabilidad en cada centímetro de piel que se apartaba de mí. No obstante, no se marchó y no huyó a otro rincón de su mente dejando que la humana lo solucionase todo. ¿Acaso me daba a entender que quería hablar? No, no solo eso. Estaba… llorando. La que quería parecer indestructible ante mí se estaba derrumbando.

— *Lo sssssiento* — dijo entre sollozos—. *Lo sssssiento tanto*.

— Tranquila, ya ha pasado. — Siendo consciente de que no estaba bien, la estreché entre mis brazos y apoyó la cabeza en mi hombro.

— *He esssssstado a punto de hacer… He esssssstado…* — Estaba completamente bloqueada.

— No lo has hecho, eso es lo que importa.

— *¡Te he hecho daño!* — Llevó su pulgar a mi labio, limpiando así una gota que comenzaba a recorrer mi barbilla—. *No te merecesssss esssso, Helena*. *Yo…*

— Estamos de acuerdo, no lo merezco. Y tú lo sabes. He sentido terror hace un momento porque sigo herida por lo que he vivido. Pero he confiado en ti, te he abierto mi corazón, sabes mi historia, y tenía la esperanza de que me hicieses caso cuando me he negado. Y lo has hecho, pero necesito decirte esto: no vuelvas a intentar algo así nunca más. Os adoro como a una sola — dije sin pensar. Ella tomó aire, sorprendida—, y quería que tú también tuvieras un beso, que compartiésemos algo así. Pero no quiero sexo, no estoy preparada para algo así y no quiero volver a sentirme obligada a hacerlo. Cuando esto ya no sea así, yo misma te lo diré. — Dioses, sentaba tan bien expresarme directamente y sentirme escuchada…

— *Esssss complicado.* H-hay algo dentro de mí que… *Sssse adelanta a mi voluntad*. Es lo que nunca he podido controlar. *Algo impulsssssivo*. Algo…

— Creo que ambas necesitamos superar varias cosas para que esto funcione. Estamos heridas.

— *Heridasssss de muerte*. — Me acarició la mejilla con cariño—. *No volverá a passssar*. Te quiero, Helena.

De repente, todo quedó en silencio. Aquellas últimas palabras no habían sido fruto de la parte impulsiva de Medusa, sino de la tranquila, la que de verdad era ella, la que no se atrevería normalmente a decirme algo así, y me sonrojé. Los latidos de mi corazón se aceleraron tanto que se agolparon en mis oídos y no me dejaron escuchar nada más, pero mi piel seguía sintiendo el tacto de su sincero abrazo, ese en el que, desde hacía mucho tiempo, me sentía realmente en casa. No podía negarlo, al menos no a mí misma. Mi sitio estaba donde estaba ella.

14

# ¿No lo entiendes?

Habían pasado dos semanas desde aquel incidente. Durante los primeros días, su parte humana estuvo distante conmigo, siempre presente, pero respetando mis tiempos. La bestia, por otro lado, no volvió a manifestarse durante todo ese tiempo. Ya no había comentarios mordaces, ni intentos de molestar a la humana con su sarcasmo, ni un inconfundible ambiente sexual rodeándonos. Lo que permaneció fueron las largas noches en vela en las que Medusa compartía pensamientos consigo misma y, aunque no me lo decía, seguro que muchas de las frases que intercambiaban giraban en torno a mí.

No podía negar ante semejante situación que estaba, como mínimo, preocupada. Lo que más me gustaba de esa otra parte de su ser es que luchaba por ser libre e independiente y que no se doblegaba ante la voluntad de nadie, ni siquiera a la suya propia. Sin embargo, desde que estuvo a punto de herirme de la peor forma posible, incluso por encima de darme muerte, se recluyó. Ya no demandaba salir. Ya no tomaba el control, no lo quería. Esa no era la Medusa que yo conocía, pues que una no estuviera presente hacía que la otra también se comportase extraño.

En tan solo una fracción de segundo, pasó de confesar como humana sus sentimientos a mantener una distancia casi permanente, tanto física como sentimentalmente. Desde ese día, no había compartido un beso, un abrazo, o siquiera una conversación completa conmigo, y tampoco me permitía tomar la iniciativa. Se había vuelto una mujer esquiva y ella nunca había sido así. Solo hablaba conmigo para entrenar, lo cual fue lo único inmutable en nuestras rutinas.

Por mi parte, apenas podía soportar que ahora estuviésemos así. Por una vez, no pensaba sentirme culpable de lo que había pasado y del resultado que podría haber tenido, porque el problema no lo había causado yo. Además, tampoco me arrepentía del arranque de valentía que tuve al dejarle claro que no era lo que quería. Me sentí bien y, definitivamente, demandar algo así no podía ser un error. ¿O sí? ¿Y si estaba siendo demasiado orgullosa? ¿Y si me faltó ser más comprensiva con ella? ¿Y si… yo debiera haber querido eso tanto como ella? ¿Y si me había equivocado?

Para mí, era una cuestión muy difícil de resolver. Por una parte, no sentía que dejar mis sentimientos claros fuese un error, pero, por otro, quizás era mi obligación tener sexo con Medusa ahora que éramos… algo. Lo segundo tenía un poco de sentido, pues, si era el paso natural a seguir, era normal que ella hubiese dado por hecho que yo iba a aceptar y no contemplase una negativa por mi parte. Pero ella misma me lo había dicho, no había presuposiciones, sino querer o no querer y respeto. ¿Qué era lo correcto? No podía saberlo y eso era realmente frustrante.

Para evadirme de mis pensamientos, que en general provocaban más preguntas que respuestas, solía ocupar mi cabeza en otros asuntos. A veces, era practicando mi escritura, pero esa mañana mi entrenamiento hacía las veces de tablillas. Medusa me había mandado ponerme la armadura entera y correr hasta que ya no pudiese más. Me sorprendió que ya no sentía esa sensación de ahogo tan intensamente como la primera vez que hice ese ejercicio, incluso llevando el peso de las armas, la coraza y el casco. Me estaba volviendo fuerte anormalmente rápido en comparación con el hijo de Proteus a pesar de que el chico había entrenado casi toda su

vida. Al contrario que él, corría y corría, pero con tan solo esas semanas, ya no me cansaba ni me faltaba el aliento.

— Fanfarrona — susurró para sí misma.

— Te he oído — respondí divertida. Ella suspiró.

— Anda, para de correr, que aburres a las vacas. — Rio ligeramente, era la primera broma que hacía en dos semanas y, aun así, no se acercaba a mí—. Es sorprendente, en cuanto has engordado y hecho un poco de deporte te has vuelto incansable.

— Me siento bien — dije orgullosa de mí misma mostrando mi ahora tonificado brazo.

— No es muy normal, Helena — añadió en voz muy baja—. No en pocas semanas de entrenamiento… — Tras una pausa pensativa, continuó hablando—. En formación, soldado.

— Quizás tenga facilidad para…

— ¡En formación! — Me cortó.

Me sorprendió que gritase de repente. Nunca la había escuchado espetar las frases de esa manera, como si no hubiese ni rastro de su característico cariño en ellas y, en cierta forma, me dolió a pesar de que estaba jugando a ser *strategós*. Sin embargo, hice caso a la autonombrada comandante y me puse en posición de ataque. El *aspis* cubrió todo mi torso y desenvainé la *xiphos* para hacerla descansar en mi mano, a mi derecha. Adelanté mi pie izquierdo, lo apoyé con firmeza en el suelo y flexioné las rodillas. Con los días, aprendí que una mala postura podía significar caer dolorosamente al suelo y, si no quería acabar así, debía ser precisa con mis movimientos.

— Bien. Hoy vamos a pelear un poquito, esta vez con espadas de verdad.

— Pero…

— Sin cortes, sin rasguños — dijo interrumpiéndome—. Solo golpes. Escucha tu alrededor y ataca.

¿Qué le pasaba? Nunca peleábamos con espadas de verdad. Nunca nos golpeábamos, y ese tono tan distante… Por algún motivo, no me gustaba lo que estaba empezando a suceder y no tardé en saber por qué. Sin decir que habíamos empezado, sentí cómo lanzó una patada a mi escudo y me desestabilizó. Ni siquiera escuché si había desenfundado un arma, pero sí cómo cortaba el aire con su afilado hierro. Aproveché el impulso que me dio con el golpe para rodar por el suelo y alejarme de ella.

De repente, silencio. Aún en guardia, agucé el oído en busca de una señal, cualquiera que me dijese adónde había ido, y pronto, aunque muy ligeramente, percibí una pisada a mi izquierda. Me di la vuelta, protegiéndome, pero ese golpe no llegó. Ella no estaba ahí. Cuando tiró de mi pie y me precipitó al suelo, supe exactamente que había jugado conmigo y había convertido mi oído en una desventaja. Tras toser debido al polvo, apoyé la espada en el suelo y me levanté. Si era un entrenamiento a «vida o muerte», debía ganar yo.

No tardé en volver a escuchar su pie en una dirección, pero, esa vez, escuché el otro apoyarse ligeramente en el lado contrario, así que, girando sobre mí misma, sentí cómo su pierna

rozaba mi cintura y se precipitaba contra el aire. Por mi parte, aproveché para empujarla ligeramente con la cadera, divertida. Reí sin tapujos cuando llegó a mis oídos ese reconocido y torpe sonido de traspiés, y me relajé. Ella, sin embargo, me lanzó una piedrecita a la frente.

— No te distraigas — dijo de mala gana.

— Señora, sí, señora — respondí en el mismo tono.

Tras levantarse, comencé a sentir aquel siseo que, meses atrás, me habían conducido hasta su *oikós* y me había salvado de caer en el abismo que había en la misma. El juego había cambiado; ahora me enfrentaba a la humana con piel de bestia. Mil veces más sigilosa y fuerte. Mil veces más susceptible a perder el control, si es que no lo había hecho ya. Se había vuelto peligrosa y en mi interior sabía que yo también, ya que volvía a correr esa sensación por mis venas. Si seguíamos, no íbamos a salir bien paradas. Debía detenerlo antes de que pasase. Por ello, bajé las armas y hablé.

— Medusa, no creo que debamos…

— ¡Pelea!

— ¡Deja de interrumpirme!

Por primera vez en mi vida, alcé la voz con verdadera furia y me sorprendió que la provocadora de todo aquello fuese precisamente Medusa. Lancé las armas al suelo con fuerza, las cuales hicieron un ruido metálico muy estridente que ignoré. Mi mente solo estaba ocupada por lo idiota que se había vuelto con el paso de los días y lo injusto que era. ¿Que si me había equivocado? ¿Que si era mi deber querer sexo? ¡No! Y era muy injusto que se estuviera vengando constantemente desde entonces. Los silencios, la constante ignorancia, la retirada del cariño, y ahora aquello… Todo tenía un límite y ese era el momento de ponerle fin.

Olvidé las armas, no las necesitaba para acabar con esa estupidez de combate, y alcé los puños en actitud de defensa. Esa fuerza volvía a invadir mi cuerpo y pensaba aprovecharla. Respiré hondo dominando aquello que se desbocaba en mi interior y decidí canalizarlo. Sentía mis músculos vibrar de pasión y mis sentidos aguzarse más todavía. Esa sensación era nueva e increíble, porque Medusa ya no estaba escondida. Podía olerla, mi piel percibía el cambio de dirección del aire cuando se movía y podía escuchar hasta el más sutil roce de su vientre de serpiente en la tierra.

Sin embargo, reaccionar con la velocidad necesaria me fue imposible. Cuando había procesado su movimiento, ya me había golpeado. Primero, en el estómago. Luego, en la espalda. Finalmente, en las piernas. Y sabía que un soldado caído era un soldado herido. Enrolló su cuerpo a mi alrededor, constriñéndome, y me levantó hasta que pude sentir su aliento en la cara. Por primera vez, las serpientes de su cabello estuvieron realmente excitadas, tanto que todas silbaban amenazantes frente a mi rostro.

Mi instinto me dijo que podía salir de ello a pesar del dolor, a pesar de sentir que mis huesos estaban a punto de quebrarse y, con mis brazos, comencé a forcejear con Medusa. Su silencio en contraste con la situación me decía que era totalmente consciente de todo lo que estaba pasando, no había perdido el control y aun así… Aun así, me estaba haciendo aquello. Comenzaron a recorrerme unas furiosas lágrimas por el rostro debido a la impotencia, y mi

mundo se limitó a mí misma y a mis brazos. No había ruido, no había siseos, solo mi ardua voluntad de deshacerme de su agarre. Con fuerza bruta, empujé su cuerpo y empecé a desembarazarme de ella.

Forcejeamos durante unos minutos que parecieron horas, ambas incansables y, sin dar mi brazo a torcer, me deshice de su agarre por completo después de lanzar un grito al aire. Por su respiración, supe que estaba sorprendida de que me la hubiese quitado de encima. Entendí entonces que no me había soltado a voluntad, sino que había ganado a la bestia en fuerza. Sin embargo, ella no se rindió y se abalanzó, esta vez torpemente, sobre mí. Volví a girar de la misma forma, pero esa vez no le di con la cadera y me reí, sino que me subí sobre ella y atrapé sus brazos sobre su cabeza y su cintura con mis piernas para no caer. La había inmovilizado en el suelo por completo y, poco a poco, sentía en mi cuerpo cómo respiraba hondo y se transformaba en humana. Se había rendido.

— Eres una idiota — dije mientras aflojaba el agarre y me sentaba, molesta—. No me merezco todo esto por haberte rechazado.

— Sigues sin entenderlo. — Rio con ironía—. ¡No tenemos tiempo!

— ¿Tiempo para qué?

— Para todo, Helena. Cada día que pasa te pongo en peligro, ella te pone en peligro. Y hay cosas que ni siquiera sé cuándo van a pasar, pero debes estar preparada.

— ¿Para qué? — reiteré.

— No puedo decirlo.

— ¿Sabes a qué me suena? A que estás resentida por lo que pasó. A que odias que te rechacen y te estás vengando por ello.

— ¿De verdad crees que soy así?

— ¿Qué quieres que piense, Medusa? Casi me violas. Dejé claro que no quería nada y desde entonces tu amiga no sale y tú apenas me tratas. Discúlpame si pienso que tu interés en mí depende de eso.

— Helena…

— ¡Helena no! — Por fin, estallé—. Tengo derecho a decir lo que quiero y lo que no, y no es un error hacerlo. No debería sentirme culpable y, aun así, pienso constantemente que esto lo he provocado yo, que como te quiero debería decir que sí al sexo y que algo no funciona bien en mí si lo rechazo. ¡No hay nada mal en mí!

El silencio fue abrumador e incómodo. Me había vaciado completamente con las palabras. Todo lo que había acumulado y sentido a lo largo de aquellas semanas estalló frente a nosotras. Esperaba por su parte también una actitud tan furiosa como la mía, pero, por el contrario, su voz volvió a ser dulce, cariñosa y sincera cuando me respondió.

— No hay nada malo en ti y no tienes que decir que sí porque yo quiero. Me avergüenza la forma en la que he intentado llevar esto por mi cuenta, pero es obvio que estaba equivocada. Lo peor de todo es que me acabo de dar cuenta… Si te soy sincera, tengo pánico. Pánico de

hacerte un daño irreversible. Lo que siento por ti va más allá de lo que experimenté con Alida, y es mil veces más complicado porque ya no soy del todo humana.

» Hace dos semanas… — Suspiró y tomó aire, haciendo acopio de coraje para hablar—. No fue solo ella. Yo estaba presente, cegada por el momento, y lo quería tanto que ni siquiera me di cuenta de que llorabas y estabas aterrada. Y cuando fui consciente de que era por mí, de que la angustia de tu rostro tenía mí nombre, no me lo podía perdonar. Pensé que quizás mantener una distancia cordial y mejorar tu entrenamiento ayudaría a que no pasase.

— Es que no quiero que te alejes de mí. ¿No lo entiendes?

Tras esa confesión con tono de reproche, no pude evitar buscar su rostro con las manos, hallar y atrapar su boca con hambre y, tras dos eternas semanas, volver a besarla con necesidad, con avidez. En cuestión de segundos, pasó de ser un beso casto a uno más profundo. Necesitaba demostrarle lo mucho que la había extrañado y quería hacerle entender sin palabras que la necesitaba. Casi por instinto, la tiré al suelo sin parar de besarla y me puse sobre ella. La coraza me sobraba ante el creciente calor del inactivo volcán y me la quité casi con desesperación.

Tras ello, me acomodé la ropa y me agaché para seguir besándola. Casi de inmediato, introdujo su lengua buscando la mía y pude sentir que me devolvía ese sentimiento en forma de ligeras embestidas en mi boca. Podía sentir su vientre subiendo y bajando entre mis piernas debido a su respiración agitada, lo cual hizo que la mía se volviese arrítmica y que ella apretase mis muslos con una fuerza atractiva. Rocé su cabello, ahora lacio y suave, con las manos y bajé poco a poco por su rostro, disfrutando de la imagen de sus facciones en mi cabeza, del tacto de su cuello y la forma de sus clavículas. Después, me separé porque sentía que el aire me faltaba y junté su frente con la mía. Por primera vez en lo que me pareció una eternidad, sentí paz.

— Vaya… — dijo entre suspiros—. Ha sido…

— Te echaba de menos.

— No pienso volver a abandonarte así, Helena. Nunca.

15

# Natural

Incluso con el paso de las horas, fui incapaz de explicar cómo había sentido el impulso de discutir por primera vez en mi vida y con semejante convicción. Meses atrás, aquella explosión de sentimientos habría sido impensable para mí, pero algo había cambiado desde entonces. Mi vida había dado un vuelco y, lenta pero continuamente, mi actitud cambiaba. Por primera vez, comenzaba a sentirme yo misma, con mi propio juicio y actuando autónomamente. Mi pecho se henchía de orgullo tan solo de pensarlo.

No podía negar que me encantaba el camino que estaba tomando para averiguar quién era yo, Helena, como Medusa me había llamado cuando nos conocimos. Otra cosa innegable era que me gustaba descubrirme junto a ella, no solo por tener una fuente de conocimiento que satisfacía todas mis dudas, sino porque se había convertido en ese corto espacio de tiempo en una persona muy importante para mí que me hacía feliz. Nadie me comprendía como ella porque ambas, de una manera u otra, éramos similares. Incluso nuestras historias lo eran. Por supuesto, mis desgracias no estaban relacionadas con los dioses y ella no era invidente, pero las dos habíamos pasado por cosas parecidas. Compartir mis inseguridades con ella lo encontraba natural, como si así debieran haber sido las cosas siempre.

Tenía esa certeza cada vez que nos sentábamos frente a la hoguera y charlábamos hasta altas horas de la noche mientras cenábamos o en los lechos arropadas por el frescor de la noche. Esas ocasiones eran mis favoritas, pues la suavidad de las mantas y de su voz me proporcionaban un bienestar inexplicable. Simplemente sentía que mi corazón estaba en paz solo porque estaba ella. Además, esas conversaciones solían ser más íntimas, pues nos contábamos experiencias —aunque las de ella solían ser más pintorescas —, inquietudes y sueños en voz baja. En ocasiones, incluso nos cerrábamos en una burbuja de silencio donde sentía su mirada recorrer mí piel y yo escuchaba su respiración, y juro por los dioses que a veces me daba la sensación de que incluso así nos comunicábamos.

En esos momentos, sentía que no necesitaba nada más.

Esa noche no era distinta. Tras la discusión que tuvimos durante el entrenamiento, el ambiente era tanto raro como especialmente suave. Era similar a la calma que hay tras una tormenta: el petricor te recuerda que las nubes han desatado su furia sobre ti no hace mucho, pero el sol vuelve a aparecer y calienta tu piel con gentileza. Y en ese preciso momento, Medusa era el sol, solo que calentaba mi interior con el sonido de su sonrisa y su suave tacto. ¿Bestia? Solo un loco podría decir que ella lo era. Sin poder usar su maldición conmigo, aprendí que era una mujer gentil, amable, justa, algo maniática del orden —lo cual era perfecto para mí—, risueña, bromista y con un corazón deseando amar. ¿Cómo podía ser alguien así un monstruo?

Había tratado el tema con mucha dulzura y humildad, pues comprendía que hubiese estado molesta con ella. Incluso le sorprendió que hubiese aguantado dos semanas algo que me hacía sentir tan mal sin siquiera rechistar o hacer que ella lo notase, por lo que también se disculpó. Me explicó que creía que era lo mejor para mí y que, por mi actitud, supuso que estaba conforme con ello. Solo entonces me di cuenta de que la culpa no había sido solo de ella, sino que yo también cargaba con una parte por no haber sido clara antes. Medusa era muchas cosas,

pero no adivina y esa era una enseñanza que me iba a llevar conmigo tras el conflicto.

Después de habernos explicado las cosas con más tranquilidad y con el estómago lleno, todos los problemas del mundo parecían pequeñísimos desde la comodidad del lecho. Sin embargo, ahí, estando juntas, nos percibía enormes. Nada podía pararme porque por fin me sentía bien del todo y Medusa era una gran parte de esa nueva etapa. Quizás no sabía cómo, o cuánto podría durar algo así ya que yo era mortal, pero supe que, pasase lo que pasase, quería estar con ella. Y, al parecer, ella quería permanecer conmigo. Poco a poco, nuestras vidas comenzaban a ligarse en un sentido más profundo.

— ¿En qué piensas? — dijo sacándome de mi abstracción.

— En ti y en mí — respondí con franqueza—. Y en lo mucho que hemos avanzado juntas. No sé, nunca he sido una persona muy abierta. Solía ganar más guardándome las cosas para mí, pero… Siento que contigo puedo hablar de todo.

— A mí me pasa igual. — Puse una cara rara, por lo que ella sonrió ligeramente y aclaró lo que decía—. Bueno, no soy precisamente tímida, pero jamás he sido tan sincera con nadie. Compartí mucho con Alida y, a pesar de eso, no me sentía tan cómoda como ahora contigo. Las dos éramos unas crías por aquel entonces, apenas sabía cómo era yo, así que, ¿cómo pretendía compartirme con alguien más?

— ¿Qué edad tenías? — Me di la vuelta para tenerla de frente.

— Quince años — respondió tras un suspiro—. Apenas una niña inmadura a la que se le pedía crecer de repente, buscar un hombre… Esas cosas.

— Ojalá hubieses querido estar con uno. Podrías haber tenido una vida tranquila, formar una familia, ser mortal. Sin sufrir tanto — susurré. Ella me dio la mano.

— No cambiaría nada de lo que me ha ocurrido — confesó tras un minuto de silencio—. Es cierto que he pasado por muchas situaciones malas a lo largo de los siglos, pero ¿qué es el placer sin dolor? Una vida no puede ser perfecta porque, si no, no apreciaríamos los momentos que hacen que se te encojan el corazón. Sin la vida que he llevado, me habría perdido lo más importante.

— ¿El qué? — dije dejándome llevar por su tono soñador.

— A ti. — Medusa posó su mano gentilmente sobre mi mejilla. Mi corazón dio un vuelco ante semejante respuesta—. Incluso si me dieran mil vidas mortales para evitar esta maldición, ninguna merecería la pena si tú no estás. Hay algo en mí que me impulsa a estar contigo desde la primera vez que te vi al caer por el barranco.

» Yo había estado en el ágora aquel día, a ciegas, comprando algunas telas, víveres y aceites esenciales, pero esperé a la noche para volver a casa porque los caminos están muy transitados durante el día. Me adentré en el bosque, rehuyendo de cualquiera que pudiese verme para no herir a nadie, y te escuché. A lo lejos, casi como un murmullo, pero tu voz llegó a mí. Antes de que me diese cuenta, mis escamas salieron y se erizaron, como si respondiesen a ti, y supe en mi interior que tenía que ir.

» Al principio, sorteé la maleza caminando con tranquilidad, pero mi corazón comenzó a

agitarse. Solo sé que poco después corría, y segundos después reptaba totalmente convertida. Pero cuando llegué al precipicio, ahí estabas, cubierta de polvo y magulladuras y con ese bestia encima. Después de eso, lo único que sé es que había vuelto a casa. Estuve días preguntándome si estarías bien, si te había herido, y pensé que poco me importaban los otros dos, pero tú… Sentí un alivio enorme cuando te reconocí en la falda de la montaña y supe que mi sitio estaba contigo.

— Es extraño. Yo comencé a vagar sin rumbo tras eso. Estaba desorientada y muy cansada, pero aun así seguí caminando. Sin embargo, mi viaje acabó… aquí. — Durante unos minutos, me quedé pensativa—. Quizás, esto no es casualidad.

— La verdad, no me importa qué sea. Lo único que quiero es disfrutar de ello. De ti.

Sentí que mis mejillas ardían y que mi estómago amenazaba con dejar mi cuerpo ante la sinceridad que destilaba cada palabra que me dedicaba. Mi corazón estaba imbuido de amor y bienestar, y eso fue todo para mí. Busqué su cara con las manos, lo cual comenzaba paulatinamente a convertirse en un gesto natural para ambas, posé el pulgar sobre sus labios y, sabiendo exactamente dónde estaban, la besé con toda la ternura que pude reunir. Ella me correspondió acercándome más a ella hasta que dejé mi pecho apoyado sobre el suyo, mis manos deleitándose con la forma de su mandíbula y mi pelo cayendo entre las dos. Medusa, por su parte, me abrazó protectoramente, dejándome claro que nunca me iba a soltar.

— Te quiero, Helena — susurró contra mis labios haciendo que todos mis sentidos se despertasen.

— Y yo a ti — respondí con sinceridad, aunque no había sido capaz de volver a utilizar esas palabras desde que me enfadé con ella—. ¿Qué me estás haciendo? Cada vez siento más difícil apartarme de ti, a pesar de los desacuerdos.

— Lo mismo que tú a mí. — Tras unos segundos de silencio buscando un ápice de valentía, continuó hablando—. No quiero separarme de ti esta noche. ¿T-te quedas?

— Pero siempre dormimos la una junto a la otra — dije confundida.

— N-no. Quiero decir… Juntas, juntas. En el mismo lecho — Su voz estaba teñida de duda y no pude evitar que me pareciese adorable su tono inseguro. Sin embargo, me pareció igualmente valiente, pues yo era incapaz de pedir algo así—. Y dormir abrazadas.

— ¿Se puede hacer eso?

— Claro. V-ven. — Guio mi cabeza hasta que la posó sobre su hombro. Su pecho rozaba ligeramente mi mejilla, lo cual me puso un poco nerviosa al recordar algunas ocasiones en el lago en el cual me había rozado con uno de ellos, pero pronto abandoné esa idea para dejarme llevar por el momento—. ¿Estás cómoda?

— Si — dije suspirando.

Por primera vez, podía sentir todo su cuerpo mezclándose con el mío en un ambiente tan pacífico, tan nuestro, e hizo que la mente se me quedase en blanco y se ocupase por completo por la sensación física. Estando abrazadas, percibí que Medusa era cálida, suave y olía bien. Además, sus dedos acariciaban de arriba abajo mi pelo, mi hombro y mi espalda, lo cual hizo que, lentamente, nuestros cuerpos se relajasen y el tiempo volara. Nuestras respiraciones comenzaron

a volverse pesadas y a acompasarse a un ritmo lento. Medusa, apenas minutos después, había caído en un profundo sueño. Tras unos momentos, yo tampoco fui consciente de nada más. Por primera vez, me sentía del todo sana y salva.

— Muy bien, cariño. Alza un poco más la espada — decía una voz muy lejana. Mi mente no tenía una imagen de aquella mujer, pero su mano sobre mi muñeca me hacía sentir a salvo—. Y ahora… ¡Abajo!

Hice lo que ella me dijo sin dudar, golpeando así un objeto que hizo un sonido sordo. Acto seguido, mis pies se separaron del suelo y me sentí rodeada de sus brazos. Su tacto era cálido y tenía un ligero olor a lavanda que se me hacía extrañamente familiar. Sin embargo, no reconocía su voz ni el amor con la que esta me acariciaba los oídos.

— ¿Lo he hecho bien? — En alguna parte de mí, me sentí ajena a mi propia voz, la cual era nasal e infantil.

— Ha sido perfecto. — Tocó mi nariz con su dedo y, como por un acto reflejo, sonreí—. Eres la mejor soldado de Grecia.

Alcé los brazos y apreté los músculos en un afán por presumir ante tan extraña figura. Ella sonrió y todo mi ser se sintió aceptado y amado al instante, por lo que, acto seguido, busqué su cuello para abrazarla. Era largo y cálido, y su pelo estaba cuidadosamente recogido en una trenza. Esa fue la difusa imagen que se quedó conmigo.

Desperté sintiéndome extraña, pero no como otras veces. Generalmente, solía soñar con mis recuerdos, pero eso debía de ser mi primera fantasía, ya que no reconocía esa voz, ni ese tacto, ni ese olor en la piel de esa mujer. Tampoco era capaz de reconocer el momento ni ese sentimiento irracional de dar por sentado que estaba segura solo por escuchar su voz. Además, todo había sido difuso, impreciso, y mis recuerdos no eran así. Para bien o para mal, mi memoria táctil, olfativa y auditiva eran excelentes, y nada que eso evocaba me era familiar. Pero, a la vez, sí que lo era. ¿Quién era esa persona?

Mis pensamientos siguieron indagando mientras estuve en un estado de duermevela, pero, cuando mis sentidos comenzaron a cobrar consciencia de dónde estaba, con quién me encontraba y qué estábamos haciendo, ese extraño sueño se borró de mi mente, como si jamás hubiese existido, y me fue imposible volver a recordarlo. Aunque no me pasaba a menudo, me frustraba olvidar sueños.

Sin embargo, dejé esa idea de lado y comencé a prestar atención a la mujer con la que

dormía. En ese momento, las tornas se habían cambiado. Ahora, era ella la que descansaba pesadamente en la cavidad entre mi hombro y mi pecho y se acurrucaba en mi cuerpo. Siseaba ligeramente en mi oreja, lo cual hacía que se me pusiese el vello de punta al sentir su aliento, y su mano rodeaba mi cintura. Incluso inconsciente, Medusa dejaba claro que no quería estar lejos de mí y eso me hizo sonreír. Ese momento me hacía sentir bien y decidí disfrutar de ello y no despertarla.

— Helena — susurró adormecida.

— ¿Sí? — respondí en el mismo tono sin estar segura de que estuviera despierta.

Por toda respuesta, se movió sobre mí buscando acomodarse. Fue entonces cuando su frente quedó unida a mi mejilla, sus pies se entrelazaron con los míos y su brazo comenzó a subir. Mi piel, sensible ante su tacto por encima de las telas, sintió un cosquilleo involuntario. Su mano, finalmente, descansó sobre mi seno derecho, lánguida. Definitivamente, no estaba despierta. Pude sentir claramente su caricia, lo cual hizo que mí corazón comenzase a acelerarse y mi pezón se endureciese ante una sutil presencia de excitación.

Con el tiempo, había aprendido que esa reacción la provocaba el tacto de Medusa, directo o indirecto, o su presencia cuando sentía que me miraba con intensidad. A menudo, cuando se acurrucaba en mi brazo o yo la tocaba por accidente durante un segundo al intentar ubicar dónde estaba, podía sentir que a las dos nos pasaba. En otras ocasiones, sin embargo, me bastaba con sentir su mirada. Además, ahora percibía su atención en algunos contextos como algo placentero. Pero esa vez no me miraba ni era un contacto momentáneo, me estaba tocando directamente.

Y dioses, no podía negar que me gustaba. Casi podía trazar en mi mente la ligera corriente eléctrica que me recorría desde mi pecho hasta el bajo vientre. Era tan distinto a lo que Proteus me enseñó… Con él, jamás había sentido esa calidez, por lo que era una experiencia altamente extraña para mí, pero con Medusa intuía que no me iba a hacer daño, que no era erróneo. ¿Cómo lo iba a ser si me estaba sintiendo bien?

Entonces, decidí no apartar su mano, sino, por una vez, dejarme llevar y, en la tranquilidad que reinaba, descubrir algo nuevo sobre mí y sobre el placer. Intenté acomodarme un poco más, pero, cuando me moví, Medusa se apretó más contra mí en un intento inconsciente de no dejarme ir. Mi piel, ahora mucho más sensitiva que instantes antes, percibió todo su cuerpo entrelazarse con el mío. Sus senos ahora tocaban mi brazo, subiendo y bajando a un ritmo constante debido a su respiración. Una de sus piernas se instaló en mi vientre, apretándolo así ligeramente por su peso, y afianzó el agarre de mi pecho.

Sentí mi cuerpo calentarse más de lo que ya lo estaba y me concentré en las sensaciones que Medusa, sin saberlo, me estaba ofreciendo. Quizás, lo que me dio el coraje para continuar con aquello fue precisamente aquel ligero detalle, el cual era más que bienvenido. Por un momento, pasó por mi mente que no sería capaz de continuar con aquello si ella estuviese despierta, pero dejé de pensar en ello cuando fui consciente de que tenía al alcance de mi tacto la cara interior de uno de sus muslos. No pude evitar la tentación de posar la mano en esa zona, sin más pretensiones que dejarla ahí, pero ese ligero calor de más que no tenía el resto de su cuerpo hizo que me recorriese una punzada de placer de la cabeza a los pies.

Así, continué analizando y grabando en mis recuerdos todo lo que estaba pasando. Su piel, suave, unida a todo mi cuerpo. Su aliento, tibio, acariciando mi oreja y erizándome. Su olor, dulce, llenando mis fosas nasales. Su mano, firme, apretando con precisión mi pecho. Su pierna, pesada, presionando mi vientre y rozándolo cuando se movía ligeramente. Su muslo, cálido, haciendo que mis sentidos perdieran el control. Y una cosa que sobresalía por encima de las demás y que sentía por primera vez: necesidad.

Me sorprendí pensando en que quería más en ese preciso momento. Quería explorar con mi mano más allá del muslo, saber cómo sería el tacto de su sexo. Quería descubrir el tacto de sus pechos más allá de un accidente de un segundo. Quería que ella continuara apretándome con su cuerpo. Quería besarla y dejarme llevar por el momento sin ataduras. Sin embargo, sabía que no estaba preparada para algo así, no con ella despierta. Por desgracia, querer no era suficiente, pues aún necesitaba curarme de mi pasado.

No, todavía no podía hacer algo así más allá de mi imaginación. Mi cuerpo me instaba a ello, o al menos eso interpretaba de las nuevas palpitaciones que torturaban físicamente mi intimidad, aunque pensar en sacarlo de mi cabeza, vivirlo, me bloqueaba. Confiaba en Medusa, eso era innegable, pero no podía forzar que algo así ocurriese. Por ello, todavía disfrutando de su tacto, llegué a la conclusión de que era algo que surgiría cuando tuviese que surgir, y que sabría cuándo estaría preparada. Ese pensamiento me hacía sentir más ligera, un poco más libre, y sonreí.

— ¿Helena? — dijo unos minutos después semiinconsciente—. Buenos dí… ¡Por Hera! — exclamó adormilada. Acto seguido, quitó la mano de mi pecho como si ardiese y bajó la pierna haciendo que mi mano quedase atrapada entre sus muslos. Mi respiración se cortó momentáneamente—. L-lo siento, yo… — Durante unos segundos, calló, probablemente pensando, y luego volvió a hablar—. ¿Por qué tienes la mano ahí? Está… — Le tembló la voz y carraspeó—. Un poquito arriba.

— Oh. — Entendiendo su gesto, yo también la aparté de ahí con la misma sensación de ardor—. Yo… A ver… Quería saber qué se sentía.

— ¿Mientras dormía? — dijo con voz picarona. No estaba enfadada, pero acababa de comprender que lo que hice no estuvo bien.

— Lo siento. Debería haber pedido tu consentimiento. Ha estado mal — añadí realmente arrepentida.

— ¿Qué has hecho exactamente?

— Posarla. Nada más. Prometido. E-es que me agarrabas y me apretabas y he sentido tu piel y me ha dado curiosidad y quería saber cómo era y sé que no es excusa y… — Comenzaba a hablar atropelladamente sintiendo que lo estropeaba más con cada palabra que decía.

— Eh, eh, tranquila. No estoy enfadada, solo sorprendida. Mi consentimiento lo tienes siempre, recuérdalo. — Me besó y me acarició el pelo, pero el silencio duró poco cuando le pasó una idea por la cabeza que no tardó en verbalizar—. Creía que no querías nada de… eso.

— He aprovechado lo que ha pasado para pensar. He sentido cosas extrañas y muy buenas, aunque… quiero, pero no estoy preparada.

— ¿Qué has sentido? — preguntó con verdadera curiosidad.

— Físicamente, una especie de calor en el vientre y un latido en… ya sabes. — Me ruboricé. Era extraño para mí hablar de lo que había experimentado, pues era la que solía preguntar y escuchar—. Pero en mi cabeza ha sido un poco extraño, se ha separado un poco lo que deseaba hacer y lo que estoy lista para hacer. No puedo forzarlo, necesito que surja, a poder ser contigo consciente. — ¿De verdad acababa de decir eso? Gea, trágame.

— Vaya… — Sentí que se sonrojó y que se puso ligeramente nerviosa—. Es un cambio de opinión bastante grande, Helena. E-eso que has sentido se llama excitación. Es una respuesta natural del cuerpo ante un estímulo sexual. No sé qué he hecho dormida, pero lo siento por ello. — Sonrió nerviosamente, yo negué con la cabeza dándole a entender que no pasaba nada—. Pero excitarse no tiene por qué significar el querer o deber llegar a algo. Lo importante es que, cuando decidas dar el paso, estés segura de ello. Y si quieres… — Hizo una larga pausa, elaborando lo que iba a decir—. Dar ese paso conmigo, no te sientas con prisa. Esperaré lo que necesites. Incluso respetaré que nunca lleguemos más lejos. Por encima de todo, quiero tu bienestar.

Emocionada por su comprensión, me fundí con ella en un tierno abrazo que para mí fue como un acto reflejo. Con los días, se volvía más natural y lógico buscarla a ella como mi refugio. Si bien no era lo único que me hacía feliz, se había convertido en una parte muy importante de mi vida y, al contrario de lo que había hecho durante tantísimos años, esa vez no iba a dejar que ese sentimiento se desvaneciese. Estaba preparada para admitirme a mí misma, aunque no me atreviese a decirlo en voz alta, que me gustaba Medusa.

16

# La mente es un lugar seguro

Pasó el resto de la mañana recordándome lo que había ocurrido al despertarnos, lo cual me hacía avergonzarme y reír al mismo tiempo. Por suerte, ella se tomó aquello con mucho humor y, aunque no me lo decía, con algo de orgullo. Quizás, para Medusa era muy importante llegar a sentirse deseada por mí, pues su perspectiva no hacía tanto tiempo era que eso jamás iba a pasar. Y, si era sincera, eso creía yo también hasta esa misma mañana.

La excitación, como ella lo había llamado, era algo extremadamente raro para mí, pero, paradójicamente, muy fácil de sentir. Si bien era cierto que, pensándolo en frío, no me veía teniendo una relación física real, en la seguridad de mi mente podía volar a nuevos terrenos que comenzaban a abrírseme. Sin límites y sin miedos. Por otro lado, era la primera vez que algo así no me producía rechazo, por lo que pensar en ello me suscitaba nuevas preguntas. Poco a poco, había una en concreto que se instalaba en mi cabeza y me acompañaba mientras hacía cualquier otra cosa, lo cual me distraía: ¿qué podría llegar a gustarme a mí?

La pregunta era realmente complicada puesto que, a pesar de toda una vida con experiencia, no tenía en la cabeza un solo evento del cual hubiese disfrutado y una de las pocas cosas que sabía era que se suponía que debía disfrutar. Como Erianthe. Un momento… ¡Como Erianthe! ¿Y qué hizo Erianthe que yo no? Escuché a Proteus hablar, lo hacían como hombre y mujer, como él y yo, pero no era igual. Y no tardé en darme cuenta de que no era la práctica en sí, sino que había una diferencia básica: yo nunca lo había deseado, pero ella se lo suplicaba a Cyrilla. ¿Era esa la clave, desearlo fervientemente?

Pero no, no podía ser lo único. Aquella mañana habría satisfecho mis necesidades físicas de no haber sido por un ligero detalle, y es que no me sentía lista para estar con otra persona. Quizás, eso también era un factor muy importante a tener en cuenta porque había sufrido por ello. Necesitaba sentirme sana y salva para hacer algo así con alguien más.

Fue entonces cuando mi cabeza comenzó a volar hacia una hipótesis: si se me presentase la oportunidad y me sintiese a gusto con la situación, ¿qué me gustaría? Sorprendentemente, esa respuesta llegó más fácilmente que las demás, ya que se me presentó casi automáticamente la imagen que tenía de Medusa. Mi cerebro me cosquilleaba con la sensación que me producía el color rubio, y su imagen vino a mí como algo más nítido, tal y como yo la había imaginado a través de mis manos.

Sin embargo, quise llegar un poco más allá, tener presente la forma de su cuerpo unido a la sensación de su piel, no de la tela de su vestido, y añadiendo ese toque de calor extra en la cara interior de sus muslos como había descubierto aquella mañana. Sentí en mis labios los suyos, tibios y sensuales, abriéndose paso en mi boca hasta hallar mi lengua, y comencé a salivar recordando la humedad de ese tipo de beso. Sentí que me sonrojaba cuando, en mi desvarío, me mordía ligeramente con sus colmillos en el hombro y me acariciaba el cuerpo. Por algún motivo, fue casi un requisito que estuviese tan desnudo como el de ella, y entonces pude sentir de nuevo el peso de su pierna en mi vientre tan vívidamente como horas atrás.

Suspiré navegando por mis pensamientos. Me sorprendió darme cuenta de lo fácil que

era dejarme llevar cuando no estaba ocurriendo de verdad, cuando aquello podía llegar hasta donde yo quisiese y que solo dependiese de mí, y eso me animó a continuar construyendo una situación a través de los recuerdos. Mi cabeza era un lugar seguro. Se me erizó la piel del cuello al rememorar el tacto de su aliento en aquella zona, así como lo suaves que eran sus manos al agarrar mi nuca para besarme.

Y… eso era todo. No era capaz de imaginar nada más allá de compartir unas caricias y unos besos desnudas disfrutando de su tacto, su olor y su voz. Pero dudaba que dos mujeres pudieran hacer mucho más, así que eso estaba bien tal y como era. Es decir, había pensado por la mañana cómo sería tocar su intimidad, por curiosidad, pero ¿realmente eso tenía algo que ver con el sexo? Hasta donde yo entendía, los genitales se utilizaban para procrear, y era evidente que dos mujeres no podían, así que… No, seguro que no tenía nada que ver.

Quedaba entonces una pregunta inconclusa, y era que, si no estaba relacionada mi intimidad con la excitación, ¿por qué me palpitaba tan dolorosamente como si demandara algo con urgencia? Me había ocurrido mientras me preguntaba cómo sería explorar el cuerpo de Medusa, y me estaba pasando ahora que me había dejado llevar por la imaginación. Era una dicotomía bastante extraña que, por lo menos con mi conocimiento, no era capaz de resolver. Por ello, decidí que era el momento de preguntar a Medusa.

Me levanté para dirigirme al huerto, pues ella me dijo que iba a dedicarse al mantenimiento de las plantas y su cosecha. Sintiéndome orgullosa, comencé a recorrer el camino de memoria sin tropezar elaborando las preguntas que le quería hacer en mi cabeza. Por algún motivo, no me encontraba tan segura como otras veces a la hora de hacer preguntas, pero mi curiosidad estaba muy por encima de mi vergüenza en cuanto a conocimiento respecta, por lo que me convencí a mí misma de que debía hacerlo. Sin embargo, no tuve demasiado tiempo para elaborarlas, pues mi trayecto finalizó en el lago cuando Medusa llamó mi atención.

— ¿Qué haces aquí?

— Tomar un baño. Había descuidado un poco lo que ya teníamos plantado por ampliar la otra zona, y dioses… Descuidas esas plantas y crecen descontroladas. O se mueren, no tienen término medio. Total, que me he manchado de tierra de la cabeza a los pies. ¿Necesitas algo? — preguntó suspicaz. A veces, se me olvidaba que ella también me conocía.

— Pues… Es que tengo dudas.

— ¿De escritura? Te vi un poco verde el otro día con la eta y la épsilon.

— No, no es eso… Es sobre sexo — dije a media voz.

— Eh… vale, vale. — Se movió nerviosa en el agua—. Siéntate y cuéntame. Pero, antes de nada, quiero que sepas que no tengo las respuestas absolutas a todo. Por mi experiencia sé que cada persona es un mundo. Alida y yo éramos muy distintas. Y cuando era humana, tenía unas amigas que me contaban sus cosas y tampoco se parecían en nada a lo mío o a lo de otras personas.

— Vale, lo tendré en cuenta. — ¿De verdad cada persona era distinta? Yo pensaba que había una sola forma de hacer las cosas. Es decir, no podía haber tantas formas distintas de hacer hijos—. Quiero saber dos cosas: ¿qué me podría gustar a mí? ¿Y por qué me late la entrepierna si

entre mujeres no es necesario usarla?

— ¿Disculpa? — preguntó casi ofendida, pero con una sonrisa que rayaba la carcajada —. ¿De dónde te has sacado que no entre en juego la entrepierna entre mujeres?

— Es lo lógico, ¿no? Es una cuestión reproductiva y eso ocurre entre un hombre y una mujer. Dos mujeres no pueden procrear, ergo no entra en juego esa parte del cuerpo. Mi pregunta es: si no es necesario, ¿por qué se hace de notar?

— Helena, cariño, estás muy equivocada. — Ante el calificativo, me sonrojé y ella, al darse cuenta, carraspeó quitándole importancia. Lo había dicho sin pensar—. Esa no es la única finalidad del sexo. ¿Recuerdas que hace tiempo te dije que se puede acariciar, besar y usar la lengua?

— Sí, sí que lo recuerdo — dije entre dientes al recordar el lametón que me dio en la cara.

— Pues bueno, eso puede ocurrir así… — Hizo una pausa dramática—. Por todas partes. — Callé esperando algo más—. Incluyendo ahí.

— ¡Aaaaaah! — Escuché cómo se daba un golpe en la frente—. ¿Con qué finalidad?

— ¿Sabes qué? No te lo voy a decir. Para las dos preguntas que me has hecho tengo una respuesta: El roce es la clave. Cuando tengas curiosidad lo compruebas.

De pronto, escuché el agua apartándose de su cuerpo para dejarla salir y, acto seguido, unas pisadas en la piedra desnuda que me dieron a entender que estaba a mi lado. Las gotas comenzaron a golpear el suelo a medida que se alejaba para alcanzar su ropa y ponérsela, dejando un reguero de sonido que me permitía ubicarla. Aún no se había ido de ahí y mi desconcierto era tan real que casi podía palparlo.

— ¿Y qué ninfas significa eso?

— Significa que lo descubras. Es mejor vivirlo que escucharlo — respondió a lo lejos—. Anda, vamos. Esta noche te toca cocinar a ti.

¿De verdad me acababa de dejar con una respuesta a medias? Si apenas había aprendido que con lo de las caricias y la lengua no se refería a la piel, ¿qué quería que hiciera con algo tan críptico como «El roce es la clave.»? Ella había aprendido a lo largo de los meses que habíamos estado juntas que odiaba quedarme con una respuesta a medias o con una duda existencial y que la peor respuesta que se me podía dar era un acertijo. ¡Es que ni siquiera me dio una pista de qué hacer con esa pista! Y, por desgracia, Medusa era así; para las enseñanzas vitales, me hacía averiguarlo.

Pasó lo mismo unas semanas antes cuando me pidió que me pusiese el traje de guerrera completo. La coraza tenía un mecanismo que jamás había palpado con las manos y me costó muchísimo encontrar el pequeño botón en el costado que la abría. ¿Por qué? Porque lo veía como una escama más a través de mis dedos. A ella, sin embargo, no se le ocurrió decirme nada y, ese día, no pude entrenar hasta casi entrada la madrugada. Y así era ella, una mujer dulce, pero una profesora intelectualmente sádica.

Corrí hasta poder alcanzarla, esperando un mínimo sonido, una frase, o algo proveniente de ella que me aclarase lo que quería decir, pero nada. Por el contrario, caminó en silencio mientras visualizaba mi frustración divertida, porque sí, no disimulaba que aquello le parecía cómico. Y conocía esa estrategia muy bien: quería que mi curiosidad creciese hasta tal punto que le suplicase que me iluminara para decirme una vez más que me buscase la vida, eso sí, con el precioso sonido de la sonrisa que tenía.

Por ello, en un principio me negué a mí misma el preguntarle de nuevo. Ella, notándolo, se quedó muy cerca de mí revoloteándome, provocándome. Una caricia por aquí, hablarme muy de cerca por allá… Y aunque odiaba ser tan estúpidamente obvia en cuanto a mis reacciones se refería, no podía evitar llevarme las manos allá donde ella erizaba mi piel, y es que no podía negar que aquel juego me gustaba.

Preparé la cena mientras ella continuaba dejando miguitas de pan para que las siguiese hasta caer en su trampa, esa en la que, cuando te das cuenta, los reptiles ya te han envuelto el cuerpo y no puedes escapar, pero no me dejé hacer, no por el momento. Lo que realmente me sorprendía es que ambas partes de ella se consideraran independientes cuando era obvio que, a través de sus acciones, no era así. Ese fue el único momento en el que sonreí, lo cual la desconcertó y, por algún motivo, me dejó tranquila.

El tiempo pareció pasar más lento cuando comenzamos a sorber la sopa de verduras —que poco a poco comenzaba a quedarme mejor— y el silencio se apoderó del momento. Lo cierto es que no recordaba la última vez que habíamos cenado de esa forma tan… ausente, y fue entonces cuando mi paciencia alcanzó un límite. Al fin y al cabo, era humana, y mi debilidad por el conocimiento era algo nuevo, pero que parecía haber estado ahí toda la vida.

— Así que… Cada persona tiene una experiencia diferente. — Su sonrisa por lo bajo de triunfo me dio a entender que sabía que aquello iba a pasar, pero, llegadas a ese punto, me daba igual—. ¿Por qué?

— Porque a cada persona le gusta una cosa, Helena. — Cedió un poco—. A veces, es maravilloso porque encuentras a alguien que comparte tus gustos, y otras veces es un desastre. Pero ambas cosas cuentan como experiencia.

— Pero… — Dudé un momento, aunque acabé preguntando de nuevo—. ¿No es siempre lo mismo?

— Ya sé por dónde vas… — Maldita sea, ahí se acababan mis respuestas—. Creo que tienes una idea básica muy errónea. No te culpo, es de lo poco que te habrán enseñado. Helena, no todo el sexo es para procrear. — Oh, no, eso sí que tenía que ser mentira.

— ¿Y para qué iba a ser si no?

— Para disfrutar — dijo con simpleza.

— Pero… — Hice una pausa demasiado larga, apenas podía procesar lo que me estaba diciendo. Por algún motivo, tenía lógica, pero no podía ser, yo…—. Yo nunca he sentido que disfrutase — dije en voz alta sin darme cuenta. Aunque ya no me dolía hablar sobre ello, me sentía profundamente desconcertada.

— Es normal. — Me pasó una mano cálida y comprensiva por el hombro. También sentí que su voz no se había endulzado y agradecí que no sintiese lástima por mí. Me comprendía tan bien…—. Era una relación que tú no querías, él te obligaba a hacerlo, y hacer algo así con alguien con quien no quieres estar es imposible de disfrutar. Él sí que disfrutaba porque sí que lo quería, ¿verdad?

De pronto, recordé múltiples veces en las que un líquido pegajoso y caliente se deslizaba por mi espalda o mis muslos, las ligeras convulsiones de Proteus y los gemidos largos y graves que salían del fondo de su garganta. Nunca paraba hasta ese momento y luego su carácter se endulzaba. Solo pude asentir con la cabeza en silencio, pues Medusa tenía razón.

— Y es obvio que no estás embarazada. — Me abrazó—. Gracias a los dioses, no lo estás — dijo con una especie de alivio en su tono de voz—. Él no hacía eso para procrear, sino para disfrutar. Lo desviado, lo incorrecto, es que no tenía en cuenta si tu estabas en sintonía o no con él. Si hubieses querido estar con él, no habría sido tan doloroso.

— ¿Fue igual con Poseidón? — Me atreví a preguntar, aunque ella no solía hablar de ello.

— Si… — respondió escuetamente—. Noté mucho la diferencia. Con Alida siempre me mantuve casta, pero disfrutábamos mucho la una de la otra. Cuando él me poseyó, fue la experiencia más traumática de mi vida, muy por encima de convertirme en lo que soy hoy. Sentí que mi existencia y mi validez como mortal, como mujer, se reducía a nada. Me arrebató el poder de decidir sobre mí misma y me usó para sus fines, como una espada que compras porque reluce y te deshaces de ella cuando no corta. Fue doloroso físicamente, pero mentalmente… — Hizo una pausa con un nudo en la garganta—. Bueno, creo que no te tengo que explicar por lo que pasé, por desgracia lo sabes.

— ¿Cómo lo superaste?

— Cuando te maldicen te dan eternidad, al menos eso parece porque no he envejecido nada. Y es mucho tiempo el que he pasado sola, llena de tristeza y de ira, hasta que comprendí que esos sentimientos no les iban a importar a nadie más y que solo me destruían a mí. Nunca me olvidé, pero decidí que tenía que dar pasos poco a poco. Mayormente volviendo a descubrirme sola, en todos los aspectos — enfatizó—. Así, estaría lista para cuando llegases — concluyó con una sonrisa.

— ¿Sabías que vendría?

— No sabía que ibas a ser concretamente tú, pero me negaba a pensar que iba a pasar la eternidad sola. — Sonrió dulcemente y eran esos pequeños gestos los que hacían que mi corazón se calentase.

— ¿Y cómo hago yo para «descubrirme»?

— Ay, Helena — dijo tras una carcajada—. Eso es algo que tienes que averiguar tú. De verdad que no puedo saberlo ni yo. No eres como nadie que haya conocido. *Sssssi que lo sabe, pero le diviertesssss. Sssssi quieres empezar por algo, piensssssa en cosas que te gussssssten cuando estes sssssola. Sssssseguro que se te ocurre algo*. — Tras una ligera pausa, el silencio volvió a desaparecer entre nosotras—. ¿Qué te ha dicho? ¿Y por qué te ríes así?

— Nada, nada. — Si alguien se iba a quedar ahora con la duda, esa era ella.

Me levanté con el pretexto de haber acabado la cena para ir a bañarme. Ese día iba a estar sola durante ese momento y necesitaba pensar. En especial, en aquello que la bestia me había dicho. Si bien no había sido tan clara como a mí me hubiese gustado, aprecié el gesto de que, por unos segundos, hubiera salido solo para darme alguna pista más. Donde la humana era estricta, la bestia era permisiva y pensé que, quizás, esa parte tan impulsiva de ella no era otra cosa que la manifestación de lo que realmente quería hacer, pero no se atrevía. ¿Era esa la verdadera naturaleza de Medusa?

Lo cierto es que no podía saberlo puesto que ni ella misma tenía respuesta para ello y decidí no ocupar mis pensamientos en ese tema por el momento, sino en algo más urgente: descubrir aquella gran incógnita. No tardé en desnudarme y dejar la toga bien doblada en el sitio que le correspondía, pues así me parecería más fácil de encontrar después, y me sumergí poco a poco en las cálidas aguas de la laguna. Solté un largo suspiro y me acomodé en una de las rocas que utilizaba para sentarme.

Me quedé muy quieta sintiendo la ligera corriente de agua chocar con mi piel y desaparecer por el hueco que no hacía mucho había descubierto. Eché la cabeza hacia atrás, posándola en un saliente, y suspiré profundamente. Tenía que pensar, pensar… En cosas que me gustaban. Inmediatamente pensé en el sabor del queso, porque el blanco fue el primer color que Medusa me había enseñado. No pude evitar sonreír con ternura al recordar aquel primer día. Parecía ya tan lejano a pesar de que solo habían pasado unos meses…

Me gustaba también cómo se oía el cincel chocando con la piedra, porque ese era el sonido del conocimiento y porque Medusa me había enseñado con todo el cariño a escribir a pesar de que no tenía por qué hacerlo, y llegué a la conclusión de que tenía que escribirle algún día una tablilla como señal de agradecimiento. Esas iban a ser las letras más bonitas y rectas de toda Grecia, lo prometía aquí y ahora.

Luego la mente me transportó a otra sensación que me encantaba, y esa era la de sentir el sol sobre mi piel mientras mi cabello me acariciaba los hombros. Pensé en el día en que Medusa me llevó al Pequeño Paraíso por primera vez para explicarme cuál era el color rubio. Volví a suspirar recordando el tacto de su espalda cuando me cargaba porque no podía caminar y me di cuenta de que todos aquellos recuerdos giraban en torno a ella.

¿Y qué me gustaba de ella? La verdad es que acababa antes diciendo qué no, porque no había nada que no me gustase. Su risa solía acariciar mis oídos con delicadeza y con gracia, y podría decirse que era uno de mis sonidos favoritos de todos los que conocía. También estaba el tacto de sus labios sobre los míos, pero ese era algo distinto. Normalmente, era cálido, pero aquel día que la besé tras enfadarnos… ardían, nosotras lo hacíamos.

Entonces, casi de inmediato, recordé sus manos apretándose en mis muslos y arañándolos un poco mientras compartíamos ese beso. En aquella ocasión, la había buscado con una necesidad real, pero ¿de qué? No sabría decirlo exactamente, pero de estar con ella tan juntas como nos fuese posible. Después volví a aquella mañana, a su aliento sobre mi piel, sus manos recorriendo mi cuerpo hasta descansar sobre mis pechos, cómo los apretó, su pierna sobre mi vientre, mi mano «un poquito arriba» …

Y ahí estaba de nuevo, ese latido incesante y atormentador alojado entre mis piernas, demandando algo que yo desconocía. Sin embargo, era real porque estaba ahí y había un patrón que se repetía: si pensaba en Medusa de una forma concreta, esa parte de mi cuerpo reclamaba atención. Y, por primera vez, me di cuenta de que no era lo único que reaccionaba a esos recuerdos. Mis pezones se endurecieron bajo las cálidas aguas, lo cual me extrañó porque pensaba que, en general, eso era una respuesta al frío.

Llevé las manos a esa zona mientras pensaba en lo que Medusa había hecho conmigo mientras dormía. Recordando cada detalle, posé las palmas sobre ambos senos y apreté delicada pero firmemente. Para mi sorpresa, aquella acción trajo consigo una reacción en cadena. En un principio, un ligero gemido involuntario salido de mi boca debido a la sensibilidad que, repentinamente, había adquirido aquella zona. Después, una descarga eléctrica que recorrió mi cuerpo en un segundo. Finalmente, un latido aún más exigente en mi sexo. En ese momento, comprendí a qué se refería lo de rozar, pero, con imágenes difusas entre Medusa y Proteus, decidí dejar todo como estaba, pues había sido suficiente para una primera vez.

Salí del agua algo frustrada por el autosabotaje que experimenté, intentando comprender cómo había pasado en segundos de pensar en cosas buenas a, de nuevo, dejar que mi mente se llenase de ese hombre y su recio tacto. Incluso mis reacciones físicas se tornaron drásticamente frías. Comprendí entonces que, aunque avanzase, aún no era el momento y llegar a comprenderme con cariño por primera vez me liberó un poco. Quizás no era lo que quería averiguar aquel día, pero la serendipia que impregnaba el ambiente me hizo un poco más feliz. Necesitaba mi tiempo y eso no era nada malo.

— ¿Te lo has pasado bien en el baño? Has tardado — dijo con una sonrisa picarona impregnada en su voz.

— Si, muy bien. — Cogió aire sonoramente, sorprendida—. No de esa forma, tonta. Es que ahora me comprendo un poco mejor — añadí con una sonrisa—. He descubierto qué quieres decir con que el roce es la clave, pero he comprendido que todavía no es el momento.

— Me alegro — dijo con sinceridad—. Poco a poco, no tienes prisa.

Contenta, busqué de nuevo su lecho y me arropé bajo sus mantas, buscándola. En un principio, parecía algo sorprendida porque volviese a acostarme ahí sin que ella me lo pidiese, pero sentía en lo profundo de mi corazón que ese era mi sitio. Probablemente, ella pensó lo mismo, pues no tardó en acogerme entre sus brazos y besarme el pelo. Suspiré, tranquila por sentir el latido de su corazón, y pronto se unió al momento las vibraciones de su voz en el pecho.

— Quería proponerte algo… diferente. Quiero decir, diferente a nuestra rutina.

— ¿Qué es? — pregunté emocionada.

— Una excursión, durante unos cuantos días. Quiero enseñarte a cazar y pensaba hacerlo con la fauna de aquí, pero… No podemos, ya sabes. Así que quiero ir a una zona alejada del bosque de Tracia contigo. Eso sí, serán varios días de camino, ir y volver.

— Me apetece ver mundo. — Se hizo un silencio que, por parte de Medusa, era pesado, pues no quería decirme lo evidente—. ¿Lo pillas? Ver mundo, yo. — Continuó en silencio—. Que no puedo ver — aclaré.

— Lo he pillado, pero hacer chistes no es lo tuyo.

— ¿Perdón? Yo soy graciosa.

— Tienes gracia natural, pero eres malísima con los chistes, cariño. — Carraspeó de nuevo, incómoda.

— Podría acostumbrarme a que me llames así, ¿sabes? — Le toqué la mejilla con la punta del dedo para fastidiar.

— M-mañana partimos al alba. Buenas noches — dijo eludiendo mi comentario.

— Buenas noches, *cariño* — repetí en tono de burla.

Tras eso, yo reí y ella bufó sonoramente suplicando no verbalmente que lo dejase estar. Lo cierto es que me encantaba que me llamase así porque jamás nadie me había dicho nada con el amor que lo hacía ella, pero mi deber era molestarle un poco por ello. Sonriendo, me quedé dormida en sus brazos, pensando en qué me depararía el día siguiente.

17

# Coto de caza

El aire golpeaba mi piel y hacía que se me erizase debido al frío. Temblé casi imperceptiblemente, pues no debía dejar que mi pulso fallase, y continué identificando los sonidos que me rodeaban. No eran desconocidos, pero me devolvían a un pasado reciente que parecía ya lejano, como de otra vida. De hecho, así era, porque renací después de haber huido de aquel lugar. El sol se empeñaba en acariciar mi piel a pesar de que la sombra de los árboles se interponía en su camino, y agradecí el cariñoso gesto que este me otorgaba para entrar en calor.

Mis músculos estaban tan tensos como el arco que portaba entre mis manos, a la espera de percibir algún objetivo que me obligase a soltar la cuerda para propulsar la flecha. Mi respiración era lenta, mi postura tan perfecta como había aprendido que fuese, quieta como una montaña a pesar del dolor que empezaba a sentir en los hombros. Oí aquello que estaba esperando, el movimiento artificial de las hojas que me rodeaban, ese que no es provocado por el viento. Entonces contuve la respiración, corregí el ángulo de tiro, y aparté los dedos. La flecha silbó y la madera crujió a su paso, no sin estar acompañada de un grito. Había fallado.

— ¡¿Pero es que estás loca de remate?! ¡Casi me atraviesas el ojo!

— ¿Medusa? — dije confundida, era demasiado temprano para que estuviese ahí.

— Menos mal que tengo reflejos — añadió orgullosa—. ¿Qué haces tirando a estas horas?

— Quería hacerte el desayuno — confesé a media voz. Ella soltó todo el aire de sus pulmones y suavizó el tono.

— Es peligroso que hagas esto sin avisar, porque podría haber pasado algo peor. Apenas te has acostumbrado a los objetivos fijos, no estás preparada para una caza de verdad, y menos para distinguir a una persona de un animal. — Comencé a sentirme mal, era tan cierto que me reproché el no haber pensado en ello antes—. Por otro lado — dijo tras, probablemente, ver mi cara—, tu postura ha sido maravillosa y la flecha ha perforado bastante el tronco. Buen trabajo.

Sonreí a medias, ya que sabía que decía aquellas cosas para reconfortarme, pero había estado cerca de, una vez más, hacerle daño. En ocasiones como esa, me preguntaba por qué estaba empeñada en darme armas y dejarme usarlas, porque estaba claro que era un peligro andante. Sin embargo, comprendía el bien mayor por el cual quería que estuviese preparada — a saber para qué, pues la bestia había manifestado claramente que no me quería herir— y no cuestionaba que quisiera darme todo tipo de conocimiento.

Me agarró gentilmente por el brazo para conducirme de nuevo al campamento, no sin antes recuperar con dificultad la flecha que había lanzado. Desde luego, estaba bien incrustada, por lo que pude averiguar que había hecho un tiro bastante enérgico sin darme cuenta de la fuerza que estaba usando, y tuve que pegar varios tirones para recogerla. Medusa la cogió de entre mis dedos con gentileza y, tras explicarme cómo podía saber si seguía siendo útil o si se había debilitado, la guardó en un carcaj que ella misma me había hecho días atrás en casa con pieles curtidas. Después, volvió a cogerme de la mano y me guio a través del bosque. A pesar de

haber memorizado el camino, dejé que lo hiciese, ya que ese gesto de cariño me hacía sentir bien.

Distinguí el sonido del fuego al crepitar, probablemente porque lo acababa de alimentar con madera, y pronto llegó a mis fosas nasales el característico olor de la comida. Sin embargo, cuando me ofreció el plato ya listo, no fui capaz de compararlo con ningún sabor que ya conociese, por lo que, extrañada y fascinada, le daba vueltas y vueltas a la comida dentro de mi boca, a pesar de que se había convertido prácticamente en una pasta.

— Son huevos — dijo adivinando lo que estaba pensando—. He descubierto un nido de pájaros a unos metros de aquí.

— ¿De qué color son?

— Pues… tiene dos partes: La clara y la yema — Alcé las cejas, sorprendida. ¿Quién iba a decirlo? —. La clara es transparente cuando está cruda, y tiene forma de moco. — Ante esa aclaración, hice una mueca de asco, por lo que Medusa rio—. Pero cuando se cocina es blanca y sólida, además de ser más apetecible. La yema es naranja, pero un naranja distinto al de las naranjas.

— ¿Cómo que distinto?

— Los colores suelen tener varios tonos, lo cual los hace distintos. Por eso el blanco no te sabe igual siendo queso o huevos, igual que una naranja no va a saber igual que una yema.

— Debes de vivir en un mundo muy confuso — respondí con inocencia.

— Te acostumbras a sus matices.

— ¿Es…? — Pensé durante un momento y, de repente, comenzaba a encajarme lo que me decía—. ¿Es por eso por lo que tus ojos son como la hierba con un toque de sol?

— Exacto — contestó con una sonrisa en la voz.

— Tengo que probar las naranjas.

Ella rio una vez más sin ser consciente de que, en realidad, todo aquello era bastante confuso para mí a pesar de que lo entendía con la cabeza. Debía de ser un mundo aterrador ese de vivir rodeada de colores. Por lo que ella me decía, no había nada uniforme ni nada cierto, solo una percepción subjetiva en la cual todo se mezclaba con todo y creaba cosas que no eran ni del todo naranjas, ni del todo verdes, ni del todo blancas. No había certezas al contrario que en mi mundo, donde ciento cincuenta y dos pasos desde la cocina eran suficientes para llegar al lago, y eso no lo cambiaba nadie, aunque, quizás, la comida era algo similar a los sabores. Estos variaban dependiendo de quién cocinase, pero la esencia de la comida era la misma.

Si… tenía que ser algo así, pero no quería complicarme demasiado con algo que nunca iba a ver con mis propios ojos. De todas formas, ¿de qué me valía a mí preocuparme por los colores y sus matices? Mi vida nunca iba a depender de ello y nunca iba a vivir en ese mundo aterrador e incierto. Siempre tendría mis verdades absolutas de pasos contados y eso era suficiente para mí, aunque a veces pensaba que me encantaría ver la cara de Medusa. Por otro lado, no poder hacerlo era lo que me dejaba estar con ella, lo cual era más que suficiente.

Tras acabar el desayuno mientras discutíamos si su mundo era espeluznante o no, decidí que lo mejor era continuar con mi entrenamiento. Sin embargo, yo quería progresar, porque ya era capaz de acertar a las dianas fijas marcadas con cascabeles y, francamente, era aburrido una vez me aprendía la posición de estas. Medusa, cediendo, me concedió el capricho. Por eso, ahora me encontraba agachada a su lado, agazapada mientras me empapaba de todos los sonidos que pudiese, aprendiendo cada día a percibir algo nuevo incluso con el tacto y el olor de la tierra, en busca, al parecer, de una madriguera de conejos.

Sin embargo, eran animales bastante escurridizos al oído y, según Medusa, traicioneros a la vista, ya que ese era su hogar y conocían todos los recovecos en los que ocultar su presencia. Ni siquiera ella fue capaz de encontrarlos sola mientras yo entrenaba con los cascabeles — solía decir que se quitaba de en medio para evitar accidentes y desaparecía —, y era por eso por lo que me llevaba con ella, para intentar llegar un poco más lejos entre las dos.

Por mi parte, no tardé en aprender que el paso del animalillo por la zona boscosa provocaba un ligero a la par que característico crujido en la hierba, donde después se quedaba impresa su marca sin llegar a destruir el lugar. Además, dejaba un olor muy característico al romper las hojas, ya que las plantas, según había podido percibir, lo segregaban cuando sufrían una rotura. En cierta manera, no eran tan diferentes de los humanos, ya que, si nosotros nos cortamos, la sangre huele a metal.

Por otro lado, aislar ese olor en un bosque lleno de árboles, flores y hojas no era tarea sencilla, ya que todo en aquel lugar tenía una identidad olfativa y perder el rastro se me hacía bastante sencillo. Recordé que, cuando tuve la idea de vivir por primera vez en aquel bosque, no tenía ni idea de cómo hacerlo, ni nadie que me guiase. Ahora, sabiendo más o menos usar armas y teniendo a una hermosa mujer a mi lado como guía, seguía siendo muy difícil, y me di cuenta de lo caprichoso que es el destino, pues solo hace falta tomar un camino y no otro para llegar a tu fin o continuar caminando un poquito más hasta la siguiente decisión.

Crujió varias veces seguidas y, alejándome de Medusa, comencé a seguir ese rastro auditivo, intentando ignorar el viento, las hojas, los grillos y los pájaros, incluso a ella reprochándome en voz baja que me fuese sin dar explicaciones. A veces, me concentraba tanto en algo que no era consciente de lo que me rodeaba, y todo se reducía a una sensación recorriendo mi cuerpo y un único sonido llegando a mis oídos. Y lo más extraño de todo es que no podía hacer caso omiso de esas sensaciones, ya que algo me decía que debía seguirlas.

Unos pasos más adelante — que di sin tropezarme sin saber cómo— tensé el arco, aún bajo, a la espera de una pista definitiva. Escuché algo por mi izquierda y, en cuestión de segundos, apunté, aguanté la respiración, tensé con más fuerza y solté, haciendo que mi flecha silbase una vez más cortando el viento, hasta desgarrar algo que, esa vez, no era un tronco. Corrí hacia donde había lanzado tan mortífera arma y me agaché. El pelo del animal recorrió mis dedos hasta que llegué a la herida que le había hecho. Era bastante grande. Sin embargo, aún no estaba muerto, sufría, así que le di las gracias por su sacrificio, por el aprendizaje que me había otorgado, y lo libré de su sufrimiento para siempre. Poco después, las pisadas apresuradas de Medusa me alcanzaron.

— ¿Cómo has hecho eso? Ni siquiera lo teníamos cerca, no lo he visto. Y tú… Corres por aquí como si te lo conocieses de memoria.

— No sé, yo… Lo he oído. Y me ha dado esa sensación en el cuerpo que a veces tengo cuando empuño la *xiphos*. Solo sé que necesitaba seguir el rastro y lanzar esa flecha. Y ha resultado.

— Es que me sorprende cómo lo has hecho. Estabas muy lejos e incluso con la vista bien habría sido imposible. Has tirado entre dos árboles, por un hueco muy estrecho y cubierto de maleza. Es muy difícil tener tanta puntería en condiciones así.

— Eso es porque te centras en la vista. Yo no veo nada, por lo que me da igual si hay uno o mil árboles en medio.

— No me refiero a eso. — Comenzaba a preocuparme por su tono de voz—. Es… Era muy fácil que fallases, o que la flecha se quedase enredada entre las ramas, y ha pasado limpia. Hasta un tirador experto suele fallar algo así. ¿No crees que es raro? — Preguntó en un tono misterioso.

— No sabría qué decirte — respondí con sinceridad—. Sé que ha pasado y punto. Habrá sido casualidad.

Ella, a pesar de estar claramente disconforme con la respuesta, dejó el tema estar. Lo cierto es que, prestando atención a todos los detalles, era raro el poder abatir a mi primer blanco en movimiento a la primera y en tan especiales circunstancias, pero las casualidades existían y podía ser la suerte del principiante. Por otro lado, estaba bastante contenta porque, desde que habíamos llegado dos días antes al bosque de Tracia, estuve deseando que llegase el momento en el que estuviese preparada para cazar, pues aprender a hacerlo significaba que era un poco más independiente y que Medusa no estaría tan preocupada por mí.

Sin embargo, era extraño, ya que ella estaba preocupada precisamente porque era capaz de hacer lo que ella me quería enseñar. ¿Tan raro era saber usar armas de forma innata? Yo creía que no, que a veces un gran talento con un poco de guía podía hacer maravillas y que eso era lo que teníamos ambas entre manos, pero bien era cierto que manejaba las distintas disciplinas con maestría cuando esa extraña sensación recorría mi cuerpo. A veces, me preguntaba qué podría ser lo que me ocurría, pero los resultados solían ser positivos, por lo que no le daba demasiadas vueltas. Fuese lo que fuese, me ayudaba a sobrevivir.

Até las patas del conejo a mi cadera en el cinto del carcaj, consciente de que se convertiría en nuestra cena, pero, cuando comencé a desandar mis pasos, escuché cómo Medusa iba exactamente por el lado contrario. Volví cerca de ella, a la espera de que me explicase qué estaba ocurriendo y, cuando el sol desapareció y dejó de intentar calentar mi piel, paramos. Supe que habíamos llegado a alguna parte porque las hojas dejaron de crujir ante nuestro peso.

— Helena — dijo con un tono de emoción en la voz—. Hemos encontrado la madriguera. ¿Sabes qué significa eso? — Negué con la cabeza—. Que podremos llevarnos a la madre y a las crías para repoblar el Pequeño Paraíso. Al parecer, hemos cazado al padre. Nos ha costado casi todo el día, pero estoy muy orgullosa de cómo lo has hecho. Y un poco estupefacta.

— ¿Y cómo se supone que nos los vamos a llevar?

— Estamos rodeadas de madera, haremos jaulas.

— ¿Y cargar con ellos? Te recuerdo que son cuatro días a pie y que ya vinimos bastante equipadas.

— Déjame eso a mí — dijo con un tono misterioso.

Por algún motivo, esa última frase hizo que me recorriese un escalofrío de la cabeza a los pies. Cuando quería, podía tener una voz algo siniestra. Sin embargo, aquella sensación se fue cuando me agarró por el hombro y me acercó a ella. Pude percibir de inmediato su calor, el cual contrastaba notoriamente con el frío del anochecer, y me condujo a nuestro improvisado hogar. Esa vez sí que lo agradecí porque, a pesar de haber recorrido toda aquella distancia sin dudar, apenas recordaba cómo volver.

Sin embargo, aquello no se sentía solo como retornar, sino que era más íntimo. Íbamos sin prisa, agarradas de la mano y expuestas a todas las sensaciones que nos provocaba la situación. No tardé en rodearla por la cintura, casi por instinto, y acercarla más a mí. Después, ella me abrazó, dando un paseo sin prisa a través de la maleza, y apoyé mi cabeza sobre su hombro. Allí, muerta de frío y escuchando los cantos envidiosos de los grillos, me sentí en paz.

No duró mucho, por desgracia, o al menos eso fue lo que percibí. Cuando disfrutaba con ella, cualquier momento se hacía corto, aunque pasasen horas y horas. Quizás, había sido una caminata larga, pues nos habíamos alejado mucho al rastrear, pero para mí apenas fueron unos minutos disfrutando de su tacto y de su olor. Fue ella quien se encargó de asar el conejo mientras yo le hacía el mantenimiento al arco tal y como ella me enseñó, en un silencio que podría definirse como paz absoluta.

Sentí de nuevo cómo me miraba, casi sin apartar la vista. Desde que nos convertimos en algo juntas, ese hábito había crecido en ella y, aunque a mí no solía gustarme sentirme observada porque siempre me había acarreado algo negativo, con ella era totalmente distinto. Me gustaba que me mirase, que estuviese atenta a mí y, en cierta manera, que no hiciese aquello con nadie más porque ella misma quería fijarse siempre en mí. Era extraño, pero sentaba bien saber solo por una sensación que me elegía a diario. Y yo a ella. ¿Sería eso una consecuencia de que nos gustásemos?

Quizás, era un sentimiento mucho más complicado y profundo que «gustar», porque el proceso emocional que eso tenía iba más allá de la preferencia. Es decir, podía preferir el queso a las verduras, pero eso no quitaba que a veces me apeteciese comerlas. Pero con Medusa no me apetecía nada más y, al parecer, a ella tampoco le apetecía otra persona. A veces, no comprendía por qué, pues había personas en el mundo con menos defectos que yo; preguntaba demasiado, ignoraba muchas cosas, era socialmente torpe, la ponía en peligro cada vez que entrenaba y probablemente tenía algún defecto físico que nunca había visto, pero era obvio que ella sí.

Entonces, ¿por qué ninfas me elegía a mí? No tenía nada en especial y, aun así, parecía que para ella no había nada más ni mejor en el mundo. Pensé entonces que el motivo era más simple de lo que podía parecer, y es que se fijaba precisamente en mi debido a un defecto que no muchas personas tienen. Desde ese punto de vista, quedaba bastante claro que no era porque yo fuese algo especial, sino que era ella, por su condición, la que no podía buscar algo mejor que yo. ¿La habría condicionado eso a quererme?

Al fin y al cabo, no era una locura pensar que, quizás, ambas sentíamos algo

recíprocamente por algún tipo de desesperación, ya que las dos nos habíamos cruzado en el camino de la otra en un momento crítico de nuestras vidas. En su caso, yo aparecí cuando Medusa creía que iba a pasar el resto de la eternidad sola con una ceguera que, casualmente, era conveniente para ella. En el mío, era la primera persona que me trataba bien sin pedir nada a cambio y, quizás, ese gesto de amabilidad desinteresado me condicionaba y me nublaba el juicio. Al fin y al cabo, yo nunca me había fijado en una mujer. Ni siquiera había pensado en ello como una posibilidad.

Pero… en realidad no había sido la única en ser amable conmigo. Arsen fue el primero, desde mi infancia — actuando en mi bien de forma velada — hasta que me otorgó la libertad. Y, si lo pensaba bien, se había arriesgado mucho por mí sin tener por qué. Y luego fue Diceópolis, el cual me sacó de aquel lugar sin preguntar y sin pedir nada a cambio. ¿Cuántas personas eran así de altruistas porque sí? Era gracias a ambos que ahora era libre, y quizás eso los convertía en los hombres más importantes de mi vida, pero, curiosamente, no me había sentido por ninguno como me sentía por Medusa.

No, lo que yo sentía por ella — fuese lo que fuese — no podía ser conveniencia, casualidad u oportunismo, era algo tan real e inexplicable que, a veces, sentía que podía tocarlo con la punta de los dedos. Era innegable que, más allá de lo genuina que era, todo mi ser se sentía atraído hacia ella por algo más que la amabilidad. Ella había conseguido que, a pesar de ser tan reservada como lo era, compartiese todo con ella, y me negaba a pensar que eso no significaba nada. No… Medusa era especial para mí. Pero ¿y yo para ella?

— ¿Por qué estás conmigo? — dije en un susurro casi sin ser consciente de ello.

El silencio fue largo y pesado, tanto que sentía que el aire me empujaba los pulmones hacia el suelo. Lo malo de aquella situación no era solo hacer la pregunta, sino recibir una respuesta que no me gustase, pero ya no había vuelta atrás.

— Porque hemos venido aquí juntas. Ya estaría feo que yo me haga mi campamento y te deje por ahí a ver qué pasa. — Rio despreocupada.

— N-no, me refiero… — Había tenido la oportunidad de retractarme o dejarlo pasar, pero, como siempre, encontrar la respuesta podía con mi temple—. A por qué estás conmigo, sentimentalmente hablando.

— Helena, eso es una pregunta muy complicada. Yo…

— Contesta — pedí con un hilo de voz.

— *Yo le contesssstaré, sssssi no te importa*. — Tras unos segundos de silencio, pareció que llegaron a un acuerdo, pues la bestia continuó hablando—. *Tienes algo esssspecial. No ssssé exactamente qué, pero nosssss atrae. Nosssss resulta imposssssible estar lejos de ti desde que te vimosssss. Esssss… como un instinto*. — Me sorprendió que, por primera vez, hablase calmada conmigo, pues parecía que sentía cómo necesitaba que me hablase en ese momento.

— ¿Solo eso? — musité decepcionada—. Vaya… La verdad es que no es una sorpresa.

— *Bueno, ciertamente, esssssa atracción es importante, pero no esssss todo, ni lo esssssencial.* — Giré la cabeza en su dirección para escucharla atentamente. ¿Por qué no era

todo? —. *Tienesssss muchas cosas que nosssss gustan. Eresssss dulce, amable, un poco cabezota y muy curiosssssa*. Me aceptas tal y como soy, monstruo y humana, e incluso es sorprendente que aceptes todo sin más. *También me hacesssss reír a menudo, y hacía mucho que no dissssfrutaba tanto del tiempo, ni sssssola, ni acompañada, y me hasssss hecho cambiar para poder esssssstar contigo*. Me has dado la estabilidad que necesitaba. ¿Tienes dudas?

— No, sé que siento algo por ti, pero no entiendo qué ves en mí. Soy mortal, mediocre y defectuosa. Hay muchas mujeres por ahí que…

— *Nunca le hemosssss dicho «cariño» a nadie*. — Esa confesión me dejó muda, lo cual le dio a ella la oportunidad de seguir hablando—. *Ni sssssiquiera por un desliz, pero tú eresssss especial. Queremosssss estar contigo, porque esssssos defectos que tú dicesssss no nosssss importan*. Son lo que te hacen ser quien eres. La verdadera pregunta es cómo no enamorarse de ti.

Esa última frase fue de la humana, o quizás de las dos, pero era lo más sincero que había escuchado jamás. Quizás, mi propia ceguera sentimental era la que no me dejaba ver que lo que ella sentía por mí era tan real como lo que yo sentía por ella, y que no era producto de que fuésemos lo que habíamos encontrado primero. No… hacía falta mucho más para desarrollar algo así, como ella me había dicho. Comprendí que la atracción no era duradera y se podía desvanecer si el lazo no se fortalecía, como podía pasar con Proteus y Cyrilla. Nuestros sentimientos eran reales, casi tangibles.

Pero ahora, además de palpables, eran mudos. Ambas nos quedamos un poco frías después de una confesión tan improvisada, pero con el corazón ardiendo y pidiendo desesperadamente ser calmado. Decidimos que lo mejor era permanecer así, pero unidas en un ligero contacto de manos y dejando que el silencio se lo llevase el crepitar del fuego. Ella, Medusa, había usado la palabra «enamorarse», y esas no eran de las que se decían por casualidad. Ese detalle me hacía sentir inexplicablemente feliz. Sentía amor por mí y, aunque comprendía el significado de la palabra, aún no sabía si yo podía decirle lo mismo. Me gustaba y me atraía, pero no pensaba hacerle saber que era recíproco hasta que no lo tuviese claro.

Tenía que averiguar por mi cuenta si eso que sentía era amor.

# Tensión social

La mañana se pronunció ante mí cuando percibí que el bosque se ponía en movimiento. Podía parecer este detalle, en principio, una tontería, pero todo estaba más quieto cuando reinaba la noche. Los sonidos de los animales y los insectos disminuían drásticamente, igual que las temperaturas, y solo quedaban en pie algunos que, según Medusa, eran nocturnos. Me sorprendió saber que había seres que desarrollaban su vida exclusivamente de noche, pues todo mi contacto con animales se basaba en los bueyes y el perro que cuidé cuando fui esclava. Hasta que pasé tiempo en ese lugar, no fui consciente de que, aparte de los grillos, había más animales que tenían este hábito.

En especial, me había llamado la atención el mochuelo, con ese «uuuuh» tan raro que hacía — tras preguntar al escucharlo por primera vez, aprendí que eso era «ulular»— debido a que parecía que me decía algo concreto. Por supuesto, no eran más que imaginaciones mías, igual que el pensar que los grillos estridulaban con el único propósito de ayudarme a dormir. En ese mochuelo, en especial, percibía un cierto tono de amenaza, pero no hacia mí, sino a Medusa, y que ululaba con la esperanza de que me alejase de ella. Por supuesto, un animalillo de bosque al que yo le ponía voz en mi cabeza no iba a decirme qué tenía que hacer con ella.

Es más, no iba a dejar que nadie, jamás, me obligase a apartarme de Medusa, a no ser, por supuesto, que fuese ella misma quien lo pidiese. Sin embargo, mi corazón estaba especialmente tranquilo cuando pensaba en eso, pues sabía que no era su deseo. Con una sonrisa plasmada en la cara, producto de la certeza, me di la vuelta para alcanzar su mejilla y besarla. Pero no encontré nada. No estaba. Mi primer instinto fue buscarla con las manos a través de las sábanas, lo cual no dio resultado. Después, agucé el oído pensando que, quizás, ya estaba levantada y cumpliendo con algunos quehaceres. Y si, estaba levantada, pero no estaba allí.

Quizás me puse en pie demasiado sobresaltada, ya que una severa sensación de mareo inundó todo mi cuerpo y, por un momento, perdí la noción de dónde me encontraba. Me quedé unos segundos quieta, dejando que ese falso movimiento de lo que había a mi alrededor cesase. Respiré hondo una vez recuperada y, con cautela, avancé en lo que creí una línea recta con un pie por delante de otro. No tardé mucho en sentirme realmente perdida, pues los olores que me rodeaban habían cambiado y la brisa que azotaba mi piel se volvió más ligera. Además, ya no era tierra lo que pisaba, sino adoquines de piedra. Después, comenzó a llegarme el murmullo del gentío, y podría haber reconocido ese sonido en cualquier parte, pues era el de la libertad.

Caminé en su dirección, atraída por la idea de volver a la *polis* y sentir una vez más sus calles — a pesar del mal diseño que éstas tenían — pero, poco después, paré en seco. No había tenido muy buen resultado la primera vez que interactué con gente. ¿Quién me garantizaba que iba a ser distinto ahora? Por ello, me di la vuelta, dispuesta a volver a alejarme de ese tentador camino que llevaba el nombre de Tracia y regresar al bosque, donde estaría segura. Mis pasos, sin embargo, eran algo lentos, pues necesitaba recordar por dónde había venido y cuántas zancadas había dado. Tenía la certeza de que era todo recto, pero… ¿eran doscientos cuarenta y cinco pasos o doscientos sesenta y cinco? Definitivamente, no tendría que haberme distraído con banalidades.

— ¿Muchacha? — La voz de esa persona me sonaba, pero era como si durmiese en mi subconsciente. Quizás, ni siquiera era conmigo—. Eh, muchacha. — La ignoré una vez más, dudando—. ¡Liberta cabezota!

— ¿Diceópolis? — pregunté incrédula y, de repente, extremadamente contenta.

— ¡Eres tú! Por los dioses, estás estupenda. — Agarró mis hombros y los zarandeó ligeramente, mostrando su felicidad. Inconscientemente, sonreí.

— Gracias, eres muy amable — dije a media voz, avergonzada.

— No sabía que te quedaste aquí. Pasamos varias veces por la ruta comercial y nunca te vimos.

— He estado… — Con un ser mitológico—. Aquí y allá, aprendiendo a vivir por mi cuenta. ¿Y tu familia?

— Xanthia y Adriana se han quedado atrás comprando. Ya sabes… la niña crece rapidísimo y, aunque mi mujer le arregla la ropa, cuando no sirve, no sirve — dijo con una sonrisa modesta en la voz.

— Tiene mucha suerte de teneros.

— Le damos todo lo que podemos. La gente como tú y yo valoramos mucho las pocas pertenencias que podemos tener. No quiero que a ella le pase algo así. Quiero que sea una mujer que pueda cuidarse sola en el futuro y que tenga valores, pero no tiene por qué tener carencias para conseguirlo. Eso sí, los caprichos se los tiene que ganar. Anda, ahí vienen.

Escuché sus pasos alejándose de mí para recibir a su mujer y a su hija y, tras escuchar perfectamente cómo les decía «Mirad a quién me he encontrado.», los tres se reunieron conmigo en medio de aquel camino adoquinado. Xanthia me recibió con un cálido abrazo y un apretón en los hombros al separarnos, como supuse que hacía una madre amorosa, y Adriana me abrazó y se colgó de mi cintura. Era cierto que había crecido, pues la percepción de su voz había cambiado ligeramente. Ahora estaba un poco más cerca de mí oído.

— Me alegra mucho que ya no agaches la cabeza — dijo, recordando el que, quizás, fue el consejo más vital que jamás se me había dado.

— Es todo gracias a ti — respondí con una sonrisa.

— Y, además, veo que has engordado. ¿Estás haciendo deporte? — preguntó mientras apretaba los músculos de mis brazos—. Casi pareces una atleta.

— Te voy a contar un secreto. — Me agaché para estar a su altura y bajé la voz para que solo ella pudiese oírme—. Soy una guerrera.

Por supuesto, su reacción no fue nada que no esperase, ya que se puso a reír frenéticamente, como si le hubiese contado el chiste más gracioso del mundo. Y, la verdad, lo comprendía. ¿Quién iba a creerme cuando decía, como mujer y como invidente, que era una soldado? Nadie, pues la guerra era para los hombres y, al menos por el momento, nadie necesitaba un servicio militar. De necesitarlo, ese honor — o más bien estupidez innecesaria— estaba reservado a una casualidad a la hora de nacer que resultaba en que la carne colgara en la

pelvis y no en el tórax. Era tan aleatorio ser hombre o mujer que ese sistema me empezaba a parecer hasta ridículo.

Además, la guerra en sí misma era un sinsentido. Se mandaba a miles de hoplitas y a sus correspondientes ayudantes a una guerra que a saber a quién beneficiaba — aunque con toda seguridad era al rey o al aristócrata — y esa gente ni siquiera se preocupaba de saber cómo se llamaba cada soldado. Quizás, ni los conocían. Y los hoplitas eran cabezas huecas que se consideraban héroes de Grecia y luchaban por una causa cuestionablemente honorable, cuando lo único que hacían era perpetuar un sistema injusto que los llevaba a la muerte. Reflexioné que, no por nada, el dios de la guerra era hombre, sacando divertimento de las contiendas, pero la estratega era mujer, demostrando que, en cualquier arte, valía más la maña que la fuerza. Para mí, y aunque la odiaba por lo que le hizo a Medusa, Atenea era un poco más admirable que Ares nada más que por eso.

— Te estoy diciendo la verdad, soy una guerrera. No de participar en guerras, pero sí de luchar por lo que creo que es justo.

— No le cuentes fantasías a la niña — interrumpió Diceópolis creyendo que intentaba tomarle el pelo—. Las mujeres no usáis armas. Las espartanas, puede… Pero es una cultura rara.

— Diferente — corregí, aunque no por defender a las espartanas, sino porque aprendí leyendo que el vocabulario usado para expresar ideas las cambia por completo si la palabra no es la adecuada.

— Eso — concedió—. En fin, nos es muy grata tu compañía, pero…

— No sigas. No quiero que digas eso. Quedaos para comer conmigo — ofrecí pensando que no quería estar sola—. Casi es mediodía y habrá sido una mañana intensa en el ágora.

Para mi tranquilidad, fue Xanthia la que aceptó casi sin pensarlo. Su reacción me sacó una sonrisa, pues se notaba la compenetración que tenía con Diceópolis como para tomar la iniciativa sin ser regañada por este. Definitivamente, lo que tenía delante sí que podía ser un ejemplo de pareja amorosa, al contrario que lo habían sido aquellas crueles personas. No, Xanthia y Diceópolis se querían, y me pareció extraño pensar en ellos y que mi cabeza no parase de compararlos con Medusa y conmigo.

Compartíamos varias cosas en cuanto a las relaciones se refería: se cuidaban mutuamente, reían juntos, se hablaban con cariño, con paciencia, tenían algunos temas de conversación que solo ellos entendían y, a veces, los silencios decían más entre ellos que las propias palabras. Pero también era algo diferente: nosotras no estábamos tan compenetradas a pesar de que las ganas estaban ahí y no habíamos vivido tanto juntas como para comprendernos al nivel que lo hacían ellos. Aún había cosas que no conocía de Medusa, ni ella de mí, cosa que no parecía afectar a Xanthia y Diceópolis. En ese momento, comprendí dos cosas: la primera, que a nosotras nos faltaba tiempo — a pesar de que, quizás, algún día llegaríamos a ser como ellos a nuestra manera—, y la segunda era que había pensado en nosotras como pareja.

¿Nosotras éramos una pareja?

— ¿Cómo os conocisteis Diceópolis y tú? — Aproveché para preguntar cuando nos quedamos solas, pues Adriana y él se quedaron observando unas ardillas en las copas de los

árboles.

— Bueno, la verdad es que fue de casualidad. — Su voz cambió drásticamente de tono, por lo que supe que aún recordaba ese día como una adolescente—. La verdad es que en un principio no me gustó para nada. Él acababa de ser liberto, así que estaba solo un poquito mejor que tú a salir de esa casa. No tenía muchos privilegios porque no era especialmente fornido y es un poco delicado de salud. Yo vengo de una respetada familia de comerciantes, así que digamos que nunca me faltó de nada y… tenía varios pretendientes — dijo entre risitas.

» Pero la primera vez que nos vimos, no vino hacia mí, lo cual en aquella época era raro porque los hombres solo se acercaban a mi para conseguir algo de mí padre. Él no, solo buscaba un trabajo digno. Los dos éramos muy jóvenes entonces y, obviamente, a mi padre le llamó la atención que pidiese algo distinto. Le dio trabajo, obviamente, para comerciar por aquí. — Hizo una pausa esperando a saber qué—. Perdona, se me olvida que no te da mucha información que gesticule. Me refiero a la ruta que hicimos para sacarte de Salónica. — Asentí agradeciendo la aclaración.

» Y es que el trabajo le sentó muy bien y cambió mucho. Primero fue físicamente. El no llevar harapos y lucir aseado le favorecía bastante, pero tampoco es que me encandilase. — Me sorprendí bastante, pues no era lo que solía escuchar a hurtadillas cuando era pequeña—. Fue unos meses después, cuando lo escuché hablar. Tuve que enseñarle otra ruta de comercio que haría durante un par de campañas para sustituir a otro trabajador de mi padre y, aparte de él, solo yo la conocía. Sus deberes lo ataron en Atenas y confiaba en que él cuidaría de mí y respetaría mi honor.

» Y así fue. Me fui intacta de casa y volví igual, aunque enamorada. Escuché sus vivencias, sus pensamientos, y encontré un hombre sensible y comprensivo que no me mandaba a callar cuando le explicaba cosas de mujeres como lo mal que se pasa con el período. Y un día solo supe que era él y que no quería a ningún otro. Y bueno… lo demás es historia. ¿Tienes a alguien especial? — preguntó deduciendo que era así.

— Bueno… no lo sé — dije con toda la sinceridad que fui capaz—. No sé qué siento.

— Diceópolis también era un poco disfuncional al principio en cuanto al amor. Y lo entiendo, vuestra estancia en aquella casa no es para menos. Pero, cuando lo que se siente es fuerte, es imposible de ignorar. Y tener dudas es humano, una buena señal si me preguntas a mí.

— ¿Por qué?

— Porque no dudas de algo que no te importa. Apenas se piensa en ello, se descarta y a otra cosa, mariposa. Pero cuando dudas… Cuando dudas merece la pena. ¿Y quién es el a…?

— ¿Helena? — Escuché llamar a una distancia prudente con voz preocupada. Probablemente, la dueña de aquella hermosa voz había visto que había gente y estaba preocupada por mí.

Di un respingo de mi asiento, casi alarmada por saber lo peligroso que era que, en ese mismo momento, Medusa pudiera encontrarse con gente. Podría hacer algo involuntario y dejar a una niña huérfana, o incluso que ya no hubiese niña, y no podía permitir que aquello pasase. Corrí como una exhalación, poniendo en práctica la memoria que ya tenía de esos estadios de

bosque, y me acerqué a ella. Sin embargo, había una segunda respiración acompañada de un relincho. Al parecer, teníamos mascota nueva.

— ¿Un caballo? — pregunté sorprendida.

— ¿Eso es lo más importante que tienes que decirme? ¿Quién es esa gente? — dijo algo alterada.

— Es la familia que me trajo a Tracia y me ayudó a escapar.

— ¿Y no podías saludar y adiós, muy buenas? — Susurró casi inaudiblemente, al borde de la histeria y con la voz muy aguda.

— Estaba sola y no sabía cuándo vendrías. Pensaba que para cuando volvieses ya se habrían ido. Solo los he invitado a comer.

— Está bien. — Respiró profundamente—. Está bien… Calma todo el mundo. — Sonreí, la única que tenía que calmarse era ella—. Serán un par de horas, la primera reunión social en varios siglos, con personas desconocidas y una habilidad petrificante… Bien. — Tomó aire de nuevo y tardó un rato en soltarlo—. Vamos a hacer un trato tú y yo. Esta gente es amiga de Helena. — Comprendí que no hablaba conmigo—. No queremos dañarlos y no quieren hacernos nada malo a nosotras. Si te portas bien, te dejo dormir con Helena.

— ¡Eh! — repliqué ofendida, ¿qué se creía?

— *Esssstá bien*.

— ¿Y quién ha dicho que yo quiera?

— Los has invitado tú. Acarrea con las consecuencias.

No dije nada, no porque no tuviera nada que decir, sino porque era imposible discutir con ella si estaba tan nerviosa. Por otro lado, comprendía que aquella situación no le gustase nada y en cierta manera a mí también me tenía algo inquieta. Confiaba en ella, pero podía pasar de todo en una fracción de segundo. Prefería no pensar en ello e imaginar en mi cabeza cómo la reprendería después por hacer tratos a mi costa. Aunque en realidad no me importaba dormir con una versión de ella u otra, eso no le daba derecho a hacer lo que había hecho. Sin embargo, asumiendo mi parte de culpa, esa vez, solo esa vez, lo iba a pasar por alto tras expresar mi descontento.

Supe por la inseguridad con la que caminaba que Medusa tenía los ojos cerrados y no se adaptaba bien al bosque. Se movía con soltura por la ciudad porque lo había hecho muchas veces, pero nunca tenía compañía en esa zona, así que no se había habituado a recorrerla así. Hacer de guía a ella y a un caballo se me hizo raro. Y tenía que averiguar para qué queríamos un caballo, detalle en el cual acababa de reparar. No tardamos en llegar al hogar, donde el olor de la comida avisaba de que casi estaba lista y las hojas caídas de los árboles me decían que mi acompañante seguía allí sentada.

— Xanthia, ella es Me… — Carraspeé, no podía decirle su nombre de verdad—. Melia — dije con una sonrisa forzada—. Melia, ella es Xanthia.

— Así que… — Aguanté la respiración. ¿Acaso se dio cuenta de que mentí? ¿De que no

era quien yo decía? —. Ella es *la* afortunada. Aunque, en realidad, salta a la vista. No pasa nada, mujer, con nosotros está todo bien. A Diceópolis le va a encantar. Y veo que ahora te llamas Helena, es bonito…

«Melia» se quedó muy callada, casi como si fuese de piedra, y supe que era demasiada tensión para ella. Cuando Xanthia se levantó para avisar de que la comida ya estaba, me permití tener un pequeño gesto cariñoso con ella y frotarle la espalda en señal de apoyo. La sentí relajarse un poco en la palma de mi mano y volvió a respirar profundo. Me apretó levemente la rodilla y, sin decirnos nada, supe que todo estaba bajo control y que ella, si bien estaba incómoda, estaba empezando a gestionar sus emociones con más calma.

Por supuesto, la familia dio por sentado que Medusa también era ciega, pues tenía los ojos cerrados como me explicó que hacía para ir a la *polis*, y me di cuenta de que, aunque lo hacía torpemente, actuaba como yo, pues todo lo buscaba a través del tacto y se equivocaba a menudo topando con mi cuerpo. Literalmente, era ciega desde hacía dos horas, lo cual era cómico y preocupante a partes iguales. Sin embargo, parecía que solo nosotras nos dábamos cuenta de ello. En ese caso, el prejuicio de que los invidentes somos torpes por naturaleza nos favorecía, y yo no pensaba decir lo contrario.

Ella, poco a poco, comenzó a soltarse un poco y conversar con todo el grupo, en el cual hasta Adriana compartía ideas bastante interesantes apoyada por su padre. Ojalá yo pudiera haber hecho eso de pequeña, ahora sabría un poco más acerca de todo. Conforme continuaba la tarde, tanto Medusa como Adriana hablaban más y más, hasta que ellas eran casi las únicas participantes de la conversación. Eso me hizo feliz, porque, conforme pasaba el tiempo, la sentía relajarse y disfrutar. Me dijo que había pasado siglos sin hacer algo así y me alegré porque pudiera volver a tenerlo.

Poco después, Diceópolis reparó en las dianas que tenía para practicar tiro. No creía que una mujer pudiera realmente manejar un arco, o cualquier tipo de arma que no fuese un cuchillo de cocina y, para demostrarle que esa era una idea errónea, le propuse que tirásemos tres flechas cada uno. Por cortesía, dejé que él tirase primero y, si bien no se le daba mal, me di cuenta de que estaba lejos de llegar al centro cuando recogí los proyectiles. Probablemente, no era buen cazador, por lo que se solía sustentar comprando y vendiendo productos. Una vida sencilla y noble, debía decir.

Por fin, ante la incredulidad de la familia, llegó mi turno. La pequeña no pudo evitar preguntar cómo pensaba acertar si no veía, por lo que le expliqué el sistema de campanillas que teníamos y por qué estaban ahí, pues ningún animal era capaz de huir sin hacer ningún tipo de ruido. Entonces, una vez más, sentí ese calor — ahora tibio y calmado— recorrer mi cuerpo. Separé las piernas buscando equilibrio, tensé el arco, respiré profundo y solté la cuerda. Por el asombro de nuestros acompañantes, supe que había dado en los tres blancos.

— Papá, va a ser verdad que es una guerrera — dijo Adriana, sorprendida—. Tira mejor que tú.

— Pues si… — respondió abstraído—. Y más profundo. Ha perforado el árbol. Helena, retiro mis palabras. Es obvio que estaba equivocado. ¿Cómo has…?

— Práctica. Desde que vivo… vivimos solas, tenemos que apañarnos por nuestra cuenta.

Nuestra experiencia nos hace desconfiar de casi todo el mundo, por lo que hemos tenido que aprender a hacer cosas de hombre y mujer. Y ¿sabes qué? Resulta que ser una cosa u otra no tiene nada que ver, se puede aprender a hacer de todo. Cyrilla estaba equivocada.

— Quién lo iba a decir… — Tras reflexionar unos instantes, continuó hablando de forma alegre—. Imagino que buenas noticias para mi niña. No me gusta pensar que está limitada.

— Pues quiero aprender a tirar con arco, como Helena.

Tras discutir durante un rato si tenía la edad adecuada o no para aprender a cazar — en especial por lo que conlleva matar un animal, que no es sencillo a pesar de la necesidad — llegaron a la conclusión de que debería tener unos años más para comprender la situación en su totalidad y que, si para entonces lo seguía queriendo, aprendería. Adriana, conforme, trotó felizmente hasta el carro de sus padres para preparar a las bestias mientras nos despedíamos de los demás.

Xanthia me dijo adiós con otro abrazo y aprovechó para susurrarme un «Me gusta esta chica para ti.». Oh, Xanthia… A mí también me gustaba esa chica para mí, cada vez más, y esa charla contigo me había aclarado bastantes pensamientos. Entre ellos, lo importante que habría sido tener unos padres que me guiasen. Nunca los había echado de menos, pero al ver a Adriana era obvio la marca que dejaban — o no, en mi caso— durante la infancia. Diceópolis, por otro lado, intentó ser un poco más respetuoso dándome un apretón en el brazo, pero acabé rodeándolo por completo. Por primera vez, me dolían las despedidas. Dejaban mal sabor de boca.

19

# Mochuelo

Era bueno saber que, al menos, despedirse no dolía tanto si ya no estaba sola. Si unos años atrás me hubiesen dicho que iba a tener a alguien a mi lado y que iba a ser capaz de formar un lazo hasta tal punto de extrañarlo, le habría tratado de loco. Sin embargo, esa era ahora mi realidad. Suspiré sonoramente cuando el murmullo de las ruedas del carro desapareció y solo quedó el frío del atardecer para arroparme. Era curioso, pues se acababan de ir y ya tenía ganas de estar con ellos de nuevo.

Medusa — supuse que ya con los ojos abiertos — se dio cuenta de lo que fue para mí echar a alguien de menos por primera vez en mi vida, por lo que, silenciosamente, me buscó y me arropó en un abrazo mientras caminábamos. A juzgar por la paridad con la que avanzábamos, me di cuenta de que nuestro paso estaba bien acompasado, y es que hacía mucho tiempo que me había acostumbrado a caminar con ella. Ese simple hecho hizo que no fuese tan terrible decir adiós a unos amigos, ya que no iba a ser para siempre y no iba a estar sola hasta la siguiente vez.

Sonreí ligeramente al ser consciente de ese pequeño pero trascendental detalle: ella estaba conmigo. Y solo pensar en ello hacía que el corazón se me calentase en lo más profundo, en una zona que ni siquiera sabía si tenía nombre o si se podía tocar porque no era un calor como el del fuego o el que produce la sopa al comerla. Era algo más, y por supuesto mucho más difícil de comparar. Es decir, ¿cómo se podía comparar el amor? Porque era la única forma de definir lo que sentía y no es que pudiera contrastarlo. Sin embargo, no me preocupaba no poder encontrar un equivalente, porque sí, había carecido de ello toda una vida, pero eso solo incrementaba el valor de lo que sentía en ese momento por ella.

Por Medusa.

— Al final, parece que ha salido la tarde bien — dijo en un susurro, casi con miedo a interrumpir lo que estaba pensando.

— No has petrificado a nadie y te has divertido. Yo diría que ha sido un éxito rotundo.

— Ja, ja, muy graciosa — respondió falsamente molesta—. La verdad es que al principio lo he pasado muy mal, pero ha sido maravilloso. ¿Crees que les he caído bien?

Respondí asintiendo con la cabeza recordando lo que Xanthia me había dicho sobre ella. Después, sonreí ante la candidez de sus palabras pues, a pesar de ser un ser mitológico con unos cuantos siglos de edad, esa pregunta había sido inocente y genuina, propia de una niña ansiosa por hacer nuevos amigos. Se parecía a lo que yo soñaba con preguntar de pequeña si alguna vez me dejaban hablar con otros niños. Por supuesto, nunca llegué a hacerlo. Me alegraba que Medusa sí hubiese tenido esa oportunidad y pensé en lo maravillosa que había sido durante todo el proceso. Sin duda, tenía a una persona extraordinaria a mi lado.

Un nuevo calor se instaló en mi pecho conforme pensaba en ella y en lo especial que era, y es que no tardé en darme cuenta de que era todo lo que había supuesto que quería en una persona si alguna vez tenía la oportunidad de vivir y enamorarme. Sin embargo, mis posibilidades habían sido tan pequeñas que, cuando tuve esa gran palabra frente a mí, me costó

horrores identificarla y admitir que era eso lo que sentía, pero es que no podía obviarlo si era Medusa de quien hablaba, incluso si no me atrevía a decirlo en voz alta.

Cuando pensaba en mis largas noches a solas, dolorida de pies a cabeza por el trabajo o por el látigo, solía imaginar a una persona amable, cariñosa, inteligente, que le gustase las plantas — Cyrilla nunca tuvo dentro de la *oikós* y quería saber cómo olía una flor — y que, sobre todo, me demostrase a diario que me quería y que quería estar a mi lado a pesar de mis defectos. Y es que, aunque me costó verlo, pues los sentimientos no necesitan ojos, lo tenía delante.

— ¿Sabes? No soy ciega para lo importante. Me cuesta, pero lo veo — dije sin proponérmelo ensimismada por mis pensamientos.

— Si, ya te conoces el bosque como la palma de tu mano.

— Me refiero a lo que siento por ti. — El silencio, en ese momento, se hizo sepulcral. Todos los animales, excepto uno, callaron para ser testigos de nuestra conversación.

— ¿L-lo que sientes? B-bueno, sí, m-me dijiste que te gustaba.

— Es que, quizás, te suene a locura, pero tengo algo en el pecho que me dice que no es eso nada más. Y cuanto más lo pienso, más ulula ese maldito mochuelo. Parece que está en mi cabeza diciendo «No te encariñes de ella. Vas a sufrir. Ñi, ñi, ñi, ñi». Es insoportable.

— ¿Te habla el mochuelo?

— Imagino que me habla — dije distraída—. Pero esto es más importante. — Me llevé la mano al pecho. Necesitaba respuestas—. Tengo dudas a diario sobre si me gustas, si es a… algo más, o si estoy confundida. Pero sé que te adoro y me asusta porque no sé si esto está bien, si te voy a hacer daño, si tú me lo vas a hacer a mí… Y yo no podría aguantar otra decepción humana, yo…

Tuve que callar sin más remedio porque, cuando más angustiada me sentí al hablar, ella me agarró por la cintura, me acarició la mejilla con delicadeza y besó mis labios con devoción. Ese beso fue diferente a los anteriores, como si guardase un significado más profundo que aquellas primeras muestras de cariño, como si ahí hubiera algo más allá de lo físico. Y, repentinamente, todo se desvaneció y quedamos ella y yo compartiendo esa unión. Sentí la necesidad de acercarla más a mí, quizás para abrazarla, o quizás para fundirme con ella, pero no quería que el aire robara un espacio que era nuestro.

Unas lágrimas comenzaron a caer sobre mi rostro y sentí cómo le invadía un sentimiento puro y crudo. Me separé de ella y sequé sus mejillas, no sabía bien si para reconfortarla o animarla. Solo sentí que era lo que necesitaba. Mientras lo hacía, aún muy cerca de Medusa, su risa dejó escapar un ligero sonido marcado por el aire y me di cuenta de que era una sonrisa sacada de lo más profundo de su ser. Si era triste, lo desconocía.

— Me alivia tanto que tú también tengas dudas…

— ¿Tú… tú también?

— Claro. — Sorbió su nariz—. Me sentía horrible y rara por tener tantas preguntas en mi interior porque se supone que te quiero y estoy segura de ello. Pero a veces me asaltan unos

pensamientos extraños que me dejan dándole vueltas a esto durante horas.

— Eso es bueno. — Desconcertada, esperó que siguiese hablando—. Si dudas es que te importa, porque si no te importa no piensas en ello. O eso dice Xanthia. Lo que tengo claro es que me da miedo sentirme así por ti porque no quiero perderte.

— Yo tampoco quiero perderte, cariño. — Me estrechó de nuevo contra ella y sentí que sus palabras eran ciertas; no iba a abandonarme—. *Sssssiempre esssssstaré contigo sssssi es lo que quieresssss* — añadió la bestia.

— Quiero. — Enterré la cabeza en su pecho—. Desde que te conocí, siento que no quiero estar sin ti y no quiero imaginar una vida en la que no estés presente. No sé si eso cambiará con el tiempo, pero de pensarlo…

— Sientes que se desprende una parte de tu ser… *A mí también me passssssa* — susurró en mi oído.

Me abrazó con la intención de convertirnos en un solo ser, o al menos eso fue lo que me transmitió la atmósfera que estábamos compartiendo. El bosque comenzó a tener vida — ahora nocturna— de nuevo, por lo cual ese mochuelo se volvió más insistente. A lo mejor me estaba volviendo loca, pero era como si me estuviese regañando. Quizás, sin saberlo, lancé en alguna ocasión una flecha muy cerca de su nido y estaba enfadado, pues recordaba vagamente a un esclavo decir que algunos pájaros eran rencorosos. De todas formas, no me importaba, pues no quería separarme de ella en ese momento.

No supe cuánto tiempo pasó hasta que separamos nuestros cuerpos, pero a mí me parecieron segundos. Después, con la noche ya sobre nosotras, agarró mi mano y nos dirigió a nuestro hogar en el bosque, donde la hoguera nos esperaba casi apagada a juzgar por la temperatura y el caballo seguía relinchando. Medusa me condujo a uno de los troncos que usábamos como asiento y me puso una manta sobre los hombros. Al parecer, se había fijado en que tenía frío. Tras darle un beso en la mejilla, se ausentó unos minutos para buscar leña y, cuando el fuego volvía a crepitar, se sentó a mi lado.

— ¿Para qué queremos al caballo? — dije recordando esa gran pregunta.

— Ya nos costó bastante venir aquí con todo esto y ahora, además de los víveres que he comprado en el ágora, nos tenemos que llevar a los conejos. Necesitamos un animal de carga. Además, este amigo me puede ayudar a labrar la tierra cuando lleguemos a casa. — Escuché cómo le daba unas palmadas—. ¿Cómo lo llamamos?

— Eh… ¿Me dejas elegir?

— Claro, es para las dos. — Vencida por el frío, se refugió conmigo en la manta mientras el fuego crecía. Era una noche especialmente helada.

— Vaya… Nunca había elegido un nombre — dije contenta—. Lo llamaré Hippós.

— ¿Vas a llamar «caballo» al caballo? No me lo puedo creer. —Esta vez, la palmada se la dio en la frente y, a juzgar por el choque, fue bastante fuerte.

— ¡Es el nombre perfecto! No se me va a olvidar y suena bonito. Hippós… — repetí

canturreando—. Es muy musical.

— Como quieras — dijo tras una carcajada—. Lo siento, amigo, te quedas con Hippós. Cuando lleguemos a casa, te daré unas zanahorias recién cogidas para que se te pase el disgusto.

Siguió burlándose de mí y del nombre que elegí durante un rato más. Sin embargo, no lo sentía como una forma de atacarme. Por el contrario, sentí mucho cariño detrás de sus palabras y, aunque fingía estar indignada para seguirle el juego, la verdad es que sentía que el corazón se me derretía dentro del pecho. Casi sin proponérmelo, había encontrado a una persona que superaba todas las expectativas en las que hubiese podido pensar anhelando el amor, y más increíble todavía, que sintiera lo mismo por mí. Si miraba en retrospectiva cómo la conocí y cómo habíamos llegado hasta ahí, no me quedaba más remedio que creer que el destino había unido nuestros caminos.

No pude parar de sonreír durante todo ese tiempo, cosa que parecía molestar al mochuelo pero que a mí me encantaba. No pude dejar de hacerlo incluso cuando ella se fue a buscar cañas flexibles a nuestro alrededor para fabricar las jaulas y yo me quedé haciendo la cena. Esa noche, gracias a que Medusa fue al ágora, probé el pescado por primera vez. En realidad, no sabía si era delicioso porque era nuevo, o porque estaba comiendo con ella, pero, fuese como fuese, lo disfruté como nunca había disfrutado nada. Ella tenía ese poder.

— ¿Te importa que ella duerma esta noche contigo? Hemos estado hablando y creemos que es injusto para ti lo del trato. Pero anhela pasar la noche a tu lado y…

— Puedes — concedí, y ella respondió con un grito de emoción ahogado—. Creo que lo has hecho genial hoy y te lo mereces. Me gusta que puedas controlarte y disfrutar del momento.

— *No ha sssssido fácil, pero ha esssssstado bien* — respondió relajada como nunca la había oído. Era casi la humana y la bestia siendo una, como otras veces—. *He tenido miedo de perder el control, pero hacesssss algo en mí que me calma.*

— ¿Y qué tal te sientes ahora? — pregunté mientras nos acomodábamos en el lecho.

— *Me sssssiento… bien. Muy bien* — añadió cuando me acurruqué en su hombro—. *Y algo nerviosssssa*.

— Tranquila, ya hemos hecho esto otras veces. Tú siempre estás ahí. — Sonreí.

— *No esssss lo mismo. Desde el interior me passssso la noche admirándote, pero… Esssssstar fuera, asssssí…*

— ¿Lo disfrutas? — susurré en su oído, ella se estremeció.

— *Sssssi* — respondió temblorosa—. *¿Puedo bessssssarte?*

Por toda contestación, acuné su mejilla en mi mano y la atraje hacia mí, atrapando así sus labios. Ella, sorprendida, tardó unos segundos en corresponderme, pero lo hizo con el tacto que mi boca recordaba. En ella ya no estaba el rastro salvaje de la última vez que lo hizo, solo amor, profundo y abismal. Me incorporé un poco sin romper el contacto para que supiese que no, que todavía no me quería separar de ella, y me concedió el placer de estar así un poco más. A pesar de que, al parecer, tenía a la bestia delante, podía sentir a Medusa en su totalidad y no dividida,

como ella creía que estaba.

Su mano comenzó a escalar mi hombro hasta llegar a la nuca. Ese contacto siempre me erizaba la piel por completo y me hacía temblar, cosa que ella solía disfrutar. En ese preciso momento de debilidad, se incorporó e hizo que volviese a posar la cabeza en el suelo con una delicadeza que no esperé. Mi mente, en cuestión de segundos, se quedó en blanco para poder disfrutar exclusivamente de su tacto, su calor, y los sentimientos tan puros que me quería transmitir. Por primera vez, fui consciente de hasta qué punto estaba arraigado entre nosotras lo que estábamos creando a diario, tanto que se me encogió el corazón y me abrumó un poco.

Pero no era miedo lo que sentía, no si estaba con Medusa, y me dejé llevar por ella y por su serpentina atracción. Su piel, poco a poco, comenzó a mutar bajo mis dedos, dejando salir esas escamas que hacía tanto tiempo se ocultaron bajo su cuerpo. Conocía esa reacción, pero ella no era como la última vez; estaba calmada, en paz y compartiendo conmigo sus sentimientos. Y podía sentirlo: a ella también se le estrujaba el corazón en el pecho.

Percibí su respiración pesada chocando con mi cara, rehusando separarse de mí para tomar aire, y pronto me hallé en la misma situación. Bajó su mano lentamente hacia mi clavícula, volviendo a erizar la piel que acariciaba a su paso y, casi por instinto — aunque también un poco intencionadamente —, busqué su nuca para atraerla un poco más hacia mí. Ante ese contacto, gimió ligeramente disfrutando del momento y, pronto, sentí su lengua rozar mis labios. Me sorprendió darme cuenta de lo sensibles que estaban en ese momento, tanto que no fui capaz de evitar abrir la boca y gemir casi inaudiblemente.

En ese instante, se pegó aún más a todo mi cuerpo, atrapándome en una red en la que estaba cayendo por voluntad propia, dejándome llevar por su actitud genuina y, antes de que me diese cuenta, buscó mi lengua con la suya. Me sorprendí ante ese nuevo contacto y tardé unos segundos en corresponderle, pues mi corazón se había desbocado, había perdido el aliento y las mejillas me ardían como el fuego. Después, mi instinto fue corresponder ese nuevo tipo de beso, más profundo y pasional. Quizás, fue torpe e inexperto, pero eso no pareció hacer que a Medusa le gustase menos, o al menos eso me dio a entender cuando me acercó más a sí, eliminando la poca distancia que nos separaba. Ahora, ella estaba por completo sobre mí, con las escamas asomando también por sus brazos y, a pesar de ello, manteniendo el control.

Yo, por mi parte, sentía la necesidad imperante de que siguiese besándome así, por lo que afiancé el agarre enredando los dedos en su pelo ligeramente. Ella, al notarlo, volvió a gemir haciendo que me recorriese una punzada de la cabeza a los pies y que, finalmente, se instalase en mi vientre. De nuevo esa situación y de nuevo esa sensación, pero esa vez no tenía miedo, quería seguir explorando esos sentimientos con ella.

Instintivamente, llevé la mano a su cintura para acariciarla y ella se estremeció. Eso provocó que, poco a poco, fuese un poco menos suave con los besos que nos estábamos dando. Profundizó aún más en mi boca, si es que era posible, arrancándome ligeros sonidos de placer a su paso, devastándome el corazón y calentándome el cuerpo desde el interior. Era casi como si un incendio estuviese ocurriendo entre nosotras, pero no quería que se apagase. Al parecer, ella tampoco quería, lo cual hizo que se situase del todo sobre mí y, poniendo una de sus piernas entre las mías, dejó reposar su cadera sobre mí.

No tardé en sentir cómo se movía sobre mí con un ligero bamboleo, provocándome una nueva sensación totalmente desconocida. Era una mezcla entre lo que fuese que me ocurría en el bajo vientre y la delicadeza y el amor con los que me trataba, que me abrumaba y me hacía sentir a salvo a la vez y, por primera vez, no había una señal que me instase a parar. Quería seguir así con ella. No tenía miedo.

— ¿*Esssssstás bien*? — Me preguntó con semejante ternura que creí que me besaba el alma con cada palabra.

— Si, mejor que nunca — respondí con sinceridad—. ¿Podemos seguir? — pregunté preocupada, ¿y si a ella no le gustaba?

— *Claro*. — Sonrió.

Supe inmediatamente después que a ella también le estaba gustando estar así, pues continuó acariciándome el cuerpo con devoción, como si fuese el tesoro más preciado que tenía. Sentí en las palmas de sus manos que su cuerpo también se calentaba poco a poco, al ritmo al que aparecían nuevas escamas en su piel y su mente se convertía en una sola de nuevo. La voz, la pasión, eran de la bestia; la delicadeza, la genuinidad, de la humana; el amor, de ella y solo de ella. Y mío. Porque confirmé en ese instante de que la amaba.

Imité sus movimientos y acaricié toda la piel que tenía al descubierto. Levanté un poco las caderas para pegar su cuerpo contra el mío y, de repente, sentí cómo rozaba la cara interior de mis muslos. Esa zona, ahora extremadamente sensible, hizo que fuese yo la que perdiese el control de lo que estaba pasando y, sin proponérmelo, me situé encima de Medusa. Por unos instantes, se quedó sin aliento ante lo inesperado y, en cierta forma, yo también. Sin embargo, actuaba más rápido de lo que podía procesar y comencé a besarla de nuevo antes de que pudiera decirme algo. Por sus reacciones, supe que no le estaba desagradando el nuevo panorama que se abría ante nosotras, así que rocé su lengua con la mía casi de forma desesperada, buscando por fin fundirme con ella.

No pude evitar seguir imitando lo que hasta el momento me había hecho ella, por lo que situé mi pierna donde momentos antes descansaba la suya, arrancándole así un gemido más sonoro que cualquiera que hubiese podido escuchar de ella. Sentí una fuerte punzada en mi entrepierna, demandando a saber qué, pero sí que tenía claro que quería sentir toda su piel.

— ¿Puedo quitarte la toga? — pregunté más como una súplica que como una petición.

— ¿*Esssssstás segura de esssssto*? — Asentí—. *Vale*.

Hasta ese momento, pensaba en el acto de desnudarse a causa de otra persona como un acto egoísta y atroz, pues eso era lo que había aprendido. Pero aquello se sentía totalmente diferente a experiencias previas, y es que tanto Medusa como yo queríamos aquello. Por ello, no iba a malgastar el tiempo pensando en el pasado, pues me distraía del presente y ella me necesitaba ahora y completa. Volví a ella cuando se incorporó y guio mis manos para quitarle la ropa, desde las rodillas, pasando por sus caderas, su cintura, sus hombros y sus brazos.

El cuerpo le ardía en ese instante, podía sentirlo sobre mi ropa al igual que su necesidad. Volví de nuevo a sus muslos, esos que me habían fascinado tanto aquella mañana en la que descubrí un nuevo tacto de su piel, y no pude evitar apretar su carne entre mis manos. Sus

gemidos se volvieron un poco más altos, lo cual interpreté como que le gustaba aquello y, animada por el instinto, comencé a besar y mordisquear su cuello. Ella temblaba bajo mi cuerpo, dejándose hacer de una manera tan inocente que me conmovía, con ese manto de amor que multiplicaba exponencialmente todo lo que estábamos sintiendo en ese momento. Nos hallé completamente unidas a pesar de ser dos seres distintos. Éramos magia.

— *Helena*… — pronunció dudando—. *¿Puedo quitarte esssssa toga*?

— Eh… — De repente, me quedé bloqueada. No había pensado en eso.

— *Lo sssssiento, no debería haber*…

— Tranquila. ¿Te parece bien si me la quito yo? Necesito prepararme para algo así.

— *Con lo que te sssssientas cómoda, cariño. Esssssperaré*.

Sonreí ante el cuidado que estaba teniendo conmigo y con todo lo que estaba ocurriendo en ese momento y no pude evitar enternecerme. ¿Quién me iba a decir a mí que la bestia era tan romántica? Y es que, pensándolo bien, era lo que necesitaba: paciencia y marcar el ritmo, y parecía que ella lo entendía bien. Había algo que me atrajo de nuevo a ese momento y, acariciando su costado, volvimos a compartir un beso húmedo que nos arrancó a ambas un gemido. Medusa, aumentando el calor que nos rodeaba, atrapó mi labio inferior entre sus colmillos, mordiéndolo ligeramente y atrayéndome hacia ella. Fue entonces cuando no pude evitar llevar mi mano a su pecho.

No era la primera vez que sentía su pezón así, duro y excitado, pues el día que nos conocimos y me llevó a bañar lo sentí en mi cuerpo, pero era la primera vez que lo percibía como algo erótico y sensual. Durante unos segundos, pensé en cómo sería lamerlos, pero decidí que no me iba a quedar con la duda. Lo atrapé entre mis labios y, para mi sorpresa, Medusa me agarró del pelo y me animó a continuar haciendo aquello. Comenzó a arquear la espalda buscando mi contacto, lo cual hizo que, de repente, sintiera un calor sofocante.

Me erguí, no sin recibir algunas quejas silenciosas y, sentándome sobre su vientre a horcajadas, comencé a levantar la toga para deshacerme de ella. Instantes después, quedé completamente desnuda frente a sus ojos, pero no me sentía insegura. A pesar de no ser mi primera vez sexualmente hablando, sí que era la primera que hacía todo aquello por voluntad propia, y eso me hacía sonreír con alivio, como si me hubiese quitado la pata de un centauro de encima. Sentí cómo se quedaba sin aliento e incluso cómo su mente se quedaba en blanco. A pesar de la vergüenza, sonreí dejando que me observase detenidamente, pues sabía que para ella era algo tan fundamental como para mí tocarla.

Sus manos recorrieron mis muslos y, con maestría, volvió a acostarme sobre el lecho. Ella hizo lo mismo y, sin parar de besarnos, entrelazó sus piernas con las mías. Me abrazó con ternura y, compartiendo ese sentimiento de no querer separarnos, le correspondí. Llevó el contacto un poco más allá y, sintiendo toda su piel contra la mía, agarró uno de mis pechos y lo acarició ligeramente, provocando una oleada de placer que se concentraba en mi entrepierna. ¿Sentiría ella lo mismo?

— *Tócame* — pidió jadeando—. *Helena.*…

— No sé cómo hacerlo. — Comencé a temblar sintiéndome insegura.

— *Tranquila*. — Acarició mi cara y me hizo sentir comprendida—. *Hasssssta donde quierasssss llegar*.

— Quiero hacer lo que me pides, pero ¿cómo?

Decidió responderme cogiéndome de la mano y guiándome. Recorrí lentamente su cuerpo hasta que, al llegar cerca de la entrepierna, me soltó la mano y esperó. No quería presionarme y dejó que decidiese si quería continuar. A pesar de la inseguridad y de no saber exactamente qué hacer, supe que lo que estábamos compartiendo, las emociones que vivíamos, eran mucho más grandes y fuertes que eso. Pensar en ello fue lo que me animó a continuar y dejar que mis dedos bailasen por primera vez en esa zona.

Ante el contacto, ella lanzó un gemido profundo, gutural y animal, y yo me sentí terriblemente extraña y devastada ante tantas emociones. Sin embargo, lejos de ser negativo, me invadió una sensación divina, tanto como lo podía ser ella. Aprendí para mi sorpresa que esa zona tenía la capacidad de humedecerse y que, a juzgar por cómo respondía su cuerpo, era extremadamente sensible. Además, podía sentir unos suaves pliegues entre las yemas de mis dedos, una zona del tamaño de una piedrecita casi tan dura como esta y, más abajo, la zona que dolía en el corazón y en el cuerpo.

— *Hasssssta donde tú quieras* — repitió, probablemente leyendo mis pensamientos.

— ¿Qué hago? — Le di a entender que quería seguir.

— *Acaríciame*. — Dio un respingo y me clavó las uñas—. *Sssssuave* — sonrió.

— Perdón.

— *Tranquila*. — Continué acariciando e imaginando la anatomía de esa zona, buscando algo que a Medusa le gustase—. *A… asssssí*. — Jadeó audiblemente.

Poco a poco, fue ella quien, moviendo las caderas, aumentaba el ritmo y la intensidad con la que quería ser tocada. Mis mejillas ardían con cada gemido que arrancaba de su garganta y la mente se me empezaba a quedar completamente en blanco. Lo único que me ataba allí, a ese momento, en vez de volar con Medusa, era la necesidad de saber que estaba y se sentía bien, cuidarla mientras hacíamos algo tan nuevo, y eso calentaba mi corazón de una manera especial.

Pegó su cuerpo aún más al mío, si es que eso era posible, y abrió las piernas, pidiendo silenciosamente que volviese a estar encima de ella. Me situé exactamente igual que la vez anterior, con la excepción de que no dejé de acariciarla como ella me había pedido. Con cada movimiento, se humedecía más y más, hasta que mis dedos comenzaron a resbalar con facilidad entre sus pliegues.

— *Helena…* — susurró.

— Dime, cariño. — Paré un instante, pues intuía que lo necesitaba.

— *Esssss que necesssssito…* — Dudó un momento, pero, reuniendo valentía, continuó —. *Te necesssssito dentro*.

— ¿T-te refieres a…?

— *Sssssi* — susurró.

— Te voy a hacer daño. Esa zona… Yo…

— *No hagasssss nada que no quierasssss, pero quiero que sepasssss que esa zona no duele sssssi quieres a tu pareja ahí.*

Por algún extraño motivo, sus palabras me dieron confianza y me ayudaron a olvidarme de todo lo que creía saber. Si acababa de saber que esa zona se podía humedecer, ¿quién me decía que no tenía razón en eso? Por ese motivo, busqué con mis dedos su entrada y, con facilidad, penetraron en ella. Era cierto, no sentí en ella ninguna impresión de dolor, solo una gran oleada de placer y sus músculos internos apretando mis yemas.

Ella comenzó a mover las caderas y yo, interpretando lo que buscaba, comencé a moverme en su interior. Con desesperación, agarró mi nuca para besarme con pasión y sin ninguna delicadeza, lo cual me animó a aumentar el ritmo sin dejar de estar pendiente y tener cuidado.

— *Helena*… — gimió volviéndome loca.

Al escuchar su nombre en mi boca, fui consciente de mi propia humedad empapando las sábanas del lecho y la pierna de Medusa, goteando poco a poco mientras ella se retorcía bajo mi cuerpo. Durante un momento, sentí cómo encorvaba su cuerpo violentamente bajo el mío, seguido de unos instantes en los que el tiempo se paraba ante la intensidad que adquiría el ambiente, con sus músculos contrayéndose violentamente alrededor de mis dedos, y luego cómo desaparecía. Sin duda, le estaba gustando aquello.

— *Ya, Helena*. — Sonrió mientras me agarraba de la muñeca—. *Esssss suficiente*.

— ¿No quieres más? — pregunté desconcertada.

— *Essss que ya he terminado*.

— ¿Terminado?

— *Ssssserá más fácil que lo entiendasssss por ti misma*.

Me agarró de las muñecas y, una vez más, me hallaba bajo su cuerpo, que aún ardía. No fue hasta ese momento que me di cuenta de que la punzada que sentía en la entrepierna era casi insoportable y que estaba demandando algo que desconocía. Sin embargo, comencé a hacerme una idea cuando sentí de nuevo la pierna de Medusa rozar esa zona. Su cuerpo buscó el mío con todo su ser y me besó con avidez, como si instantes antes no hubiese dicho que ya había terminado lo que estaba pasando entre nosotras, y empezó a menear las caderas.

Con cada roce, sentía mi zona mojarse cada vez más y ella, aprovechando lo que ocurría, dejó de besarme para lamer mis pezones y llevar sus manos hacia mi humedad. Sentí la necesidad incontrolable de gemir y mover mis caderas, perdiendo el juicio por completo, y el sonido de su risa desenfadada llegó a mis oídos. Estaba feliz y yo también lo estaba. Esa gran punzada se tornaba poco a poco en descargas eléctricas que recorrían todo mi cuerpo y ella, notándolo, paró.

Protesté con un gemido frustrado, por lo que Medusa comenzó a besarme todo el cuerpo desde el torso hacia abajo. Cuando llegó al pubis, separó mis piernas haciéndome sentir ligeramente avergonzada, pero mucho más curiosa. Quería saber qué se proponía o si es que simplemente quería contemplarme. No tardé mucho en sentir su boca recorrer la cara interna de mis muslos y acercarse lentamente a esa zona. Pronto, sentí su respiración enfriar mi humedad e, instantes después, su lengua recorriendo todo lentamente.

En un principio, me pareció una sensación de lo más extraña, pues no sabía qué hacía ni por qué, pero no tardé en obtener respuestas pues, cuando alcanzó un punto exacto, unas oleadas de placer empezaron a invadir todo mi cuerpo. Instintivamente, moví las caderas buscando mucho más de ese contacto. El placer aumentaba y aumentaba hasta que, en cuestión de segundos, sentí que podía sobrevolar el cielo con Medusa. Alcé las caderas como nunca me había exigido el cuerpo, y noté su agarre, firme y suave, procurando no deshacer el contacto. Sin embargo, aquella sensación fue efímera y que ella continuase estimulándome se volvió incluso un poco molesto.

— Para, por favor — dije algo incómoda al final.

— ¿*Lo entiendesssss ahora*? — preguntó con cariño, audiblemente feliz y escalando mi cuerpo para besarme y acurrucarse a mi lado. Desde luego, su abrazo era todo para mí tal y como me sentía en ese momento.

— Si — respondí en el mismo tono acomodándome en su pecho. Aún podía sentir su calor y su piel sobre la mía—. ¿Qué ha sido eso?

— *Yo lo llamo «éxtasssssis». Esssss el momento en el que mássssss placer se siente. El cuerpo explota.*

— Nunca lo había sentido — susurré algo somnolienta.

— *Me alegro de que lo hayasssss hecho ahora*. — Su voz era suave y tranquila, como si no quedase nada de la bestia—. ¿*Cómo te sssssientes*?

— Libre — respondí a media voz con un par de lágrimas en los ojos.

— *Te quiero*. — Besó mi pelo y me abrazó antes de quedarme dormida. Ahora me sentía más que nunca en casa.

Estaba segura en sus brazos. Conocía su tacto muy bien, suave y cálido, pero ahora, además, tenía mucho sueño. Acababa de darme la cena, me bañó en agua caliente y me estaba llevando a la cama. Me gustaba que lo hiciese porque sabía que luego se quedaba conmigo. Ella lo era todo para mí. Me acostó en el lecho que compartíamos y me arropó. Después, me dio un beso en la frente y se acostó a mi lado.

Entonces, como cada noche, escuché su voz. Clara, calmada, profunda y amorosa,

cantándome mi nana favorita antes de dormir. Podía sentir su sonrisa cuando me acurruqué junto a ella, y su abrazo protector me tranquilizaba. No sabía por qué, pero con ella estaba a salvo. Poco a poco, su voz fue apagando mis sentidos, hasta que estuve tan relajada que solo pude oír una cosa:

— Descansa, hija. Te quiero. — Besó mi frente una vez más.

— Mamá… — susurré aún en duermevela sintiendo su abrazo.

Paulatinamente, volvían mis sentidos a mí y pude escuchar el sonido del bosque llamándome. Los pájaros cantaban, el mochuelo por fin estaba callado y una respiración calmada yacía a mi lado. Fue entonces cuando los recuerdos de la noche anterior, unidos al tacto de su piel desnuda, me asaltaron. Con un calor asfixiante recorriéndome el cuerpo, pensé en cómo iba a afrontar ese nuevo día.

# Un día raro

Se movió bajo mi cuerpo para abrazarme y pegar su mejilla a mi frente. Por el sonido que hacía al respirar, supuse que tenía la boca ligeramente abierta, lo cual significaba que, al menos por el momento, estaba profundamente dormida. Era bastante extraño en ella que no se hubiese despertado ya, pues solía empezar el día cuando salía el sol porque le molestaba lo que ella llamaba «luz». A juzgar por el calor que se colaba entre las hojas de los árboles, esa tal luz estaba presente. Quizás, estaba cansada.

Esa palabra llevó a mis manos a recordar los distintos tactos de la noche anterior, en especial aquel tan húmedo y sensual que emanaba de su intimidad. Me sonrojé de nuevo, muerta de la vergüenza y sin terminar de entender por qué había hecho aquello con ella. La sensación general estuvo bastante bien, pero no había sido dueña de mí misma en ese momento. ¿Y si me arrepentía? ¿Y lo que sentía era arrepentimiento? Quizás me equivoqué haciendo… ¿el amor?, ¿sexo? ¿Qué había ocurrido exactamente? ¿Y si ahora que ella había conseguido aquello comenzaba a cambiar?

Me costaba mucho pensar que fuese así y que solo hubiese querido sacar provecho de la situación, pero ¿quién me aseguraba que no lo era? Me incorporé comenzando a sentirme un poco agobiada. Medusa se quejó ligeramente, aunque percibí que me dio la espalda aún inconsciente de todo, lo cual agradecí. Respiraba aceleradamente, casi con desesperación, pensando en la posibilidad de que aquello solo hubiese sido un divertimiento para ella y que, al igual que en el pasado, yo hubiese sido solo un medio.

Pero, un momento… Yo inicié todo aquello. Recordé de repente que ella me preguntó varias veces si quería continuar o si estaba bien y yo nunca me negué. Además, aún resonaba en mi cabeza ese «Hasta donde tú quieras.» tan sincero y cariñoso. No, aquello ocurrió porque realmente yo quise que fuese así. Mientras calmaba mi respiración, pensé en todas las veces que le dije que deseaba continuar y en el hecho de que ella me preguntase qué quería. Proteus nunca lo hizo, pero Medusa…

Tapé mi torso con la manta, pues me di cuenta de que aún estaba desnuda y de que sentía el frío de la mañana. Acaricié su pelo cuando el pánico abandonó mi cabeza. ¿Cómo podía pensar esas cosas de ella? Estaba segura de que la noche anterior hicimos el amor y que ella respetó mi ritmo en todo momento. Tonta de mí… Si me quería con locura. ¿Qué me tenía que pensar? Sonreí aliviada tras pasar por aquel ligero episodio de inseguridad, me acosté de nuevo y la abracé hasta pegar su cuerpo completamente al mío. Al parecer, ese movimiento extraño hizo que ella se despertase, pues no tardó mucho en incorporarse. Por algún motivo, ahora que ella era consciente de todo me invadía la vergüenza.

— Ay, por las ninfas de los bosques… — susurró. Por el aire que entró en las sábanas, supe que se miró el cuerpo, totalmente desvestido, y volvió a taparse—. No ha sido un sueño. — Su tono era… ¿preocupado? —. ¿Estás despierta, Helena?

— S-sí.

— ¿T-tú y yo… y también ella, anoche…? — Asentí, ella respiró hondo—. Madre mía…

¡Madre mía! ¡HELENA!

— C-calma. — Me incorporé y le acaricié la espalda. Su piel se erizó—. Lo hecho, eh…, hecho está.

— ¡Decirle a una persona que se calme tranquiliza exactamente a cero personas! — Respiró de nuevo y contuvo el aire unos segundos—. Vale, bien. Ha pasado. Madre mía, es que ha pasado — murmuró—. Es que me tiro por un barranco y me mato. — Se encogió sobre sí misma—. Qué mal, qué mal…

— ¿Por qué mal? — pronuncié extrañamente tranquila siendo consciente de su bloqueo.

— Pues por ti, porque te hemos hecho daño. Y porque lo recuerdo y… ya sabes.

Sabía perfectamente cómo se sentía, porque tener presente lo que hicimos solo contribuía a que quisiésemos más. Y lo cierto es que, aparte del deseo, ahora me surgían muchas preguntas que solo se podían contestar haciendo aquello más. Por otro lado, no solo yo estaba confusa porque me hubiese gustado y por esperar una siguiente vez. Era obvio que Medusa sentía una gran culpa y temía haberse equivocado.

— No hiciste nada malo. — La abracé fuertemente y por fin respiró—. Fuiste muy atenta conmigo y lo agradezco mucho. ¿Crees que ha sido un error?

— ¿Lo crees tú?

— He pensado por un momento que sí, no te voy a mentir, pero no, no creo que lo haya sido porque te sentí aquí. — Me llevé la mano al corazón, pues creía que de verdad la llevaba ahí conmigo—. Sé que he sufrido muchos abusos y que el camino que tenemos por delante no es fácil, pero no me puedo estancar. Anoche conseguiste que me olvidara de mis temores y me hiciste sentir libre y querida. Algo así no puede ser un error.

Su cuerpo pareció relajarse conforme le expresaba mis sentimientos y, cuanto más hablaba, más absurdo me parecía el pensamiento con el que me había despertado. Debía dejar de dudar de ella, aunque fuese un instante, porque nunca me había dado un motivo para hacerlo y, además, había algo más importante todavía: quería enamorarme siendo totalmente libre. Pensando en ello, me armé de valor para volver, una vez más, a buscar sus labios para besarla. Ella me correspondió con un respeto casi solemne sin saber qué esperar de ese momento, y es que me di cuenta de que ella sentía una gran responsabilidad en todo aquello. Sin duda, iba a ser un día raro.

No dijo nada más, solo se levantó y, con la ternura que la caracterizaba, me acercó la ropa que perdí la noche anterior para que pudiese vestirme. Ella, al contrario que otras veces cuando nos bañábamos juntas, acometió aquella tarea de forma atropellada y se alejó de mí a paso ligero. Comprendiendo que necesitaba ordenar sus pensamientos, le di todo el espacio que necesitaba y me dediqué a hacer mis quehaceres. Me vestí aún con el aroma de Medusa sobre mi piel — lo cual me hizo sonreír como una tonta —, aunque no con la toga, sino con la túnica de guerra. Después, comprobando que el arco estaba en condiciones, me dispuse a buscar de nuevo la madriguera de los conejos.

El rocío de la mañana me facilitaba bastante el rastreo, ya que, al estar la tierra

humedecida, las huellas se quedaban impresas en el suelo. Estas eran pequeñas, con una marca ligera y, sobre todo, cortas y apresuradas. Sin duda, era de la familia de conejos que nos queríamos llevar, pero ¿por qué corrieron? Continué caminando agachada con las manos pegadas al suelo durante unos cuantos pies. En cierta forma, fue una mala idea porque me choqué con un árbol, pero, al esquivarlo, toqué algo húmedo. Me llevé los dedos a la nariz, consciente de que estaba cerca de la madriguera, para detectar un olor que era inconfundible para mí: sangre.

Mis pisadas se volvieron ligeramente más apresuradas temiendo que procediera de los animales que nos queríamos llevar y, cuando sentí la entrada del hogar de esas pequeñas criaturas, mis manos quedaron totalmente ocupadas por el tacto frío de varios cadáveres peludos. No… No podía ser, tenía que quedar alguno vivo. Aparté con asco, pues empezaba a emanar un olor desagradable de ellas, a las pobres víctimas de aquel ataque buscando a alguna que hubiese sobrevivido. Casi como si de una casualidad se tratase, toqué algo cálido cuando llegué al fondo de la madriguera. Eran tres conejitos huérfanos, pero ya no iban a estar solos.

Los cogí entre mis brazos dispuesta a llevarlos conmigo y evitar que muriesen sin una madre. Comprendía lo que era estar en el bosque sola y eso no se lo deseaba ni a unos animalitos que acabarían en mi sopa. Al menos, tenían el derecho de sobrevivir y crear una nueva familia para, después, sucumbir al ciclo de la vida. Caminé recordando el rumbo que había tomado y supe por el relincho de Hippós que había llegado a casa. Arropé con la falda de la túnica a los conejitos, sabiendo que eran animales que necesitaban mucho calor cuando eran pequeños, y esperé a Medusa.

Sin embargo, ella no parecía llegar nunca y no podía estar ahí quieta todo el día. Improvisé un pequeño nido con la tela que me até en el hombro atravesando la espalda y, sintiendo a los animalitos acurrucados bajo mi pecho y cómodos, me dispuse a hacer la comida. Aquel día, prefería comer verduras asadas con el resto del puchero que sobró del día anterior. Fue bastante tranquilo, si bien además era difícil porque tenía que cocinar los ingredientes a oído porque, si los tocaba, podría quemarme. Por suerte, estos solían hacer un ruidito como de aire escapándose cuando empezaban a tostarse.

Cuando fue el turno de las zanahorias, Hippós comenzó a manotear, levantando así la tierra del suelo y lanzándomela a los pies para demandar atención. Pensé entonces en que, probablemente, tenía hambre. Pero él era una bestia grande y teníamos pocas zanahorias. Decidí que nosotras nos podíamos apañar bien con lo demás, pero él necesitaba el sabor del naranja en ese mismo instante. Me acerqué a él y, al alimentarlo, acarició las palmas de mis manos con su morro, provocándome unas ligeras cosquillas que me hicieron sonreír.

Ese contacto me llevó de nuevo a la noche anterior, pues me recordó a la suave piel de Medusa estremeciéndose bajo mi cuerpo. Llegaron a mis oídos sus gemidos, tanto los flojitos como los guturales y, aunque todavía me avergonzaba un poco lo que había pasado, y en especial la actitud que tuve durante esas horas, sonreí agachando la cabeza. A mi manera, me visualicé a mí misma sentada a horcajadas sobre ella, desnuda, imaginando cómo me miraba y qué sentía. Solo pude abrazar la bolsa de los conejitos contra mi pecho como si fuese una adolescente. Eso era lo que había oído tantos años en la *oikós* que solía pasar tras una primera vez y, si bien no lo era para mí, sí que fue la primera que la tuve con alguien con quien quería.

No habría podido evitar tener una sonrisa bobalicona en la cara ni aunque me diera de

cachetadas intentando volver a la normalidad. Me di cuenta de que eso era felicidad, una que estaba muy por encima de lo que había experimentado hasta ese momento. Todos mis momentos felices, o al menos los que recordaba con nitidez, eran con Medusa, pero parecía que a cada paso que dábamos, cada vez que avanzábamos, esa sensación crecía, se agrandaba inconmensurablemente y podía decir que me sentía más feliz que nunca, siempre debido a ella.

Sin duda, la casualidad de que hubiésemos coincidido en el momento que nos conocimos, fue el acto de serendipia más bonito que la vida me había dado. Parecía que todo el sufrimiento que había pasado a lo largo de los años, ese que propició que huyese de Salónica, tenía un significado. Además, me di cuenta de la posibilidad entre un millón que suponía encontrarme a bandidos como los que me quisieron asaltar en Tracia, pues ahora, en el mismo bosque, solo me encontré con unos viejos amigos. De no haber sido por ellos, Medusa no me habría rescatado y yo no habría vagado por aquella llanura hasta encontrarla. ¿Hasta qué punto era casualidad mi felicidad?

A veces, cuando pensaba detenidamente cómo había llegado hasta ahí, hasta ese momento, creía fervientemente que se trataba más de una causalidad, que una gran fuerza nos movía a ambas para estar ahí, que algo me susurró al oído por dónde tenía que ir mientras vagué cuatro días sola hasta llegar al volcán. Que algo la empujó a ella a salvarme aquella noche y a acogerme en su casa. Que eso nos acercaba la una a la otra y era lo que se encargaba de entrelazar nuestras vidas. Algo tan poderoso que era inevitable.

Ese día comí sola, pues esperando mientras pensaba, llegué a la conclusión de que ella no iba a llegar, al menos no en poco tiempo, y que necesitaba más espacio del que en un principio había esperado. Antes, creía que ella anhelaba que llegase ese momento conmigo donde pudiese desahogarse sin tapujos, pero, al parecer, haberlo hecho le preocupaba mucho más que aguardar por mí. Estaba asustada, lo noté antes de que se fuese, pero comprendía que ella también debía digerir todo lo que había ocurrido.

Extrañamente, yo lo acepté más rápido a pesar de todo, quizás porque me sentía segura de haber dado ese paso con ella. La primera vez que lo intentó la bestia, entré en pánico y me cerré por completo, cosa que ella misma vivió y, probablemente, se arrepentía de ello a diario. Pero aquella vez, con la misma persona, había sido muy distinto, porque el amor que ahora sí sentía por ella me hacía estar segura. Simplemente, ya no había demasiado en lo que pensar porque ya no percibía el sexo como un peligro, sino como algo que había explorado y comprendido poco a poco, en lo que había pensado mucho y que, reflexionándolo bien, hacía mucho tiempo que me moría por descubrir con ella. Era el paso natural a seguir.

Fue ya bien entrada la tarde cuando oí sus característicos pasos acercándose a mí. Como supuse, no dijo nada, simplemente se sentó a mi lado. Aunque pareciese raro, la realidad es que no necesitaba verbalizar nada, comprendía bien lo que le estaba ocurriendo y eso era suficiente. Para mi sorpresa, atrapó mis mejillas para depositarme un ligero beso en los labios. Su carga, fuese cual fuese, se sentía mucho más liviana en ese contacto y me quedé tranquila, pues su tiempo de reflexión había sido fructífero y se notaba en su carácter. Después, escuché el sonido de ramas flexibles curvándose, por lo que supe que empezó a construir la jaula.

— Hemos estado hablando, o he estado pensando, no sé bien cómo llamarlo — dijo para romper el hielo—. Tú… ¿Lo disfrutaste?

— Sí. Más que nada en el mundo. Medusa… Sé que lo que te he dicho antes te puede haber preocupado, pero quería serte sincera.

— No, no, tienes tu derecho a serlo y lo agradezco. Es que me daba un poco de miedo que no fuese lo que esperabas, o que me hubiese pasado. Te exigí demasiado y ahora soy consciente.

— Y no fue lo que esperaba. — Tomó aire, nerviosa—. Es lo bueno de no tener expectativas. Solo surgió y nos dejamos llevar. Siendo tú y yo, era todo lo que podía pedir. Y tranquila, no exigiste demasiado. Es más, fuiste muy paciente.

— Pero cuando te pedí lo de la ropa, o lo otro…

— Es cierto que sigo teniendo miedo a ambas cosas — concedí, pues ella merecía que fuese sincera—. Desnudarme en ese contexto no solía significar nada bueno y explorar esa zona me producía dolor a diario. Son malos recuerdos, pero ahora es nuestro hogar y somos nosotras, no él y su yugo. Necesito tiempo, nada más. Te prometo que te haré saber cuándo no quiero algo. De todas formas, no estuvo nada mal. — Me sonrojé.

— P-para nada. — Sonrió nerviosamente—. Me sorprendí un poco. Es decir, nunca habías hecho algo así con una mujer y aun así… hiciste que terminara. No es nada fácil, ni siquiera para mí misma. Y bueno, te veías preciosa.

— Tú también. — Le enseñé las manos—. Tenías un tacto increíble. Jamás había sentido nada igual — dije a media voz algo avergonzada—. Descubrí que el sexo se puede humedecer, eso del éxtasis y lo que quisiste decir con «usar la lengua».

— Vaya… — respondió casi sorprendida.

— ¿Por qué se humedece? Nunca me había pasado, fue la primera vez.

— No sé qué función puede tener. Lo que sí sé es que ocurre cuando una mujer se excita. Tengo entendido que a los hombres no les pasa, o al menos no como a nosotras. Y si nunca te excitaste… Comprendo el dolor que sufriste. — Durante un momento, dejó de trastear las ramas y me abrazó—. Te prometo que no volverá a ocurrirte.

— ¿Cómo te sentiste? — Hasta que no hice esa pregunta, no supe cuán necesitada de una respuesta estaba.

— Como en una nube. No sé, es como que no podía creerme que estuviera pasando, pero pasaba. Incluso esta mañana me ha costado asumirlo. Pero fue perfecto porque me enamoré hasta de tus pequeños errores de principiante — dijo acompañado de una sonrisa, por lo que supe que no hablaba negativamente de ello—. Me enterneció que no supieras cuándo parar porque sentí que querías hacerme sentir bien y querida. Y amé la seguridad con la que te entregabas, me dio mucho valor y confianza. ¿Qué tal tú?

— Rara, pero en el buen sentido. Era como que procesaba todo lo que ocurría poco a poco, pero a pasos agigantados. Me sorprendió mucho querer continuar en todo momento. Creo que lo que me animó fue que estuvieses pendiente de cómo me sentía a cada paso. Tus preguntas me daban mucha seguridad e hicieron que me sintiera incluso más a salvo contigo si cabe. No sé, sentí que tenía el control de lo que podía pasar y de lo que no y eso me hizo relajarme. Creo que

no podría haber sido con nadie más, salvo contigo.

— Me alivia mucho saber eso. — Soltó el aire que llevaba en los pulmones, por fin, tranquila—. En fin, esto ya está. Ahora hay que ir a por los conejos, empacar y volver a casa.

Cuando dijo eso, recordé que sostenía a las crías en mi regazo y le expliqué todo lo que había ocurrido durante su ausencia. Por supuesto, se extrañó mucho cuando le describí el panorama que había hallado porque no había zorros en ese bosque. Me dijo entonces que, quizás, fue causado por el único depredador que habíamos encontrado en aquellos días: el mochuelo. Sin embargo, no le encajaba, pues no se los había llevado para comer, solo los había matado. Finalmente, descartamos aquella opción porque era demasiado absurda, por lo que aquel fenómeno quedó sin explicación.

Sacó entonces a las crías de la bolsa para examinarlas con detalle y comprobar que no tuviesen lesiones. Por suerte, eran animalitos sanos que ya podían consumir hierbas y crecer, un macho y dos hembras. Quizás, debíamos esperar un poco más para ver el Pequeño Paraíso repoblado, pero con esos ejemplares solo era cuestión de tiempo. Decidimos que lo mejor era dejarlos en la jaula con la toga como abrigo hasta llegar a casa, donde podrían buscar cobijo con los otros conejos.

Medusa se levantó y, tras explicarme que había ido a por un par de cosas para el caballo, comenzó a alimentarlo con heno y a peinarle el pelaje. Para mi sorpresa, Hippós necesitaría todo eso como cuidado diario para mantenerse en forma y me divirtió saber que era casi como un humano. El caballo relinchó satisfecho por la comida y, poco después, Medusa distribuyó nuestras pertenencias en dos alforjas que irían atadas a los lados del caballo. En la grupa transportaríamos la jaula y una de las dos — probablemente ella porque veía el camino— llevaría las riendas. Desde luego, el viaje sería más cómodo.

— Bueno, pues ya podemos ir a casa. ¿Nos dejamos algo?

— No, nada.

— Genial, ¿quieres subir a Hippós? — dijo en un tono suave.

— ¿Yo? Pero si no veo.

— ¿Cuándo te ha detenido eso? Coge mi mano. — Cuando di con ella, me ayudó a subir. Ella ya estaba arriba y me acomodé entre sus brazos—. Vale, agarra aquí. Puedes tirar a la derecha o a la izquierda y el caballo girará. Recuerda no ser demasiado brusca porque le puedes hacer daño. Por ahora, todo recto. Hip, hip — dijo al caballo.

— ¡Hurra! — reí contenta, aquella sensación era maravillosa.

— Que tonta eres — respondió en el mismo tono—. Me alegra que estés contenta. — Besó mi nuca—. No podremos estar así mucho rato. Hippós es robusto, pero también se cansa. Te advierto que iremos casi siempre a pie.

— Entonces disfrutaré del momento. — Me acurruqué entre sus brazos—. Eres lo mejor que me ha pasado nunca, ¿lo sabías?

— Algo intuía — respondió socarronamente.

— Medusa… ¿Crees que tuvimos sexo o que hicimos el amor?

— Pues… Creo que tuvimos muchos sentimientos a flor de piel que no podemos ignorar. No fue un simple capricho, así que… diría que hicimos el amor.

— Eso creo yo también.

Así, tranquilas, habiéndonos descubierto de una nueva forma, con un amigo animal que prometía convertirse en un fiel compañero y un modo de reconstruir la fauna de nuestra *oikós*, emprendimos el viaje de vuelta a casa con la promesa de un futuro distinto al que visualizamos cuando fuimos al bosque. Y es que es cierto: los viajes transforman a las personas, y estos cambios no tienen por qué ser malos.

# La maestra y la costurera

Descubrí que me gustaba mucho peinar el pelaje de Hippós, ya que decidí encargarme de sus cuidados. Después de todo, estaba acostumbrada a tratar con los bueyes y Medusa no tenía tanta paciencia con el paso de los días. Era un poco más inquieta que yo, lo cual me hacía sonreír y quererla un poco más porque, cada vez que creía que la conocía, algo nuevo me sorprendía de ella. ¿Acaso llegaría a conocerla del todo alguna vez? Me gustaba pensar que no, que necesitaría una vida entera a su lado para comprobarlo.

Sin embargo, era muy paciente y dedicada con lo que respectaba a los trabajos manuales, pues una de las primeras cosas que hizo al llegar a casa fue revisar el huerto y ponerse a tallar un arado para el caballo. Me di cuenta de que adoraba su huerto y que era una de las cosas que más le importaba, por lo que, cuando podía, me acercaba a ayudarla. Ese día masculló varias cosas, molesta, pues los pájaros habían picado algunas de las verduras que, según ella, eran las mejores de la cosecha. ¿Quién era yo para contradecirle a pesar de que todo lo que salía de ahí era excelente?

Cuando se calmó y empezó a tratar las partes que sobrecrecieron en nuestra ausencia, se quedó más relajada y contenta. Entendí que ese lugar era reparador para ella y casi la única ocupación que tuvo durante todo ese tiempo sola aparte de cazar. Después, orgullosa, me enseñó lo que había tallado con el tronco de un árbol joven. Desde luego, cuando lo toqué, se parecía mucho a los arados que usaban los esclavos en el lugar de donde procedía, pero estaba incompleto.

— Esta zona es irregular — dije surcando la madera con mis dedos—. Y siendo madera joven, puede romperse a la primera que encuentres una roca pequeña. ¿Ves aquí? — Señalé mientras sentía la pieza—. No te darías cuenta a simple vista, pero tócalo.

— Una grieta — murmuró sorprendida—. ¿Cómo sabes tanto sobre esto?

— Me encargaba del mantenimiento de las herramientas en mi antigua *oikós*, era hacerlo bien o latigazos. — Ante la respuesta, se quedó fría porque no dijo nada. No le gustaba oírme hablar sobre que me pegaban, aunque era un hecho que no se podía ignorar—. Llegué a ser tan buena que incluso Cyrilla me daba algún que otro elogio. ¿Me pasas el cepillo y la escofina?

Obedeciéndome con curiosidad, me dio todo lo necesario para hacer desaparecer ese defecto. Primero le pasé el cepillo, pues debía eliminar un par de capas de madera para deshacerme de la grieta y nivelar el desajuste que presentaba la herramienta. Después, decidí usar la escofina para darle los retoques finales, lo cual siempre se me hacía difícil porque debía tocar la zona después de cada pasada. Acertar en esta parte era lo más complicado, incluso para una persona con ojos funcionales. Pronto, o al menos eso me pareció, estaba retocada y casi lista para su uso.

— ¿Tenemos cera de abeja?

— Pues si — respondió bastante orgullosa—. El comerciante que me vendió todo me dijo que me vendría bien para estas cosas. Y me costó un ojo de la cara porque, al parecer, les

cuesta mucho obtenerlo. Sirve aunque tenga años, ¿no? Es que no he tallado mucho.

— Vale, dos cosas. Sí, sirve aunque pasen los años. No, no es difícil de conseguir, teníamos a montones en aquel lugar y era muy fácil obtener más, así que te han engañado. ¿Dónde la guardas? Voy a por ella.

— Tranquila, ya voy yo.

A pesar de estar tranquila, fue evidente que le molestó descubrir que la habían timado. Lo bueno de haber vivido durante años encerrada y escuchando a la gente pasar, ya fuese dentro o fuera de la casa, era que me quedaba con sus historias. Por ello, quizás no sabía manejar dinero, y en aquel tiempo no supiese desenvolverme en el exterior, pero había aprendido algunas cosas a través de las vivencias de los demás y eso me enorgullecía. Me reafirmaba, a pesar de saberlo, que no era tan tonta e inútil como intentaron hacerme creer.

Volvió a los pocos minutos con un pequeño bote — a saber cuántas dracmas le habrían pedido por eso para que dijese que era caro— y una tela. Con dedicación, comencé a tratar la madera. Era bastante difícil conseguir que la cera quedase distribuida por todas partes por igual, y más en madera joven, pero tenía la experiencia de mi parte. Tras unos minutos de frotar la superficie por completo, ya estaba lista para ser usada, aunque le faltaba algo importante.

— ¿Dónde lo vas a enganchar? Tienes que hacer un artilugio para el caballo.

— Lo sé, pero ya estoy cansada. Mañana seguiré. ¿Crees que podrás seguir ayudándome? Tengo que hacer también el cinturón para Hippós. Si quieres, podrías usar el cuero y yo terminar la estructura.

— Me temo que va a ser imposible. Sé hacer mantenimiento del cuero cuando ya está en la herramienta, pero no sé confeccionar. Nunca me dejaron acercarme a algo con lo que se pudiese hacer ropa, mucho menos a algo más valioso que la lana. No sé coser — admití con vergüenza.

— No los conozco y me vuelve loca la idea de petrificarlos — dijo con más rencor del que yo podría reunir nunca—. ¿Quieres aprender?

— Ya sabes la respuesta. — Me acerqué a ella y la abracé por la nuca, ella rodeó mi cintura.

— ¿Sí a todo?

Para confirmarlo, me alcé de puntillas un poco y la besé sonriendo, pues una de mis cosas favoritas era que me enseñase aquellas muchas cosas que no sabía. Además, aunque para ella podía ser una tontería, para mí significaba mucho que me dejase tocar con libertad la ropa o la comida, ya que lo percibía como que confiaba profundamente en mí. Ella era muy distinta a todo lo que había conocido y la que me enseñaba que sí, que yo era válida y que tenía derecho a ser querida y respetada. Debía ser lo normal, pero para mí era lo más preciado del mundo.

En realidad, no era como si no fuese consciente de ello. Racionalmente, sabía que no necesitaba a nadie para saber que debía ser tratada como un ser humano, que lo merecía y que, maldita sea, ¡era lo normal! Sin embargo, haber pasado alrededor de cuatro meses fuera de mi antigua *oikós* me hacía pensar en todo con otra perspectiva. Saberlo era sencillo, sentirlo no.

Durante años, había sido tratada peor que una escoria y, si bien estaba sanando mis heridas emocionales y aprendiendo a tener una vida digna, cuatro meses no iban a cambiarlo todo de repente.

A veces, seguía sintiéndome mal conmigo misma, en especial cuando rompía algo —aunque Medusa nunca se enfadaba— o me hallaba teniendo tres comidas al día, algunas incluso cocinadas por mí. En ocasiones, me encontraba pensando mal sobre mí misma, diciéndome que no merecía nada de lo que ella me daba y que seguía siendo la misma ciega inútil que comía lo que le sobraba al perro. No, no era tan sencillo como salir de allí y que todo se acabase. No, no era tan sencillo como ser tratada como una humana. Y no, no era tan sencillo como ser amada por otra persona.

El amor debía comenzar por mí y luego por los demás. En otras palabras: debía creérmelo. Medusa, más que la causa de mi bienestar emocional era mi apoyo para conseguirlo. No sabía si ella era consciente de ello, pero era quien me recordaba que yo era válida en aquellos pequeños lapsos que tenía en mi cabeza diciéndome que no. En otras ocasiones, me ayudaba a ahuyentar esos pensamientos. Nunca se lo había preguntado, pero tenía la sensación de que ella sabía en qué pensaba y solía proponerme temas de conversación o actividades que hacían que me olvidase de todo.

Por aquellos detalles, comenzaba a quererla profundamente.

— Si sigues así, te vas a pinchar. El cuero es muy duro, así que tienes que prestar especial atención a tu tacto para saber por dónde va a salir la aguja. — No dije nada, pues aún estaba abstraída—. ¿Te encuentras bien, Helena?

— ¿Qué? — pronuncié cuando escuché mi nombre.

— Que si te encuentras bien. Tienes mala cara, ¿te preocupa algo?

— Solo pensaba… Es que llevo aquí un tiempo, pero algunas cosas se me siguen haciendo raras. Por ejemplo — añadí adivinando qué iba a preguntar—, aunque haga las cosas mal, no te enfadas ni me pegas, pero en mi cabeza, a veces sigo esperando el golpe.

— Ya te lo dije, solo te voy a pegar si tú me lo pides. —Hablaba con calma, como si me estuviese contando que fue a comprar pan, y no pude evitar fruncir el ceño. No estaba bromeando—. No me malinterpretes, no quiero tomarte el pelo. Lo digo en serio, no tengo derecho a ponerte una mano encima si no me lo pides. Y es normal que no hagas algo bien si no sabes. Tienes que aprender, como hacemos todos.

— Pero…

— Es más — me interrumpió—. Si te equivocas, la culpa es del que no te enseña, ergo es absurdo cabrearse con otra persona por un error propio.

Sus palabras me conmovieron. En ocasiones, me daba cuenta de que simplificaba demasiado las explicaciones de todo aquello que a mí me preocupaba o, por el contrario, era yo quien lo complicaba más de lo que debía. Visto desde su punto de vista, era lógico pensar que lo que yo había pasado era injusto y, si bien era verdad, a veces mi cabeza lo olvidaba deliberadamente. Debía comenzar a recordar cosas tan importantes como aquellas.

— ¿A ti qué te cabrea? — pregunté con curiosidad, pues nunca la había visto enfadarse de verdad.

— Las injusticias. Oh, y la gente que come con la boca abierta haciendo ruido. Me sacan de quicio y me dan ganas de darles una pedrada o algo. Es decir, no eres un maldito buey, ¡deja de rumiar!

Comencé a reírme a carcajadas cuando escuché la forma en la que escupía con odio cada palabra, como si de verdad tuviese a alguien delante haciendo ese ruido, y ella comenzó a reír conmigo. Su risa me tranquilizaba porque era musical y, desde hacía poco, porque me hacía saber que estaba feliz. Ese sonido me calentaba el pecho con mucha facilidad y, aunque fuese un poco egoísta, me gustaba especialmente cuando era yo quien la hacía reír. Viviría una vida entera procurando escucharla a diario así, y no me pareció un mal plan para comenzar desde ese mismo día.

— Vale, ya vas igualando la distancia. Ahora tienes que asegurar más la puntada. Si tocas aquí, — Llevó mis dedos a trazos anteriores—, te darás cuenta de que quedan holgados. Tal y como está, en cuanto se enganche en algún lugar se romperá. Tira bien fuerte ahora. — Lo hice hasta que sentí el hilo tenso—. Perfecto. — Sonrió—. Y dime, ¿qué te pone de los nervios a ti?

— Pues… — Pensé unos segundos mientras volvía a insertar la aguja—. La verdad es que no lo he pensado nunca. Jamás me he podido enfadar por nada.

— ¿Y eso no te molesta? — dijo con algo de expectativa.

— Más bien, me entristece. Me hace pensar que me conozco poco. Podría decir que me irrita el desorden, pero porque me tropiezo con las cosas que no están en su sitio.

— Pero es porque necesitas ese orden, no porque te de rabia no tenerlo. ¿No te cabrean tus antiguos amos?

— Me daban miedo, demasiado como para pensar en odiarlos. Eran abusivos y a la vez las únicas figuras de autoridad que he conocido en mi vida. Aunque al enseñarme a pelear me has hecho valiente y ya no creo que tengan ese poder sobre mí. Vivo sin pensar en ellos demasiado. Quizás…

— ¿Sí? — Me animó, ¿tan importante era que detestase algo?

— Ser tratada diferente a un hombre. De haber sido hombre, quizás nunca me habrían… ya sabes.

— Eso no significa nada, en realidad. Hay hombres a los que les gusta los hombres.

— No a Proteus. De todas formas, no solo por eso, sino por poder ir a la escuela, formarme en filosofía, retórica o matemáticas. Sé que soy inteligente, pero eso no importa porque soy mujer. Puede que este descontento que siento ante esa idea sea rabia.

— Probablemente — dijo con una sonrisa—. Por desgracia, no puedo enseñarte esas cosas, porque no sé nada sobre ello, pero podríamos hacernos con manuscritos — sugirió como una niña traviesa que quería robar un dulce.

Durante el resto de la tarde, planeó cómo hacerse con las lecturas para ayudarme a aprender. Por supuesto, no me hacía gracia la idea de tener que robar el conocimiento, pero creía tan improbable que aquello realmente pasase que no vi nada malo en alimentar la imaginación. Terminé el día con los dedos cansados y doloridos, con algunos pinchazos involuntarios y, sobre todo, con el cuerpo entumecido de estar varias horas sentada haciendo lo mismo. Por supuesto, aprender con Medusa nunca era fácil.

Por ello, cuando propuso que fuésemos a bañarnos, lo sentí como la mejor idea del mundo. Comenzaba a hacer frío por las noches, incluso en las entrañas de aquel volcán inactivo, y un baño caliente siempre era bienvenido. Hacía tiempo que no me guiaba por las cuevas que conducían al lago, pues la cascada que había en este me había llevado allí desde que entré en el sendero. Sin embargo, siempre iba muy cerca de mí ayudada de una antorcha. Pensé que, por mucho que ella la llevase, yo nunca la necesitaría, y que, en ocasiones, me gustaría ver el mundo tal y como lo hacía Medusa.

Debido a las bajadas de temperaturas, ya no me demoraba en hacer preparativos antes de meterme en el agua, como doblar la ropa o seleccionar los aceites que usaría, por lo que, tras dejar la toga de cualquier manera y coger el primer aceite que se me puso delante, corrí para hundir todo mi cuerpo bajo el agua. Sin duda, ese era el mejor momento del día. Poco después, escuché cómo el agua cedía ante la presencia del cuerpo de Medusa y su sensual forma de caminar. Al menos, así me lo parecía a mí por el ruido que hacía.

Se quedó unos metros lejos de mí y me sentí observada, pero no como en otras ocasiones: en vez de ser vigilada, sentía su atracción sexual tirando de mi nuca hasta llevarme a sus fauces. De repente, reparé en que era la primera vez desde que compartimos aquella noche que volvíamos a estar desnudas juntas, y el deseo que había adquirido por mí era más que evidente, en especial porque no podía verla. Ella se sentía segura de que no podía pillarla porque no tenía que avergonzarse de que nuestras miradas se encontrasen. Qué equivocada estaba… lo sabía perfectamente.

Me acerqué poco a poco a ella, como si no fuese mi intención y simplemente estuviera disfrutando del baño, jugando a cazar a la cazadora. Realmente, no sabía qué estaba haciendo, pero me parecía divertido y me sentía cómoda, por lo que era más que suficiente. Lo primero que percibí de ella fue su respiración agitada cuando, sin esperárselo, me paré frente a ella y me senté en su regazo. Estaba claramente desconcertada, pero su instinto fue abrazarme por la cintura y acercarme más a ella. Su calidez era mucho mejor que la del agua.

— ¿Qué mirabas? — ronroneé.

— Así que lo sabías… Pues miraba tu espalda, que es preciosa, y cómo se te empiezan a tonificar los músculos. Los tienes ligeramente marcados y me parece atractivo. Disculpa si te he molestado.

— Para nada. — Hablábamos muy de cerca, casi en un susurro—. ¿Y en qué pensabas?

— En que te tengo ganas, para qué negarlo si lo sabes.

— Cierto — concedí con una sonrisa.

Con inmenso amor, pero con poca delicadeza, agarró mi nuca y me llevó hacia ella para

atraparme entre sus besos. Empezaron siendo cortos, necesitados, y comenzó a calmarse cuando se dio cuenta de que no me iba a marchar y que estaba bien con lo que estaba pasando. Se tornaron lentos, llenos de sentimientos y capaces de hacer que se me parase el corazón. En esas ocasiones, me daba cuenta de que no la necesitaba para vivir, pero que sin ella nada cobraba el mismo sentido.

Mi mente se quedó en blanco cuando estuvo totalmente ocupada por Medusa, por sus besos que dejaban sin aliento, su sonrisa, su tacto sensual y su olor, tanto que incluso olvidé dónde me encontraba. Su mandíbula se empezó a llenar de escamas allá donde la acariciaba o besaba, lo cual aprendí a amar, aunque no fuese muy común. Además, ya que no podía disfrutar de sus expresiones faciales, era uno de los rasgos que me dejaba «ver» que estaba disfrutando del momento.

Profundicé por primera vez el beso y busqué su lengua con la mía. Fui consciente de que no lo hice tan bien como ella conmigo, que era torpe y poco sofisticado, pero ambas parecíamos estar bien con ello. Dejó de besarme para buscar y morder mi oreja, y descubrí que aquello hacía que todo mi cuerpo se sacudiera como si de un terremoto se tratase. Esa sensación se intensificó cuando la escuché gemir ligeramente y bajar por mi cuello. Cada vez que su aliento acariciaba mi piel, me recorría un escalofrío. En cierta manera, que me tratase así era abrumador, pues sentía su excitación y su amor en cada una de sus caricias.

Volví a buscar su boca para recuperar un poco el control de mí misma y comencé a bajar las manos recorriendo su cuerpo. Medusa era muy suave, pero, en ese momento y en especial con el agua cubriendo su piel, lo era más todavía. Suspiró sonoramente cuando llegué a la cintura, pues me di cuenta de que era muy sensible en ese lugar, y la palpé suavemente. Ella agarró mi cadera y me acercó más a sí, acortando la poca distancia que quedaba y evidenciando más todavía la diferencia de altura que teníamos en esa posición. Escondió la cara en mi pecho y me besó tiernamente allá donde se encontraba el corazón.

— Te pertenece, ¿lo sabías? — susurré mientras le agarraba del pelo. Me sentí un poco avergonzada al decirlo, pero sabía que hacerlo era lo correcto.

— Me gusta pensar que sí, pero primero eres tuya — respondió con la voz temblorosa, probablemente porque no esperó escuchar lo que le dije.

La abracé porque me conmovió su respuesta, y por unos fugaces instantes pensé en cómo nunca me había visto de su propiedad y que me quería así, libre. Y es que tenía suerte de haber dado con ella en este mundo lleno de monstruos de verdad. La besé una vez más intentando demostrarle todo lo que sentía por ella porque, si me pedía que lo dijese con palabras, nunca podría habérselo explicado. Quizás, no existían palabras en el mundo, daba igual en qué idioma, para describirle lo que solo le podía transmitir con un beso.

Y, en ese momento, incluso un beso me resultaba poco en comparación con todo lo que bullía de mi pecho. Por eso, me pareció casi imperante seguir haciéndole el amor y bajé las manos a sus caderas. Me apreté más contra su cuerpo si es que aquello era posible y ella, separando ligeramente sus piernas, me llamaba en silencio. Decidí no hacerla esperar y, una vez más, acariciar esa zona suave y cálida. Clavó sus uñas en mis hombros, las cuales se habían transformado en garras debido a su excitación, pero, quizás aún consciente, no me hizo daño. Por

el contrario, el arañazo fue tan ligero que incluso me pareció excitante.

Empecé lento para deleitarla tanto como me fuese posible y Medusa, necesitando más, buscó mi boca y cogió mi labio inferior con sus colmillos. En cierta manera, las dos nos teníamos atrapadas mutuamente. No tardó en pedirme más moviendo las caderas, pero quise mantener un contacto ligero y lento. No teníamos prisa. Solo estábamos ella y yo, y eso era suficiente motivo para disfrutar de aquello tanto como nos fuese posible. Pero me sorprendió cuando, movida por la desesperación, agarró mi trasero y escondió su cabeza en mi pecho, jadeando. Comprendí que solo estaba buscando una válvula de escape a toda la tensión que estaba acumulando al no darle lo que quería.

— Te enciendes demasiado rápido, cariño — Enfaticé esa última palabra. Ella me respondió con un gemido avergonzado—. ¿Lo estoy haciendo bien?

— G-genial — apretó las uñas sobre mi piel—. No te preocupes. T-todo lo que hagas m-me va a… gustar.

No supe lo mucho que necesitaba sus palabras hasta que las dijo y me quitó un gran peso de encima. Al fin y al cabo, con los días pensé que, quizás, la había decepcionado aquella primera vez o que, en comparación con experiencias previas, no había estado a la altura. Tener práctica a medias era mucho peor que no tenerla, porque era justo en ese momento, con ella, cuando estaba aprendiendo a amar. Le concedí el acariciarla con más fuerza, puesto que lo necesitaba, pero, poco a poco, se me instaló un pensamiento, una curiosidad de la que, cuando me di cuenta, ya no podía huir.

— ¿Puedes salir del agua y sentarte aquí? — Señalé el escalón superior del lago que usábamos para volver a la zona seca.

— Claro — dijo extrañada—. Es curioso que lo preguntes.

— ¿Por qué? — Escuché las gotas cayendo desde su cuerpo hasta la gran masa de agua.

— Porque nunca me han preguntado, me lo han exigido o se ha dado por hecho. Eres la primera que lo hace. Me gusta — sonrió—. ¿Necesitas algo más? Estoy aquí. — Agarró mi mano cuando la busqué.

— No, así estoy bien. ¿Podrías…?

— No hace falta que preguntes todo — dijo con una sonrisa—. Haz lo que quieras conmigo, te doy permiso.

Oyendo eso, decidí que quería estar cerca de ella, lo más que pudiese, y hacer que disfrutase a mi lado. Separé sus piernas, aún con el agua cubriendo mi cuerpo desde el bajo vientre, y me pegué a su cuerpo para besar su cuello. Podía sentir cómo nuestros sexos se rozaban ligeramente debido a la postura que habíamos adquirido, lo cual comenzó a agitar más todavía mi cuerpo — que hasta entonces había controlado— y no pude evitar buscarla con más necesidad. Imité lo que recordaba de aquella vez hacía ya unos días, y comencé a bajar mis besos con lentitud por todo su cuerpo.

Me agaché para quedar a la altura de su sexo y una sensación de nervios dio un vuelco a mi estómago. Quizás, aquello iba a ser más difícil de lo que había pensado a priori, pero mi

curiosidad era mayor que mi incertidumbre. Cuando me acerqué, ella me acogió entre sus piernas con ternura, como si me diera la bienvenida a mi hogar y, tal y como ella hizo, recorrí toda su zona con la lengua. Aprendí, curiosamente, que había zonas que le excitaban más que otras, por lo que decidí que estaría bien recrearme en aquellas que eran sus favoritas.

No había esperado, por ejemplo, que aquel lugar tuviera un sabor particular a la vez que dulce y es que, aunque mi experiencia con los alimentos seguía siendo pequeña, no se parecía a nada que hubiera probado antes. Era extraño, pero atractivo. Sus pliegues, por otro lado, eran muy diferentes a como los sentí con los dedos. Ahora eran más suaves y resbaladizos. Sentí la sangre subir para instalarse en mis mejillas cuando ella, con ternura, llevó las manos a mi pelo y se dejó llevar entre gemidos por lo que estaba ocurriendo. Fui la persona más feliz del mundo cuando sentí que aquello estaba bien, que ella lo estaba.

Era muy sutil, casi imperceptible, pero tanto su sabor como la forma que tenía de agarrarme el pelo cambiaba conforme crecía su excitación, y es que no había recordado que el éxtasis era una parte de lo que estábamos haciendo. ¿Sería eso lo que, lentamente, estaba pasando? ¿O era más bien como el rumor de la lluvia que luego traía una tormenta? Al final, descubrí que era siempre la tormenta y que los truenos estallaban igual que Medusa en ese instante. Perdió el control por completo cuando me agarró fuertemente y hundió mis labios en su sexo, empapando así mi barbilla. Jadeaba alto, exhausta, y por algún motivo eso me hizo sonreír conmovida.

Sin embargo, no paró, como creí que iba a ocurrir, sino que, sin darse un respiro, me atrajo de nuevo a sí, lamió mi mentón y me besó apasionadamente, reavivando una vez más lo que yo sentía en ese instante. Ahí estaba de nuevo la serpiente atrapándome, pero es que quería que fuese así. Hundió sus piernas de nuevo en el agua, quedando así a mi altura, y no paró de besarme. Después, tiró ligeramente de mi pelo para dejar al descubierto mi garganta. La besó con delicadeza y devoción por unos momentos, pero no tardó en morderla con necesidad. Ahora la que me arrancaba los suspiros era ella y es que parecía que habíamos nacido para estar así las dos, como una.

En un rápido movimiento, se situó en mi espalda y me abrazó por completo, pudiendo llegar así a cualquier parte de mi cuerpo que se le antojase, enroscándose en su presa. En un principio, no me sentí muy cómoda, pero decidí mantener esa situación para superar obstáculos y descubrir cosas nuevas sobre mí y sobre nosotras. Apartó mi pelo para seguir besando mi piel y llevó ambas manos a mis pechos para masajearlos. Esa era mi zona sensible, al igual que la suya la cintura, y no pude evitar que aquello empezase a gustarme tanto. Sin embargo, no conseguía llegar al estado de relajación que tuve la vez anterior y, en alguna parte de mi cerebro, eso me preocupaba.

Mientras que con una mano siguió estimulando un seno, bajó y recorrió mi cuerpo con la otra, tímida pero amorosamente. En cierta forma, eso me calmaba y conseguí dejarme llevar un poco. Pero aquello no duró mucho, no cuando me inclinó un poco hacia adelante y separó mis piernas. Me recordó algo que quería olvidar, que quería superar, pero me di cuenta de que, al menos por el momento, era más grande que lo que podía abarcar sentimentalmente.

— No puedo. — Ante esa negativa, cesó inmediatamente. Recordando sus palabras, demostró que me quería y me respetaba.

— ¿Qué ocurre? — Dejó que me diera la vuelta y me abrazó—. ¿He hecho algo malo?

— No eres tú, Medusa, no has hecho nada mal. Es… Me da pánico esa forma de hacerlo. Era la que él usaba para… — Hice una pausa muy larga porque necesitaba elegir las palabras correctas —. No quiero. — Concluí a media voz.

— Lo siento mucho. — Me estrechó entre sus brazos.

— No lo sabías, tranquila. De todas formas… No tienes por qué parar, solo que así no va a ser. Por ahora.

Con toda la ternura que pudo reunir, acunó mis mejillas entre sus manos y depositó un nuevo beso en mis labios. Era como si hubiésemos empezado desde el principio, pero con mucha más complicidad que instantes antes. Me sentí feliz de saber que me escuchaba y me respetaba, lo cual hacía que me sintiese más segura todavía de seguir explorando el sexo con ella y deshacerme de mis miedos. Sin embargo y a pesar de ese lapso, mi cuerpo demandaba mucho más, por lo que le di a entender que la necesitaba con urgencia.

Ella, sonriendo mientras me besaba con avidez y maestría, llevó una de sus manos entre mis piernas, donde la electricidad se había acumulado tanto que no se dispersó ni con su tacto. Por el contrario, esta aumentaba y aumentaba en mi centro, como si fuese a explotar. Jadeé sorprendida en sus labios cuando la sentí explorando mi entrada. Era la primera vez que sentía algo así, porque sin palabras me estaba pidiendo permiso, y a su vez descubrí que aquella zona era sensible. Sin embargo, no se atrevía a explorar más allá y eso me hizo sentir muy amada y cuidada. Era lógico pensar que, si no quería una postura, tampoco quería aquello, pero sentía que tenía el control de la situación porque la tenía delante y porque me había demostrado que pararía si se lo dijese.

Abrí un poco más mis piernas para darle la comodidad necesaria y, asintiendo ligeramente, tomé la decisión de explorar ese nuevo horizonte juntas. En comparación con lo que conocía, su dedo se sintió fino y suave, y no había rastro de dolor. Ella tenía razón, no dolía si se deseaba ahí. Medusa estaba tensa y me di cuenta de que estaba teniendo extremo cuidado.

— Tranquila, está bien — dije sonriendo—. Estoy bien.

— Te quiero. — Juntó su frente con la mía—. ¿Así está bien?

— N-no… lo sé. Esto e-es… raro.

— Vale. Pues yo siento que necesitas otra cosa — susurró en mi oído, yo me estremecí —. ¿Puedo hacerlo como creo que debo? — Asentí.

Entonces, sentí cómo ese dedo profundizó más en mi interior y se movió, aparentemente buscando algo. Iba lento, tanteándome, hasta que consiguió que, por instinto, moviese las caderas para buscarla. Sentí mi cuerpo temblar y perder fuerzas con cada una de sus ligeras embestidas, pues estaba tocando una zona que, para mí, fue desconocida hasta ese momento. Me hallé de nuevo húmeda, lo cual hacía que aquello me gustase más todavía y, cuando ella creyó que estaba lista, aumentó el grosor de su penetración con un segundo dedo.

Ante ese contacto, se me cortó la respiración pensando en el dolor inminente, pero, nuevamente, no llegó, y comprendí que aquello no era una cuestión de tamaño, sino de deseo. La

deseaba a ella con cada fibra de mi ser y por eso mi cuerpo le daba paso hacia el interior. Sentí cómo este, en un afán por abrazarla, estrechó los músculos de mi sexo alrededor de sus dedos, volviendo así el contacto un poco más cercano, si es que aquello era posible. Ella, adivinando el ritmo que debía llevar, aumentó las embestidas y la profundidad de estas conforme yo sentía que lo necesitaba. Momentos después, yo también alcancé el éxtasis.

Sin embargo, no tardó en caerme como un peso muy grande todo lo que había pasado, la forma en la que me había dejado llevar y lo mucho que la amaba, y lloré. Quizás de alegría, quizás de agobio, pero agarré su cuello para poder mantenerme en pie, enterré mi cara en su pelo y, animada por su abrazo, mi corazón se resquebrajó entre sus manos. Medusa, paciente, me sostuvo todo el tiempo que necesité sin hacer una sola pregunta, sin respirar demasiado fuerte por si algo más se rompía en el proceso y, aguantando el llanto que sabía que retenía en su garganta, permaneció así conmigo. Ahora, mis sentimientos eran también los de ella.

Fue, por otro lado, un llanto muy reparador, pues me sentía muy bien cuando dejé que las lágrimas se las llevara el lago, como si además de mi cuerpo hubiese lavado mi angustia y, una vez más, quedamos ella y yo. Y nuestro amor.

# Sangre y cenizas

La dejé un tiempo indefinido sosteniendo mi delicado estado de ánimo y ella, siempre perfecta para mí, respondió como necesitaba. No dijo en ningún momento ni una sola palabra, solo hizo algo tan simple y complicado como quedarse conmigo. Estar. Y supe que Medusa tenía que ser un regalo de los dioses. Lloraba porque, quizás, todo el sufrimiento que había experimentado a lo largo de los años me hizo llegar hasta donde me encontraba. A ella. A sus brazos.

Ese pensamiento fue el que me dio paz y calmó mi llanto, porque estaba a mi lado y ese era el mejor obsequio que jamás se me había dado. Fui yo quien deshizo el abrazo porque ella, temerosa de que no fuese suficiente, no me soltó hasta que leyó mis intenciones. Sollocé un poco, sin embargo, y su primera reacción fue secar mis lágrimas con sus pulgares. De nuevo, ese tacto que tanto amaba me estaba cuidando y eso me arrancó una tímida sonrisa.

— Te quiero — me dijo casi en un susurro, aún cerca de mí y recogiendo mi cabello tras mi oreja.

Respondí con una sonrisa un poco más descarada, pero infinitamente más feliz. Era su tono de voz. Siempre había detectado las intenciones de la gente por cómo hablaba: decepción, mentira… pero, sobre todo, peligro. Lo de ella era algo que nunca había escuchado salir de un ser humano, un amor puro e incondicional que tomaba la forma de un sonido. Curiosamente, no solo escuchaba esa particularidad cuando me decía que me quería, sino cuando llamaba mi atención para poder ubicarla o cosas tan simples como avisarme de que la cena estaba lista.

Además, podía notarlo en su forma de acariciarme y de cogerme de la mano. Era gentil y paciente, lo cual no era común, ni siquiera para las pocas personas que me habían tratado con amabilidad. Quizás, solo quizás, era porque Medusa no era del todo humana, pero tenía algo —no sabría cómo llamarlo— que era de ella y solo de ella. Empezaba a pensar que la palabra amor podía no ser suficiente y que había algo más implicado, algo más allá de lo que la mayor parte de las personas podían sentir.

Por otro lado, comenzaba a sospechar que esos detalles solo los podía percibir porque no me engañaban los ojos. Si prestaba especial atención a su tacto y su voz era porque no podía manchar mi percepción con algo tan engañoso como la vista ordinaria. Mi visión, la que iba más allá de lo tangible, hizo que me enamorase de su personalidad, de sus ideales y de su inteligencia, y ni en un millón de años cambiaría eso por contemplar su rostro como los demás mortales.

Si había llegado a conocerla, si era capaz de apreciar todos sus gestos, si éramos compatibles hasta el punto de sentirla siempre conmigo, se debía a que las dos éramos perfectas con nuestros defectos. Por primera vez, no maldije ser ciega ni añoré ser como las demás, porque estaba donde debía estar con quien debía estar. Por fin, había encontrado mi sitio en el mundo al lado de Medusa. Era muy liberador.

Sin embargo, no me atrevía a decir una palabra mientras el fuego crepitaba y se encargaba de calentarme mientras escribía. A pesar de tan valientes reflexiones, no dejaba de ser una chiquilla de dieciocho años que no sabía reaccionar ante las experiencias nuevas. Había madurado forzadamente por muchas cosas, pero al final era inexperta en el amor. Sabía que

podía hablar con ella de lo que quisiese, aunque admitir y abordar mi propia fragilidad era algo que aún se escapaba de mí. Pero debía ser honesta conmigo misma: no podría dormir esa noche sin haber hablado de ello antes, a pesar de que me invadía un insoportable sopor al calor del fuego.

— ¿Qué escribes? — preguntó con la esperanza de romper el hielo.

— No dejo de pensar en esto: «*ΤΟ Μ' Ἦ ΝΆΝ ΧΑΡΔΊΑΝ ΕΝ ΣΤΕΘΕΣΙΝ Ἴ ΠΤΟΑΙΣΕΝ*». — Le enseñé la tablilla con esa frase repetida una y otra vez—. Cada vez entiendo más por qué se estremece el corazón.

— Safo… — añadió quedamente.

— No… tú. — Debía decirlo, era ahora o nunca—. Es decir, la frase es de Safo, pero la entiendo por ti. Hace un rato, creía que se me había roto. — Llevé la mano a mi pecho—. Pero no, solo ha actuado con violencia, amenazando con hacerse añicos, porque tú lo has mantenido donde debía estar. Se estremece cada vez que estás cerca y siempre lo sostienes.

— Deberías escribirlo — dijo tras un rato sin saber cómo responder, desviando la conversación—. Podrías ser una buena poetisa.

— Creo que te… te quiero más de lo que puedo expresar… — Volví al punto de partida. No podía dejar que muriese lo que tenía en los labios—. Y creo que a ti te pasa lo mismo.

— *Puede ssssser* — respondió la bestia en un momento de debilidad que duró poco—. Hay cuatro tipos de amor, ¿sabes? Quizás, eso puede explicarlo. Uno de ellos es Eros.

— ¿Cómo el dios? — ¿Acaso quería tomarme el pelo?

— Sí, como el dios. Es quien le da nombre. Eros es el amor pasional, impulsivo y sexual. Digamos que es el que te hace fijarte en alguien y que te atraiga para hacer el amor. Aunque, en ocasiones, puede ser sexo y ya está, no tiene por qué haber sentimientos de por medio. Y tampoco es exclusivo de dos personas, así que podrías tener más de una pareja.

— Entiendo… — En mi antigua *oikós*, ese amor estaba a la orden del día—. Algo como eso sí que siento por ti, aunque no quiero a otra persona. — De repente, escuché un característico ulular que me ponía nerviosa—. No puedo creer que el maldito mochuelo nos haya seguido.

— Se irá, no tiene mucho que cazar por aquí. Al fin y al cabo, le quitamos sus conejos — dijo con una sonrisa, divirtiéndose, quizás, porque algo no me gustase—. *A mí tampoco me gusssssstan* — añadió la parte de ella que detestaba las aves.

— ¿Cuál es el segundo?

— *Ssssstorgé. Esssss el amor de familia. Ssssse hace grande con el tiempo y esssss protector y comprometido*. Quizás, tú y yo podríamos considerarnos una familia en ese sentido — añadió tímidamente.

— Tú… ¿quieres ser mí familia? Nunca he tenido una.

— Claro que quiero. Somos un poco particulares, pero ¿qué familia no lo es? En fin… — dijo tras carraspear—. El siguiente sería Philia. Como bien indica el nombre, es el amor por la

amistad, y es totalmente contraria a Eros. Y el último…

— ¿Has oído eso? — interrumpí a pesar de mi curiosidad.

— ¿Otra vez te habla el mochuelo?

— No, son… pasos. Se asemejan a un murmullo, pero hacen eco ahí fuera. Parece que hay varias personas. Y suena a…

— Metal. — Su tono era serio, frío—. *Ve a esssssconderte, esto va a ser dessssagradable y no quiero que estés aquí para pressssenciarlo*. — Cuando fui a replicar, me tapó la boca—. *No esssss discutible.* Ya han llegado.

— ¿Quiénes han llegado, Medusa?

— Los que quieren mi cabeza.

Sin decir una palabra más, me obligó a levantarme y me empujó con fuerza para alejarme de sí. Aún quieta, esperando que aquello fuese una mala broma y que solo fuesen campesinos perdidos, escuché cómo Medusa se transformaba por completo en monstruo. Su cuerpo rozaba el suelo con su vientre como la vez que perdió el control, lo cual me dio una pista de que aumentó su envergadura, y tanto ella como los reptiles de su pelo silbaban amenazando a cualquiera que entrase. Acto seguido, se hizo un silencio absoluto y supe que eso no era ahora mismo nuestro hogar, sino la guarida de una serpiente.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo avisándome de algo. Era una sensación, un mal presentimiento que me decía que no debía hacerle caso, que no debía esconderme. Sin embargo, supe que no podía acudir en su ayuda desarmada porque esos hombres tenían intenciones hostiles. No, ella me había entrenado para defenderme y no pensaba dejarla sola cuando más me necesitaba.

Y corrí, sí, pero no para esconderme, sino en busca de mi armadura y mis armas. Me di prisa, haciendo alarde de lo bien que conocía nuestro hogar, y no tardé en llegar a la cueva donde Medusa solía guardar ese atuendo como una reliquia. Fue entonces cuando oí el primer grito que, para mi alivio, fue masculino. Me alegré porque no era de ella, pero eso no debía distraerme de mi tarea. Me puse la túnica a toda prisa, al igual que las sandalias. En ese momento, un segundo grito, casi como un murmullo petrificado, recorrió las cuevas hasta llegar a mí. Sí, había más de una persona y, si Medusa no me llamaba, quería decir que aquello no había acabado.

Ajustándose perfectamente a mi figura, accioné el complejo mecanismo de la coraza que, en segundos, estaba asegurada en mi torso. Antes del tercer grito, las grebas ya pesaban en mis piernas, pero esa vez, era su voz la que llegaba a mí. La que gritaba era Medusa. Sin pensarlo dos veces, agarré la *xiphos* y el *aspid* a toda prisa y corrí hacia ella. Notaba las lágrimas amenazando con brotar de mis ojos, pero no tenía tiempo para ello. Debía acudir rápido.

Con una sensación familiar que recorría una vez más mi cuerpo, corrí tan rápido como pude hacia la entrada del volcán. El calor se volvía sofocante en esa zona, pero Medusa y yo entrenábamos ahí. Estábamos en ventaja. Solo hubo una cosa que no pude prever y era el silencio. Absoluto, pesado y desconcertante. Esos soldados sabían a quién habían ido a atacar y no temía por mí, sino por no poder ayudarla. Medusa se dio cuenta de que estaba allí y, a riesgo

de delatar su posición, hizo ruido y se situó junto a mí.

— *Te he dicho que te escondiesesssss*.

— ¿Te esconderías si fuese yo la que está aquí? — dije flexionando las rodillas y levantando el *aspis*, dándole a entender que iba a luchar con ella.

— *No… Pero ten cuidado, hasssss olvidado el casco y hay un sssssoldado que*…

— ¡Hay una niña! — gritó un hombre—. Bestia desalmada, suéltala.

Más rápido de lo que podía percibir, Medusa se movió por el terreno para encontrarse con ese hombre, que tuvo su desenlace fatal desplomándose en el suelo hecho piedra. Era la segunda vez que Medusa mataba consciente y con intención de hacerlo, la segunda vez que lo hacía por mí. Sin embargo, la distracción de esa persona no le hizo percibir que, cerca, otro soldado hacía ruido con sus pisadas e iba hacia ella.

En un estado normal, todo aquello hubiese sido muy confuso para mí por la mezcla de ruidos y la distancia, pero en ese momento era tan claro en mi mente que mis extremidades solo se movieron guiadas por el calor que recorría todo mi cuerpo desde lo más profundo de mi ser e, instantes después, mi escudo se interponía entre el soldado y la mujer a la que amaba. Fue un choque violento y ensordecedor, pero a ella le dio tiempo a golpearle, alejarle de mí y enroscarse en mi cuerpo de forma protectora. Poniéndome en posición de ataque, di a entender a los que quedaban que debían temernos a ambas.

— ¡La niña está con ella! — exclamó el soldado mientras huía—. ¡A por las dos!

«Solo a por Medusa.», oí decir al mochuelo. Pero necesitaba centrarme, pues no era momento de fantasear con que un pájaro me hablaba. Nos mantuvimos quietas, esperando. A pesar de que era una posición de desventaja para ella, se mantuvo a mi lado, probablemente completando su falta de fuerza individual con mi falta de vista. Una vez más, complementábamos aquello de lo que carecíamos.

— *El que ha gritado esssss el que te he dicho. Sssssu escudo es un espejo. Sssssabe dónde estoy sin mirarme directamente a los ojosssss*. Y es fuerte, tanto como tú.

— Será magnífico, pero somos dos contra uno.

— *Contra tresssss, cariño* — dijo en tono preocupado.

— Encárgate de los otros dos, yo le quitaré el espejo a ese.

En un silencioso acuerdo, a pesar de no estar del todo convencida, tocó mi hombro en señal de apoyo y volvió a esconderse con rapidez. A mí, en cierta manera, me convenía llamar la atención de ese soldado, por lo que me mantuve donde sabía que me podía ver, en guardia. Mis sentidos funcionaban a pleno rendimiento, probablemente motivados por el momento y la sangre que bullía en mi interior. La sentía alcanzar cada recoveco de mi ser. Por ello, él intentaba ser silencioso, tanto que no lo habría oído en un estado normal, pero ahora me resultaba claro adivinar dónde estaba.

Me giré hacia su posición y pude intuir que estaba sorprendido por su forma de respirar, algo incrédula. No, no debía subestimarme, ni por ser mujer, ni por ser ciega. Además, tenía un

objetivo mucho más poderoso que el que lo había llevado a nuestro hogar: salvar a Medusa. Por ello, pude encajar bien el primer mandoble que intentó asestar. Con un movimiento de *aspis* rápido, la sala se volvió a llenar de un ruido sordo y de algo más sutil: un pie que trastabillaba, y no era el mío. Después, mi *xiphos* sesgó el aire a nuestro alrededor, así como su carne. Sin embargo, no sentí un golpe, sino un roce en la punta de la espada. Su leve quejido me dio a entender que fue un corte poco profundo.

— ¡Perseo! — gritó un compañero—. ¿Te encuentras bien?

— Sí. Esta niña sabe lo que hace.

— Mi nombre es Helena. Y si le pones una mano encima a Medusa, mi rostro será lo último que veas.

Una flecha, al parecer la del otro soldado que quedaba en pie, silbó en mi dirección. Me cubrí como pude y nunca llegó a tocarme, pero centrarme en ello me distrajo del tal Perseo. Asestó una patada en el metal mucho más fuerte de lo que había sido nuestro primer contacto y caí al suelo. Giré sobre mí misma rápido, tragando ceniza de volcán en el proceso, tosiendo y con los pulmones ardiendo, pero eso era mucho mejor que dejar que su espada arremetiese contra mí. Por suerte, a tan solo un palmo de donde me encontraba, chocó con el suelo.

No, él no era tan fuerte como yo, lo era más porque estaba mejor instruido. Era mucho más que un soldado ordinario y, además, era inteligente, porque volvió a esconderse. Poco después, entendí por qué. La cueva se llenó de los gritos del soldado que me había lanzado la flecha y del amenazante siseo de Medusa. Su voz angustiada, así como el crujido lento y doloroso de sus huesos, me dieron a entender que no lo estaba mirando. Le constreñía. Le hacía sufrir. Y lo hizo hasta que se calló y se desplomó sobre el suelo.

Ella, rápida y sigilosa, volvió a mi lado, respirando fuerte. Estaba agotada y comprendí que usar su poder, además de transformarse, la desgastaba paulatinamente. Y eso me preocupaba. En un solo intercambio, pude sentir la hostilidad y la fuerza con la que aquel hombre — si es que lo era — había irrumpido en nuestro hogar y su cansancio disminuía considerablemente nuestra probabilidad de éxito. Por primera vez, sentí miedo. Era una pelea real, no de entrenamiento, y teníamos ante nosotras a un rival formidable.

— *Sssssolo queda él, Helena. Podemosssss con esto*.

— Gracias — dije sabiendo que intentaba reconfortarme.

Sin embargo, no sentía en su voz un ápice de triunfo o tranquilidad. Por el contrario, estaba inquieta. ¿Por qué? Éramos dos contra uno, ella ya se había deshecho de sus camaradas y, aun así, esa pelea no se sentía como una victoria inminente. No cuando ese hombre sabía explotar nuestras debilidades. Prevaleceríamos, pero no iba a ser una lucha sencilla.

Sin decirnos nada, marchamos con cautela en direcciones opuestas, midiendo cada paso que dábamos con precisión. Por fin, comprendía esas largas tardes cargando con todos los útiles de guerra y recorriendo el terreno palmo a palmo. Por algún motivo, ella sabía que me iba a ser útil en cualquier momento en ese preciso lugar. Era como si me hubiera estado preparando para la llegada de estos soldados — u otros cualquiera—, no para cuando perdiera el control de sí misma.

A mi derecha, un leve movimiento de una piedra chocando con el suelo hizo que me diera la vuelta de inmediato, con el escudo alto y la espada a la altura de mi cintura, como Medusa me había enseñado. Un error pequeño, pero muy costoso, pues no había nadie allí. Por el contrario, Perseo, en un ágil movimiento a mi espalda, agarró mi brazo, se deshizo de mi protección y me lanzó, una vez más, al polvoriento suelo. Pero no me levanté esa vez, ya que su destreza había hecho que, al caer, todo el aire saliera de mis pulmones. Él no llegó a atacar. Cuando tomé mi primera bocanada de aire en segundos, Medusa ya estaba allí, cubriéndome.

— ¡Mírame, cobarde! Sabes que tienes ventaja sobre ella y, aun así, recurres a trucos sucios. — Con delicadeza, me ayudó a levantarme, pero no pude recuperar el *aspis*.

— ¿Ventaja? — dijo con sorna, el eco reverberaba en toda la sala y no era capaz de saber dónde estaba—. Sé quién es ella y tú la proteges. Me valdré de trucos y de lo que haga falta.

— Yo también sé quién eres, Perseo, hijo de Zeus. No te tengo miedo.

¿Hijo de Zeus? De repente, su forma de actuar, su fuerza formidable y la facilidad que tenía para esconderse, cobraron un sentido para mí. Perseo, aquel soldado que estaba en algún lugar de esa cueva, era un semidios y, probablemente, estaba amparado por los dioses para matar a Medusa. Por primera vez, sentí terror. Él no era un soldado cualquiera y yo no me había instruido tan bien en la lucha. Pero no podía flaquear, no si nuestra vida dependía de ello.

No me quedaba más remedio que agudizar el ingenio para arrebatarle el escudo. Además, comenzaba a sospechar que no era el único don que tenía, pues no se movía como un humano por muy semidios que fuese. Sus pies eran muy ligeros. Así, medio desarmada y en clara desventaja con Medusa a mi lado, le infundí coraje poniéndome en guardia. Estábamos al descubierto, pero era la única manera de hacer que saliese a nuestro encuentro.

Pronto, llegó a mis oídos un aleteo rápido y apresurado yendo hacia nosotras y, avisada por mi instinto y el calor que recorría mi cuerpo, giré alrededor de Medusa para situarme en su espalda. Su hierro chocó con el mío, sorprendido de que pudiese encajar el golpe, y lo empujé con todas mis fuerzas. Su cuerpo se deslizó por el suelo y frenó solo cuando escuché su espada clavarse con furia en la tierra.

— *Cuidado, Helena. Sus sssssandalias son aladasssss*.

— Veo que a ti también te han bendecido los dioses con dones. Si esa fuese una espada corriente, estarías muerta.

— Tienes demasiada ayuda para creerte tan superior, Perseíto — dije intentando provocarlo para que cometiese errores.

— *¿Qué hacesssss?* — susurró.

— Ubicarlo — respondí en el mismo tono con media sonrisa—. Muy hombre, pero sin papá no eres nada.

— Soy mucho más que mi padre. — Sonreí de nuevo, solo había un sitio en el que el eco no era tan pronunciado. Perseo estaba a unos veinticinco pasos a mi izquierda.

— ¿Más que un dios? Además de creído, eres algo pretencioso. — Con disimulo, como

si estuviese desorientada, comencé a moverme hacia él.

— He ofrecido la cabeza de ese monstruo para regalarla, cuando me hubiese valido con unos caballos. Ni siquiera mi padre se ha atrevido a venir a por ella.

Confirmé con su gusto por hablar el sitio exacto en el que se encontraba. Con agilidad, haciendo alarde de lo bien que me conocía el lugar, corrí y me impulsé en un salto para caer sobre él con todo mi peso. Cargué la espada con furia y, como supuse, se protegió con el escudo que usaba como espejo. Al parecer, había subestimado mi fuerza o quizás creía que era irrompible, pero mi *xiphos* lo atravesó. Con la espada encajada, tiré con todas mis fuerzas hasta que le arranqué su defensa de entre las manos y lo tiré al abismo, de donde no saldría jamás.

Él, enfurecido por haber sido superado en inteligencia, gritó y me apartó de sí con todas sus fuerzas. Asestó un golpe que fue más certero que los dos anteriores ya que el metal rasgó carne, pero no la mía, sino la de Medusa. Ella, viendo las intenciones de Perseo, se interpuso en el camino de su espada, se enroscó a mí alrededor silbando amenazadoramente y recibió el golpe por mí, pero no se quejó. Sin embargo, el olor de la sangre no era nuevo para mí y, cuando cayeron unas gotas sobre mi brazo, supe que no era un corte pequeño.

De repente, una flecha volvió a silbar atravesando el aire y el silencio, pero no desde el suelo, donde nos encontrábamos los tres. Esta provenía de más arriba, donde Medusa me dijo más de una vez que había otros pasadizos naturales a los que solo se podía acceder escalando. Ella, con rapidez y esquivando los proyectiles — lo cual supe que hacía por sus movimientos bruscos— me cogió entre sus brazos y me llevó a un lugar seguro.

— Voy a ir a por ese cabrón. — Me sorprendí, ella nunca hablaba mal, pero me di cuenta de que era por su propio miedo—. Creo que he visto algo brillar ahí arriba, una flecha quizás, pero no lo he visto a él. Ten cuidado.

Antes de irse, me besó en los labios efímeramente, dejando claro todo lo que quería decirme. Por algún extraño motivo, me supo a despedida, y un escalofrío comenzó a recorrer todo mi cuerpo. Quizás, era el frío que se quedó cuando reptó hacia el enemigo o, quizás, eran mis sentidos avisándome de que algo no andaba bien. Que ella, con su aguda vista, no hubiese reparado en ese soldado antes era extraño, pero que hubiese esperado a ese preciso momento para hacerse conocer, era desconcertante. Si estaba huyendo, ¿por qué decidió avisarnos de su presencia?

Entonces, todo me encajó. Querían que yo me quedase fuera, que fuesen dos contra Medusa, que uno la distrajese y el otro… No, eso no iba a pasar. Se iba a cabrear mucho conmigo, pero no le iba a hacer caso. Corrí de nuevo hacia el lugar de batalla, con los sentidos bulléndome en el interior, furiosa y, por primera vez, dispuesta a matar. Ya no me importaba en qué hades caería si asesinaba a alguien. Me daba igual.

Por instinto, corrí al lugar exacto en el que Perseo se escondía y alcé mi *xiphos* contra él. Esta vez, no estaba sorprendido, sino que me enfrentaba de cara al no estar Medusa cerca. Quizás, eso era lo mejor para ella. Flexioné las piernas para darle a entender que yo era su oponente y él aceptó. Mi cuerpo funcionaba a pleno rendimiento, pues nuestras espadas chocaban y lanzaban chispas que quemaban mi piel. Solo por coraje, por necesidad, por desesperación y por amor, estaba igualando la fuerza de un semidios.

Perseo jadeaba de vez en cuando por el esfuerzo, divertido y casi completamente seguro de su victoria. Pero él no parecía entenderlo: mi necesidad era más fuerte que su capricho. Poco a poco, iba descubriendo su estilo de combate. Por ello, salté, intuyendo que iba a intentar ponerme la zancadilla en un movimiento rápido y descargué mi espada a lo que creía que era su cabeza. Él se apartó, pero sin éxito, pues sentí en la vibración de la espada que, en algún lugar, le había hecho un corte más profundo.

Aprovechando su desventaja, cargué con la intención de atravesarlo con la espada. En alguna parte de mi ser, eso me provocaba euforia, porque ganar significaba vivir un día más con ella. Pero hacerle caso a esa sensación fue mi perdición, pues no escuché una segunda flecha ir hacia mí. Solo fui consciente de ella cuando se clavó en mi hombro. El dolor me obligó a bajar el brazo y soltar la espada. Unas lágrimas recorrieron mi rostro sabiendo que había fracasado, que él aprovecharía esa jugada sucia para sesgar mi vida, pero respiré tranquila, pues Medusa tendría una oportunidad de escapar.

Perseo no dudó, no tembló, cuando dirigió su arma hacia mí y me cortó los ojos. En un principio, no sentí nada, como cuando me rajaba los dedos al cocinar, pero, instantes después, la sangre cubría todo mi rostro y el dolor, intenso y ardiente, se apoderó de mí. Sentía la piel palpitar al ritmo que caía aquel líquido metálico y un dolor tan intenso que me paralizó por completo. Caí al suelo, pues las piernas no me respondían, y solo pude gritar para aliviar un poco la carga tan fuerte que sentía.

— Sabía que me vendría bien un arquero bien escondido con el casco de Hades. — Su voz llegó a mí como un lejano eco—. No te preocupes, no morirás. Pero tampoco podrás ayudar a tu amiga.

No era la primera vez que estaba herida, pero la espada era mucho más cruel que el látigo. Ni siquiera supe si Perseo seguía cerca cuando oí la voz de Medusa, con furia, mientras desgarraba carne. Sonreí en un atisbo de cordura; había matado al cabrón. Si me dejaba allí, podría salvarse. Pensé entonces en lo que quise decirle momentos antes, que la quería más profundamente de lo que jamás podría decirle o demostrarle, y que me hubiera gustado pasar toda la vida con ella. Pero el frío que estaba sintiendo me traía a la realidad, estaba perdiendo demasiada sangre como para sobrevivir. Tiritaba y me sentía débil; mi mundo se redujo a esas dos cosas. Ya ni siquiera quedaba dolor.

Sentí un poco su calor cuando vino a mí el familiar tacto de su piel. Me estaba recogiendo del suelo y resguardándome en su pecho, y decía algo que no llegaba a escuchar del todo. Sus lágrimas recorrieron mis mejillas y, con un esfuerzo que iba más allá de lo humano, las alcancé con la punta de los dedos para secárselas. Ella me agarró de la mano, que habría caído lánguidamente si no la hubiese sujetado, y la apoyó en mi regazo. Sentí una punzada de dolor, a esas alturas muy leve, cuando sacó la flecha de mi cuerpo, y un sonido lejano de hierro se hizo presente entre nosotras. Instantes después, volvía a caerme sangre en la cara, pero no era mía.

El dolor comenzó a remitir poco a poco, el mundo dejó de parecerme algo ajeno y mi cuerpo volvió a entrar en calor, como si todo mi ser se estuviera activando de nuevo y todo empezase a volverse más claro. Los oídos dejaron de pitarme, el hombro no me dolía, las puntas de los dedos ya no me hormigueaban y los músculos se relajaron. Llevé la mano a mi rostro, lo cual no me costó tanto como instantes antes, y ahí no quedaba rastro de una herida mortal. La

carne estaba cerrada.

Sin embargo, había algo distinto. Podía… percibir algo, algo que no era ni oído, ni tacto. Algo nuevo. Algo a través de mis párpados. Por instinto, abrí los ojos como mil veces había hecho estando despierta, pero ahí no había oscuridad. Estaba la silueta de una mujer, Medusa, tan clara como lo había percibido con las yemas de mis dedos. Hermosa y con la cara girada para no mirarme. La estaba… ¿viendo?

— Medusa…

— Ojalá nunca hubieras aprendido cuál es el color negro de mi sangre. — Me mostró su mano con una herida abierta—. Te amo, Helena — dijo con una sonrisa derrotada y amarga.

Al principio sonreí por poder escuchar esas palabras salir de ella, pero la alegría fue efímera. A espaldas de Medusa se irguió Perseo sabiendo que yo estaba desarmada y Medusa agotada, siempre sin dudar y, antes de que pudiese procesar lo que estaba ocurriendo, él triunfó en su pesquisa. Asestó un golpe seco en el cuello de la mujer que aún me sostenía entre sus brazos. Su cabeza, con un corte limpio y aún transformada en bestia, cayó sobre mi regazo e hizo que su sangre nublase mi recién adquirida vista. Su cuerpo cayó sin vida sobre mí y él, con una sonrisa divertida, me escuchó gritar de puro terror mientras recogía la cabeza con desprecio.

Quizás como un acto magnánimo, apartó el cadáver de mí de una patada y yo, sin ser dueña de mi cuerpo, solo pude girarme y vomitar. Llorar sin parar de gritar y vomitar otra vez, hasta que me quedé sin nada en el estómago, sin voluntad y sin ganas de continuar. Perseo me acababa de arrebatar lo que más quería con crueldad, como si para él no fuese más que un juego, y aún se regocijaba ante una imagen tan patética: la mía yaciendo junto a mi peor pesadilla.

— Las mujeres sois unas exageradas. Os cae un muerto encima y entráis en pánico.

Ni siquiera le contesté, me quedé encogida sobre mí misma, asustada, con los ojos cerrados y buscando la más absoluta oscuridad. Intentaba negar que había ocurrido lo que más temía, que aquello no era más que un mal sueño del que iba a despertar, pero la realidad me atormentaba y llamaba a mi puerta con un pestilente olor a sangre. Todo aquello era demasiado para mí. Perseo no lo sabía, pero, esa noche, había matado a dos personas.

# SEGUNDA PARTE

## De los dioses

# Levantarse

¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Días? ¿Horas? No era capaz de saberlo en ese momento. Recordaba que, cuando me quedé sola, permanecí hecha un ovillo en el suelo huyendo de las muchas imágenes que comenzaba a percibir. De mi realidad. La primera de ellas había sido su sangre derramada sobre mi cuerpo y su cabeza separada de sus hombros. Después, cómo Perseo la pateaba y se iba. Mi imagen patética vomitando y… oscuridad. Me daba miedo mirar a mi alrededor. Me mareaba y era antinatural. Estaba en lo cierto: era un mundo aterrador.

El resto del tiempo, reconfortándome al negar la verdad allí, abandonada, lloré al percibir una vez más el olor de la muerte y la sangre. Se mezclaba con los aceites esenciales que tanto le gustaba utilizar. Seguía a mi lado, su cuerpo, pero ella ya no estaba. Se me encogió el estómago al pensar en ello, en que jamás podría decirle que yo también la amaba. En que me había quedado sola. En que Perseo me había arrebatado lo que le daba sentido a mi vida por un simple capricho. Mis lágrimas empaparon una vez más mis mejillas y el suelo, pues sentía que me faltaba la mitad de mi ser y que este se había perdido en alguna parte que no podría recuperar jamás.

Volvía a sentir ganas de vomitar, pero aquello no era más que un impulso, ya que no me quedaba nada en el estómago. Casi dolía, igual que todo mi cuerpo después de estar tanto tiempo quieta. Eso me dio una pista de que llevaba ahí muchos más días de los que yo creía. Me atreví a alargar la mano detrás de mí y la sentí, fría, inerte, pero la aparté como si, por el contrario, quemara. Seguía detrás de mí, o al menos lo que quedaba de ella y, por lo poco que sabía, no era el único cadáver si bien ella era la única que me importaba. Los demás se habían buscado su destino, pero ella no merecía estar así. No podía dejarla ahí.

Alcé la cabeza, todavía con los ojos cerrados, y respiré profundamente antes de abrirlos. Era una tontería eso de hacer que los párpados funcionasen, pero para mí significaba aceptar todo lo que había pasado. Sin embargo, debía hacerlo por ella, porque era obvio que, abriese los ojos o no, seguía muerta. Sentí arcadas ante ese pensamiento y, tras respirar el hediondo aire una vez más, me atreví a mirar.

Lo que me rodeaba era peor de lo que había imaginado o que jamás podría haber percibido con mis manos. Los cuerpos se amontonaban a mi alrededor, bien convertidos en piedra o con el torso separado de las piernas. Por el olor, aquello que regaba el suelo y le daba un tono extraño era sangre. Me miré las manos, cubiertas de suciedad, y las llevé a mi nariz. Otra vez ese rastro metálico, pero diferente al del suelo. Eso era el color negro. De ella. Contuve el aliento y me atreví a mirar a mi derecha.

No parecía humana. Reconocía las formas que inundaban su piel y comprendí que aún estaba transformada, que iría al hades siendo juzgada como un monstruo, no como persona, y que al menos debía tener el derecho de darle un soborno a Caronte. El barquero sí distinguía a aquellos que eran pobres o ricos y no podía dejar que Medusa vagase cien años perdida y sola. Por primera vez en lo que ahora sabía que fueron días, me levanté. Sentía nauseas, todo me daba vueltas y me costaba mucho usar ese nuevo órgano, así que decidí continuar con los ojos cerrados. Solo ese pequeño acto me hizo tranquilizarme y recomponer mi estómago.

Caminé lentamente, luchando contra mi instinto de volver a arrinconarme y llorar, y me dirigí hacia el huerto. Allí, Medusa tenía todas las herramientas para trabajar la tierra y las iba a necesitar. No tardé mucho en cavar cerca de su lugar favorito, pues quería darle descanso donde pensé que a ella le habría gustado. Al menos, hacer aquello evitaba que pensase en... No importaba. Me obcequé en cavar y cavar, abriendo de vez en cuando los ojos y mareándome en casi todos los intentos.

El sol comenzaba a caer sobre mí. El sol... Mi color favorito porque ella me lo enseñó. Me atreví a mirarlo directamente y la vista se me emborronó. Dolía. Era muy distinto a sentirlo en la piel y, aun así, era hermoso. La primera cosa bonita que veía. Acto seguido, miré al suelo, donde estaba la hierba, e imaginé cómo sería mirarle a los ojos ahora que hacía algo más que sentir los colores. Y lloré, pues estos debían ser lo más bonito del mundo y, aun así, no tendría nunca la oportunidad de saberlo.

Bajé la cabeza y, negándome a seguir percibiendo la luz, cavé hasta que estuve exhausta y me sentí abrazada por la oscuridad. Terminé cuando me quedé totalmente hundida en la tierra y salí a duras penas de aquel lugar. De nuevo, con el cuerpo temblando, me dirigí adonde yacía dispuesta a darle el descanso que merecía. Pasé, como muchas veces, cerca del lago donde solíamos darnos baños juntas y decidí que debía hacer aquello correctamente.

Me arrodillé frente este, dispuesta a limpiar la tierra que se acumulaba en mis manos, y sentí curiosidad por ver cómo era el agua. La miré directamente y percibí una cara. Casi por instinto, me di la vuelta y golpeé a esa persona, pero allí no había nadie. La observé una vez más, por si esa nueva vista me había jugado una mala pasada, pero no, ahí seguía ese rostro. Decidí tocarlo para saber si era real y, al mismo tiempo que yo acercaba la mano al agua, esa persona hacía lo mismo. Tardé un poco en entender que esa mujer era yo, mi «reflejo», como Medusa había llamado a aquello alguna que otra vez.

Sentí la necesidad de saber cómo se veían mis ojos blancos, pero, cuando presté atención, tenía una larga cicatriz atravesando mi piel y dos colores en los globos oculares, al contrario de lo que yo creía. ¿Cuáles eran? Bajé la vista y no tardé en encontrar una similitud. Una parte era igual que las rocas que cubrían el suelo alrededor del lago. Parecía frío y duro. Quizás era casualidad, pero comenzaba a sentir de esa misma forma mi corazón.

Me eché agua en la cara para evadirme de mis pensamientos y centrarme en lo que ahora me parecía una tarea muy difícil: enterrar a la mujer que amaba. Aquello no se asemejaba nada al dolor físico que había conocido durante años y comenzaba a pensar que quería despertar de aquella pesadilla. Me di una bofetada, por si acaso, pero aquello era demasiado real porque dolió. Entonces, un pensamiento se instaló en mi cabeza y, como una imploración, me atreví a decirlo en voz alta:

— Si me estáis escuchando, si estáis ahí... — Alcé la vista suplicando a los dioses —. Volvería a mi vida anterior si la devolvieseis a la vida. Castigadme a mí, pero dejadla vivir.

Esperé a que algo pasase, no tenía muy claro el qué, pero no hubo respuesta. Comprendí que los dioses estaban conformes con que ella hubiese muerto. Zeus había convertido a su hijo en un héroe, Poseidón había borrado un error en su historial de dios de pacotilla, Afrodita ya no tenía competencia y Atenea... Ella la había condenado hasta llegar a aquel momento.

Los odiaba.

Seguí mi camino, ya sin rastro de sangre, sudor o tierra en la piel, dispuesta a enfrentar la imagen más grotesca que jamás se me había presentado. Cuando calculé que estaba a su lado, decidí afrontar lo que había pasado y rendirle homenaje, utilizando el don — o la maldición — que me había otorgado como última voluntad. Ella no merecía menos. Estaba lánguida a la vez que rígida, cubierta de negro y de un líquido parecido a la hierba que emanaba de ella. Abrumada, aguanté las ganas de llorar para completar la tarea que estaba llevando a cabo. Era lo último que necesitaba de mí para llegar a su propio hades.

La cogí entre mis brazos haciendo uso de toda mi fuerza, mareada por negarme a cerrar los ojos y, con su cola de serpiente rozando el suelo, recorrí un camino casi de castigo por nuestro hogar. A cada paso, todo me traía recuerdos de ella, de nosotras, y no pude evitar comenzar a llorar en silencio. El lecho donde curó mis pies y donde dormíamos juntas, el baúl donde guardábamos la ropa, los cuencos donde me alimentó por primera vez y donde comimos muchas veces desde entonces, el precipicio del que me salvó, el pasillo que me enseñó a recorrer sola, el lago, la choza del pánico en la que me escondí la primera vez que perdió el control, el Pequeño Paraíso y el huerto, junto al cual iba a descansar.

Con extrema delicadeza, la dejé reposar allí en lo que creía que iba a ser una postura cómoda para el resto de la eternidad. Entonces, me di cuenta de que me faltaba la parte más importante: la ofrenda para el barquero. A paso ligero, me dirigí adonde guardábamos nuestras pertenencias, pues sabía que allí estaban las dracmas. Rebuscando entre la ropa, sentí el tacto de un saco que se me hizo extremadamente familiar y tintineó cuando lo tuve entre las manos. Era el dinero de mi libertad y pesaba exactamente lo mismo. No lo había tocado a pesar de haber ido varias veces a Tracia. ¿Por qué?

Abrí la bolsa dispuesta a coger los metales que necesitaba y noté algo que no estaba ahí la última vez: papel. Lo agarré entre mis dedos y lo saqué con nerviosismo e incertidumbre. Lo abrí — eran varias páginas— y tenía algo en la superficie, algo que no entendía. ¿Qué era aquello? Podía suponer que eran líneas, quizás dibujos, pero no representaban nada claro. No hasta que comencé a recorrerlas con los dedos, a familiarizarme con ellas y reconocer la forma de la palabra «ΈΛΕΝΗ», mi nombre. Era un escrito para mí. ¿Por qué me habría dejado un manuscrito si hasta hace poco no habría sido capaz de interpretarlo?

*Querida Helena,*

*Si estás leyendo esto, significa que eres la persona de la que me habló el oráculo de Delfos hace ya siglos. Intuía que eras tú, pues vaticinó mi muerte cuando apareciese la persona por la que sintiese amor verdadero, una mujer de cabellos como el sol que no conocería la luz hasta después de que yo me fuese, pero quería pensar que iba a estar contigo y que nada de esto iba a pasar. Si es así, sé cómo he muerto y siento que eso fuese lo primero que vieses. Intenté entrenarte para la llegada de Perseo sabiendo quién eres y por qué eres tan excepcional, porque sabía que moriría a manos de él.*

*Lo que quiero pedirte es más egoísta que haber sabido la verdad todo*

*este tiempo y haberme callado, porque ahora te toca seguir sola. Eres especial, incluso tú te has dado cuenta de que tienes una fortaleza que pocos poseen. Vas a necesitar esa entereza para lo que está por venir. No sé más detalles, pero debes recoger en dos frascos mi sangre, que es de dos colores. La negra la conoces, es capaz de curar e incluso de devolver la vida. La otra es verde, como los árboles, y debes tener mucho cuidado con ella; es veneno. El oráculo dijo que te iba a ser útil y me dio una pista: «El amor trasciende mucho más allá de la vida y la muerte».*

*Tienes que averiguar qué quería decir con eso. No sé por qué, pero me aseguró que una vez supieses qué hacer con mi sangre tu destino se sellaría. Pero Helena, mi amor, ten cuidado. Como tú bien sabes, la vista engaña y los peligros abundan en el exterior. Y no será un camino fácil el que vas a recorrer, temo por ti. No quiero que me acompañes al hades porque tienes que vivir. Sé fuerte y recuerda: siempre voy a estar contigo.*

*Con amor,*

*Medusa*

Empecé a empapar las páginas que había escrito con lágrimas, así como mis dedos mientras seguían las líneas que formaban palabras. Ella supo todo aquello desde el principio y lo cierto es que empezaba a comprender algunos sucesos, su prisa por entrenarme, la forma en la que lo hizo y, aun así, decidió quedarse a mi lado y no huir. Quizás, aquello era el maldito destino del que ningún ser podía escapar y por eso no se esforzó en hacerlo. Ella tenía razón: el mundo era cruel.

Sin comprenderlo, pero respetando sus deseos, cogí dos frascos de la cocina, así como las dracmas que deberían ir en su boca o en sus ojos, y volví adonde ella se encontraba. Lo hice a paso lento, no para disfrutar del camino, sino porque sentía que no quería llegar a su tumba. No quería despedirme porque sentía que nos dejábamos mutuamente atrás. No quería olvidarme de ella, pero el camino que nos separaba no era eterno y, por mucho que lo retrasase, mis pies volvían a estar frente a ella.

Me metí en el agujero con cuidado de no pisarla, pues no merecía más humillación que la que ya recibió a lo largo de los siglos, hasta el mismísimo final, y cumplí su último deseo. A pesar de lo que creía, la sangre aún era líquida, al contrario que la de cualquier otro ser que muere con el paso de los días y, aguantando las ganas de llorar y vomitar a la vez, abrumada por el olor y el sonido, guardé esos frascos con extrema precaución. Después, deposité las monedas en sus manos rezando porque a Caronte le valiese con eso y salí de ese lugar antes de darle sepultura.

Recordé que todavía me quedaba una promesa que cumplir, algo que le debía a Medusa, y ella merecía llevarse aquello también al hades. Escogí una piedra, la que mejor me pareció al tacto y, tras coger mis utensilios de escritura, cerré los ojos y le dediqué una tablilla, pues era la única manera en la que sabía escribir. Jamás habría pensado que ese regalo se convertiría en un adiós que terminaría de sellar su muerte. Tampoco pensé que me tocaría seguir sola, ni que

acabaría por odiar el repiqueteo del cincel. Al final, solo se me ocurrió escribir, por última vez, su nombre: «ΜΕΔΟΥΣΑ». Finalmente, la dejé sobre su pecho, despidiéndome así de ella.

Mientras cubría su deteriorado cuerpo de tierra, canté la melodía que ella solía entonar cuando estaba contenta, y nuevos recuerdos asaltaron mi mente. Sonidos y olores danzando en mi cerebro, llevándome a ella una vez más. ¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué debía invadirme la angustia si ella ya no estaba? Era más sencillo borrar de la memoria todo y seguir adelante y, aun así… No podía. No quería. Medusa no lo merecía. Ella habría merecido vivir feliz, sin maldiciones, sin cazadores, con amor. Conmigo. Y un capricho se lo había arrebatado todo de un solo corte.

Me senté a su lado, esperando quizás que todo aquello fuese una broma y que, una vez más, pudiera sentir sus manos apretando mis hombros, pero, a pesar del paso de las horas y el frío que traía la noche consigo, aquello no pasó. Aunque lo sabía, no quería admitir que ella no iba a volver. Encogida sobre mí misma, pensando, llegué a la conclusión de que nada de aquello tendría que haber pasado y que Perseo no se merecía vivir una vida llena de lo que nos había arrebatado.

¿Por qué él tenía derecho a tener lo que quería a costa de haber sesgado la vida de Medusa? ¿Por qué él podía ser feliz arrebatándole la felicidad a alguien más? ¿Por qué la muerte de Medusa suponía una vida de comodidades para él? No… No había nada de correcto en esa lógica, nada de heroico a pesar de que todo el mundo lo recordaría como el hombre que sobrevivió al monstruo, nada de digno y, sobre todo, nada de hermoso. No, Perseo no iba a tener nada de lo que creía que iba a tener por llevarse la cabeza de Medusa. Yo haría que no fuese así.

Por primera vez, sin miedo, alcé la vista, aún llorando, pero con el cuerpo caliente, sintiendo el odio recorrerme por completo. Me levanté comprendiendo que ya no me quedaba nada en nuestro hogar, que algo me decía que tenía que estar en otro sitio, y que tenía que huir de ese maldito ulular. Furiosa, miré directamente al lugar de donde provenía ese ruido tan irritante, y por primera vez vi lo que era un mochuelo. Era feo, no porque el animal lo fuese, sino porque lo odiaba y me hacía verlo mil veces peor de lo que era.

«Estás sola.», me susurraba. Caminé a paso ligero, ya sin marearme, con un objetivo por primera vez en días. Decidí que debía ponerme la armadura, esta vez completa, y coger mis armas para lo que estaba por venir. «Medusa no va a volver.», escuché en mi cabeza. Comenzaba a enfadarme más y, por primera vez, la sensación especial que me recorría el cuerpo se entrelazaba con la ira que sentía provocada por Perseo, por el mochuelo, por mí misma y a saber por qué más. Estuve lista cuando me coloqué el casco, no sin pensar que lo que pasó fue culpa mía por no ponérmelo la última vez.

Con prisa y algo torpe por los nervios que crecían en mi interior, me ajusté la *xiphos*, no sin cortarme ligeramente un dedo, aseguré el *aspis* a mi brazo y, por último, cogí el arco y el carcaj. Era cierto, aquella armadura parecía para mí. Me llevé la mano al pecho, donde reconocía su rostro a través de mis manos, y empecé a respirar irregularmente intentando calmarme. «Tienes que ir a At…».

Si era real que hablaba o no, no lo sabía, pero no llegó a piar la última palabra. En un rápido movimiento, tensé el arco y le atravesé el pecho con una flecha. Ya no me iba a molestar

más. Sentí que algo había cambiado en mí, pues ya no me daba pena arrebatar una vida, ni sentía la necesidad de disculparme o darle las gracias por su sacrificio. Aquella muerte la había dado con gusto, incluso si no me hizo sentir mejor.

De igual modo, preparé unos víveres con las reservas de alimentos que Medusa había elaborado con tanto cariño e hice lo mismo con Hippós, que me acompañaría en el viaje que quería hacer. Era lo único que me quedaba de ella con vida, así que no iba a dejarlo atrás. Por última vez, me dirigí al huerto a recoger algo más de comida y a despedirme de ella. No quería hacerlo, pero debía. Me arrodillé a su lado y todo, excepto el caballo, se quedó en silencio. Era como si el bosque estuviera en duelo.

— Perseo va a pagar por lo que ha hecho. — Toqué la tierra recién removida—. No te va a devolver a la vida, pero no es justo que tenga una a cambio de la tuya. Siento que debo hacerlo. — Apreté los puños. El suelo se me escapaba de entre los dedos—. Que esto le dará sentido a que me hayas entrenado y… no sé. Necesito respuestas. No estoy preparada para dejarte ir y creo que voy a buscar una manera de volver a estar contigo. No importan las consecuencias. — Extendí la mano y acaricié la superficie de la tumba—. Te amo, Medusa, y de una manera u otra, volveremos a estar juntas.

# Ruta a la venganza

El problema era no saber por dónde empezar. Aparte de su nombre, no sabía nada sobre Perseo. Nunca mencionó adónde iba o a quién le iba a ofrecer la cabeza de Medusa, así que encontrarlo no iba a ser una tarea fácil. En especial, porque yo solo conocía dos lugares, Tracia y Salónica, y tampoco tenía muy claro cómo iba a llegar. Decidí dejar que Hippós eligiese el camino, pues tal vez él sabría de dónde venía. Si no era así, al menos llegaríamos en algún momento a cualquier población donde pedir indicaciones.

Ahora que estaba fuera de nuestro hogar, mantenía los ojos abiertos a pesar de que me incomodaba y sentía que no me desenvolvía igual de bien, ya que sentía que el hecho de que los demás me percibieran como a ellos — si alguna vez me cruzaba con alguien— iba a ser útil. Además, estar armada hasta los dientes disuadía de cualquier tipo de comportamiento extraño. Sí que era cruel el mundo exterior, donde ser diferente era condenado con todo tipo de injusticias y ser una más era alabado silenciosamente. Sin embargo, ser extraordinario — que no extraño— era venerado. Los «héroes» lo sabían bien.

Casi no sentía nada. Quizás, mi corazón desarrolló una coraza para mantenerme clara en el objetivo que me había marcado, o quizás ver me distraía de las demás sensaciones. De todas formas, no tenía ganas de sentir y, si alguna vez dudaba de lo que percibía, me bastaba con cerrar los ojos y recordar lo que podía ser. Fue así como averigüé que lo que había por encima de mi cabeza eran pájaros y que eso que hacían era volar, o que la lluvia que me asaltó una tarde se componía de agua. Era la primera vez que estaba bajo la lluvia, así que hasta ese momento no había podido saber qué era exactamente lo que caía, y por supuesto saber por qué Medusa decía que era trasparente.

La echaba de menos. Solo habían pasado diez días, con sus respectivas noches, y añoraba su tacto, su voz y su olor. No era como aquellas veces en las que viajaba unos días y luego volvía. Recordaba que esos momentos solían ser largos, lentos y tediosos hasta que volvía porque me sentía sola, pero aquello era totalmente distinto. Ella no iba a volver. No iba a escuchar sus pasos perturbando el sonido de nuestro hogar, no iba a lanzarme a sus brazos y… No me iba a abrazar. No me iba a besar. Ya nunca volveríamos a tener eso.

Apreté las manos alrededor de las riendas y, sin parpadear, dos tímidas lágrimas se escaparon de mis ojos y recorrieron mis mejillas con suavidad, como si quisieran consolarme. Intenté reprimir las ganas de llorar, sabiendo que si empezaba volvería a hacerme un ovillo durante días y era algo que quería evitar. Mi mejor manera de controlarlo fue creando un espeso nudo en la garganta, uno que no podía tragarme y hacer desaparecer, pero me hizo permanecer entera. Antes de reunirme con ella, debía matar a un semidios.

— ¿Quieres comer, Hippós?

Le acaricié la crin con una tímida sonrisa cuando relinchó como respuesta. No sabía qué tenía ese animal, pues nunca me habían simpatizado las bestias de una forma especial, pero me reconfortaba. Para mí, siempre habían sido herramientas de trabajo o comida porque era lo que me habían enseñado, pero él tenía algo diferente. Parecía que era capaz de leer mi estado de

ánimo y responder ante ello para hacerme sentir mejor. A veces, incluso creía que entendía lo que le decía y me contestaba. Sin embargo, al contrario que con el mochuelo, no le ponía voz. Quizás, no lo odiaba como para imaginar que fuese tan desagradable.

Bajé de su lomo y rebusqué en el zurrón que llevaba atado a la silla una de sus comidas favoritas. Por suerte, también se alimentaba de hierbas que veía en el camino, ya que tampoco teníamos mucho que llevarnos a la boca. Cuando me fui, no tenía hambre ni ganas de comer, y así fue durante un par de días, pero no pensé en que eso, poco a poco, podría cambiar. Por ello, racionaba lo que podía y me abastecía con lo que Medusa me había enseñado que era comestible. Curiosamente, para saberlo tenía que cerrar los ojos. A simple vista, habría muerto de hambre antes de vengarme.

Le acerqué unas zanahorias, las cuales recibió con alegría y se comió en un par de bocados. Después, me acarició la cara con sus labios y esos pelillos que tantas cosquillas me hacían, agradecido. Quizás estaba loca, pero había algo de ella en ese caballo. Al menos, pensar en ello me reconfortaba un poco.

— Dicen que la ha matado — dijo alguien a pocos metros de mí.

— Venga ya, seguro que son cuentos para no dormir — respondió otro. Yo comencé a acercarme.

— Que no. Mi prima, la que tiene la taberna, lo vio entrar con un bulto raro en un zurrón. Ese tipo, ya un poco borracho, le pidió vino y salió para cogerlo. Cuando volvió, estaban todos convertidos en piedra y el chaval desapareció. Al parecer, se metió en una pelea o algo así — Era él, no había duda.

— Pamplinas.

— Disculpen — dije saliendo de mi escondite—. ¿Dónde ocurrió eso?

De repente, ambos se quedaron callados. Eran dos hombres de edad avanzada, de unos cincuenta años, que al parecer eran comerciantes. Me miraron, desconcertados, analizando por qué estaba vestida así, incluso cuando la capa tapaba la armadura casi por completo. Aunque no era muy buena con las expresiones faciales, aquello era más que evidente. Sonreí, intentando que se relajasen y me diesen la información que buscaba, aunque se la habría sacado a la fuerza si hubiese sido necesario.

— ¿Quién pregunta? — El más anciano ladeó la cabeza. No se fiaba.

— Por supuesto, qué modales los míos. Soy Helena, la hermana de Perseo. — Seguían callados, esperando algo más—. Ya solo estamos él y yo, ¿saben? Y le he perdido la pista. Es el cabeza de familia ahora, no puedo hacer nada sin él. Lo último que supe es que fue a por la gorgona. Si ha convertido a gente en piedra, tiene que ser él.

— Pobre chica… — dijo el otro señor. Me había creído—. Es un irresponsable por no volver a casa de inmediato. Te ayudaremos a encontrar a tu hermano. Ven, siéntate. — Me ofreció un lugar junto al fuego.

Manteniendo una fachada educada y simpática, acepté su oferta como si no tuviera cosas más apremiantes que hacer, como si no planeara cortar otra cabeza. Me acerqué a por el caballo,

que se había quedado pastando unos pies más allá, y ellos me dieron un poco de heno. Hippós lo aceptó con alegría, igual que yo el cuenco de sopa caliente, y los escuché hablar de sus fallecidas mujeres durante la comida. Yo, por mi parte, desconecté y me refugié en los buenos recuerdos que tenía con la mía, para así evitar llorar al identificarme tanto con la melancolía que ambos llevaban consigo.

De vez en cuando, me exigían una confirmación de que los estaba escuchando, por lo que solía responder con una sola palabra o repitiendo algo que había captado de fondo. Quizás se habían dado cuenta, pero para ellos fue suficiente y me recompensaron con sonrisas y hospitalidad. El mundo era extraño y peligroso, pero aún habitaba gente buena en él.

— Bueno, muchacha, me encantaría que te quedases más, pero tienes que alcanzar a tu hermano — declaró mientras se subía los pantalones, satisfecho por el banquete—. Lo que me contó mi prima ocurrió en Kavala. A lo mejor sigue allí, aunque, según ella, mencionó que iba a Sérifos. Te costará llegar allí sin un barco que te lleve. — No sabía qué era un barco, pero si no tenía uno, no me interesaba que llegase allí.

— ¿Cómo llego a Kavala?

— Es muy sencillo. Desde donde estamos ahora, tienes que ir un día a caballo hacia el oeste. Al contrario de por donde sale el sol — añadió al verme confusa—. Si no le encuentras, es que estará poniendo rumbo a Sérifos, así que tendrás que seguir por Salónica, pasando por Katerini, Larisa, Lamía y Atenas, todo hacia el sur. O sea, abajo bordeando el mar. ¿Entendido?

— Creo… creo que sí.

— Y más pamplinas, no te has enterado de nada. Se te nota en la cara. Toma, un mapa. Te he marcado la ruta que tienes que seguir con tinta. Espero que lo encuentres antes de llegar a la isla. Una muchachita como tú no debería andar por ahí sola.

— Muchísimas gracias a ambos. ¿Les puedo compensar de alguna manera?

— Sois de buena familia. Seguro que algún día hacéis un buen banquete con un buen vino, y querremos un poco. — Cerró un ojo y dejó abierto el otro, ¿qué pretendía hacer con esa mueca? —. Acuérdate de nosotros cuando eso pase y búscanos. No quiero morir sin haber ido a una fiesta de aristócratas.

— Por supuesto — concedí a sabiendas de que aquello no iba a pasar nunca.

Dedicándoles una sonrisa, aseguré la silla de Hippós y me monté en ella. Me despedí de ellos y, cuando los perdí de vista, dejé de sonreír. Aquello había sido duro y muy tedioso. Fingir que no me pasaba nada y que estaba emparentada con esa rata bien podía valer la información que tenía, porque no sabía si podía aguantar que hubiese sido para nada. Al menos ahora tenía un rumbo que seguir, que ya era más que lo que había tenido días anteriores.

Rezaba a los dioses que me caían bien por encontrarle en Kavala y no tener que pasar por la ruta de Salónica. No era mi plan, no todavía, y no quería adelantar acontecimientos. Si iba allí, podrían reconocerme, por muy improbable que fuese, y aún no estaba preparada para ello. Tenía muy claro en mi mente qué quería hacer y cómo, y Perseo no me iba a arruinar nada más. Por ello, durante el resto de la tarde, exigí al caballo que anduviese con cascos ligeros.

Él relinchaba y sudaba, agotado por el esfuerzo que le estaba obligando a hacer y a mí, por su vaivén, me dolía la espalda como si una manada de sátiros me hubiese pasado por encima. Era obvio que necesitábamos descansar porque no íbamos más rápido y estaba anocheciendo. Nos hice un favor a los dos bajándome de su lomo y caminando hasta encontrar un refugio. Con mucha suerte, encontré una cueva abandonada donde poder resguardarnos sin ser vistos. Allí pasaríamos la noche.

Cuando ya se fue el sol, me sorprendí al ver que había una luz tenue iluminando el camino. Miré hacia arriba, pues era imposible que hubiese luz por las noches, y descubrí algo que, días anteriores, no había estado en el cielo: un cuerpo con forma de sonrisa. ¿Qué era eso? Otra cosa que echaba de menos era no poder compartir mis curiosidades y preguntas con ella, ya que todo era mucho más confuso desde que podía ver y me fijaba en cosas que ni siquiera sabía que existían, como esa. No era el sol porque no daba calor, pero iluminaba y era del color del queso, y eso era extremadamente raro.

Si nos veíamos en el hades, tenía que preguntarle.

Hice una fogata pequeña, lo justo para calentarnos sin que nadie pudiese saber que estábamos ahí y, tras comer ambos, Hippós, como cada noche desde que ella no estaba, flexionó las patas para recostarse en el suelo y me miró, esperando que me acurrucase con él. Agradeciendo su gesto, cogí la única manta que me llevé, que poco a poco perdía el olor de Medusa, y me tendí sobre él. Acto seguido, apoyó su cabeza en mi regazo y, dándonos calor, nos quedamos dormidos.

Me agarraba a su cuello con fuerza, ese en el que siempre me refugiaba cuando tenía miedo, y sentía su mano firme en mi espalda, apretándome contra ella y subiendo y bajando violentamente mientras corría. Su aliento golpeaba mi oreja. Estaba cansada y asustada, mucho más que yo. Huíamos de algo. Escondí más la cabeza cuando escuché un estruendo cerca de nosotras y ella apretó el paso. Yo empecé a llorar.

— Tranquila, cariño, va a salir todo bien. — Su voz estaba ahogada por la fatiga.

— Mamá — sollocé—. ¿Qué pasa?

— Tenemos que correr, ¿vale?

— ¿Dónde está papá?

— El abuelo se enfadó con él. Se ha enfadado con todos.

Tras decir eso, me quedé callada, con un mal presentimiento que no era capaz de explicar. Solo sabía que, por algún motivo, dolía. Ella siguió corriendo y haciendo caso omiso a su cansancio, huyendo de algo que, al menos por lo que podía percibir, era una guerra. Sin embargo, aquello no iba a durar para siempre, ya que trastabilló y ambas caímos al suelo.

— Escóndete, ¡corre!

Era irracional, pero le hice caso sin poner una sola pega. Con las manos, detecté que unos pasos más allá había un árbol hueco, así que me metí ahí y esperé hasta que mi madre fuese a buscarme. Sabía que no estaba lejos, la oía quejarse de la caída y jadear al recuperar el aire, pero algo me decía que debía quedarme ahí. No tardé en oír otros pasos, más fuertes y firmes, acercándose a ella. Mi madre se arrastró un poco por el suelo, intentando huir de esa persona.

— ¿Dónde está? — Su voz era profunda y el aire parecía estallar a nuestro alrededor. Era ensordecedor.

— No lo sabrás nunca, padre. — Le dio una bofetada, ella se quejó casi imperceptiblemente.

— Reza por que nunca la encuentre porque, si lo hago, la mataré y tú tendrás que verlo y aplaudirme cuando termine.

— Tienes miedo de la profecía. — Se rio. Después, recibió otra bofetada—. Disfruta de los quince años que te quedan, padre.

— Eso ya lo veremos.

Salí solo cuando no escuché nada, ni siquiera el crepitar del fuego. Intenté acordarme de dónde venía, hacia dónde había corrido mamá, pero sus pasos eran mucho más largos que los míos y no tardé en perderme. Pasé dos días sola, vagando por el bosque con frío y con hambre, esperando a que ella fuese a por mí. Pero no lo hizo y comencé a entender que me había abandonado. El tercer día sería el que sellaría mi destino, pues fue ese en el que Proteus me encontró y me llevó a su hogar. Desde ese momento, de una forma u otra, mi sentencia de muerte quedó sellada, aunque no llegaría de parte de mi abuelo.

Desperté sobresaltada, aparentemente recordando algo que ignoraba siquiera tener en mi cabeza. Antes de abrir los ojos, resonó como el eco en mis oídos una frase muy clara: «Me hallarás en Atenas.», dicha por la misma persona que me trataba con amor en mis sueños. Mi… madre. Sin embargo, no iba a hacerle caso a un producto de mi cabeza, pues no era lo mismo soñar con cosas del pasado que inventarme un destino que distaba mucho de lo que tenía que hacer.

Hippós sintió que estaba agitada, por lo que me acarició la cara, casi como si tuviese la intención de darme un beso. Llevé la mano a su cuello y se lo rasqué, consciente de que le gustaba, y relinchó feliz. Empezaba a sentir que él era el único que me mantenía entera y concentrada para continuar, ya que, de haber emprendido el viaje sola, probablemente me habría rendido mucho antes. En cierta manera, me ayudaba pensar que no lo iba a abandonar, no como habían hecho conmigo.

— Cuando nos separemos, amigo, prometo que te dejaré con una buena familia que te llene de heno el establo todos los días. En marcha, en medio día llegaremos a Kavala. A ver si

hay suerte.

Tiré de sus riendas para conducirlo al exterior. Apenas amanecía. El sol se posaba tímidamente sobre las plantas, las cuales brillaban ayudadas por las gotas de rocío que las cubrían, y se me encogió el corazón. El mundo tenía cosas bellas — o al menos a mí me lo parecían— y la única persona con la que lo quería compartir no estaba conmigo para verlo. ¿Hasta qué punto Perseo se había llevado algo importante para mí? Porque, a pesar de que ella no era yo, era como si me hubiese arrancado una parte de mi ser irremplazable. Me prometí que, una vez en el hades, si nos favorecían con un lugar bonito, Medusa y yo veríamos el amanecer. Con esa imagen reconfortante en mi cabeza, marché hacia el horizonte.

# Kavala

El camino, a pesar de tener señales para los mercaderes sobre puntos de venta y rutas, no estaba muy concurrido. Quizás era por el frío y porque los campos en esa época del año estaban vacíos, o quizás porque Kavala no era un sitio muy importante, pero poco había que hacer allí. No era como Tracia en absoluto. Allí, las dos veces que había estado había bullicio, sofistas impartiendo lecciones, estatuas de mármol que admirar con las manos, posadas llenas y, en general, mucha alegría, pero aquel lugar era totalmente distinto.

Kavala era prácticamente una calle en línea recta que desembocaba en un ágora, sin más. Las casas — iguales de pequeñas que el poblado— se apiñaban sucesivamente unas con otras y, a juzgar por cómo se hablaban los vecinos entre sí, eran familiares cercanos o lejanos. Además, la mayor parte de los habitantes eran personas de edad avanzada, entre cuarenta y cinco y sesenta años, aunque algunos eran incluso mayores. Había pocos niños, quizás siete en todo el pueblo. Era triste, pero era una zona que moría poco a poco.

El ágora no mejoraba demasiado. Toda la decoración se basaba en unas columnas aguantando un techo, y eso era todo. Incluso los puestos de venta se quedaban al aire libre. Era tan pequeño, que solo podía contar un hostal y tres comercios: uno de comida, uno de alfarería y uno de telas. Tampoco usaban dracmas entre ellos, solo con los pocos forasteros que llegábamos a aquel lugar, ya que les bastaba con intercambiarse víveres. Era, en definitiva, una gran familia envejecida.

Por lo tanto, no era muy difícil encontrar en ese lugar a una persona que destacase tanto como Perseo, si es que estaba allí. Me cubrí la cabeza con la capa, así como la mayor parte de mi cuerpo, y avancé por las calles aparentemente interesada por lo que tenían que contarme y venderme y, a la vez que aprendía con la vista sobre los objetos que siempre había tocado — desarrollé poco a poco una forma de identificarlos sin preguntar, recorriendo su forma con los ojos y centrándome en las manos para recordar qué era— estaba pendiente de cuáles eran las nuevas de aquel lugar.

Descubrí que me encantaba estar con los ancianos. Eran dulces, si bien se iban un poco de la lengua con su sinceridad, sabios y muy, muy chismosos. Y eso me venía bien. Me enteré de que Tales y Falana — a saber quiénes eran esas personas— habían tenido su quinto hijo. Quizás, allí un nacimiento era un gran acontecimiento, pero me pareció un tanto gracioso pues, de siete niños que había en ese lugar, cinco eran de ellos. Se estaban tomando en serio eso de traer sangre nueva a Kavala.

Aunque tampoco me servía de mucho, escuché que la pobre Calista falleció unas horas antes, sola. Fue encontrada por su vecina, una prima tercera, creía recordar, y fue especialmente triste porque era una de las mujeres más ancianas e importantes del lugar. Su marido y sus hijos no habían estado presentes en el entierro, pues partieron semanas atrás hacia Argos para comerciar. Pobres… Tendrían que enterarse de todo cuando volviesen y ella ya no estuviera para recibirlos. Sabía cómo se sentía.

— ¿Y tú qué, muchacha? ¿De dónde vienes? — inquirió una de las señoras más jóvenes.

Sabía que iba a pasar, en realidad.

— De Tracia — respondí escuetamente. Cuanto menos supiesen, mejor, porque allí los rumores corrían demasiado rápido.

— ¿Has hecho todo ese camino tú sola? — Asentí—. ¡Menuda audacia! Las chicas de hoy en día podéis hacer de todo. En mis tiempos, cualquier muchachita salía sola a la calle — añadió con ironía —. Y más con lo guapa que eres. ¿No te da problemas?

— Casi nunca me bajo del caballo. Así, si hay complicaciones, salimos galopando. — Le acaricié la crin a Hippós. Era un buen chico.

— Haces muy bien. Tienes que andarte con mil ojos, hazle caso a una mujer que ha vivido mucho.

— Gracias — respondí con educación y continué andando.

Se me hacía cuesta arriba eso de ser sociable. Hasta el momento, nunca me había enfrentado sola a estar rodeada de gente y, si bien no me incomodaba el estarlo físicamente, no me agradaba tanto el tener que hablar constantemente con desconocidos. Sin embargo, aquello parecía ser la costumbre general allá adonde iba y, si no quería levantar sospechas, debía adaptarme. Ya era una mujer sola y armada con un caballo para mí sola, no podía arriesgarme a que Perseo supiese de mí y se fuese antes de poder dar con él.

Me aparté de la calle principal y continué caminando, haciéndome notar lo menos posible. Sin embargo, era algo bastante difícil en Kavala, pues todo el mundo cuchicheaba a mi paso. Lo que ellos no sabían era que, si cerraba los ojos y me concentraba en escuchar, sabía lo que decían. Algunos comentarios no eran muy educados, ya que muchos no veían bien que estuviese allí y que me valiese por mí misma. Otros creían que era una ramera y que venía a perturbar su paz. Por último, los pocos jóvenes y los niños solo tenían curiosidad, pero no me veían extraña del todo.

No obstante, solo me parecieron interesantes las bobadas que decían sobre mí cuando la conversación derivó a un joven forastero que había llegado un día atrás. Dijeron que era arrogante, pero bien parecido y un héroe. Que, según él, había matado a Medusa. Se preguntaron, acertadamente, si mi llegada tenía que ver algo con la suya, aunque erraron pensando que yo era una admiradora y quería estar junto a él por su hazaña. Los lugareños estaban indignados con su llegada, pues exigía todo en la posada sin querer pagar una sola dracma. Si no se lo daban, amenazaba con sacar la cabeza y petrificarlos a todos.

— Hippós. — Él relinchó, me estaba escuchando—. No vamos a dejar que use su cabeza como moneda. — Manoteó, de acuerdo conmigo—. Medusa no es un objeto con el que ahorrarse dos dracmas. Iremos esta noche.

Esperé, oculta entre la multitud, hasta que comenzó a anochecer y todos los habitantes recogieron sus cosas. La calle estaba vacía y, por primera vez en muchas horas, había silencio absoluto. Apenas se veía nada, aunque no era un problema para mí, y esperé un tiempo prudente para dirigirme al único lugar que todavía originaba bullicio: la posada. Era la hora de cenar, lo sabía por los olores que impregnaban el ambiente, y era el momento perfecto para saber si él estaba allí.

Até a Hippós en el poste y lo tapé con su manta, ya que era una noche especialmente fría y, volviendo a cubrir mi rostro con la capa, entré. Aquel lugar, incluso si no estaba en Tracia, olía exactamente igual que la otra posada en la que estuve: a alcohol y sudor. Por suerte, los forasteros eran muy ruidosos y altos, por lo que alguien como yo no destacaría. Pedí mi ración de comida para aparentar normalidad y no tardé mucho en escuchar su voz. Su rostro era algo confuso para mí, pues solo lo vi unos segundos, pero esa voz… la odiaba.

Reía y bebía alegre, siempre con el zurrón pegado a la cadera. No tardé en escuchar la primera amenaza cuando quiso más cerveza. Apreté mi vaso, impotente, esperando a que fuese mi oportunidad. Mis sentidos bullían casi tanto como en batalla y sentía que podía matarlo de un solo espadazo. Iba a sufrir mucho antes de morir porque no me iba a contener en absoluto. Sin embargo, mi atención se desvaneció cuando una chica, no mucho mayor que yo, se puso en mi camino, ataviada apenas con un par de trapos demasiado reveladores, y avanzó hacia mí.

No estaba de humor para que algo así pasase porque era evidente que yo era su objetivo, pero no podía montar un espectáculo. Debía llevar aquel asunto con discreción. Primero, probé a dejar de mirarla, como si no fuese consciente de que intentaba engatusarme, como a cualquier otro cliente de la posada, pero no funcionó. Por el contrario, le pareció divertido, como si hubiese pensado que me avergonzaba y que por eso no la miraba. Por ello, se sentó directamente en mi regazo, donde no la podía ignorar.

— Vaya, eres más guapa de cerca, forastera. — Me rodeó el cuello—. Soy Gémina, ¿y tú?

— Dudo mucho que te importe. — Cogí la cuchara y me llevé un trozo de comida a la boca, rodeando su cuerpo y evitando lo máximo posible tocarla.

— La verdad es que no. Eres lista, no está bien dar tu nombre real a una prostituta. Iré al grano, ¿te quieres acostar conmigo?

— ¿Por qué crees que querría? — Maldita sea, lo que quería era que se fuese.

— Sé cuándo a una chica le va ese rollo, es un don. Y, sinceramente, por ser tú hasta te cobro menos. Eres hermosa. — Me agarró la mejilla y me obligó a mirarla. Estaba demasiado cerca y me incomodaba.

— ¿Cuánto me pedirías?

— Son cinco dracmas a los forasteros y tres a las forasteras porque me gustan más, pero a ti te pido dos. Si lo haces bien, es gratis.

— Te daré diez. — Me agarró del cuello para intentar besarme. Yo le tapé la boca—. Con una condición. — Decepcionada, escuchó—. Me vas a dejar en paz toda la noche y te vas a dedicar a emborrachar a ese soldado de ahí. — Hice un gesto con la cabeza, cosa que aprendí que era para señalar, y ella miró discretamente—. Hasta que no se tenga en pie.

— Suena a despecho, ¡me encanta! Te lo dejo en seis, que me voy a divertir.

— Trato hecho.

Contenta, me apretó el hombro antes de levantarse. Desde mi punto de vista, había salido

ganando, me quitaba a esa chica de encima y volvería a Perseo más torpe. Era perfecto para no llamar la atención. Estuve lo que me parecieron horas observándolo discretamente, estudiando sus gestos e intentando adivinar cuándo era el momento. Parecía que aquello no iba a acabar nunca.

Bajo mi experiencia, los hombres solían embriagarse más rápido, pero era obvio que ese no era como los demás. Corrieron jarras y jarras de vino, la mayoría a su mesa, una a la mía solo para tener algo en las manos y no desentonar, mientras los cánticos y su alegría seguían creciendo. Pensé que más le valía disfrutar de la noche, pues era la última en la que se iba a divertir tanto.

Gémina — si es que realmente se llamaba así— también se estaba divirtiendo mientras cumplía con mi petición, provocando a Perseo y erotizando el vino. Era buena en lo que hacía y, para ser su trabajo, estaba claro que le apasionaba más engatusar que acostarse con forasteros. Me daba la sensación de que, algún día, sería una buena timadora. No encajaba para nada con el resto de la gente del pueblo.

Poco a poco, la posada se empezó a vaciar de los lugareños que volvían a sus casas y de los forasteros que se hospedaban en el piso superior. Gémina me hizo un gesto cuando se levantaron y casi los perdí de vista, dándome a entender que era el momento. Lo cierto es que, para entonces, Perseo apenas se mantenía en pie. Había hecho un buen trabajo. Los seguí instantes después, cuando ella salía de la habitación con cuidado de no hacer ruido. Sonreía.

— Hacía tiempo que no me lo pasaba tan bien — dijo cuando nos encontramos en el pasillo.

— Gracias. Toma las diez, has hecho un buen trabajo. — Le tendí las monedas, ella las aceptó con una sonrisa.

— De nada, guapa. Si algún día quieres algo más… pervertido, llama a la puerta del fondo. Es la mía. — Avanzó hasta que le di la espalda y sentí su mano apretando mi trasero. Casi por instinto, le di un manotazo—. El polvo que me he perdido. — Se mordió el labio y continuó su camino.

Sonreí ante su sinceridad y pensé que, en otras circunstancias, quizás podríamos habernos llevado bien como amigas. Tenía un aire muy inteligente, ya que no era fácil engañar a alguien de forma tan excepcional, y era algo que podría haber aprendido de ella. Sin embargo, solo una persona tenía ahora toda mi atención y estaba a una puerta de mí. Avancé en silencio y traspasé el umbral que me llevaría a mi venganza. Mi viaje casi había acabado y no podía evitar que los nervios se apoderasen de mí.

Me distraje un poco cuando presté atención a cómo había dejado Gémina a Perseo. Estaba acostado boca arriba, atado a la cama y mirándome, como si me esperase. Cuando bajé la vista, buscando el zurrón, me di cuenta de que este no estaba y que, en cambio, me miraba con deseo contenido y los ojos le brillaban. ¿Qué clase de juego depravado le había prometido esa mujer?

— ¿Eres la amiga que me ha mencionado la otra puta?

— Sí, y no. — Me quité la capa y me vio por completo. De inmediato, le cambió la

expresión. Sabía quién era y empezó a forcejear—. No te va a servir de nada. Estás borracho y atado a conciencia.

— ¿Qué quieres? — Su voz tembló.

— Justicia. No necesitabas su cabeza, pero tu ego te hizo ser mejor que los demás invitados, ¿no? Le quitaste la vida por un capricho, igual que quien la maldijo. Nos lo arrebataste todo.

— Entiendo… Eras su amante. Estoy bien jodido.

— Mucho. — Sonreí—. No es justo que tengas una vida a cambio de la nuestra, ¿sabes? — Desenvainé la espada y me senté a su lado.

— ¿Y es justo para mi madre Dánae que me alejen de ella? — Supuse que esa mujer era la razón por la que mató a Medusa—. ¿Quiere decir esto que, cuando me mates, ella tendrá que hacer lo mismo contigo? No se acabaría nunca. Yo maté a un monstruo, a un peligro para la sociedad. Soy un héroe.

— ¿Héroe para quién, Perseo? — Le corté ligeramente el muslo—. ¿Para quien no te ha pedido tal hazaña? ¿Para quien no cree que los mitos sean reales? ¿Para una mujer que te ha tumbado a base de vino? — Se derrumbaba tan rápido que hasta me dio pena. Visto así, era muy vulnerable—. ¿Dónde está su cabeza?

— Si te lo digo, ¿me dejarás marchar? — Asentí comprendiendo que no merecía la pena cambiar mi inframundo por un cobarde como aquel—. En ese baúl. No abras el zurrón o moriremos los dos.

Me dirigí al lugar que me había señalado con el corazón agitado. No podía recuperarla, pero sentía que aquello era un momento importante porque, por fin, ambas podríamos descansar y reunirnos en poco tiempo. Ahí estaba y, tras cerrar los ojos, palpé el contenido por encima de la tela. Pude percibir una vez más, no sin llorar, el rostro de Medusa. Me asaltaron todos los recuerdos que tenía de la bestia y de su transformación y me di cuenta de que Perseo no intentaba jugármela. Era ella.

Con cuidado, me pasé la bolsa por el hombro haciendo que me rodease el cuerpo. Sentí cómo ella — o al menos su recuerdo— me abrazaba y me reconfortaba. Me quedé unos minutos quieta, con la cabeza vacía y sin saber qué hacer. Sin embargo, la voz de Perseo llamándome me devolvió a la realidad. Cumpliendo con mi palabra, no lo iba a matar, pero tampoco iba a quedar ileso. Me acerqué de nuevo a él y me senté a horcajadas sobre su cintura. Pude ver el miedo reflejado en sus ojos.

— Tranquilo, no vas a morir hoy — suspiró—. Te lo he prometido. Pero también te hice una promesa aquel día, en la cueva. ¿Lo recuerdas? — Comenzó a agitarse con desesperación—. Mi rostro será lo último que veas. Tu leyenda acaba aquí, Perseo.

Coloqué mis pulgares en las cuencas de sus ojos y, aguantando la respiración mientras apartaba la vista, apreté hasta que su sangre comenzó a impregnar mis manos. Había sido alarmantemente fácil hacer aquello y, como me temía, no me satisfizo en absoluto. Como sospechaba, la venganza no servía para hacerme sentir mejor, sino para traer la justicia que los

dioses se negaban a brindar. Me levanté instantes después y, escuchándole gimotear, le vendé la zona para que no muriese desangrado.

Salí casi al instante apremiada por llegar a la calle junto a Hippós. Cuando puse un pie fuera, vomité y, con el agua que guardaba junto a la comida, me lavé las manos frenéticamente. Había sido mucho más duro de lo que jamás podría haber imaginado, aunque ya estaba hecho. Eso me aliviaba un poco, pero no podía permanecer allí. Por ello, incluso antes del amanecer, Hippós y yo, con el mismo silencio que llegamos, nos fuimos, abandonando así Kavala para siempre.

# De vuelta a casa

Los primeros minutos cabalgamos a toda velocidad. Quería alejarme de allí tanto como me fuese posible porque no podía soportar los llantos y los gritos que me acosaban incluso cuando ya no podía oírle. Me sentí un poco mejor cuando pensé que no me había perdido del todo porque no lo maté. Quizás, pensándolo en frío, no habría podido aguantar esa carga lo que quedaba de mi corta vida y mucho menos para toda la eternidad. Había tomado la decisión correcta y eso me reconfortaba un poco.

Cuando perdí de vista Kavala, tiré de las riendas de Hippós para que dejase de correr y solo entonces me di cuenta de que estaba cansado. Para aliviar su carga, me bajé y continué a pie a su lado, abrigada por el calor que me daba con su cuello. No sabía si él podía profesar amor o apego, pero siempre estaba junto a mí y sentía que me apoyaba. O quizás solo era mi necesidad, que me hacía imaginar cosas donde no las había. Sin embargo, no me despegué de él en ningún momento.

Respiré profundo para calmarme, aceptando así lo que había ocurrido y que, como todo lo demás, ya no tenía remedio. Perseo iba a pasar el resto de su existencia siendo ciego y yo sabía bien que aquello no era una tragedia. Se acostumbraría y podría llevar una vida del todo normal. Al fin y al cabo, no le había quitado todo, le quedaba su riqueza y un hogar y, si rescatar a su madre era realmente su destino, lo haría, con o sin la cabeza de Medusa. La cabeza…

Me llevé las manos a la cadera, reparando de repente en el peso adicional que llevaba. Se me había olvidado por completo que aún la tenía y debía enterrarla. No quería que nadie más la aprovechara para extorsionar o para ganar guerras ya que, por desgracia, quienes la querían no veían a una persona en ese rostro, sino a una mera herramienta con la que conquistar tronos. Por respeto a su memoria, no iba a permitirlo. Acaricié el zurrón como si de su rostro desnudo se tratase y la eché de menos. Su tacto jamás había sido tan frío.

Me salí del camino en busca de un buen sitio donde enterrarla. Por suerte, ese lugar era bastante boscoso, por lo que solo debía encontrar la zona adecuado. Me adentré en la espesura, lejos de las miradas recelosas de los comerciantes de la ruta y de la infinita codicia humana, pues nadie debía saber nunca dónde estaba. Anduve hasta una parte a la que solo se llegaba a propósito y, cuando divisé una familia de conejos y unos cuantos pájaros sobrevolando los árboles, supe que ese era el sitio indicado.

La luz que se colaba a través de las hojas le otorgaba un color especial. Era casi como el verde de los ojos de Medusa que una vez imaginé. Los pájaros entonaban melodías alegres, como si continuase siendo primavera y no se hubiese ido hace mucho. Como si aquel lugar fuese bello y eterno, igual que ella en mi recuerdo. Definitivamente, allí era donde la otra parte de Medusa debía descansar. La dejé a los pies del árbol más alto y, considerando que era más apropiado que una flor, dejé una verdura de su huerto sobre la tierra que removí. Siempre había amado ese lugar, y estaría siempre con sus dos mitades.

Lloré su muerte una vez más, en silencio, de rodillas en su tumba y con Hippós empujando mi espalda con su hocico. Quería animarme. Pensé que con el paso del tiempo ese

dolor, al igual que los demás que me habían atormentado a lo largo de mi vida, desaparecería, pero solo aumentaba conforme pasaban los días. Mentalizarse de que no iba a volver y aceptarlo eran dos cosas muy distintas, y la segunda era especialmente dolorosa. ¿Cómo se aceptaba la muerte de mi único ser querido?

— Mañana estaremos juntas, te lo prometo. — Acaricié la tierra con ternura—. No lo soporto más.

Me levanté rápido y me sequé la cara con las muñecas. No iba a llorar más porque no quería hundirme antes de terminar. Con decisión, agarré las riendas del caballo y lo conduje de vuelta al camino. Me resultó fácil orientarme con la vista, pues reconocía las formas de los árboles y mis propias pisadas en la hierba. Sin embargo, no me parecía sorprendente, solo me ahorraba un poco de tiempo. Mi anterior yo habría tardado un poco más, pero hubiese llegado al mismo sitio. No era nada especial poder ver, al menos no para mí.

Cuando volví al camino ya se estaba poniendo el sol, por lo que el frío comenzó a hacerse paso en el aire. Avanzamos un poco más hacia el oeste hasta que se hizo de noche y acampamos cerca de otros comerciantes. Eran una familia encantadora porque no quisieron entablar conversación conmigo, y lo agradecí. Esa noche, en mi cabeza solo rondaba una cosa, un sitio al que quería llegar: Salónica. Apenas cené pensando en ello y, al final, tampoco pude dormir. Solo observaba el fuego crepitar y comerse la madera — cosa que descubrí poco tiempo atrás y que daba sentido a que se crease la ceniza—, esperando el amanecer.

Este se hizo de rogar o, quizás, es que sentía que no pasaba el tiempo. Era curioso porque ese día, más que nunca, deseaba que pasase rápido, pero esa expectativa era precisamente la que lo ralentizaba todo. Tomé un desayuno frugal y alimenté a Hippós cuando el sol comenzó a aparecer tímidamente tras las montañas, cubriendo el horizonte de un tono especial. Después, sin más dilación y sin molestar a quienes seguían durmiendo, abandoné el lugar.

No sabía, en realidad, qué esperar de aquel día, si bien sabía cómo quería que terminase. La duda agitaba mi interior cuanto más cerca estábamos, pero mi corazón pareció calmarse repentinamente cuando llegamos a Salónica. Aunque no lo sabía con certeza, era probable que hubiese recorrido esa misma ruta para huir de mi hogar. Era irónico que mi propósito fuese volver. Por primera vez en toda mi vida, decidí disfrutar de sus calles arrebujada en mi capa.

Era muy alegre, en general. Los vecinos hablaban muy alto y los niños correteaban y jugaban por todas partes, como mil veces había escuchado desde la ventana del andrón. Los niños con los que yo quería jugar eran ya adultos, probablemente padres de los que ahora llenaban las calles, pero fue un poco doloroso ver lo que me había perdido durante años. Podría haber sido como ellos, con un nombre y amada por una madre cariñosa, e incluso haber tenido hermanos. No sabían la suerte que tenían de pertenecer a una familia.

También parecía haber una fiesta, pues el vino corría por las calles y las barbas de los hombres sin control, animados por el ambiente general y la música. Recordé, de repente, una vez en la que le pedí a Proteus asistir a una fiesta con él, cuando era pequeña. Él solo se rio y me dio toda la ropa que debía lavar, alegando que era demasiado joven. Sin embargo, ahí había niños de la mano de sus padres, jugando a algo que era incapaz de identificar. No me sorprendía haber sido engañada, ya no.

Los comercios, ese día, estaban regentados por mujeres y ancianas y reconocía la voz de algunas. A la mayoría las había escuchado porque pasaban por la calle y hablaban entre sí, y a otras porque visitaban a Cyrilla y tenía que permanecer escondida, escuchando sus conversaciones, hasta que se iban. De pequeña, sus voces no me agradaban y tenían algo que me hacía desconfiar, pero viéndolas parecían buenas personas. Tenía razón: era un mundo peligroso y confuso. Y comenzaba a oler a algo que me era extremadamente familiar.

— Eh, pequeño. — Paré a un niño que tenía un aire inteligente en el rostro—. ¿Sabes dónde viven Proteus y Cyrilla?

— No sé… Pero podría saberlo. — Alzó la mano e hizo un gesto con los dedos, enseñándome la palma.

— Si te doy dos dracmas para la fiesta, ¿lo sabrías?

— Sí. — Rebusqué en la bolsa y se las di—. Es esa de ahí. — Señaló la que estaba a mi espalda.

— Muy listo, chico. — Sonreí. Iba a ser de armas tomar de mayor—. Gracias.

Bajé de Hippós y, por primera vez en mucho tiempo, el corazón se me anudó en el pecho y amenazó con salirse. No importaba cuánto tiempo hubiese pasado ni cuánto hubiese progresado, esa casa era una herida abierta que jamás sanaría. Respiré profundo mientras ataba al caballo en el poste y, conteniendo la respiración, abrí la puerta. Sorprendentemente, no había nadie en la entrada.

Me tomé mi tiempo para mirar aquello que me había rodeado durante años y, concentrándome en mis manos mientras observaba, me di cuenta de que nada había cambiado. Mi ausencia no hizo ninguna diferencia y me di cuenta de que, para ellos, era tan insignificante como afirmaban que era. Sonreí melancólicamente ante ese pensamiento, pues toda mi vida, la primera al menos, no había tenido ningún sentido. Mi más importante cometido era mantener el fuego encendido y ahí seguía, como una llama eterna.

El espacio, por otro lado, me dio la sensación de que era un poco lúgubre. Antes no era consciente, pero ahora me daba cuenta de que la luz parecía escapar del interior y que el aire, comparado con el de fuera, estaba viciado. Casi todo estaba en su sitio, excepto una banqueta que solía estar en ese lugar cuando me querían hacer tropezar. ¿Qué sentido tenía dejarla ahí? No tardé en encontrar la respuesta cuando una niña de unos ocho años, apresurada, corría hacia el andrón y se tropezó. Acto seguido, aunque le dolían las rodillas, se levantó rápido, la puso en su lugar y continuó su camino. Me daba mala espina, porque era como verme a mí misma.

La seguí sin hacer ruido, ocultándome entre las abundantes sombras del pasillo, hasta que la vi entrar al andrón. Algo me escamaba. Otra niña, la hora, la edad… No, no podía quedarme ahí sin hacer nada. Me acerqué a la habitación, deseando equivocarme y rezando porque así fuese. Pegué la oreja a la puerta, que estaba totalmente cerrada, esforzándome por escuchar lo que estaba ocurriendo.

— Es nuestro nuevo secreto. — Esa inconfundible y áspera voz se escuchaba como un murmullo lejano—. Como lo de la comida…

No pude escuchar más. Sin pensar en nada, sin recordar el motivo por el que estaba allí, irrumpí en la habitación, aún ataviada con mi capa, haciendo uso de una fuerza descomunal para tirar la puerta abajo. La sensación que me invadía, además de la rabia, era similar a la que tuve cuando derroté a Medusa como bestia. Me sentía incontenible. Ante el desconcierto inicial de Proteus, agarré a la niña delicadamente por el brazo y la aparté de él. Mis sospechas eran ciertas. La niña era ciega y, probablemente, mi sustituta en tan miserable vida.

— ¿Quién eres? ¿Qué quieres?

— ¿No me reconoces? — Me quité el gorro de la capa y cerré los ojos. Quería que creyese que nada había cambiado.

— Eres tú — respondió sorprendido—. Cyrilla me había dicho que habías muerto de hambre. Has vuelto a casa, mi niña. — Se acercó a mí. Su olor era repulsivo.

— ¿Qué ibas a hacer con ella? — Aparté la cara, estaba demasiado cerca.

— Pasárnoslo bien, como tú y yo solíamos hacer. Nada ha sido lo mismo sin ti. La otra esclava no sabía jugar, así que cuando encontré a esta niña… Se parece tanto a ti... — Quizás, mi expresión hizo que perdiera el coraje al hablar—. Te he echado de menos.

— ¿Creías que yo lo pasaba bien?

— Siempre hacías ruiditos, así que imaginé que sí. De hecho, podríamos divertirnos una vez más. — Llevó mi mano a su entrepierna, repulsivamente excitado.

Por toda respuesta, decidí abrir los ojos y, con la furia ardiendo en mi interior y la sorpresa reflejada en su cara, como si en una fracción de segundo hubiese entendido muchas cosas, apreté su sexo hasta que crujió entre mis manos. Cayó al suelo y empezó a gritar de dolor mientras se retorcía, como si hubiese olvidado cómo usar su cuerpo por completo. Por primera vez, infligir un dolor que no había planeado me hizo sentir bien, si bien el motivo no era otro que la justicia poética.

— Que te quede claro, Proteus. Eras y eres un violador de niñas. Todo aquello lo hiciste por tu propio interés, porque no eres capaz de ser una persona decente. Espero que eso que te ha pasado no te deje hacer daño a ninguna niña más después de mi ausencia y que, cuando te toque, Hades te juzgue y te lleve al Tártaro.

A pesar de la oscuridad de la habitación, sentía que la cara de Medusa brillaba en mi pecho, casi como si estuviese orgullosa de que hubiese salvado a alguien ese día. Salí de la habitación sin arrepentimientos y, tras tranquilizar a la pequeña con mi voz, la agarré de la mano y la conduje al campo, donde los esclavos labraban incesantemente las tierras intentando exprimir al máximo lo que quedaba de cosecha.

Cuando repararon en mí, un murmullo general llenó mis oídos. Sus voces no me sonaban, eran otras personas y, quizás, los esclavos que conocía ya habían comprado su libertad. Se sorprendieron al verme de la mano con la niña, porque era muy probable que nunca saliese excepto para ser castigada. Uno de ellos, sin embargo, era alto y corpulento. Destacaba muy por encima de los demás y, sorprendido, se acercó con unas pisadas pesadas a mí. Lo reconocería hasta en el último recoveco del mundo. Arsen.

— Muchacha. ¡Has vuelto! Y estás… Ya no eres… ¿Qué?

— Me alegro de verte, amigo. Tengo muchas cosas que contarte y un favor que pedirte.

Le conté todo lo que había ocurrido en esos meses, incluido que tenía un nombre y quién me lo había puesto. Lo que viví, lo que aprendí, de quién me enamoré. También cómo la perdí y cómo llegué hasta allí. Él escuchó, casi como un padre paciente, y podría haber jurado que aquello de sus ojos era emoción y tristeza. Comprendía esa dualidad. No podía evitar estar feliz por mí, porque había sobrevivido y porque había crecido, pero había perdido lo único que me había importado en la vida.

— Antes, solo venía a pedirte una cosa, pero ahora me veo obligada a pedir dos, si no es mucha molestia.

— Lo que sea por ti, Helena. — Parecía que habían pasado siglos desde que alguien había pronunciado mi nombre. Era extraño.

— Quiero que cuides de esta niña. Y quiero que me entregues a Cyrilla. Que le expliques que fallaste en tu tarea y que es ella quien debe hacerlo. Así podré cerrar el círculo.

— No puedo sentenciarte a muerte.

— No lo aguanto más, Arsen. Es una agonía continua que me come, me susurra y me destroza cada día más. No lo entenderías.

— Sí que lo entiendo — dijo en un susurro—. Yo también he perdido a alguien a quien amaba. Fue duro, demasiado, pero encontré un propósito. Ella era esclava, ¿sabes? Por eso libero a todos los que puedo, para que tengan la oportunidad de vivir.

— Ella era un ser mitológico, ¿a cuántos puedo ayudar yo? No tengo propósito.

— Tienes razón… Deberías hablar con Cyrilla. Pero no para morir, sino porque hay algo que, quizás, pueda llamarte la atención. Medusa te dijo que su sangre valía para algo, ¿no? Creo que ella te puede ayudar a averiguar para qué.

— Está bien. Pero, si no me convence, yo misma le pediré que me mate.

Esperé allí, sentada al cálido sol, viendo cómo los hombres labraban el campo. Sostenía a la niña entre mis brazos y ella, sintiéndose segura por primera vez en su vida, se durmió mientras le acariciaba el pelo. Ella, con toda probabilidad, no sabía cuán cruel era el destino que acababa de eludir. Me reconfortó pensar que ya no lo tendría que averiguar.

Cuanto más la miraba, más similitudes encontraba en su físico con el mío. Muy delgada, con el cabello del color del sol, sucia, débil y con los ojos blancos. Tenía hematomas en las piernas debido a las numerosas caídas que debía de experimentar a diario. Miré su espalda y, con alivio, no había marcas ni cicatrices de latigazos. Era, a ojos de Cyrilla, una niña buena, y sonreí al pensar que no iba a pasar por nada de lo que yo viví. La llamé Cara, pues su mayor rasgo era su inocencia y, como a mí, no le habían puesto nombre.

Cuando entró la tarde, los esclavos recogieron todos los utensilios de labranza que yo solía reparar. Estaban desgastados y desvaídos. Después, una mujer de mediana edad salió al campo de cultivo, altiva y furiosa, buscando algo, o a alguien. Cuando me vio, se dirigió

directamente a mí con ira contenida. No conocía su cara, pero sabía quién era. Era obvio que había visto el estado en el que se encontraba Proteus y que él le había avisado de mi presencia. Ya no me merecía la pena esconder mi reciente visión. Por el contrario, cargué a Cara como soñé que mi madre solía hacer conmigo y me puse en pie. Cuando estuvo a mi lado, me di cuenta de que me había vuelto mucho más alta que ella. Ya no era imponente.

— Tú… — Alzó la mano para intentar abofetearme y la agarré firmemente de la muñeca.

— No es el momento, la niña duerme. — Se zafó de mí, enfadada.

— Otra inútil como tú.

— Se llama Cara, y yo Helena. Intenta ser civilizada por una vez en tu vida.

— Está bien — dijo tras resoplar por la nariz como un toro, entendiendo que, en ese momento, no le tenía miedo—. Tienes los ojos grises — añadió cambiando de tema.

— Es una larga historia.

— Supongo que nada es imposible para un semidios. — ¿Cómo sabía lo que me hizo Perseo? —. Sígueme, parece que hay muchas cosas que todavía ignoras.

Me desconcertaba su actitud. Me odiaba, era obvio y, aun así, parecía dispuesta a hablar conmigo ignorando esos sentimientos. Necesitaba averiguar cómo sabía qué había hecho antes de llegar allí, si la ceguera de Perseo había trascendido tanto que la noticia llegó a Salónica. Si para recuperar su fama se jactó de darle su visión a una ciega. Y necesitaba saber por qué el ambiente, de repente, había pasado a ser tan cargado y solemne. Por primera vez desde que recordaba, Cyrilla tenía toda mi atención y estaba dispuesta a escucharla hablar.

# Destino

El silencio reinó durante todo el trayecto. Parecía que la *oikós* se había hecho veinte veces más grande, pero pronto entendí que esa percepción era causada por mi propia incertidumbre. Tenía ansias por saber qué era tan importante como para que hubiese una tensión tan grande en el ambiente, para que Cyrilla fuese tan complaciente y estuviese dispuesta a hablar conmigo. Cuando llegamos a la entrada de la casa, tomó una dirección que me hizo sentir insegura, pues me había sido vetada de por vida.

Apenas reconocía ya el pasillo a pesar de que avanzaba tocando las paredes. Ni siquiera guardaba en mi memoria el olor, y es que hacía más de diez años que no había estado allí. La decoración era tan triste como el resto de las habitaciones, aunque estaba un poco mejor iluminado a esa hora del día. Me di cuenta de que allí no había ninguna esclava adulta, lo cual era raro. ¿Qué habría pasado con la chica que me curó las heridas? Probablemente, no lo sabría nunca.

Me di cuenta de que, además, Cyrilla no caminaba como de costumbre. Sus pasos eran mucho más ruidosos y estaban desacompasados porque cojeaba. Además, vi cómo era una cojera bastante severa. Fijándome bien, era mucho mayor de lo que recordaba a través de mis otros sentidos, como si hubiese caído en una inminente decadencia desde que me fui. No me daba pena, pues unas cuantas dolencias de anciana no eran algo por lo que sentirla, pero sí que me pareció curioso.

Paró frente a una gran puerta de madera ornamentada con motivos parecidos a las esculturas. Esa era la entrada a su habitación, donde años atrás Erianthe y ella habían mantenido un romance a espaldas de Proteus y donde hice que su odio hacia mí fuese más intenso por una insignificante toga. Estaba bien recogida y el fuego encendido, lo cual le daba a la estancia un toque cálido y acogedor que no se correspondía con el carácter de su dueña. Parecía de otra mujer.

— Deja a la niña en el lecho y ven conmigo.

Su tono me pareció sorprendentemente suave y su petición muy extraña. Quería que Cara, una esclava ciega, descansase en algo que era de su propiedad. ¿De verdad esa era la tirana que yo conocía? Por su primera reacción cuando me vio, sí que lo creía, pues era casi de esperar que quisiera darme una bofetada. Sin embargo, ver ante mí a una mujer cuerda, calmada y con buenas intenciones no era algo que pudiera haber llegado a imaginar.

Cara se quejó un poco cuando la posé sobre la cama y, cuando la tapé, sonrió levemente y se encogió sobre sí misma. Antes de irme, le aparté el pelo del rostro y le acaricié la mejilla, disfrutando de su suerte con empatía. Me hacía sentir algo en el pecho haberla ayudado, lo cual percibía como bueno. Cyrilla me miraba, esperando a que me reuniese con ella y, cuando lo hice, me di cuenta de que ambas estábamos paradas frente a una vasija reparada con dibujos. La recordaba.

— Nunca tuvo un valor real — dijo de repente—. No se la compramos a un gran artesano y ni siquiera es de arcilla de calidad. — La agarró entre sus manos, admirándola con lo

que creía que era pena—. Proteus la hizo para mí, para guardar algo importante.

Tras unos instantes, soltó la pieza y, una vez más, se rompió en el mismo suelo que la primera vez. Cerré los ojos con miedo, como si me hubiese atacado el reflejo de mi recuerdo y, cuando los abrí, me di cuenta de que no había sido el fin del mundo. Cyrilla no estaba triste ni enfadada, solo esperaba a que llevase la vista abajo. Algo brillaba entre las piezas rotas, lo cual llamaba mi atención.

— Llevabas esto el día que te encontramos. — Se agachó para recoger la pieza. Pude distinguir que era un pequeño brazalete de oro, pues jamás podría olvidar ese color, y me lo tendió—. No parece especial, ¿verdad? Pero tampoco podía dejar que lo encontrases.

— ¿Adónde quieres llegar? Yo he venido aquí para…

— Cállate. — Ahí estaba ese tono de nuevo. Sí que era ella—. No parece especial, solo algo de una niña rica perdida. Pero luego nos fijamos mejor en el símbolo que llevabas y no se correspondía con el de ninguna familia aristocrática: un mochuelo cazando a una serpiente. También tiene una inscripción. No sabes leer, pero…

— Sí que sé. — La interrumpí—. Alguien a quien quiero, incluso ahora que no está, me enseñó. No te atrevas a decir lo que puedo y no puedo hacer. — Calló con la mirada brillando. No sabía si era rabia o escepticismo—. «ΌΛΥΜΠΟΣ». ¿Qué tiene que ver el Olimpo aquí?

— Es una marca divina. Muy pocas personas en Grecia poseen estos dones, pues son símbolo de protección y amparo de los dioses. En tu caso, tenías el favor de una diosa en concreto, pues el mochuelo es su insignia.

— Atenea — dije quedamente.

Un mal presentimiento recorrió mi espalda y, soltando el brazalete — pues para mí no tenía ningún tipo de valor— comencé a quitarme la coraza que Medusa me había obsequiado. La coloqué con cuidado en el suelo y, tras asegurarme de que no se iba a caer, me deshice del cinto de la *xiphos*. Casi con ansiedad, levanté mi ropa para dejar a la vista algo que a Medusa, mucho tiempo atrás, le había provocado pánico. Mi marca de nacimiento, un mochuelo.

— Eres su hija, una aberración semidivina y antaño ciega.

No, no era posible. Todo aquello era una mala pesadilla en la que Cyrilla había vuelto a aparecer para destrozarme antes de matarme. Yo no podía estar emparentada con una diosa. No podía con… Atenea. Ella provocó todos los males de la persona que yo amaba y era algo que jamás podría perdonarle. Ella no podía ser mi madre, no. No podía ser la persona que comenzaba a recordar.

La mujer de mis sueños era cálida, cariñosa y buena, no… ella. No era posible, no cuando Atenea era una diosa casta y dedicada a la sabiduría. No cuando la odiaba profundamente. Mi madre era mortal y, por algún motivo, me había abandonado mucho tiempo atrás. Me había dejado con dos personas que hicieron todo lo posible por tenerme muerta en vida. ¿Amparada por los dioses? ¿Amparada por Atenea por ser su hija?

— Mientes — lo dije a media voz sin siquiera sonar convencida.

— Sabes que no. Lo sientes en tu interior. Estuve años observándote, ¿sabes? Tenías una fuerza y una inteligencia que no era normal para alguien como tú. Te hice pasar hambre, golpes de calor, heladas a la intemperie y latigazos, pero nunca moriste. Y has recuperado la vista por tu cuenta. ¿Cuántas evidencias necesitas?

— ¿Por qué me hiciste pasar por eso? — El resentimiento se abrió paso a través de mi corazón mezclándose con los sentimientos confusos que ya tenía.

— Porque no podía concebir que alguien como tú fuese producto de los dioses — respondió casi escupiendo—. Me quitaste a Erianthe y después a Proteus. Quería castigarte, e incluso quise matarte muchas veces, pero nunca se me permitió hacerlo. Por eso mandé a Arsen a hacerlo, porque a él no se le había prohibido dañarte. Fui tonta al fiarme de él. Te odiaba por cómo eras y te sigo odiando.

— Era una niña. No podías odiarme por algo que no comprendía y no puedes odiarme por lo que él hizo. La vez que nos viste no fue la primera. — Me miró sorprendida y con un toque de ira—. Me obligó a hacerlo desde que cumplí los ocho años. ¿Crees que sabía lo que estaba pasando? ¿Que le seduje? ¿Que quería hacerlo? Eres muy ingenua o muy estúpida si crees que alguna de las respuestas es afirmativa.

— Aun así, no me arrepiento — dijo con dos lágrimas recorriendo sus mejillas en silencio. Su voz no temblaba—. Pero aquí estás y este era mi cometido. Ya he cumplido, así que fuera de mi casa. — No me miró para decirme lo último.

La observé detenidamente, evaluando a la persona que tenía delante. Estaba dolida y me tenía rencor, pero no sentí que nada de lo que me dijo fuese mentira. No podía creerlo, más bien no quería hacerlo, pero lo que ella afirmaba daba sentido a muchas de las cosas extrañas que me habían ocurrido desde que salí de aquel lugar. Aprendía muy fácilmente y, como Medusa me dijo una vez, no era normal que mi cuerpo cambiase tan rápido y que fuese tan diestra con las armas. Además, esa fuerza que me recorría el cuerpo y que igualó a Perseo en batalla… quizás no fue producto de la necesidad y la desesperación.

Aunque en un principio lo había pasado por alto, recordé que Medusa, además, añadió en su carta que siempre supo quién era yo. ¿Ella sabía todo aquello? Comenzó, entonces, a cobrar sentido que me mencionase sendas veces que algunas cosas en mí no eran normales. No intentaba destacar mi rareza, sino que yo la notase y me diese cuenta de algo. De que era una… semidiosa.

Recogí de nuevo el brazalete y lo miré fijamente. El mochuelo cazaba a la pobre y desprevenida serpiente y, al final, una última cosa encajó en el rompecabezas en el que se estaba convirtiendo toda mi existencia. Quizás, no era imaginación mía que el mochuelo me hubiese hablado. Había estado allí aquella noche comandando al grupo de Perseo, amparándole y dándole su bendición, pero también se aseguró con una simple orden de que yo no muriese. Ese pájaro irritante y odioso era el emisario de Atenea. Ella comandó la muerte de Medusa.

Creció en mí una rabia descontrolada cuando llegué a esa conclusión. Atenea no quería ver a su hija con su mayor error de juicio y se aseguró de que así fuese. Quizás, tendría que haberme afectado más ponerle un nombre a todo lo raro que había en mí, que mi origen estaba relacionado con los dioses, pero, en ese momento, me di cuenta de que mi viaje no había

acabado, pues Cyrilla no me iba a dar lo que quería. Decidí entonces cómo quería morir realmente: matando a mi supuesta madre.

El brazalete era ya demasiado pequeño, por lo que lo porté como una pulsera para que ella supiese que había descubierto todo cuando la encontrase y por qué la había buscado. No sabía cómo, cuándo ni de qué forma, pero moriría matando a una diosa. Alcé la vista llena de furia y Cyrilla se apartó de mi camino como si fuese consciente de que, si se cruzaba, no iba a salir bien parada. Solo una pequeña despertando de su sueño apaciguó ligeramente mi corazón cuando la vi.

— Cara, escúchame — dije acopiando la poca bondad que tenía para dirigirme a ella—. He hablado con Cyrilla y la he convencido de que ella y Proteus te tengan como una princesa hasta que yo vuelva.

— Yo no he… — La fulminé con la mirada y tembló.

— No te van a insultar ni pegar más, te van a dar de comer y a vestirte todos los días y te van a tratar como si fueses su hija. Hasta que yo vuelva — repetí mirándola fijamente, ella asintió en silencio sabiendo que aquello era una amenaza.

— Helena. — Alzó su pequeña mano para alcanzar mi cara, yo la guie —. ¿Volverás pronto?

— Sí.

— No es verdad. Sé cuándo la gente miente. No quiero que te vayas. — Comenzó a llorar.

— Es verdad, miento. No sé cuán largo será mi viaje, pero tengo que partir. Tú eres una jovencita muy fuerte y seguro que volveré antes de que te des cuenta.

Me abrazó sabiendo que era muy probable que no volviese, pues esa era mi idea. Mi camino, de una manera u otra, iba a acabar en el hades y ese era un lugar del que nunca se regresaba. Acaricié su corto cabello y ella sonrió, conforme en su inocencia infantil con mi falsa promesa. Después, me encaminé a la puerta y, con algo de culpa, me di la vuelta para observar una última vez a la mujer que, por desgracia, me había criado, sintiendo que sí que había una única cosa que le debía.

— Siento mucho lo de Erianthe. Ahora sé cómo se siente el perder a la mujer que amas. — Me miró altamente sorprendida al darse cuenta de que mi empatía no era solo de palabra, sino de haberlo experimentado—. Pero ella no murió. Tal vez puedas encontrarla algún día.

Caminé más lentamente de lo que me hubiese gustado tras recoger mis cosas para huir de aquel lugar. Años después y ya sin ser una niña indefensa, el gineceo seguía produciéndome un malestar difícil de explicar y agradecía que el aire hubiera dejado de ahogarme. Además, seguía pensando en lo que acababa de descubrir y en que todo lo que me estaba ocurriendo parecía una de esas tragedias patéticas del teatro en las que el héroe, ya revolcado en la desesperación, obtenía un desenlace fatal. Solo que aquello no era una historia, sino mi vida.

Aunque no estaba del todo oscuro, los grillos comenzaron a cantar avisando de que la noche se cernía sobre el mundo. Acudí al poste donde me solían atar y me senté bajo su abrigo.

Flexioné las rodillas y escondí la cara para huir de todo, aunque fuese por un momento. Por primera vez en días y en el lugar menos esperado, encontré paz y, por un instante, deseé quedarme así para siempre, en una nada eterna y oscura en la que no había problemas, semidioses o amor. Donde podía imaginar que todo estaba bien.

El momento, sin embargo, fue más corto de lo que a mí me hubiese gustado, pues unas pisadas paternales interrumpieron el estridular de los insectos e incluso la brisa que acariciaba mi cuerpo. Acto seguido, el dueño de estas se sentó a mí lado y esperó en silencio y mirando al cielo a que saliese de ese vacío. Quizás, en esa situación y sabiendo de dónde venía, solo él podría haberme sacado de allí. Miré al cielo, como él, y me di cuenta de que la sonrisa se había hecho más grande.

— Es la luna. Intuyo que no sabías que existía hasta que la viste.

— La verdad es que no... Me gustaría estar viéndola con ella, o no verla en absoluto, pero con ella.

— Al menos no estás sola. — Pasó una mano alrededor de mis hombros. Era cálido y reconfortante—. Proteus se merecía lo que le has hecho. Está en cama, atendido por un demiurgo para arreglar su… ya sabes. Ojalá no pueda.

— Ni siquiera se merece que le estén intentando curar. — Callé con un silencio que se hizo casi eterno—. Soy hija de Atenea. — Por primera vez, lo decía en voz alta. Fue extraño y casi ajeno, pero se sentía verdadero al decirlo en voz alta.

— Lo sé, pequeña. Tras morir mi mujer, acudí a cualquiera que pudiese ayudarme a recuperarla. Oráculos, templos… Y todos me dieron la misma respuesta. No se puede revivir a los muertos. Me sentía sin propósito, sin cometido, como tú ahora, y acudí a las Moiras.

— ¿Quiénes son?

— Átropos, Laquesis y Cloto. Muchas personas las llaman las Hermanas del Destino. Ellas son quienes determinan qué nos va a ocurrir a todos, incluso a los dioses. Se dice que el mismísimo Zeus está a su merced, pues el destino es algo que no se puede eludir. Me costó mucho encontrarlas porque no son diosas que se aparezcan por cualquier motivo. Y me condujeron a ti, a este momento, para decirte que las busques y que, cuando las halles, encontrarás las respuestas que anhelas.

— No quiero respuestas, Arsen. Quiero morir y reunirme con ella.

— Es lo que quieres, pero ¿es lo que necesitas? — Callé durante unos minutos sin estar segura de qué contestar—. He estado veintitrés años esperando a que llegase el momento en el que la hija de Atenea recurriese a mí para morir, para guiarte a hablar con Cyrilla y darte este último mensaje. Estoy convencido de que eso significa algo. No debes morir. Al menos, no hoy. Siento que estás destinada a algo grande.

— Si las encuentro, si me dicen qué se supone que debo hacer, ¿podré ponerle fin a mi vida en paz?

— No lo sé — respondió con sinceridad—. Pero creo que merece la pena intentarlo.

Las palabras de Arsen hicieron que me calmase y que todo cobrase un sentido en mi cabeza. Si había conocido a Medusa, si había llegado hasta allí a pesar de que pensaba que no iba a volver jamás, no era casualidad. Todo lo que había pasado, todo lo que había descubierto, parecía tener un sentido que iba más allá de ello y, tal vez, todo formaba parte de un propósito mayor. Decidí en ese momento que usaría mi poder para averiguar de qué se trataba mi destino, pero no iba a dejar que me guiara ciegamente, pues yo lo forjaba tanto como las Moiras.

Quizás, Zeus no era capaz de eludir lo inevitable y por eso las temía, pero, cuando las encontrase, sería yo quien designaría mi camino. Decidida, me levanté y, acunada por la tenue luz de la luna, volví a entrar por última vez en la *oikós*. Hacía mucho que ese no era mi hogar y, al contrario que la vez anterior, el temor no me atribulaba. Tenía un propósito, un objetivo casi claro en mi mente, y eso me daba fuerzas para continuar.

Haciendo uso del derecho que creía tener por tantos años de malnutrición, empaqueté todo lo que podía caberme en el zurrón de Hippós, comida para una larga temporada sin cazar, así como zanahorias y heno para darle aquella noche. Él estaba contento; no parecía importarle la tensión y el ambiente que se había generado entre esos muros. A veces, envidiaba la sencillez de su cerebro, ya que era más feliz que cualquier ser humano.

Vencida por el sueño, ya que no había dormido desde hacía mucho, decidí quedarme a descansar en el establo, una vez más, acurrucada en su lomo y arropada por su calidez. Fue, no obstante, un sueño bastante inestable. No podía librarme de la negatividad que me transmitía aquel lugar y, probablemente, nunca lo haría. Había sitios que estaban malditos, aunque no se pudiese ver. Por ello, decidí comenzar el día al alba, cuando el sol acarició mis ojos.

Tiré de las riendas de Hippós para dirigirlo al exterior, donde las calles aún dormían y el agua se acumulaba en forma de nube en el suelo, mojando mi piel y produciéndome escalofríos. Cerré la verja de madera que delimitaba el terreno de mis antiguos amos y monté a caballo, siendo testigo de cómo el horizonte despertaba. Era una de las pocas cosas hermosas por las que merecía la pena ver el mundo.

Ya lejos, escuché mi nombre traído por el viento, pronunciado por una voz profunda y amigable. Me di la vuelta buscando a la persona que lo había dicho y vi a Arsen con Cara en brazos agitando la mano en alto. Ella estaba vestida como una princesa y él sonreía con alivio. Sonreí e imité su gesto; ambos iban a estar bien sin mí. Casi por instinto, bajé la vista para encontrarme con el rostro de Medusa y acaricié su mejilla anhelando que no fuese una imagen de metal.

— Siento romper mi promesa, Medusa, pero todavía no puedo reunirme contigo. Espera un poco más por mí. Llegaré.

# Piedras en el camino

Dos semanas habían pasado desde mi encuentro con Arsen y nada había cambiado. La ruta comercial era monótona estando a solas, ya que mi único compañero no tenía la capacidad de entretenerme hablando y, salvo algún que otro comentario esporádico que me respondía relinchando — en especial cuando mencionaba la palabra «comer»— el silencio era lo más común. Era otra de las cosas que añoraba de Medusa, ya que con ella nunca murió la conversación y, en retrospectiva, no supe valorarlo lo suficiente.

Mi rutina se veía rota cuando, de vez en cuando, los mercaderes que transitaban junto a mí los caminos necesitaban algo. Pronto aprendí que era bastante común entre ellos intercambiar víveres porque su trabajo así lo requería, ya que los caminos entre ciudades eran bastante largos y, tarde o temprano, debían recurrir a otras personas. Me pareció curioso y hermoso al mismo tiempo, único de ellos. A pesar de ello, me hicieron partícipe de todo. Por otro lado, a mí no me vino mal, pues iba ligera de equipaje y, a cambio de algunos servicios, obtenía comida para un par de días. No tenía por qué posponer mi viaje a ninguna parte.

Era, por otro lado, frustrante. Los días pasaban y yo parecía no tener rumbo a pesar de estar buscando algo muy concreto. Además, no haber viajado nunca por las zonas que empezaba a descubrir tampoco ayudaba. Mi única pista era ese mapa con una ruta que ya no necesitaba marcada, y tampoco tenía la certeza de que lo estuviese utilizando de forma correcta o de que realmente me fuese a llevar a alguna parte. Por primera vez, incluso más que cuando que descubrí el exterior por mi cuenta, me sentía perdida.

A causa de eso, tenía mucho tiempo para pensar. La mayor parte del tiempo solía imaginar situaciones en las que volvía a estar con Medusa. Imaginaba un prado, verde como sus ojos, bañado por el sol del amanecer. Nosotras estaríamos en un campamento improvisado, apenas despertando y, por primera vez, mirándonos a los ojos sin temer que ella me convirtiese en piedra. Mis manos, recordando su tacto, solían llevarme a ese lugar a acariciar su piel desnuda bajo las mantas del lecho. Ella, en ese momento, sonreiría, aún somnolienta, y me daría los buenos días con un beso. Ya estaba perdiendo el recuerdo del sabor de sus labios.

Otras veces, pensaba en mí misma y en lo que era. No había sido fácil de admitir en un principio, ya que deseaba no ser nadie por encima de ser la hija de Atenea. Sin embargo, a pesar de mis deseos, algunas cosas no se podían cambiar. De una manera u otra, debía aceptarlo porque seguiría siendo así, me gustase o no. Reflexioné que lo más inteligente sería usar la fuerza y la inteligencia que heredé para cumplir mi cometido, el cual no era nada fácil. Tenía que engañar a la diosa de la sabiduría para que las dos muriésemos en combate y cerrar la historia que se puso en marcha cuando nací.

Pero ¿cómo hacerlo? No sabía dónde estaba o dónde la podía buscar. Tampoco si la reconocería nada más verla o si, por el contrario, podría hacerse pasar por una mortal tan corriente que no pudiera reparar en ella. Y, aun así, encontrarla era la parte sencilla del plan. Sabía que ella sí me conocía, me había observado a través del mochuelo mucho más tiempo del que yo era capaz de imaginar, y eso le daba una ventaja para eludirme. Lo había hecho durante casi toda mi vida, ¿por qué no ahora? ¿Con qué propósito había nacido de una diosa? Me dejó y

nunca llegó a buscarme, no hasta que…

— Hippós, ¿y si me tuvo para que yo encontrase a Medusa? — Él relinchó, lo cual no me ayudaba mucho—. No, en serio. Los hechos hablan por sí solos. Me abandona siendo una niña, no sabemos si deliberadamente. No me busca durante más de quince años, ni un solo ulular nocturno. Pero luego huyo a un sitio que, casualmente, acaba siendo el hogar de una criatura codiciada por los dioses por sus dones, salimos al bosque y nos encuentra sin esfuerzo. ¿No es raro? — Manoteó en el suelo con energía—. Sabía que me darías la razón. Me ha utilizado… Creo que lo único que no tuvo en cuenta es que me acabaría enamorando de ella.

Ese sentimiento aún dolía. A pesar de que mi corazón se había calmado con el paso de los días y que comenzaba a aceptar lo que había pasado, pensar en el momento en que la perdí seguía removiendo todos los sentimientos que tenía en el interior. Intentaba no pensar en ello demasiado, pues la imagen de su cabeza cayendo sobre mí todavía inundaba mis peores pesadillas y, si pensaba en ello despierta, vomitaba sin control hasta que mi cuerpo temblaba de pánico, pero no tenía tiempo para quedarme parada. Necesitaba terminar con lo que me ataba a la tierra de los vivos cuanto antes.

Me di una bofetada para sacar esos pensamientos de mi cabeza y parar las lágrimas que amenazaban con salir de mis ojos. Después, respiré profundo y, soltando el aire por la nariz, azoté las riendas de Hippós para que continuase caminando. Fue entonces cuando reparé en que me había acostumbrado a ver, tanto que ni siquiera prestaba atención al camino por el que iba. No me apasionaba mi don, no cuando sabía de qué manera lo había adquirido, y eso me impedía disfrutar de algo que desafiaba a todo lo que había vivido en la oscuridad.

De todas formas, la buscaba cuando me quería sentir reconfortada. Cuando todo era abrumador o cuando no sabía qué estaba viendo, cerraba los ojos hasta caer en mi estado natural, y solo entonces todo cobraba sentido de nuevo. Quizás, para la gente con el don de la vista o para gente como yo que la deseaba, no tenía sentido, pero prefería prescindir de ella y volver a la forma de vida que conocía. Si no me negaba a mirar lo que me rodeaba era porque la gente de fuera me percibía de otra manera y, en mi lucha contra el mundo, cualquier arma era válida.

Mis pensamientos desaparecieron cuando, a lo lejos, escuché a unos niños gritar por ayuda. Hippós, casi adivinando lo que debía hacer, galopó casi al instante al lugar de donde venían las voces. Yo, acostumbrada ya a su ritmo, aparté el pelo de mi rostro para dejar que ondeara al viento y tener una mejor visión de lo que estaba pasando. En medio del camino, había un carro con una rueda desarmada, unos niños escondiendo la cabeza entre las piernas, una madre con un bebé en brazos y un padre herido, pues estaba plantando cara a unos ladrones armados.

Me quité la capa con presteza y la enganché a la silla de montar. A la derecha, había asegurado el arco a la montura de Hippós, así que lo agarré y, cuando estuvimos cerca, salté de su lomo con la cuerda tensa, amenazándolos. Hubo un momento de confusión breve en el cual esos tres rufianes no sabían qué estaba ocurriendo, momento en el que mi fiel corcel le propinó una coz al que amenazaba a la madre. Por el ruido, probablemente le había roto algo. No sabía que el caballo atacaba a la gente, pero lo agradecí.

— Más os vale marcharos de aquí — dije con el arco aún en alto.

— ¿Y quién nos va a obligar? ¿Tú? — preguntó rompiendo a carcajadas—. Te voy a enseñar un par de cosas, bonita.

Cuando empezó a avanzar hacia mí y sacó un cuchillo. No lo pensé dos veces y, con esa sensación ya tan conocida apoderándose de mi cuerpo, apunté a sus piernas. Por primera vez, experimenté algo nuevo: el tiempo empezó a ralentizarse ante mis ojos y podía ver con claridad cómo caminaba lentamente hacia mí. Aunque estaba sorprendida, no era el momento de averiguar qué estaba ocurriendo, así que, cuando reparé en que uno de sus pies estaba en el suelo, disparé atravesando la carne y la tierra. Estaba muy dolorido, pero ya no se movería de allí.

Como predije, su compañera acudió a su rescate enfrentándose a mí, por lo que le di lo que quería. Ignoré que, en realidad, era apenas una niña y me dije a mí misma que aquello era una lección de humildad para los tres. Decidí continuar peleando con el arco a pesar de que vino a mí con una espada. Dio unos cuantos mandobles al aire intentando cazarme, pero nunca lo consiguió. Solo cuando me cansé de esquivar, le propiné una fuerte patada en la mano que le obligó a soltar su arma. Acto seguido, le apunté a escasos centímetros de su cara y ella, aterrada, subió las manos en señal de rendición. Me di cuenta de que le había roto los dedos.

— Idos — repetí mi petición—. No me obliguéis a ser peor persona. Y llevaos a ese. Mi caballo no tiene tantos reparos como yo.

La chica, casi al instante de escucharme, acudió al rescate del pie de uno de sus compañeros, el cual no se podía mover. Rompió la flecha y este, ignorando el dolor, sacó la madera del interior de su carne. Cojeaba, pero esperaba que esa pequeña herida le recordase que no debía robar a los mercaderes nunca más. Después, entre los dos, recogieron al otro, aún inconsciente, y se lo llevaron a duras penas del lugar. Yo los miré en todo momento, desafiante, para dejarles claro que no debían pensar en volver. Solo me tranquilicé cuando los perdí de vista.

Fue entonces cuando reparé en la familia. Los niños, por suerte, se encontraban bien y habían salido ilesos. Sin decir una palabra, me miraban juzgando si debían fiarse de mí o si, por el contrario, era peor que aquellos rufianes. La madre, apretando al bebé contra su pecho, me miraba agradecida por haber acudido al rescate. Le dediqué una ligera sonrisa y un movimiento de cabeza, quedando así en paz. Por último, cuando observé al padre, me di cuenta de que su herida podía ser más nefasta de lo que creía, pues la sangre no dejaba de fluir.

Corrí hacia mi bolsa de emergencias y cogí trapos y algunas plantas curativas con la esperanza de que fuese tratable. Sin embargo, la duda me asaltó y me asusté. Si no podía arreglarlo, ¿cómo iba a decirle a esa familia que no podía rescatarlo? Con mucha tensión, desgarré su ropa para descubrir la herida. Estaba empapada de rojo, por lo que tuve que limpiarla antes de ver la gravedad de esta. Respiré cuando me di cuenta de que era un corte largo, pero poco profundo.

Presioné para que no saliese más sangre, lo cual hizo que el hombre pusiese una mueca de disgusto. Me disculpé con él, pero me dijo que no tenía por qué hacerlo, que estaría bien. Después, limpié toda la zona con agua, la sequé y machaqué unas plantas para aplicárselas. Su olor me desagradaba mucho, pues era ácido y amargo al mismo tiempo y, además, me traía recuerdos de las muchas veces que necesité utilizarlas durante mi infancia. Sin embargo, sabía que ayudaban, por lo que continué a pesar de mi desagrado. Por último, vendé la zona con trapos

limpios. Eso bastaría.

— Muchas gracias, eh…

— Helena — dije sonriendo.

— Helena — repitió—. No sé qué habríamos hecho sin ti. Es la tercera vez que nos asaltan ya en este camino, pero solo podemos ir a casa por aquí.

— No creo que vuelvan a intentarlo. ¿Está el bebé bien?

— Sí — respondió la mujer—. Habían amenazado con hacerle algo, por eso Sander ha salido herido.

— No podía dejar que le pasara nada a los niños. Lo sabes bien, Adara.

— Adara y Sander — dije para recordarlos—. ¿Hay algo más en lo que os pueda ayudar?

— La rueda del carro. Los niños son muy pequeños como para cogerlo en peso y él está herido.

— Por supuesto.

Silbé a Hippós para que acudiera a mí. Sabía bien que era un caballo muy tranquilo, por lo que lo até a los otros para que no se les ocurriera huir mientras movíamos el carro. Después, Adara le confió el bebé al hermano mayor mientras Sander se encargaba de los otros dos pequeños y comenzamos a repararlo. Por suerte, solo se había salido la rueda y no se había roto nada, seguramente debido a la gran piedra que había en el camino. Me di cuenta de que era la única en ese sendero, por lo que esos ladrones debían de haberla puesto a propósito ahí.

Con un acuerdo silencioso, decidimos que yo levantaría el carro y ella colocaría la rueda. Me resultó bastante sencillo hacerlo, para mi sorpresa. Sabía que era fuerte debido a mi don, pero, por lo general, solo era capaz de hacer cosas de ese tipo cuando estaba enfadada o luchando. Aquella vez, sin embargo, pude usarlo a voluntad. Por ello, además de lo nuevo que había experimentado peleando, me di cuenta de que mi poder crecía de forma rápida e impredecible. ¿Sería por conocer mí origen o pasaba tanto tiempo sola que había empezado a volverme loca?

Adara me sacó de mis pensamientos cuando me dio una señal para soltar el carro. Las dos esperamos que funcionase con la duda en nuestros corazones, pero se disipó cuando Hippós hizo que los otros caballos tirasen con fuerza y no se desmontó de nuevo. Por fin, respiré aliviada y los niños saltaron de alegría. Uno de los más pequeños vino y se enganchó a mi cadera. Apenas tocaba el suelo con los pies, por lo que aproveché para cogerle en brazos y montarlo en mi caballo.

Por lo que pude averiguar, su destino era Katerini. No estaba lejos y tampoco se desviaba de mi camino a ninguna parte, por lo que decidí acompañar a la familia hasta donde tuvieran que llegar. Averigüé el nombre de los niños conforme sus padres regañaban algunas de sus conductas. Eran Basil, Elora, Bemus y Aeneas, y eran bastante traviesos. Les gustaba mucho montar sobre el lomo de Hippós y sentía que a este también le agradaba, pues solía relinchar contento cuando los niños le acariciaban las crines o le daban una zanahoria furtivamente. Sus

padres se disculpaban continuamente, pero me di cuenta de que aquello me gustaba. Era agradable revivir la infancia que nunca tuve.

— ¿Y tú a dónde vas?

— Ahora mismo no tengo rumbo, aunque alguien me dijo una vez que tenía que ir a Atenas.

— Si te lo dijo, esa persona tenía que quererte mucho. Después de Olimpia, es la ciudad más bonita de Grecia. Y allí viven mucho ricos — añadió mirando mi armadura discretamente—. Tal vez encuentres a quien buscas.

— ¿Cómo sabes que busco a alguien?

— Eres joven, estás sola y recubierta de oro. Lo extraño sería que no lo hicieses. Además, en mi tierra hay una historia sobre ti. La escuché cuando era apenas un niño.

— Es imposible, solo tengo dieciocho años. Más o menos — añadí vacilando.

— Gracias por llamarme viejo — respondió entre carcajadas—. Olimpia es mi *polis*, por eso, para mí, es la más bonita del mundo. Allí, veneramos a Zeus y, desde hace generaciones, hay una leyenda. Cuenta esta que, cuando la Guerrera Gorgona llame al Olimpo, la tierra temblará ante la ira de Zeus. No es más que un cuento y tú una chiquilla, pero no vayas allí con la cabeza de ese monstruo en el pecho. Los lugareños se lo toman muy en serio.

— No creo en los cuentos — respondí ignorando que había llamado monstruo a Medusa —. Ni creo que vaya a Olimpia.

El resto de la tarde pasó sin mayores percances. Los niños se divertían y los padres me atosigaban con cuentos y leyendas que, supuestamente, hablaban de mí. Sin embargo, era imposible, pues venían de una época en la que yo ni siquiera existía. Igual que pasaba con todos los cuentos que se transmitían de generación en generación, la historia se habría desvirtuado. Pensé que era más sencillo que hablasen en sí de las hermanas gorgonas y que una de ellas fuese la guerrera, o al menos era más lógico que pensar en Zeus temblando por alguien como yo. Era una sarta de bobadas y no iba a dedicarle más tiempo del que se merecía.

Por fin, llegamos a un pequeño pueblecito situado unos cuantos estadios antes de Lamía, donde la familia pensaba quedarse durante una temporada. Evidentemente, era un pueblo de paso para los mercaderes, pues no había comercios fijos, cultivos o casas con muchas pertenencias. Por el contrario, casi todo eran establos para los animales y una choza para guardar el carro. Basil llamó a sus padres cuando encontró la primera casa vacía que pudo y se acomodaron. Fue curioso que ni siquiera las *oikós* tuvieran un dueño. La gente solo entraba y salía conforme lo necesitaba. Era como un pacto silencioso de no-pertenencia.

Antes de despedirme de ellos, me dieron unos cuantos víveres como agradecimiento, así como un par de mantas, pues sabían que allí hacía mucho frío de noche. Sin embargo, a pesar de que me caían bien, necesitaba descansar un poco de su vida ajetreada, por lo que busqué una cabaña donde pasar la noche a solas. Después de un día rodeada de niños, aprecié el silencio cuando cerré la puerta tras de mí y solo quedamos Hippós y yo. Por fin, vino la calma.

Me apresuré a encender un fuego, ya que empezaba a oscurecer y a hacer más frío del

que nunca había experimentado, ni siquiera en las noches de invierno atada a un poste, y me quedé muy cerca para recibir todo el calor que me fuese posible. Solo entonces, miré a mi alrededor. Aparte de la chimenea, solo había un lecho de paja sin mantas y una mesa donde comer. Suficiente para una sola noche.

Me quité la armadura y la dejé cuidadosamente oculta entre la broza. El oro llamaba la atención y no me iba a arriesgar. Después, sintiendo hambre tras toda la caminata, cociné al fuego mis últimos suministros de carne en conserva. Me resultó bastante difícil, ya que era lo último que Medusa había preparado para el invierno de lo poco que me llevé. Poco a poco, ella desaparecía de mi vida conforme pasaba el tiempo y, aunque no quería que eso pasase, tampoco podía evitarlo.

Con ese pensamiento, sentí cómo el pecho se me contraía casi sin poder hacer nada al respecto. Tuve la necesidad de acostarme y taparme de la cabeza a los pies con la esperanza de no sentir nada hasta que el sol diese paso a un nuevo día, pero no fue así. Ahí, acostada a solas, la eché de menos más que nunca y rompí a llorar. No quería que desapareciese, no quería una vida donde ella no estuviese y, a pesar de todo, tenía que conformarme con imaginar que me abrazaba por la espalda y que acariciaba mi cabello. No era justo y odiaba tener que conformarme con recordar.

Con rabia y tristeza, me quedé durmiendo, aferrando el pomo de la *xiphos* entre mis dedos mientras soñaba con el maldito día en que me la regaló. Solo en ese momento, mezclando sueños con pensamientos, me di cuenta de que Medusa se había rendido mucho antes de que todo pasase y me hizo sentir infinitamente triste. No renunció a lo nuestro sabiendo cómo iba a acabar. ¿Cómo debía de haber sido la carga que ella llevaba? Saber quién era yo y enamorarse de mí sin poder evitarlo, saber que sentiría lo mismo que ella y… No podía culparla. Era cruel, pero yo tampoco cambiaría lo que sentía por ella por no sentir nada en absoluto, incluso habiendo sabido cómo terminaba.

Me sacó de mi sueño el chirrido de los goznes de la puerta. La había cerrado a conciencia y, aun así, alguien la estaba abriendo con mucho cuidado. Desenvainé la espada casi sin hacer ruido y, cuando vi a través de las mantas unas siluetas extrañas recortadas por el fuego, supe que tres personas habían entrado. Esperé a que se acercasen más, pero no lo hicieron. Observaban la estancia — o quizás a mí— en silencio y quietas. ¿Qué pretendían?

— Sabemos que estás aquí, Helena, hija de Atenea. — Su voz era anciana, profunda y sabia. Era una mujer.

— Sabemos que nos observas — añadió otra más perspicaz.

— Y sabemos que nos buscas — dijo una última, la que parecía más joven.

Algo en sus voces me dejó saber que no eran hostiles, pero que estaban allí por un motivo muy concreto. Además, sabían quién era y eso era algo que no iba contando por ahí. Solo tres humanos sabíamos esa información. Fuese como fuese, esas mujeres no eran mortales, pues mi piel se erizó ante su presencia, como si mi parte divina identificase algo que iba más allá de mi entendimiento terrenal. Me destapé y las observé con detenimiento. Eran tres ancianas, pero, si bien parecían más jóvenes que muchas viejas mortales, daban la sensación de tener miles de años, y las tres querían algo de mí.

# Átropos, Laquesis y Cloto

Todo quedó en silencio lo que me pareció un eón completo en el cual nos observábamos detenidamente. Ellas fijaron su vista en mí sin siquiera parpadear y yo, sin fiarme, aún agarraba el puño de la espada con fuerza, esperando al momento en el que me atacasen. Sin embargo, no creía que fuesen hostiles, o al menos no quería pensar que tres ancianas lo fuesen, por lo que no moví un músculo en todo ese tiempo.

Su aspecto, sin embargo, era algo más que curioso. No solo destacaban por ser ancianas de aspecto joven, sino que, además, pude saber quiénes eran por su físico y la sensación que me transmitían. La que más cerca estaba de mí tenía la espalda más encorvada de lo usual y las manos ásperas de trabajar, como si su único cometido en la vida fuese hilar. Otra, mirándome con orgullo, era alta, desgarbada y con los brazos anormalmente largos, como si se dedicase a medir los hilos que su hermana fabricaba. La última, amparada por las sombras y una capa, portaba dos pares de tijeras oxidadas pero que, aun así, cortaban como unas nuevas.

— Sois las Moiras — dije al fin—. Las Hermanas del Destino.

— Como predije, ha nacido con la inteligencia de su madre.

— Eso, o nuestra reputación nos precede, hermana. Si eres tan inteligente, hija de Atenea, sabrás por qué estamos aquí.

— Helena — corregí escuetamente—. Creo que solo ustedes, como deidades, conocen por qué están aquí y ahora. Aventurarme a decir algo sería una falta de respeto.

— Me gusta esta chica — intervino la que se ocultaba—. Sabe bien que su destino está en nuestras manos y nos respeta por ello, pero no nos teme. Es algo bastante inusual en una criatura tan efímera.

— No le temo a la muerte, si es a lo que se refiere.

— Sabemos que la deseas — dijo la más anciana con un tono casi maternal—. Pero no estamos aquí por eso. Si nos ofreces algo caliente, estaremos encantadas de hablar.

Me relajé al sentir en ellas un ambiente casi amigable, como si solo hubiesen ido a hacerme una visita como otras tantas veces y, recordando que la hospitalidad precedía a un buen anfitrión, me levanté del lecho para ofrecerles una mayor comodidad. De todas formas, no era como si tuviese muchas elecciones y, si bien no me hacía gracia aquello de servir a tres diosas, algo me decía que necesitaba la información que, al parecer, estaban dispuestas a darme. Quizás, aquello me acercaría un poco más a Atenea, a dónde podría estar y cómo podría engañarla para conseguir lo que quería.

Les ofrecí asiento cerca de la chimenea, pues aquella noche era especialmente fría, y busqué leña para alimentar el fuego que se empezaba a extinguir. No tardó mucho en avivarse la llama refulgiendo entre las rocas del hogar y subiendo al cielo hasta convertirse en humo y en nada. Era curioso que la muerte de la madera pudiera llegar a ser tan hermosa. Después, calenté algo de agua. Fue un momento tenso pues era un proceso que tardaba algo y ellas me miraban en

silencio, expectantes de todo aquello que pudiese ocurrir.

Me sentí mucho más aliviada cuando el agua empezó a hervir y a formar burbujas en la superficie, pues fue la excusa perfecta para hacer algo más sin tener que quedarnos en silencio mirándonos entre nosotras. Cuando dijeron que hablaríamos cuando tuviesen algo caliente, no imaginaba que lo dijesen tan literalmente. Pensé que, quizás, querían probar mi paciencia o simplemente ponerme nerviosa, pero, al menos para con ellas, quería que pareciese que estaba calmada. Finalmente, serví el agua en cuatro vasos y eché flores en su interior.

— ¿Qué es este brebaje?

— Manzanilla, mi señora. Crece en abundancia por los caminos y es medicinal. También reconforta cuando el frío cala hasta los huesos.

— Flores en el agua… Quién lo diría. — Dio un sorbo e hizo una mueca de sorpresa—. Está bastante bueno.

— Quizás los dioses no necesitáis usar medicinas, pero aquí es algo bastante corriente. Enfermamos y morimos continuamente.

— Pero tú nunca has enfermado — dijo otra dando su primer sorbo a la bebida.

— No, aunque, como bien sabrán, he estado muchas veces en el umbral de la muerte. Esta bebida me ha salvado muchas veces de morir de frío.

No hubo respuesta por su parte. Ellas, por encima de cualquier otro ser, sabían bien que lo que decía era cierto y, lejos de tomar aquel comentario como algo cotidiano, sentí algo en mi interior que me decía que esos ojos que me miraban fijamente reflejaban la pena que llevaban en sus corazones. No sabía bien qué estaba ocurriendo, pero algo me decía que aquello era empatía. Di un sorbo más a mi vaso y lo miré fijamente, como si allí dentro hubiera todo un mundo por descubrir. Desde luego, todo era mucho más fácil cuando no tenía que sostenerle la mirada a nadie.

— Es cierto, he tenido que pensar en cortar tu hilo antes de tiempo más veces de las que me hubiese gustado — dijo la que estaba envuelta por una capa—. Nunca fue una decisión fácil, pero me alegro de no haberlo hecho. Te has hecho toda una mujer a pesar de la adversidad. — Por primera vez en toda la noche, sonrió.

— Hilamos tu destino mucho antes de que nacieses, en los albores de la creación. No podíamos dejar que acabase contigo antes de tiempo.

— No es muy usual, como podrás imaginar. Nosotras hilamos solo los de aquellas personas que van a nacer pronto, con una longitud determinada que dice cuánto van a vivir y cómo van a morir.

— Estos son los de los campesinos que has salvado hoy.

Rebuscó en su manga algo mientras yo procesaba todo aquello que me estaban diciendo. Si bien no era un secreto cómo trabajaban las hermanas, pues era de saber popular e incluso Proteus y Cyrilla se aseguraron de que lo supiese desde pequeña, era muy raro que ellas hubiesen acudido al mundo mortal para decirme algo que ya sabía. Era como si quisieran desvelarme

cómo funcionaba exactamente. Entonces, sacó seis hilos, unos significativamente más largos que otros, y supuse que representaban a Sander, a Adara y a los niños. El más corto era el de Aeneas.

— Deberían haber muerto hoy a manos de unos bandidos, pero no lo han hecho. ¿Imaginas por qué?

— Porque yo intervine — respondí casi en un susurro.

— Exacto. No es la primera vez que pasa, pero es muy inusual. Han eludido su destino y ahora les tenemos que tejer otro. Y tampoco es la primera vez que lo haces. — sacó otro hilo, este era totalmente negro—. Has sumido a alguien en la oscuridad que no debía estar en ella.

— Perseo se lo merecía.

— Perseo es el hijo de Zeus. — La encapuchada se acercó a mí y me agarró de la mano —. Y no está muy contento.

— Por eso estamos aquí. Tu destino se escribió mucho antes incluso del nacimiento de Zeus, e incluso mucho antes que el de tu madre. Nosotras lo hilamos cuando los titanes todavía reinaban sobre esta tierra. Y está estrechamente relacionado con él.

— No sé muy bien quién creéis que soy, pero nada de esto tiene sentido.

— ¿Nunca te has planteado por qué Medusa sabía quién eras?

Y lo cierto es que sí. Durante esas semanas, estuve dando vueltas a esa precisa información en su carta, en por qué sabía quién era yo y por qué sabía que era excepcional, como si me hubiese conocido antes. Incluso llegué a pensar en la improbable idea de que ella sospechase que era la hija de Atenea. Pero, si era así, ¿por qué estar con la hija de quien la había condenado? ¿Para castigar a la diosa? ¿Por amor? Era algo que no comprendía y que, por mucho que pensase, no terminaba de encontrarle sentido. Pero sí que había algo que recordaba palabra por palabra.

— La profecía. Ella mencionó una profecía en su carta y creía que hablaba de mí.

— Y así es. Hace siglos, cuando aún era humana, le hablamos sobre ti a través del oráculo de Delfos. Le advertimos de tu llegada y de que vuestros destinos se entrelazarían.

Entonces, sacó de debajo de la capa un hilo inmensamente largo y brillante que no había sido cortado — a diferencia de los demás— enredado a otro hilo, también largo, pero oscuro. Ese sí que estaba cortado y apagado. Comprendí entonces que éramos nosotras, que el de ella comenzaba antes porque nació siglos atrás y que estaba cortado, simbolizando que su vida tenía un final, y el mío, de un color dorado intenso, no terminaba en ninguna parte.

— Vuestro destino era encontraros y compartir los últimos meses de Medusa, por eso se entrelaza aquí y no en ningún otro punto, y se separa aquí, en su muerte. Tu hilo, como ves, sigue, pero no se corta. Átropos es incapaz de ver dónde y cómo acaba tu vida, Cloto no ha parado de hilar en siglos y yo no puedo determinar cuán larga será tu vida.

— Que dos hilos se entrelacen ya es inusual, pasa muy poco porque hablan del amor verdadero y pocas personas lo encuentran. Pero que un hilo no tenga fin… Eres la única.

— ¿Me estáis diciendo que no puedo morir?

— Al contrario, Helena. Tu hilo es muy frágil. Han sido muchas las veces en las que casi se ha roto por sí solo mientras hilaba.

— Significa que no soy yo quien decide tu muerte. Depende de ti y solo de ti, y de lo que quieras hacer con el destino que te hemos creado. Eres la única que tiene elección y puede cambiar lo que nosotras hacemos.

— ¿Y cuál es ese destino?

De repente, se hizo un silencio absoluto. El agua con manzanilla se quedó tan fría como el ambiente que nos rodeaba y me enfrió las manos. Miré a cada una de las presentes, esperando que cualquiera de ellas dijera algo, pero, en vez de centrar sus miradas en mí como momentos antes, se miraban entre ellas debatiendo qué decir y cómo. Cerré los ojos buscando esa sensación reconfortante que conseguía solo cuando me sumía en la oscuridad, y esperé hasta que una de ellas, Laquesis, continuase hablando.

— Como bien sabes, eres una semidiosa. Una bastante inusual, por cierto. Naciste de Atenea, una diosa pura hasta que te concibió, y esperaba lo mismo de su séquito. Quiero que tengas en cuenta esto, porque tu nacimiento, a priori, puede parecer casi aleatorio. Pero hay un motivo por el que Atenea no debía concebir hijos, y es que, si eso ocurría, los días de Zeus estarían contados.

— Zeus acudió a nosotras, temeroso de que le ocurriese con sus hijos lo mismo que a él con su padre. Destronó a Cronos y lo mandó al Tártaro. Desde entonces, hace todo lo posible porque no le ocurra lo mismo. En nuestra profecía, su hija Atenea sería quien concebiría a una semidiosa que le mataría y le prohibió tener hijos. Quería reinar para siempre, pero eso no puede ocurrir mientras tú estés viva.

— Tu destino, hija de Atenea, pasa por matar a Zeus.

— ¿Por qué habría de matar a Zeus? Lo único que quiero es estar con Medusa. Quiero acudir a mi madre y que las dos muramos en combate. Solo así me podré reunir con ella.

— No podemos decirte cómo van a ocurrir las cosas, porque, si lo supieses, correríamos el riesgo de que eludas tu destino y nada de eso pase. Si queremos mantener el balance, todo debe acontecer. Pero sí que podemos darte información si quieres saber dónde está tu madre.

Dudé de su palabra. No tenía ningún motivo para acabar con la vida de Zeus y, aunque no querían darme información, sí que querían ayudarme a encontrar a Atenea. Por otro lado, no me hablaron del destino de ella, ni de qué sería de mí si la enfrentaba en combate. No me preocupaba sobrevivir, pues esa no era mi idea, pero sí que me quería asegurar de que ella tampoco lo hiciera. Por otro lado, saber que los dioses pudieron derrotar a sus padres me dio la esperanza de que yo tuviera la habilidad de hacer lo mismo con mi madre, incluso si ella era mucho más poderosa que yo. Quizás, teniendo en cuenta que caminaba sin rumbo, tenía que aceptar su información si quería llegar a alguna parte.

— Está bien. No sé cuáles son vuestras intenciones, pero aceptaré vuestra ayuda. ¿Adónde tengo que ir?

— Deberás ir a Atenas. Allí, encontrarás el Partenón, el templo de Atenea. Es muy sencillo ubicarlo, pues se sitúa en la acrópolis. Estés donde estés en la ciudad, lo verás. Tienes que ir por la noche, cuando las sacerdotisas no están en el templo, y esperar. Allí la encontrarás.

— Para reconfortarte, niña, tengo que decirte algo más. Tu hilo es muy largo, pero aquí es irregular. — Señaló una parte parcialmente deshilachada—. Puede que se vuelva a entrelazar con ese hilo que estás buscando. El hueco, desde luego, está hecho, y nosotras no fuimos capaces de desenredar la vida de Medusa de la tuya. Vuestro último destino, pase lo que pase, es estar juntas.

— Solo tienes que vivir lo suficiente para que ocurra. Y descansar esta noche.

Cuando la última de las hermanas dijo eso, las tres se levantaron y, en silencio y con la elegancia que caracterizaba a los dioses, abandonaron la casa, como si nunca hubiese tenido visita. Lo único que me daba a entender que no había sido una alucinación eran los vasos vacíos sobre la mesa y el olor que las tres habían dejado a su paso. ¿Qué era aquello de que mi hilo se había creado incluso antes que los de los dioses? ¿Y lo de matar a Zeus?

¿Qué clase de derroteros me iban a llevar a acabar con su vida? Quizás, me estaban confundiendo con cualquier otra persona, porque poco tenía que ver la misión que me autoimpuse con el dios de dioses. Sin embargo, había otra información que no me parecía tan descabellada, y era que Medusa y yo estábamos destinadas a estar juntas. Ella misma me lo dijo una vez, que una fuerza superior a su entendimiento le hizo acudir en mi rescate la primera vez que nos encontramos, y nada sino el destino me llevó a ella.

Sonreí para mí misma pensado que, de una manera u otra, siempre acabábamos encontrándonos y compartiendo nuestra vida, o al menos así fue desde aquel día en el bosque. Quizás, ahora más que nunca, podía ponerle nombre a aquello que me hacía buscarla a diario desde lo profundo de mi ser, intentar encontrar la manera de alcanzarla en un lugar que se le negaba a los vivos, y ese nombre era destino. Por primera vez en mucho tiempo, sonreí pensando que mi sino estaba deshilachado para que, una vez más, nos encontrásemos y nos entrelazásemos, y esperaba que, cuando ese momento llegase, no se separasen más por el resto de la eternidad.

Aquella mañana los pájaros cantaban felices. Hacía muchos días que no podía salir de paseo porque las lluvias habían sido muy fuertes. Estuve bastante aburrida, pues los pasatiempos en casa eran leer, cocinar o conversar, y yo no sabía hacer dos de esas tres cosas. Sin embargo, mi madre era una gran oradora. Me había enseñado palabras nuevas, como «objetar», «apalabrar» o… «*entropecer*». Si, esa era, *entropecer*.

Pero lo que más me gustaba era cuando mi padre encendía la chimenea por las noches, cogía unos pergaminos, me acurrucaba con él y comenzaba a leerme los mitos de los dioses. Empezó por Zeus y Hera, que eran hermanos y amantes al mismo tiempo, y luego siguió por los

hijos. El día anterior me leyó sobre Ares, pero la historia de ese día me pareció curiosa.

— Hoy nos toca Atenea. — Me besó el pelo.

— ¿Como mamá?

— Sí, como mamá. Es un nombre bastante popular. — Hizo una pausa, como si se hubiese quedado pensando y, tras un rato, continuó hablando—. Atenea es solo hija de Zeus. No la concibió con Hera, sino por sí mismo. Ella nació de su cabeza; inteligente, bella, perfecta… Y por eso la llaman diosa de la sabiduría y la estrategia.

— ¿Cómo la concibió sin su esposa?

— No lo sé, hija, supongo que…

— ¿Y no era un bebé? ¿Nació grande? ¿No le dolió?

— Cariño, eres muy impaciente.

— Perdón, te he *entropecido* la lectura.

— Entorpecido — dijo para corregirme tras una carcajada—. No pasa nada. Ahora a la cama con mamá. Es muy tarde para que estés todavía despierta.

Con esas palabras, me cogió en brazos para llevarme con ella. Sentí su piel, cálida y protectora alrededor de mi cuerpo, y no pude evitar empezar a tener sueño. Apoyé la cabeza en su hombro y él acarició mi pelo. Poco después, paró y, por el olor, supe que estaba en la habitación de mamá. Me dejó con cuidado en la cama y ella me abrazó. Antes de quedarme del todo dormida, agarré la mano de mi padre y, cuando supe que me prestaba atención, le dije:

— Te quiero, papá.

— Te quiero, hija. — Besó mi mejilla—. Buenas noches.

Me desperté con una sensación que jamás había tenido. Era la primera vez que recordaba a mi padre en toda mi vida. Si bien sabía que en algún momento debí de tener uno, nunca pensé en ello con demasiado detenimiento. Era parecido a Arsen, pero aquello que me rodeaba al despertar era mucho más intenso. ¿Cómo podía un simple recuerdo provocarme algo así? Era algo que no quería averiguar porque, fuese como fuese, sabía que no iba a volver. Ya había soñado — o recordado— que mi abuelo Zeus lo había matado, y eso no tenía remedio.

Me sacudí la cabeza para alejar esos pensamientos de mí y, tras tomar un desayuno frugal arropada por el alba, recogí lo poco que me había dejado en la cabaña y fui a por Hippós. Este, siempre fiel, ya me esperaba despierto y relinchando de hambre. Por suerte, había algo de heno en el establo en el que lo dejé y, tras dejar que comiese algo, le dirigí a la puerta de la casa. Recogí mis bultos, los cargué en su grupa y acomodé las armas y la armadura en mi cuerpo. Por último, me subí sobre él, lo acaricié como sabía que le gustaba y espoleé sus riendas. Ese día, nos

dirigíamos a nuestro destino.

# Atenas

Mis expectativas con respecto a lo que me esperaría en Atenas hizo que, casi con toda seguridad, aquel viaje de cuatro días hubiese sido el más largo de toda mi existencia. No supe hasta ese momento que el tiempo se podía hacer tan infinito a pesar de que el sol y la luna surcaban el cielo a la misma velocidad que siempre. En comparación, todo el tiempo que pasé con Medusa me había parecido más corto que aquella travesía y llegué a la conclusión de que todo era más relativo cuando me guiaba por la vista.

El recorrido, además, fue monótono casi en su totalidad. Todo se basó en recorrer llanuras, valles y montañas a lomos de Hippós o a pie cuando se cansaba, ver el mismo tipo de flores, los mismos tonos de color por todas partes y respirar el mismo aire. Llegué a pensar, a medio camino, que estaba dando vueltas en círculos, pero unos mercaderes me sacaron de mi confusión cuando me ayudaron a interpretar el mapa. Iba justo por donde debía ir.

En las largas horas a solas, pude pensar un poco más en lo que iba a hacer y en la visita que me hicieron las Moiras. En ese momento, me faltaba solo medio trayecto para reunirme una vez más con mi madre, si es que la podía llamar así. Recordaba vagamente que esa diosa me había querido alguna vez, me había protegido y me había enseñado, pero… También fue quien me condenó a una infancia de desgracia al abandonarme e hizo lo mismo con Medusa. Sabía que quería cumplir mi cometido costase lo que costase, pero tenía sentimientos encontrados con respecto a la situación. ¿Seguiría queriéndome? ¿Podría conseguir que me matase? Me di cuenta de que quería lograr que lo hiciese, pero no tenía ni idea de cómo porque no la conocía.

Por otro lado, estaba aquella estúpida profecía en la que yo mataba a Zeus. Atenea, sin duda, la conocía. Recordaba el día que me separé de ella a la perfección y lo que hablaron. Yo tenía tres años en esa época y Atenea había mencionado que le quedaban quince. Si me encontraba en mi décimo octavo año de vida, se suponía que ese momento había llegado. Sin embargo, nada salvo un borroso parentesco me conectaba al dios de dioses. No compartíamos destino y calculaba que me quedaba poco para cumplir los diecinueve. Si yo no le buscaba y él a mí tampoco — lo cual era evidente, pues solo un loco como yo buscaría morir—, la profecía no se cumpliría. Una vez más, las Hermanas del Destino se equivocarían con algo en lo que estuviese implicada.

De todas formas, mi objetivo no era ir matando a dioses aleatoriamente. Mi objetivo era una y solo para conseguir un resultado muy concreto: volver a estar con Medusa y, en cierta manera, vengar que la hubiese convertido en un monstruo. Mis aspiraciones no iban más allá de poder abrazarla y besarla una vez más. Quizás, si era muy atrevida, desearía mirarla por primera vez a los ojos, para que el tono de sus orbes no fuesen producto de mi imaginación, sino una realidad. Pero, por encima de todo, aspiraba a dejar de sentir el vacío en el pecho que se hizo el día que cayó inerte sobre mí, el día que la perdí por un capricho y se desvaneció nuestra felicidad entre regueros de sangre.

Jamás hubiera deseado esa visión ni a mi peor enemigo. Ni siquiera a Proteus y Cyrilla, o a mi madre. Quizás, eran personas que se merecían un mal final, solo las diosas podrían juzgarlo, pero jamás nadie debería ver morir a la persona amada entre sus brazos, con violencia e

impotencia. Bien sabía que, cuando aquello pasaba, se dejaba de ser humano para convertirte en algo frío, oscuro y triste, como un cuerpo que se mueve por necesidades terrenales, pero no porque realmente viva. Alguien que, aunque desee su muerte, no se la pueda dar a sí mismo por el maldito instinto de supervivencia. Alguien que se mueve solo por la venganza y la justicia a través del daño a los demás. Alguien como yo.

Sin Medusa, me había convertido en una persona horrible y vengativa porque ella se llevó todo lo bueno que había en mí. Ganas de aprender, de charlar, de leer a mi extraña manera y… de amar. Ya no era capaz de hacerlo. Durante toda una vida, me había preguntado cómo era ver el mundo que me rodeaba y, ahora que lo podía hacer, que ella se sacrificó para darme algo así, no me apasionaba en absoluto. Para mí, era un recordatorio constante de que ella no estaba, de que lo primero que vi fue su muerte y, por eso, cuando cerraba los ojos, encontraba la paz que a veces ansiaba. Me devolvía a mi antiguo yo, al que no había sufrido y al que la oscuridad le parecía familiar y reconfortante. Irónicamente, me transportaba a los días más felices de mi vida.

Solo una vez, tener visión se convirtió en una excepción a ese sentimiento de congoja y desesperación. Fue poco antes de llegar a Atenas. La ruta me llevó a salir de las montañas y los valles para que, poco a poco, el paisaje cambiase a uno con arbustos más pequeños y arena. Cuanto más caminábamos Hippós y yo, más escuchaba un rumor traído por el viento que no identificaba ni siquiera con los ojos cerrados. Decidí, entonces, que quería saber qué era. Él, siempre atento a lo que pensaba, galopó hacia el sonido hasta que encontramos de dónde provenía.

Era una gran masa de agua, azul y aparentemente eterna, por la que sobrevolaban pájaros que jamás había visto. El sol, alto y caliente, coronaba la mañana y nos instaba a descansar en aquel lugar. Haciendo caso del momento, así lo hicimos. Decidí liberar a Hippós de su carga y dejarlo trotar a placer durante un rato, por lo que le quité las riendas, la silla y los bultos. Él, contento, no corrió, sino que se revolcó en la arena y me sacó una ligera sonrisa. Por mi parte, si aquello era lo que yo creía, decidí comprobar que el agua estuviese salada. Me sorprendió saber que así era. Habíamos llegado al mar.

Por primera vez, no sentí urgencia por llegar a mi destino y decidí que aquel era el sitio ideal para descansar antes de lo que me aguardaría cuando continuase el camino. Después de mucho tiempo, decidí tomar un baño en esas claras aguas y contemplar las vistas mientras el sol bajaba y desaparecía en el horizonte. Fue el primer momento parecido a la paz que encontré desde que me quedé sola y fue como un respiro para mi corazón. A Hippós también le gustaba, por lo que pasamos allí el resto del día antes de llegar a Atenas.

Ese día dormí más que de costumbre, tirada en la arena y acurrucada con Hippós, y me di cuenta de que lo necesité durante mucho tiempo; estuve tan centrada en a dónde quería llegar que me olvidé de mí misma. Dejarlo de lado por un día tampoco había estado tan mal. Cuando cargué todas nuestras cosas y volví a ceñirme la armadura para abandonar el lugar, pensé que, si en el hades encontraba alguna vez el mar, debía ir con Medusa para contemplarlo juntas.

El resto del viaje lo pasé con algo de incertidumbre. Tenía una sensación extraña en el estómago, casi como si fuesen nervios y es que, a pesar de tener mi objetivo —o mi destino— claro, la expectativa de lo que podría pasar me provocaba inseguridad. Había esperado aquel momento durante demasiado tiempo y ahora que casi lo podía tocar me invadía el desasosiego.

Sin embargo, todo aquello paró cuando llegué a Atenas la tarde del cuarto día. Los nervios, e incluso mi corazón, dejaron de hacer ruido en mi interior y me invadió la calma y la indiferencia. En definitiva, la espera era peor que la ejecución de los planes.

Anduve por el lugar como cualquier otra ciudadana, si bien destacaba por encima de otras mujeres por mi aspecto. Sin embargo, era una ciudad muy grande y ajetreada por lo que, incluso llamando la atención, era tan insignificante como una pulga. Por primera vez en mucho tiempo, pasaba desapercibida. Apenas recordaba lo bien que se sentía y llegué a la conclusión de que, a pesar del bullicio, Atenas era un buen sitio para vivir solo por aquello.

Además, Sander tenía razón: era una ciudad preciosa. Allá por donde mirase, había estatuas de filósofos ilustres — por lo que pude leer en las leyendas de las esculturas—, pintadas con vivos colores que las hacían casi reales, casas grandes, de madera y mármol, las columnas más grandes que había visto y, alzando la vista hacia la zona más alta, la acrópolis. La miré fijamente para grabar en mi memoria el aspecto del Partenón, pues era el motivo por el que había ido a aquel lugar, y empecé a recorrer las calles para alcanzarlo.

El gentío hizo que aquello fuese una tarea difícil para Hippós y para mí hasta que aprendí que lo mejor era dejarse llevar por las masas hasta llegar a alguna parte. Por suerte, nos arrastraron hasta un callejón casi vacío, con casas que marcaban un camino cuesta arriba hasta la zona alta de la ciudad. Aquel lugar debía de ser la parte rica, pues el estilo de sus casas era más opulento y, además, las fachadas, así como algunos objetos, estaban decorados con oro. Conforme pasaba, los aristócratas me miraban por encima del hombro y, aunque sabía que lo hacían porque no debía estar ahí, no me importó demasiado.

Pronto descubrí que no estaban acostumbrados a que se les devolviese la mirada, por lo que caían en desconcierto cuando lo hacía y la retiraban, avergonzados. Había visto y vivido cosas más intimidantes que cuatro personas adineradas mirándome mal, así que a mí no me iban a intimidar con eso. Yo no era como los demás atenienses. Sin embargo, aquello llamó la atención más de lo que me habría gustado, por lo que no tardó en rodearme la guardia que protegía aquella zona. No era de extrañar que estuvieran allí. Al fin y al cabo, eran los hijos de la política y las dracmas e iban a defender a sus padres.

— Estás perturbando la paz de la zona. — Miré al guardia, muy joven y perfectamente ataviado, observarme como lo hacían los demás. Además, tenía un brillo de poder en sus ojos. Decidí que lo mejor era ignorarlo y seguir caminando—. Eh, te estoy hablando a ti, ¿acaso eres sorda? — Me agarró del brazo.

— Por tu bien te diré que es mejor que me sueltes. Apenas eres un niño, no te voy a hacer pasar vergüenza delante de tus amigos. — Intenté seguir caminando, pero él se interpuso en mi camino.

— Vete. — Se acercó más, retándome.

— ¿Te funciona eso a menudo? Porque es un poco patético. Mira, quiero llegar allí. — Señalé el Partenón—. Si te apartas, tú seguirás tu camino y yo el mío, sin nada que lamentar.

— Muchachos. — Con un solo gesto de sus manos, nos rodearon a Hippós y a mí, cortándonos el paso.

— Sois súper valientes. Seis soldados contra una civil y su caballo. Vosotros lo habéis querido.

Silbé y, casi al mismo tiempo, Hippós coceó a dos soldados, los cuales se desmayaron al instante. Los demás no dudaron en sacar sus espadas, pero yo decidí que no merecía la pena. Analizando la situación, no necesitaba hacerles nada para que aquello acabara saliendo a mi favor. No tardé en comprobarlo cuando dieron mandobles inexpertos al aire y, cuando los esquivé, acabaron en la carne de otro compañero. Al rodearme, estaban muy cerca unos de otros, por lo que si me movía se acabarían haciendo daño entre ellos.

Cuando terminó tan lamentable espectáculo, los cuatro que decidieron atacarme acabaron magullados y cubiertos de sangre, gimiendo por el dolor que se causaron entre sí y mirando al suelo, avergonzados. Por mi parte, sentía que no me merecía la pena regodearme en lo que había pasado, así que me subí a lomos de Hippós, espoleé sus riendas y nos alejamos en silencio del lugar. No quería provocar un alboroto innecesario ni mofarme de ellos pues, cuando aprendieran, serían excelentes luchadores.

Minutos después, me encontraba en la entrada de la acrópolis. No pude evitar mirar con admiración la gran construcción que marcaba el camino hacia el templo, pues el sol del atardecer le otorgaba un color especial. Escuché a alguien decir que aquello se llamaba «Propileos», lo cual despertó mí curiosidad. Ignoraba que allí hubiese más cosas aparte del Partenón. Cuando seguí mi camino, me llamó la atención un templo más modesto coronado por una estatua pequeña de Atenea con unas alas saliendo de su espalda. Además, en la entrada — donde tendría que haber habido columnas — se erguían seis estatuas de mujeres. Sin embargo, no me paré a admirarlas como realmente se merecían, pues no quería dar la impresión de ser nueva en aquel lugar. Por ello, decidí mantenerme al margen y buscar un sitio en el que ocultarme hasta que cayese la noche.

Decidí que las alturas me ayudarían a ocultarme a simple vista y, tras atar a Hippós a un poste en la parte trasera, escalé hasta alcanzar la parte más alta del edificio. Miré a mi alrededor y me sorprendió darme cuenta de que, a pesar de que las casas de Atenas eran enormes en comparación con otras que había visto, desde allí parecían minúsculas, al igual que aquellos que las habitaban. Sin embargo, decidí centrarme en el Partenón y en la afluencia de gente.

Miles de atenienses acudieron a lo largo de la tarde a presentar sus respetos a mi madre. Me parecía increíble que, a pesar de que ella era el verdadero monstruo, no necesitaba más que tener el título de diosa para ser venerada, incluso cuando los suyos no dudarían en matar a todos los mortales si con ello se aseguraban su supremacía. Pobres ilusos… creían que los dioses valían para algo, cuando yo cada vez tenía más claro que no era así.

Por otro lado, vi a unas diez chicas jóvenes ataviadas con largos y suaves vestidos de gasa que parecían danzar con el aire cuando caminaban, de un color blanco y puro — como probablemente habían sido mis ojos durante varios años—, aceptando las ofrendas de los peregrinos y manteniendo el orden en el templo. Esas debían de ser las sacerdotisas. Debía evitarlas si quería que funcionase lo que tenía en mente, pero, por encima de todo, debía ser paciente.

Era curioso que, cuanto más esperaba que el tiempo pasase, más lento parecía caer el sol

y esconderse tras el horizonte, o al menos esa era la sensación que yo tenía. Sin embargo, la llegada de la noche no marcó el final de mi espera, sino que tuve que aguardar lo que me pareció una eternidad. Aprendí sobre los hábitos de las sacerdotisas mientras trazaba mis propios planes, entre ellos el de mantener siempre el fuego encendido, limpiar el templo, compartir la cena y recluirse hasta el día siguiente.

Esa era la costumbre que estaba deseando ver. Esperé un poco más, por si hubiera habido alguna rezagada y, cuando confirmé que no era así, decidí que era momento de ponerme en movimiento. Decidí trenzarme el pelo para que no me molestase, volví al suelo con facilidad y desaté a Hippós para que me acompañase. Me reconfortaba tenerlo a mi lado, pues jamás sabría si habría podido hacer todo aquello sin él, o hacer lo que estaba a punto de acometer.

En la entrada del templo, decidí ataviarme con la armadura por completo — en especial el casco—, y me aseguré de que tanto mi *xiphos* como mi arco estaban a mi alcance. Por último, revisé el *aspis* con una sensación desagradable en el estómago, y es que a lo mejor no estaba tan preparada como yo creía para afrontar ese momento. Sin embargo, pensé que no era una cuestión de poder o no, sino que tenía que hacerlo, sin más. Con ese pensamiento en mente, di los primeros pasos para entrar al Partenón.

Me fijé, en primer lugar, en que el mármol del suelo hacía que mis sandalias resbalasen, cosa que era importante a la hora de luchar. No temía cometer un error y morir, pues para eso había ido hasta allí, pero no quería que aquello me impidiese llevarme a Atenea conmigo. Por ello, corrí un poco en círculos para habituarme a la superficie, siempre bajo la atenta mirada de Hippós. Él parecía saber que el eco reverberaba en toda la sala ya que, por primera vez, no hizo ni un solo ruido. Continué caminando, haciéndome con todos los detalles que podía en el menor tiempo posible, ya que cualquier cosa me sería útil.

Pero no la había, pues el templo era todo columnas, un fuego que iluminaba la estancia y una gran estatua de la diosa. Era fácil escapar — si bien dudaba que ella lo fuese a hacer, porque era una diosa y probablemente me consideraba inferior—, el sitio estaba despejado y nada parecía potencialmente mortal. Si cruzábamos espadas, todo devendría a partir de mi destreza. De repente, sentí algo de presión. Lo que ocurriese aquella noche, fuese lo que fuese, dependería de mí.

— Estoy aquí. — Me atreví a decir en voz alta—. Creo que oí tu voz en sueños diciéndome que viniese. Pues bien, aquí me tienes. — Miré a mi alrededor, esperando alguna señal, pero lo único que recibí fue el eco de mi propia voz—. Vamos, sabes que te he estado buscando y tú me has llamado. Ven.

Me sorprendió que todo lo que decía, más que una amenaza, parecía una súplica. Miré la estatua, casi implorando que pasase algo, pero estaba allí sola y nada pasaba. Sabía que, si Medusa y las Hermanas del Destino existían, si yo era su hija, los dioses eran reales, pero, por un momento, me sentí casi ridícula esperando que ella apareciese. Aguardé mientras la desesperanza invadía mi ser pensando que todos mis planes habían sido un gran absurdo porque se basaban en que mi madre iba a acudir a mí. ¿Por qué iba a hacerlo? Era una diosa y yo una mortal, algo igual de insignificante que una gota de agua en el mar. ¿Por qué fijarse en mí?

Miré la escultura con inquina, pues era su imagen la que intentaba imponerme y hacerme

sentir pequeña, y no lo iba a permitir. Se me ocurrió, de repente, una forma de llamar su atención, una que era imposible que ignorase en su querido templo sagrado y, una vez más, decidí que escalar era la solución. Subí por su escudo de oro y me agarré del ropaje marmóreo hasta llegar a sus hombros. Ahí, pude erguirme utilizando su pelo como apoyo y, cuando pude mantener el equilibrio sin problemas, decidí desenvainar mi espada. Después, con toda la fuerza que pude reunir, producto de la rabia que comenzaba a invadirme, asesté un golpe en el cuello de la estatua. Poco después, la cabeza caía pesada y sonoramente sobre el suelo, rompiendo las losas del templo.

Tomó un instante que casi todos los fuegos se apagasen debido a una violenta corriente de aire y que solo perdurase el que había tras la estatua. Miré hacia la entrada, casi de forma instintiva, mientras mis ojos se adaptaban a la nueva penumbra del lugar y, tal y como quería que ocurriese, una figura femenina era recortada por la oscuridad de la noche y la luz de la luna. Dio unos pasos al frente hasta que la luz anaranjada bañó su silueta. No se parecía a la de la estatua, pero su majestuosidad y el mochuelo que la acompañaba — distinto al que me acosó durante semanas— no me dejaba dudas: era Atenea.

Bajé deslizándome hasta el suelo, ignorando si hacerlo era peligroso o siquiera recomendable. Tenía la necesidad de reunirme con ella y completar mi tarea. Por ello, aún con la espada en alto y el escudo preparado, aguardé a que ella aceptase el duelo. Si algo me había enseñado Medusa es que los combates se libraban con honor, no a traición. Sin embargo, cuando alzó la mano y el fuego se volvió a encender a nuestro alrededor, no vi ninguna actitud beligerante por su parte. Tendría que provocar que aquello ocurriera de una manera u otra.

— Creo que sabes, pequeña, que lo que acabas de cometer es un acto miserable. — Bajó la mirada y se encontró con una pulsera que antaño fue un brazalete. Hizo una mueca, extrañada —. Me acabas de declarar una guerra abierta.

— Una cabeza por otra, madre.

# Madre e hija

El tiempo pareció congelarse en el momento en que la llamé «madre». Era obvio que, aunque me había vigilado durante bastante tiempo con el mochuelo y había intentado comunicarse conmigo a través de mis sueños, no me reconocía. Era por eso por lo que parecía sorprendida de que alguien llamara así a la diosa y, hasta donde yo sabía, solo una persona en el mundo podía hacerlo. Pareció relajar los hombros y suspirar sonoramente cuando procesó todo lo que estaba ocurriendo y solo entonces volvió a hablar.

— Cressida… ¿Eres tú? — Sonrió. ¿Cómo me había llamado?

— Soy Helena. ¿No reconoces a tu propia hija? Claro… cómo ibas a poder, si soy una desconocida para ti.

— Cressida… — Sonrió casi de forma tierna—. Ese fue el nombre que te di cuando naciste. Por fin estás en casa.

Comenzó a avanzar hacia mí con paso tímido, juzgando si era bienvenida o si, por el contrario, se sentía incluso más amenazada por mí. Tenía algo en su mirada, algo persuasivo que, por un instante, me hizo dudar de si debía bajar la espada y abandonar mi posición defensiva. Sin tener control sobre mi cuerpo, sentí cómo se relajaban mis músculos, pero, recordando el motivo por el que estaba allí, decidí guardar mi *xiphos*, coger mi arco y tensarlo tras cerrar los ojos.

— No te acerques más. — ¿Por qué sentía tantas ganas de llorar? Tanta… rabia.

— Está bien, hija. Eh… Helena. Es obvio que ya no usas el nombre que te di. Es normal, eras muy pequeña y no lo recuerdas.

— Que no lo recuerdo… A ver si va a ser porque mi madre me abandonó y los espartiatas que me acogieron quisieron borrar toda mi identidad porque, según ellos, no lo merecía por ser ciega.

— Cariño, yo… — Escuché cómo daba un paso y eso me puso más nerviosa.

— ¡Que no te acerques! — Solté la flecha y, asustada, abrí los ojos para ver cómo rozaba su cara y se perdía en la oscuridad. Ella llevó una mano a la herida—. Hace cuatro meses que me llamo así. ¿Sabes quién me lo puso?

— Medusa — respondió con simpleza y amor en sus palabras. ¿Cómo se atrevía siquiera a pronunciar su nombre? —. Sé lo que pasó, pero si me dejases explicarte…

— No quiero explicaciones; yo estaba allí. Allí cuando guiaste a Perseo y allí cuando le cortó la cabeza. Lo primero que vi fue cómo caía sobre mí. ¿Sabías eso, madre?

— Sí… — Bajó la vista y se quedó con la mirada perdida. Me sorprendió notar que sentía culpa.

— Entonces sabes a qué he venido.

Sin decir una sola palabra más, hice silbar una segunda flecha, esta vez apuntando

directamente a su corazón. Ella no se movió, sino que lo hizo el mochuelo blanco que portaba en su hombro. Estiró su ala y, cuando la flecha impactó en sus plumas, se desintegró como si se hubiese chocado con un muro de piedra. Tiré una tercera flecha esperando un resultado distinto, pero, tal y como me temía, pasó exactamente lo mismo. Las flechas no funcionaban contra la diosa, lo cual significaba que tenía que acercarme más. Al fin y al cabo, me enfrentaba a la deidad de la estrategia en combate. Aun siendo una semidiosa, aquello no iba a ser fácil.

Sabiendo que ella no tenía intenciones hostiles contra mí, me permití a mí misma dejar el arco con cuidado y asegurarlo a la grupa de Hippós. En cierta forma, que él estuviese allí me daba algo de fuerza, pues era lo último que me quedaba de Medusa y, en cierta manera, sentía que era quien me guiaba adonde debía ir. Después, revisé que mi armadura estuviese bien asegurada y, una vez más, afronté a una enemiga formidable con escudo y espada, solo que esta vez iba a ser mucho más difícil que con Perseo, a quien, en última instancia, no pude superar. ¿De verdad iba a poder con mi madre?

— Sabes que no voy a herirte ni luchar contra ti, ¿verdad? — dijo con un tono calmado y sereno.

— ¿Por qué no? ¿Ahora resulta que te importo algo?

— Has dicho que no querías explicaciones, Helena. ¿Has cambiado de parecer?

— No me vas a persuadir con truquitos baratos y milongas. Hoy Hades tendrá dos almas más.

No le di la oportunidad de replicar porque sabía que, si le dejaba hablar, me iba a convencer de que nada de lo que me iba a contar era mentira. Si ella era la diosa de la sabiduría, sabría muy bien cómo persuadir y la única manera de evitar que lo consiguiese conmigo era no dejando que hablase. Al principio, casi me convenció con una sola mirada de que no luchase, pero eso no iba a ocurrir más. Si tenía el objetivo en mi cabeza y la mente despejada, podría conseguirlo.

Por ello, decidí ocupar toda mi concentración en la pelea. Corrí hacia ella cargando con la *xiphos*, aprovechando que no quería luchar contra mí para cometer semejante imprudencia. Si no tenía que preocuparme por defenderme — ella, por el momento, no iba a atacar y yo quería morir — emplear más fuerza me parecía incluso sencillo. Una vez más, la rabia fluyó por mis venas hasta apoderarse de todo mi cuerpo y darme el poder que necesitaba. Atenea, como si fuese una hoja que bailaba con el viento, esquivó mi espada con elegancia, dejándose llevar por mis movimientos.

Me cabreaba muchísimo más que no hiciese un solo esfuerzo, que pareciese que luchar contra alguien como yo fuese tan trivial como escribir una tablilla, y supe que tenía que esforzarme incluso más si quería que me tomase en serio. Parecía tener mucho aprecio al mochuelo, así que dejé de concentrar mis fuerzas en su cuerpo para ir a por el animal. Por primera vez, sentí que se inquietaba y es que comprendió muy bien lo que intentaba hacer. Siguió esquivándome, protegiendo al pájaro, hasta que estuve a punto de asestar un golpe certero en el pecho del ave. Solo entonces, Atenea se defendió y repelió mi ataque. Antes de poder procesar lo que estaba ocurriendo, volé varios pies y caí de espaldas junto a Hippós. Todo el aire salió de mi pecho.

— Vete, Nyctimene. — El ave alzó el vuelo y se posó en una cornisa. Era blanca y su plumaje resplandecía animado por la luz del fuego. Debía reconocer que era hermosa, al contrario que el mochuelo que maté en mi hogar—. ¿Estás bien? — Me miró directamente a los ojos, preocupada.

— ¿Y a ti qué te importa? — Me levanté con menos elegancia de la que me hubiese gustado. No quería parecer débil y, aun así, delante de ella, me sentía así—. No te había interesado antes.

— Eso no es cierto. — Su rostro se endureció y, de repente, encontré la forma de enfadarla.

— Claro que lo es, madre. He sido maltratada, abusada y violada durante años, a diario. Y ¿dónde estabas tú, Atenea? Aquí, vanagloriándote de ser una diosa muy lista y casta. Pues adivina, no lo eres. Tu hija, de la que tanto dices que te preocupas, ha estado a punto de morir en muchas ocasiones, así que no me vengas con que eso no es cierto, porque ni mil mentiras podrían borrar lo que yo he sufrido.

— No lo entiendes — masculló entre dientes, reprimiendo su ira.

— Claro que lo entiendo, pero no te idealizo como los patanes de esta ciudad y tú estás muy acostumbrada a que besen por donde pisas. Tampoco fuiste buena con Medusa. Ella te adoraba y le diste la espalda cuando más te necesitó. — Comenzó a avanzar hacia mí y sonreí siendo consciente de mi victoria—. Dicen que eres justa, pero eres cruel y retorcida.

Dejó de caminar cuando quedó a un paso de mí, mirándome, y en sus ojos pude ver reflejado el mismo fuego que me recorría a mí cada vez que luchaba. Así que eso sí era herencia de ella… Aguardé para saber cuál era su siguiente paso, si finalmente me atacaría o tendría que seguir incitándole a hacerlo, pero, para mi sorpresa, actuó con más rapidez de la que pude procesar en ese momento. Sin embargo, no fue violenta conmigo como yo quería, sino que solo me dio una bofetada, como si me regañase.

— Eres una malcriada. — Frunció el ceño, pero parecía infinitamente más calmada que segundos antes.

— Recuerda, Atenea, que nadie me ha criado — dije tras llevarme la mano a la mejilla. Dolía más de lo que podía imaginar, pero sonreí porque me dio con ganas.

— Dices que no quieres explicaciones, pero todo esto parece un gran reclamo de atención y de saber por qué más que una simple venganza. ¿Qué es lo que quieres realmente, Helena?

— Que pelees — respondí con simpleza. ¿De dónde sacaba que quisiera *su* atención?

— Pues hagamos un trato. — Se dio la vuelta y se separó de mí unos pies. Después, volvió a mirarme con más seriedad—. Nos batiremos en duelo. Si gano yo, te vas a sentar y vas a escuchar todo lo que te tenga que decir. Si ganas tú, te concederé lo que has venido a buscar, incluso si tengo que hacerte daño.

— ¿Cómo sé si he ganado? — dije con desconfianza.

— Tienes cinco minutos para herirme. Vale un roce, un golpe e incluso atravesar mi carne si sientes que es lo que debes hacer, pero solo contará si me alcanzas con un arma. Si lo consigues, habrás ganado. Ten en cuenta que yo también iré armada. — Alzó la mano y, en el aire, se materializó una lanza que agarró entre sus dedos—. Si no lo consigues, gano yo.

— Trato hecho.

Sin cruzar más palabras, me puse en guardia siendo consciente de que ahora ella también podía atacarme y, con el poder que heredé recorriéndome por completo, cerré los ojos y me dejé llevar. Aguardé unos segundos, esperando que Atenea fuese quien diese el primer paso, pero, al contrario de lo que creía, no iba a buscarme para hacerme daño. Simplemente, estaba esperando mis ataques. Entendí, de repente, que el juego dependía de qué hiciese yo porque mi madre iba a recibir todo lo que tuviese para darle.

Siendo consciente de que solo tenía cinco minutos, no aguardé más y decidí volver a ser imprudente. Tiré el *aspis* al suelo sabiendo que no lo iba a necesitar para tener un peso menos encima y corrí hacia la diosa. Permaneció, no obstante, bastante serena ante la potencial amenaza que suponía luchar contra mí en ese estado y recibió cada golpe como si aquello se tratase de una conversación de hierro y oro. Sin embargo, era muy diestra con la lanza y no era capaz de adaptarme a ello con los ojos abiertos, pues nunca había entrenado ese tipo de combate.

Volví a mi estado natural y solo entonces pude combatir con la misma furia e inteligencia que demostré contra Perseo. Era, sin embargo, un combate mucho menos agresivo, pues mi oponente no destilaba el mismo odio que yo, sino casi paciencia con cada mandoble que repelía. Una vez más, los sonidos sordos de las armas chocando invadían la estancia, reverberando, y me confundían. Eso me hizo abrir los ojos una vez más para ver las lágrimas de mi madre recorriendo sus mejillas, preguntándose en silencio por qué la odiaba.

Sin saber por qué, ese gesto tan pequeño hizo que me enfureciese más, ya que sentía que quería manipularme a través de mis sentimientos y, además, el tiempo se me acababa. Si algo había aprendido a hacer con los años era contar y los segundos se me agotaban. Por ello, con todo a mi alrededor ralentizándose y con la furia creciendo en mi interior, decidí dejar de jugar limpio. Asesté el golpe más fuerte que pude, haciendo que su lanza de oro se rompiese y, aprovechando su desconcierto, pateé sus tobillos para que cayese al suelo.

Atenea no se movió ni se defendió. Más bien, parecía que admitía su derrota y lloraba amargamente mientras veía el odio reflejado en mis ojos. Me quedé de pie a su lado, pareciendo una gigante que contemplaba a una mosca, y, con ganas de llorar — no sabía si de rabia o tristeza—, saboreé la victoria. Agarré la espada con fuerza, me puse sobre ella para que no pudiese eludirme y, gritando para sacar toda la angustia que empezaba a inundarme, puse ambas manos en el mango de la *xiphos* y asesté un golpe con tanta violencia que escuché el mármol quebrarse.

Sentía que me faltaba el aire mientras lloraba amargamente y las lágrimas caían sobre el rostro de mi madre, que aún me devolvía una mirada serena y en la que, por primera vez, apreció amor, si es que mis ojos no me engañaban. Tuve que cerrarlos una vez más para dejar de sentir que me estaba rompiendo y que mis actos estaban equivocados. Para no admitir que necesitaba consuelo. Solo entonces, sentí como una mano cálida y gentil, una con la que había soñado

muchas veces, me quitaba el casco y enjugaba mis lágrimas con cariño. Sin decir una sola palabra y sin reparar en que la espada seguía clavada junto a su cabeza, se irguió y me abrazó, y mi único instinto fue resguardarme en ella.

— Sé que todo ha sido duro, Helena, y ser mi hija no te lo ha puesto fácil. Me disculpo por eso. — Acarició mi cabello y, poco a poco, la ira desapareció y solo quedó una inmensa tristeza—. Pero no podía renunciar a ti. Siento haber sido tan egoísta y haberte dejado pasar por todo eso.

— Hueles igual — dije entre sollozos sintiéndome reconfortada—. ¿Por qué no te sorprende que pueda verte?

— ¿Quieres las explicaciones? — preguntó con ternura mientras se separaba de mí y acariciaba mi pelo.

— Has ganado. — Soltó una ligera carcajada—. ¿Qué?

— Que sigues siendo mi niña, nada más. Y he puesto demasiado sobre tus hombros, pero me alegro de que hayas podido descargarte un poco. Lo necesitabas. Hablemos en un sitio tranquilo, ¿vale?

Decidí quitarme de encima de mi madre, pues era obvio que no íbamos a hablar allí mismo y, cuando se levantó, la seguí en silencio allá adonde ella iba. Abandonamos el templo y nos adentramos en la noche siendo seguidas de cerca por el mochuelo y por Hippós. Me sentía mucho más ligera, como si el odio hubiese desaparecido de mi interior por un momento y, en cierta manera, porque la expectativa de lo que me iba a contar ocupaba casi toda mi atención. No me olvidaba de lo que nos había hecho a Medusa y a mí, pero su tono de voz y su forma de actuar… No parecían de una persona vengativa, sino de alguien que sentía una culpa profunda.

Bajamos a la ciudad, donde los habitantes ya dormían en la quietud de la madrugada, y seguimos una serie de calles por las que no había pasado para llegar a la acrópolis. Paramos cuando llegamos a una *oikós* en las afueras, una que apenas destacaba del resto, y entramos como si aquello fuese nuestro. A pesar de lo engañoso que podía ser por fuera, su interior albergaba una serie de lujos dignos de una diosa. Supe entonces que aquello era a propósito y que, al parecer, Atenea visitaba la ciudad con frecuencia. Avanzamos hasta el hogar, donde ella me ofreció asiento y comida.

— Peleas muy bien, ¿sabes?

— Medusa me enseñó — dije con timidez, como si, de repente, me diese vergüenza hablar de ella delante de mi madre.

— Lo sé. No sabría nunca cómo agradecerle todo lo que ha hecho por ti sabiendo quién eres.

— Entonces lo sabía…

— Es una larga historia, pero sí. Antes de empezar, quiero disculparme. Verte sufrir tanto… No sé si al final el fin ha justificado los medios.

— Si te consuela, madre, no creo que este sea el fin. Aún no me he reunido con ella. Pero

quiero saber si los medios han merecido la pena de todas formas.

— Está bien… — Suspiró y cogió aire profundamente, intentando organizar sus ideas—. Esta historia, o al menos la parte en la que yo intervengo, comenzó con el nacimiento de Medusa. Esperé eones a que ella llegase a este mundo porque las Moiras advirtieron a mi padre de tu llegada, de la de las dos. Él me impuso ser casta para evitar tu nacimiento, pero eso es solo un detalle que, obviamente, ya no importa. Cuando Medusa nació, su hilo se pegó al tuyo, que ni siquiera existías, y las Hermanas me avisaron de ello.

» Supe entonces que todo aquello que me habían profetizado sobre ti debía comenzar a ponerse en marcha. Ellas me confiaron todo lo que debía ocurrir, pero no podía evitar nada, ni su dolor ni el tuyo. Ya conoces la regla. Entonces, la guie para que fuese sacerdotisa de mi templo hasta que llegara el día. La vigilé de cerca y sabía que tenía un romance muy inocente con Alida, pues ambas seguían siendo castas, así que le creí cuando me dijo que amaba a las mujeres y que había sido forzada por Poseidón.

» Sin embargo, tuve que hacer el papel de mala para protegerla. Si era monstruosa, y a pesar de mi maldición era bella, ningún hombre podría dañarla. Incluso los dioses temían a su sangre envenenada, por lo que la dejaron en paz. La otra parte era un poco más egoísta, debo serte sincera. Ella se tenía que encontrar contigo, pero os separaban los siglos y, si permanecía siendo humana, jamás os conoce Q1ºríais. La guie hasta la montaña, donde aprendería a controlar su nueva fuerza y donde guardaría la armadura que llevas puesta, porque la necesitarías.

» Y luego viniste tú. — Acarició mi mejilla con extremo cariño, lo cual me sacó por un instante de todo lo que intentaba procesar—. Me enamoré de tu padre y desobedecí al mío para estar con él y traerte al mundo. Fuiste mi mayor tesoro, y por eso te llamé Cressida. Significa oro, como lo son tus cabellos. Tal y como profetizaron, naciste ciega, con unos ojos blancos preciosos, y supe que eras especial desde el día que te vi por primera vez. La paz nos duró solo unos pocos años, pues tu abuelo, Zeus, se enteró de que habías nacido y de que estabas creciendo.

» Tu padre se enfrentó a él — dijo entre lágrimas, pero con entereza—. Por supuesto, no duró mucho porque él era mortal y la ira de Zeus infinita. Fuiste siempre muy inteligente, así que el día que te escondiste en el bosque, no te encontró. Lo siguiente fue incluso más duro que perder a mi amor, y fue dejarte con esos espartiatas sabiendo sus costumbres. Pero ellos no te sacaban de esa *oikós* y Zeus no te encontró nunca. Ni siquiera sabía qué aspecto tenías y la vida que dejé que llevases no te hacía destacar como semidiosa. Estabas a salvo de él.

» Admito que fue mi error dejar que te tratasen así, pero me pareció mejor que dejar que murieses a manos de mi padre. Aún lo odio por lo que le hizo al tuyo y no estaba preparada para perderte a ti también. Y aún quedaba algo: que Medusa y tú os encontraseis. Arsen me fue de gran ayuda para sacarte de allí y fui yo quien guio vuestros pasos hasta que conectasteis. Me hizo feliz comprobar que ella te amaba incondicionalmente y que tú, por primera vez, comenzabas a vivir.

» Pero mi padre intervino una vez más al ponerse a favor de Perseo. Me obligó a apoyarle en la batalla porque consideraba que Medusa era un error mío y porque era uno de sus

muchos hijos. Si quería salvarte, tenía que asegurarme de que no te descubría y de que Perseo no te haría daño. Fue humillante y, a la vez, inevitable, porque tenías que verla morir y llegar hasta donde estás para cumplir con la profecía. Y todo ha sido demasiado frustrante porque he tenido que dejar que pasara o incluso provocarlo. Pero, cariño, no podía negarte el amor verdadero, no a ti.

— Entonces… ¿hiciste todo esto para que Medusa y yo nos enamorásemos?

— Vi vuestros hilos entrelazarse. Ni siquiera el de tu padre se unió al mío y todavía siento un vacío inmenso sin él, ¿cómo podría quitarle algo así a mi propia hija?

— ¿Y cómo sé que todo esto no es una gran mentira? ¿Cómo sé que eres como dices ser?

— *Yo puedo hablar por ella*. — Escuché en mi cabeza una vez más. Era el mochuelo—. *Soy Nyctimene. Tu madre me salvó cuando mi propio padre me violó. Me alejó de él y me protegió dándome esta forma. La he visto sufrir durante siglos y te aseguro que ella tiene buen corazón. Confía en Atenea, te aseguro que volverás a estar con Medusa. Ya queda poco*.

— ¿A qué te refieres?

— A que hay algo que aún no se ha cumplido. Zeus es el único que puede ordenar a Hades que te deje entrar en el inframundo con vida. Si mueres, no te encontrarás con ella. Ha asesinado a muchos a pesar de que no era su voluntad y tiene que estar vagando por el Tártaro. Tú no eres una heroína ni una asesina, así que irías al Campo de Asfódelos. Pero si te acercas a Zeus…

— Podría matarme porque teme que la profecía se haga realidad y no tendré la oportunidad de verla si muero. Pero, si con eso puedo reunirme con Medusa, acepto el riesgo.

— No puedo intervenir, Helena, pero ten presente que tienes a tu alcance las herramientas que te darán la victoria. Esta armadura la hizo para ti el mismísimo Hefesto porque quiere ver cómo cae Zeus, y Medusa te acompaña. Descansa esta noche, mañana te llevaremos Nyctimene y yo al Olimpo.

Incluso si mi madre no podía intervenir, me sentía apoyada por ella y confiada de mis propias habilidades. Me di cuenta de que, a su manera extraña y casi retorcida, me quería, pues había aguantado mucho dolor y desprecio para mantenerme con vida y asegurarse de que Medusa y yo estuviésemos juntas. Además, sus palabras, que me garantizaban que aquello iba a ocurrir una vez más, me daban fuerza y valor para lo que me quedaba por hacer antes de reunirme con ella.

Por primera vez en mucho tiempo, sentía esperanza. La rabia desapareció cuando comprendí que ese dolor no fue en vano y creció mi ansiedad por volver a estar con ella. Haciendo caso a Atenea, me acosté en el lecho más cómodo en el que jamás había estado y, sintiendo lo que era tener una madre por primera vez, me quedé durmiendo mientras acariciaba mi pelo, deseando que llegase el día siguiente.

# Hecha de cierta pasta

Desperté del que quizás fue el sueño más placentero en mucho tiempo. Por unos instantes, no hubo nada en mi cabeza; ni noción temporal, ni consciencia sobre mi visión o ceguera, ni destino. Sin embargo, hubo algo familiar en el comienzo de aquel día: mi primer pensamiento fue para Medusa. Me estiré en el lecho, mirando al techo de madera y viendo cómo poco a poco este se acercaba a mí con una velocidad vertiginosa, casi como si me fuese a aplastar.

Así me sentía cada vez que pensaba en ella y luego la realidad me golpeaba con contundencia. Aquello no era tenerla en mi cabeza sabiendo que la vería en un rato, sino una nostalgia asfixiante, de la que espera agazapada al momento más vulnerable de la psique. Y el mío era despertar sin ella.

Aunque no me gustaba pensar en ello, en el malestar que me provocaba, era paradójicamente lo único que me daba fuerzas para continuar con mi viaje viva. La echaba de menos, incluso más que a mi madre — que ahora dormía entre una silla y el lecho mientras agarraba mi mano — el día que me abandonó. Justo en ese momento me sentía más sola que nunca.

Añoraba su voz. Cada día que pasaba recordaba menos su timbre amable, sincero y suave que me daba los buenos días. En su momento, quizás, no supe apreciar ese gesto con la importancia que tenía; era trivial, un saludo sin más, uno al que no se le da importancia hasta que quien te lo dice no está. Me reconforté pensando que, al menos, su olor — el de cuando estaba viva — permanecía en mi memoria como el primer día que llegó a mí. En ese entonces no lo sabía, pero ya despertaba algo especial en mí.

Al menos podía refugiarme en mi propia determinación, esa que me empujaba a hacer la mayor locura de la historia y que me llevaría a estar con ella una vez más. Pensar en ello hacía que mi corazón se acelerase y me dieran ganas de llegar a Olimpia ese mismo día, incluso si no era posible.

— Buenos días, hija — dijo Atenea con una sonrisa. Aunque apenas reparé en ella, me di cuenta de lo extraño que era tenerla a mi lado. Más bien, ella lo era —. Duermes como cuando eras bebé.

— ¿Cómo es eso? — pregunté con genuina curiosidad; nadie me había hablado antes de mi infancia.

— Con la mano pegada a la oreja y la boca un poco abierta. Tienes baba. — Alzó la mano y me la limpió suavemente. Yo se la aparté e hizo un extraño gesto con la cara.

— No te ofendas… mamá. — Aún era raro decirlo —. Es que no estoy lista para esto. Apenas te conozco y… — Decidí callarme.

— ¿Y? — Me miró fijamente y, sin saber por qué, tuve la necesidad de contestarle.

— Y todavía no lo entiendo. Me lo explicaste y sigo sin verle la lógica a por qué me abandonaste.

— Sigues viva y tanto eso como que la encontraras a ella era mi prioridad.

— Pero ¿a qué precio? Tengo dieciocho años, pronto tendré diecinueve, y ya he pasado casi media vida.

— No son tantos años, cariño. Eres joven.

— Madre, eres inmortal. Quizás para ti esto supone un costo muy bajo, apenas una gota en una tormenta, pero para mí fue el chaparrón entero. Tendría que haber habido otra manera, una que no implicase… — No me apetecía decirlo en voz alta. Ese día dolía más que de costumbre.

— No puedo luchar contra el destino como tú. Medusa y yo… Nuestros papeles eran muy claros en esta historia, y el mío, como madre y como esclava de mi sino, era procurar que vivieras y que te encontraras con ella. El cómo no fue mi elección. — Hizo una pausa que se volvió eterna.

» ¿Crees que para mí fue fácil? Os perdí a los dos el mismo día. Vi cómo Zeus atravesaba a tu padre con un rayo y luego desapareciste. No podía buscarte — dijo con la voz temblorosa —, no cuando mi padre deseaba que lo hiciese para acabar contigo. Mi dolor es diferente al tuyo porque he tenido que permitir que sufrieses, porque solo así estarías a salvo.

— Me alegro de que estemos aquí y ahora — dije con sinceridad—. Pero, madre, la necesito a ella. Me siento perdida desde que no está.

Las dos nos quedamos calladas, ella arrepintiéndose de sus decisiones y yo pensando en el reencuentro. Me daba miedo que no llegase a ocurrir, que todo mi viaje solo fuese un prolongamiento de mi sufrimiento. Pero, sobre todo, me aterraba pensar que, en toda mi vida, solo fui feliz durante cuatro meses y fui demasiado estúpida como para darme cuenta.

De pronto, se me quitó el hambre mientras me llevaba una hogaza de pan a la boca y, bajo la atenta mirada de Atenea, me retiré para ir a por Hippós. Era todo lo que me quedaba de ella, mi compañero de viaje; me reconfortaba estar a su lado. Cuando llegué, le serví su bien merecido heno y, por primera vez en toda la mañana, me relajé acariciando sus crines. Hippós tenía algo mágico en él.

No tardé en sentir un ligero peso sobre mi hombro, aunque no me hico falta mirar para saber que era Nyctimene. Aun en el alba, con poca luz solar y dentro de la caballeriza, sus plumas brillaban con un blanco puro. Incluso si era capaz de hablar en mi cabeza, permaneció callada mientras me observaba cepillar el pelo de Hippós. Quizás, movida por la necesidad de tener a alguien a mi lado a quien no guardase rencor, o quizás porque a mis ojos era un animal, empecé a hablar con ella.

— Puede que no lo parezca, pero estoy aterrada. — Cogí una banqueta que había cerca y me senté. Ella seguía aferrada a mi hombro—. A veces, me gustaría que mi destino estuviese escrito. Así al menos sabría qué hacer o si todo esto tiene sentido, si enamorarme lo tuvo. — Hice una larga pausa intentando ordenar mis pensamientos.

» Nada me garantiza volver a verla. Bueno, eso de «ver» es relativo. Nunca lo he hecho, al menos no con los ojos, porque el día que murió solo vi su cabeza. Quiero decir que no es

seguro que la vaya a tener a mi lado. Si Zeus me derrota, no iré al mismo hades que ella e, incluso si lo hiciese, si lo derrotase, no significa que el dios de los muertos me la vaya a devolver.

» ¿Y si fracaso? ¿Qué sentido habrá tenido todo esto si fallo? ¿Vivir? Siento que lo más importante de mí se ha ido con ella y que, incluso si rehiciese mi vida, no lo iba a recuperar nunca. Es un vacío aquí, en el pecho, pero también en la cabeza. No sabría explicarlo muy bien.

» Lo que quiero decir es… — Empecé a hacer dibujos en la tierra hasta que, de nuevo, la forma «ΜΕΔΟΥΣΑ», su nombre, apareció—, que me siento sola y que ni con toda la compañía del mundo volveré a sentirme tan llena como cuando amanecía a su lado. Si fracaso, no estoy lista para dejarla marchar para siempre.

Antes de que pudiese darme cuenta, unas lágrimas que llevaban tiempo escondidas en mi interior comenzaron a traicionar mi fachada de seguridad. Todo se quedó en silencio, como si el tiempo se hubiese parado en una eterna espiral de amargura, hasta que Nyctimene acarició mi mejilla con su cabeza y secó las gotas con su plumaje. En agradecimiento, acaricié su cuello y ella cerró los ojos, deleitada. No sabía por qué, pero su presencia me reconfortaba como si la bondad que me transmitía lo curase — casi — todo.

Cuando alcé la vista, mi madre nos observaba desde la puerta con una sonrisa tímida y me arrancó un leve gesto de tranquilidad, efímero pero aliviador. Pensar que no iba a estar sola para la parte más difícil del camino me daba fuerzas y me animaba a ensillar a Hippós para comenzar con nuestro viaje de cuatro días. Lo hacía, no obstante, distraída, como si aquel momento no me perteneciese, porque lo cierto es que mi cabeza estaba en otra parte. Nadé en mis recuerdos en busca de la fortaleza que realmente debía tener para hacer lo que iba a hacer, porque el físico, al final, no iba a servir de nada sin determinación.

El caballo, como siempre, notó que no estaba allí, no como se suele entender el «estar», y relinchó en mi oreja en un tono bastante alto. Salté dando un respingo, como si hubiese vuelto a mi cuerpo después de un viaje muy largo, con prisas y estrellándome contra él. De repente, volvía a estar en el establo bajo la atenta mirada de la diosa y su compañera. Cuando me fijé, sus ojos brillaban con preocupación y me di cuenta de que temía por mí, porque decidiese rendirme y cambiar mi destino para acabar con mi vida en cuestión de días.

— Esto no acabará aquí, mamá. Mi voluntad de verla por primera vez es mucho más grande que mi duda. Medusa me ha dado todo lo necesario para que eso ocurra — dije señalando mi armadura, las armas y, por supuesto, los ojos que me había regalado antes de morir—, y no la voy a decepcionar.

— Si algo sé es que lo que hizo por ti no solo era parte de su destino. Llevaba mucho tiempo esperándote, ansiándote. Vuestro hilo se unió el día que nació y, desde entonces, le habías faltado en su vida. No iba a renunciar a ti ni en la muerte.

— ¿Cómo podía añorar a alguien que no existía?

— No lo sé… Ni siquiera las Hermanas hallaron una respuesta a ello. Pero, cariño, ella sigue aguardando por ti allí abajo. Espera que le tiendas la mano una vez más. — Sonrió suavemente, lo cual me tranquilizó.

— Supongo que no es una cuestión de poder o no poder… Es que tengo, no, *debo* hacerlo. Por ella, por mí y por nuestro futuro, sea cual sea.

Abrí la puerta del establo y, tirando de las riendas, guie a Hippós a la calle, donde comenzaba el bullicio de la mañana a pesar de que estábamos en una zona retirada y el sol tostaba la piel de los atenienses. Me subí a su lomo siendo recibida por un leve soplido de su nariz y Atenea decidió caminar a mi lado. Nyctimene echó a volar, escudriñando el horizonte por nosotras. Al contrario que los otros mochuelos, ella se adaptaba bien a la luz diurna — lo cual debía de ser una ventaja de ser una humana transfigurada — y decidió guiarnos.

No tardé en mirar a mi madre de reojo. Se concentraba en el camino a seguir y oteaba el horizonte con esos ojos color miel brillantes. Incluso si llevaba ropa humilde e iba bastante tapada para evitar miradas indiscretas, daba la sensación de que era un ser sobrenatural que caminaba entre mortales. Quizás parecía humana, caminaba como una humana y hablaba como una humana, pero la piel se me seguía erizando a su lado avisándome de que, en efecto, no lo era. O quizás eran imaginaciones mías porque sabía su verdadera identidad.

En un momento determinado, ella dejó de mirar hacia adelante para fijarse en mí con la misma profundidad de quien quiere mirar más allá de la carne y los huesos buscando la esencia de a quien mira, como si el *arjé* — escuché decir a los filósofos en Tracia que era el primer elemento de todas las cosas, lo que nos hacía ser… nosotros — realmente existiese. ¿De qué estaría hecha yo? ¿Qué estaría viendo en mí?

De todas formas, no quería saberlo, no cuando me incomodaba que me mirase tan fijamente. Contuve la respiración y erguí más mi espalda si es que eso era posible, nerviosa porque no sabía si me juzgaba o si buscaba algo que ni siquiera yo era capaz de ver o de sentir. El cuello se me empezó a poner rígido y apreté las riendas entre mis puños, que empezaron a ponerse blancos. Finalmente, ella apartó la vista y todo desapareció. Ya no sentía que me ahogaba.

— Podrías hacerlo si quisieras — dijo de repente —. Lo que acabas de sentir… Te lo he provocado yo.

— ¿Y por qué haces eso de repente? — Me llevé la mano al pecho; me latía fuerte el corazón.

— Porque te resistes y nadie, salvo mi padre, había conseguido hacerlo. Por supuesto, ni él ni nadie sabe que puedo… — Hizo una pausa buscando la palabra adecuada — condicionar las decisiones de a quien miro así. Sé que con Zeus no funciona porque intenté persuadirle para que no te buscase, pero esa era su obsesión. Su determinación era tan grande que sobrepasaba todo lo que intentase con él. Pero tú… ¿Por qué ibas a tener una idea tan férrea como para ser obstinada y no bajar del caballo?

— ¿Me estás diciendo que me haces sentir así para que te deje montar? — Fruncí el ceño ligeramente. Era un poco exagerado por su parte hacer algo así.

— No, solo lo estaba comprobando. En el templo te resististe a tirar las armas y dejar de pelear. Que no funcione con un dios no es tan raro, pero con una mortal… Incluso si eres mi hija no es algo común. Pude persuadir a Perseo para que no llegase al extremo de matarte, pero a ti

no. Creo que es porque tú también puedes hacerlo.

— ¿Por qué iba a nacer con un poder que no podría haber usado de no ser por Medusa? A lo mejor simplemente no funciona porque eres mi madre. Aunque…

— ¿Te ha pasado alguna vez? — preguntó con un timbre de ilusión. Al parecer, ella también deseaba no sentirse sola.

— No, pero… me ha estado pasando algo raro. Cuando peleo, me invade una sensación muy fuerte y siento que me vuelvo más fuerte y ágil. Sé que eso lo he sacado de ti porque lo sentí en el templo. Pero, desde que puedo ver, cada vez que pasa todo a mi alrededor parece hacerse más lento, como si se ralentizase el tiempo.

Sonrió ampliamente cuando compartí ese extraño fenómeno con ella. Pude intuir, por su reacción, que no era algo con lo que no estuviese familiarizada y que, por el contrario, sabía perfectamente a qué me refería. Pensé de inmediato que, si lo conocía, ella también era capaz de hacerlo y que, una vez más, todo era parte de su herencia.

— Empieza así — dijo mirando al frente —. Estás desarrollando tus capacidades. En realidad, no es que el tiempo vaya más lento, es que tú vas un poco más rápido que lo que te rodea. Tu forma de experimentar tu entorno cambia y tu cuerpo se adapta a ello. ¿Cuándo empezó a pasarte?

— Medusa me enseñó a pelear hace cuatro meses, casi cinco. Ya entonces tenía tu fuerza en mi interior. Sin embargo, lo de la vista hace apenas unos días.

— Eres mucho más rápida que yo. Tardé años en utilizar un potencial que a ti parece salirte natural. No sería extraño que pudieses hacer lo que yo. Pero, hija, recuerda que no es mi fuerza, es la tuya.

Todo quedó en silencio cuando nos callamos, puesto que ese día ni siquiera pasaba nadie por la ruta comercial que habíamos tomado para ir a Olimpia. No obstante, al contrario de lo que había pensado en un principio, no era incómodo. Por primera vez, parecíamos disfrutar del silencio y la compañía y, si bien pensaba que aquella situación era extraña — el hecho de saber que caminaba junto a mi madre, a quien ni siquiera había reconocido en un principio, lo era — me di cuenta de que el destino no solo era ineludible para casi todos, humanos o dioses, sino que también era altamente caprichoso. La probabilidad de estar ahí, en ese momento y con esa persona, había sido nula hasta hacía apenas un día, pero allí estábamos, yendo a un lugar que no había tenido ninguna conexión conmigo hasta ese preciso momento.

Si el destino tenía rostro y conciencia, debía de estar divirtiéndose a mi costa.

A pesar de ello, me sentía preparada para el viaje que iba a emprender, si bien no tanto para lo que ocurriría cuando llegase a mi meta. Tenía cuatro días para planear cómo derrotar a Zeus y hacer que me llevase con ella. Pensé en que, de no haber sido por su miedo, podría haber tenido una infancia normal y no haber llegado a pasar por todos aquellos nefastos años y que todo lo había provocado él de una forma u otra. Que ahora Medusa estuviese muerta no solo derivaba de que nuestros destinos se hubiesen cruzado, sino también porque mandó a su propio hijo a acabar con ella y obligó a mi madre a ayudarle.

Sin embargo, no podía odiarlo, o al menos no con la misma intensidad con la que solía sentirme por mi madre. Él no actuaba por maldad, solo por un profundo terror a acabar igual que su padre Cronos, derrotado por su prole y sacado de su trono en el Olimpo. Me pareció triste, más bien. Su vida había girado constantemente en torno de la obsesión que le provocaba mi nacimiento y el pavor que eso conllevaba. Esa simple semilla de miedo creció hasta convertirse en el momento en el que estaba ahora. Era irónico, pensé, que todas sus acciones para evitar el destino lo llevaran precisamente adonde quería evitar ir.

¿Y si hubiese decidido amarme? ¿Y si hubiese aceptado mí existencia? Si me hubiese querido, si hubiese dejado que me quedase cerca, quizás nada de lo que me llevaba a las afueras de Atenas a emprender un viaje para enfrentarle habría pasado. Me habría criado con mis padres, habría tenido una infancia, habría podido aprender a leer y escribir antes, quizás me habría batido en un duelo dialéctico con algún filósofo y… me habría enamorado de Medusa sin temor a perderla. Era curioso como una sola persona — o dios — podía cambiar tanto el destino de una niña pequeña, aunque sonreí pensando en que nunca me quitó el saber cómo se sentía el amor. Eso era mío y ningún destino caprichoso me lo arrebataría.

Estuve tan metida en mis propios pensamientos que me sorprendí al sentir la mano de Atenea sobre la mía. Tiraba de las riendas para que Hippós parase y él, notando que no lo hacía yo, relinchó molesto antes de dejar de caminar. Le acaricié la crin para reconfortarle y, entendiendo que mi madre quería que bajase — probablemente porque estaba cansada y quería sentarse — desmonté. Sin embargo, ella no subió. Miró a nuestro alrededor y me percaté de que estábamos muy lejos del camino. Tampoco había nadie cerca.

Atenea se alejó unos pasos de mí. La miré con intriga, ya que no sabía a qué venía todo ese misterio. Ella, de espaldas a mí, tomó aire profundamente y alzó los brazos. Hippós comenzó a ponerse nervioso y, cuando se me erizó el vello, se materializó ante nosotras un carro de combate del color del oro llevado por un caballo completamente negro. Al igual que con su lanza, hizo que apareciesen allí de la nada. De repente, pensé que, a lo mejor, yo también podía hacer algo así. Miré mi mano y me concentré para que apareciesen tres dracmas de plata, pero nada ocurrió.

— ¿Qué haces? — dijo con una sonrisa socarrona.

— Quiero saber si yo también puedo hacer eso. — Señalé el carro.

— No — aclaró con una carcajada—. Eso no es un poder, es que todos los dioses estamos conectados al Olimpo y puedo hacer que aparezca todo lo que esté allí. Incluso podría ir allí directamente si quisiera, — Abrí la boca para hablar, pero me interrumpió alzando un dedo —, pero no te podría llevar conmigo. Por eso vamos a ir en esto.

— ¿Y qué pasa con Hippós? No pienso dejarle aquí.

— Nyctimene se encargará de llevarle hasta ti cuando vuelvas.

Una sombra alada se cernió sobre nosotros, lo cual me dio a entender que el mochuelo estaba descendiendo y dejando atrás el cielo azul. De haber sido ella, de haber podido volar, pensé que nunca habría vuelto a pisar el suelo. Arriba, ella era libre. Sin embargo, cuando sus patas se posaron sobre la tierra, dejó de ser un pequeño pájaro para convertirse en una mujer

joven. Sus rasgos eran delicados, su cabello del color del cobre, rizado y largo, y era más alta que yo. De ella solo podía reconocer sus ojos, pues eran de un amarillo intenso, al igual que los de su forma animal.

Atenea, como si Nyctimene se tratase de su otra hija, la cubrió gentilmente con una capa que la ocultaba por completo y la hacía irreconocible a los ojos de quien se fijase en ella. Después, le dio un saco que tintineaba — reconocí el sonido de la libertad en él — y se dirigió hacia mí. Cuando la tuve delante, me acogió entre sus brazos y me estrechó contra sí. Su olor me invadió por completo y me llevó a la infancia, pues era igual que el de mi madre. Por último, se acercó a mi oreja y me susurró:

— Cuidaré de él hasta que volvamos a vernos, te lo prometo.

Acto seguido, siendo bien aceptada por Hippós, tomó las riendas sin que este se quejase. Seguía sin estar segura de aquello. En mis planes no entraba el ir sin él, en perder… a mi guía. Él había estado conmigo todo ese tiempo y juro por todos los dioses que sentía que me entendía y por eso mismo me empujó con el hocico hacia mi madre cuando vio en mí la duda. Quería que me fuese sin él, ya había decidido por los dos. Sin embargo, no me monté en el carro hasta que le abracé por el cuello y agarré sus crines una última vez, ya que al final no sabía si le volvería a ver.

Separarme de él me costó tanto como aceptar semanas atrás que Medusa había muerto, y es que sentía que me separaba de lo último que me vinculaba a ella además de hacerlo de un gran compañero. Atenea, esperándome con las riendas del carro entre las manos, me acogió cuando me acerqué a ella. Me pidió que me agarrase con fuerza y, cuando espoleó al caballo, este comenzó a correr. Sin embargo, no me di cuenta de lo que pasaba hasta que vi que las ruedas se despegaban de la tierra.

— ¡Estamos…!

— Volando, sí — dijo mi madre con una sonrisa—. Llegaremos antes si no dependemos de los caminos.

— ¿Cómo antes? ¿Cuándo? — pregunté con algo de temor. No iba a tener tanto tiempo para planear mi estrategia como me hubiese gustado.

— Esta noche — respondió casi en un susurro—. Conocerás a tu abuelo esta noche.

# Olimpo

No podía disfrutar de la vista. Jamás habría imaginado que sería capaz de volar y mucho menos que podría verlo con mis propios ojos, pero allí, viviendo la imposibilidad, no podía dejar que me deleitase. Escuchaba a mi madre hablar como si fuese un eco muy lejano porque mi cabeza estaba totalmente puesta en lo que se me venía encima. En apenas unos minutos llegaría al Olimpo y no sabía qué hacer.

¿Debía presentarme como si nada? Llegar buenamente y plantarme delante de Zeus desde luego que iba a pillarle desprevenido, pero no me parecía la mejor forma de comenzar a hacer girar la rueda. Además, tenía la sensación de que perdería mucho si hacía algo así, puesto que me superaba en fuerza más de lo que quería admitir y no quería cabrearle.

Pero ¿si no qué? ¿Entraba al Olimpo vociferando quién era y esperaba a que saliese? Si hacía eso, perdía el factor sorpresa y eso podría ser la diferencia entre fracasar o no hacerlo. Quizás era el tipo de pelea más honesta, pero no estaba allí para mostrar mis modales de batalla. Debía ganar al dios de dioses, eso era inevitable sin importar el costo, aunque, en realidad, con lo único que no podía pagar mi victoria era con mi vida, por lo que el precio sí que tenía un límite.

Colarme en el Olimpo tampoco era una opción. Si fuese tan sencillo hacerlo, los humanos entrarían en el palacio de los dioses cada vez que se lo propusiesen y, como era obvio, aquello no pasaba. Si fuese así, los dioses no se verían como algo lejano, sino como lo que realmente eran, poderosos y longevos, pero igualmente mortales. Y Zeus quería mantenerme lejos, así que si él sabía que ya tenía dieciocho años y que estaba viva, no iba a dejar su hogar desprotegido.

— No sé cómo entrar — dije con la mirada perdida en voz baja.

— Por eso voy contigo. Descenderemos a mis aposentos, donde te podrás preparar para encontrarte con… tu abuelo. Después te conduciré a la sala del consejo. Siempre está allí, en el trono, vigilando su reino.

— Oh… — respondí quedamente.

Respiré hondo cuando comenzó a caer la noche. A lo lejos comenzaba a verse la ciudad de Olimpia y cómo los lugareños preparaban antorchas para iluminar las calles mientras el ocaso se cernía sobre las mismas. Las personas parecían diminutas desde donde las observaba, y solo entonces me di cuenta de que volábamos realmente alto. El camino que nos quedaba por recorrer era muy corto, así que decidí dejar la mente en blanco y centrarme solo en lo que quería conseguir. Cerré los ojos y, de repente, apareció ante mí.

Lo primero que pude sentir fue el olor de sus aceites corporales, en especial el de jazmín, que era el que llevaba la primera vez que me acogió entre sus brazos. Mi brazo recordó la caricia de su pelo lacio y mis oídos el sonido de su risa, que me sacó una leve mueca nostálgica mientras la escuchaba en mi cabeza. Mis labios recordaron nuestro primer beso, y el segundo, y el tercero… Sentí la presión de sus manos agarrando mi cintura y el tacto de su piel en mis dedos, suave y cálida, como si estuviera acariciándola en ese momento.

Iba hacia el Olimpo porque aspiraba a recuperar eso y a despertarme a su lado una vez más. Por primera vez en ese viaje, sentí la determinación que necesitaba para afrontar tan inminente situación porque, si bien antes me parecía más fácil perseguir ese objetivo porque parecía lejano, mantener el coraje cuando el momento de la verdad era inmediato era algo casi

heroico. Suspiré pensando que no sabía qué iba a hacer o qué iba a pasar, pero eso no iba a impedirme ganar.

El carro comenzó a descender poco a poco y, cuando abrí los ojos, allí estaba el palacio sobre el monte, erguido majestuosamente. Al igual que el templo de Atenea, destacaba por su blanco marmóreo y por el oro con el que estaba decorado, que brillaba incluso con la noche sobre nosotras. Cuando miré mi armadura, esta también comenzó a refulgir con la intensidad con la que lo hacía el Olimpo.

— Ha regresado a casa — aclaró mi madre sin siquiera haber verbalizado la pregunta—. Hefesto la hizo para ti porque, cuando se enteró de la profecía, comenzó a querer tu victoria más que nada.

— ¿Por qué quiere que gane?

— Porque odia a Zeus. Hera lo engendró sola, igual que a mí mi padre, pero él… salió «defectuoso». Yo creo, por otro lado, que es solo diferente a lo común, porque tiene un talento único como artesano. Solo por su aspecto, Hera lo tiró desde allí — Señaló un precipicio en lo más alto del monte —, y lo dejó cojo para toda la eternidad. Culpa a mi padre de ello, puesto que su existencia se basa en la envidia de Hera porque Zeus me dio la vida a mí por sí solo.

— O sea que, en vez de tener el coraje de enfrentarse a él, quiere vengarse a través de mí. Qué bonito… — escupí con ironía.

— La armadura es a prueba de rayos — dijo mientras se encogía de hombros—. Sea por lo que sea, estás protegida.

Por primera vez en todo el trayecto — y eso que no calló ni un momento durante todo ese tiempo — pude notar un timbre de verdadera preocupación en su voz y es que ella tenía más miedo que yo de lo que pudiese pasar. Quizás le aterraba pensar que nada de lo que me implicase a mí seguía un destino claro y, si bien el de Zeus era morir a mis manos, eso no quería decir que no pudiese morir con él y fracasar. Atenea lo sabía y yo también, pero no quería pensar siquiera que eso fuese una posibilidad.

— Helena — dije para mí misma en voz baja —, vas a enfrentarte a Zeus, vas a ganar, vas a ir al inframundo y vas a recuperar a Medusa. Y antes de que amanezca la tendrás otra vez contigo. Vas a enfrentarte a Zeus, vas a ganar, vas a ir al inframundo y vas a recuperar a Medusa. Y antes de que amanezca la tendrás otra vez contigo…

Me repetí ese mantra hasta que el carro paró por completo frente a lo que parecía una enorme sala. Sobre el friso de la puerta se podía ver la forma del nombre de mi madre, «ΆΘΗΝΑ». Ese aposento cuya magnitud rozaba lo grosero era su habitación. ¿Qué tenía ahí para que fuese tan grande? Y, una vez más adelantándose a mis preguntas, me dio una respuesta abriendo la puerta.

Me sorprendió ver que, por dentro, era incluso más grande de lo que se podía intuir desde fuera. Más que una habitación, parecía una lujosa *oikós* por sí sola. Al igual que el exterior, las paredes estaban hechas de mármol blanco y decoradas de oro puro. El centro de la sala estaba ocupado con una gran piscina que, según Atenea, era la bañera, pero esa no era la única frivolidad de aquel lugar. A izquierda y derecha, creando un camino desde la entrada hasta el centro de la sala, se sucedían columnas minuciosamente decoradas. Entre estas colgaban candiles que iluminaban la sala y, exactamente cada tres columnas, había estatuas que parecían casi humanos de carne y hueso posando para la diosa.

Cuando avancé más, me di cuenta de que había una armería cerca de la gran cama que presidía el fondo de la sala, llena de tantas formas y tamaños que incluso parecía que Atenea

estaba urdiendo una rebelión. Si no fuese por el terror que le tenía a mi abuelo, habría jurado que eso era precisamente lo que estaba haciendo. Sin embargo, me llamó la atención lo que había en una esquina poco iluminada, como si no quisiera que nadie se fijase en ello.

Movida por mi curiosidad natural, me acerqué y pude ver que, fuese lo que fuese, estaba tapado con una manta. Miré a mi madre pidiéndole permiso en silencio y ella, asintiendo levemente con la cabeza, me dio a entender que podía destapar aquel misterio. Por supuesto, no tardé nada en hacerlo. Era una escultura a medio hacer en la que se representaba a un hombre de mediana edad con el pelo corto y la barba larga, a mi madre — un tanto más alta que él — y una niña de cabellos ondulados entre los brazos de los dos, como si ambos la protegieran.

— ¿Somos nosotros? — Alcé la mano y, tras cerrar los ojos, acaricié las marmóreas facciones de mi padre para recordarlo más allá de lo que la vista me permitía y para percibir muchos más detalles.

— Sí — respondió con voz sombría—. Veo a Xander en ti a diario. Ni siquiera te acuerdas de él, pero tienes algunos de sus gestos. Incluso tu cara es parecida.

— Nunca me has hablado de él — dije con la esperanza de que se abriese a mí. Ya no iba a conocer a mi padre, así que toda su memoria quedaba en ella.

— No eres muy distinta a él. Su cabello era rubio y sus ojos grises, como los tuyos ahora. Siempre había deseado tener una hija y creo que el día que llegaste al mundo fue el más feliz de su vida. Solía jugar contigo, leerte mitos y hacerte de comer cualquier cosa que se te antojase. Eras su niña consentida y os queríais de una manera tan especial… A veces me hacía llorar de la emoción — añadió en un tono bajo antes de quedarse totalmente callada —. Te quería más de lo que sabría explicarte con palabras y no dudó en dar su vida por ti.

Se quedó ensimismada mirando la estatua y, si bien no era todo lo que quería escuchar sobre él, me sentí reconfortada al saber que me quería. Sin embargo, era un sentimiento algo agridulce, pues fue ese amor el que le hizo encontrar la muerte y no podía evitar sentirme mal por ello. Me prometí en ese momento que su pérdida no sería en vano y que no moriría en el Olimpo. Mi victoria no era solo mía desde hacía mucho tiempo, pero ahora también sentía que mi padre me protegía.

Tomé aire y me di la vuelta dispuesta a subir a lo más alto del Olimpo y encontrarme con mi destino. Abrí con fuerza las puertas de Atenea y, poco a poco, comencé a subir las escaleras. Cuando alcé la vista, me di cuenta de que no podía ver el final de estas y, si bien eso hacía que el coraje que me invadió en un principio mermase, no estaba dispuesta a dejar que desapareciese. Así, seguida de cerca por mi madre, casi respaldada por ella, comencé la larga caminata.

En un principio, imaginando cómo sería ese momento, pensé que me iba a poner nerviosa, que iba a temer por lo que pasase o incluso que me iba a dar la vuelta e irme para esperar a un momento más oportuno. También creí que otros dioses me iban a intentar parar y que no iba a llegar viva a la cima, pero todo estaba en calma. Ellos notaban mi presencia y yo la de ellos y, aunque me miraban desde la seguridad de sus salas, ninguno se interponía en mi camino. Cuando pasé por la de Hefesto, me di cuenta de que no tenía oro en su entrada y que, al contrario que los demás, me saludaba. Comprendí que mi armadura no solo era especial porque la había hecho un dios, sino porque era parte del Olimpo.

Por otro lado, ellos apenas se veían como dioses, eran solo personas con casas muy ostentosas, pero no eran majestuosos o siquiera parecidos a sus idealizadas imágenes. Sus estatuas en los templos infundían más miedo que sus verdaderos rostros y eso hizo que mi ánimo se calmase. No sentía cansancio, temor o dudas porque, de repente, mi cuerpo sabía qué hacer y

mi determinación era mayor que cualquier obstáculo. Estaba solo a unos pasos de Medusa y nadie me la iba a volver a arrebatar.

No obstante, necesité unos momentos en silencio cuando llegué a las puertas de la sala del consejo. Me quedé parada mirando las decoraciones que representaban a todos los dioses y a él en el centro, con la espada envainada, el arco descansando en mí espalda, el escudo bien aferrado en el brazo izquierdo y el casco en mi mano derecha. Apenas podía sentir la mano de mi madre sobre mi hombro, preocupada, porque mi mente se fue a otro lugar.

Todo estaba oscuro. En ese entonces todavía no era capaz de ver, pero me sentía enormemente reconfortada porque la piel de Medusa rozaba la mía. Era una de las primeras veces que yacíamos en nuestro lecho. Sentía su respiración sobre mi cabeza. Sus labios estaban muy cerca de mi frente y sabía que me la iba a besar, por lo que sonreí cuando lo hizo y me acurruqué entre sus brazos. Ella me abrazó con fuerza y llenó mi cara de besos. No pude hacer otra cosa que reír casi descontroladamente, porque era realmente feliz allí y en ese momento.

Sentí que se movió para quedarse frente a mí, pero, al contrario que con el resto del mundo, no me sentía incómoda cuando era ella la que me miraba. Incluso si no era capaz de ver cómo lo hacía, sabía que sus ojos demostraban amor puro, como si tuviese delante su tesoro más preciado, y eso hacía que se me calentase el corazón y me sintiese como en una nube.

Llevó sus dedos a mi cara para apartarme un mechón de pelo con la delicadeza que solo ella era capaz de tener conmigo. También podía notar una amplia sonrisa en su respiración, por lo que sabía que ella disfrutaba de ese momento tanto como yo. Alcé mi mano hasta encontrar su barbilla y, cuando ubiqué dónde estaba exactamente su cara, atrapé sus labios con los míos en un deleitante y lento beso.

Incluso si era algo que no habíamos hecho mucho y me seguía sintiendo torpe en comparación con ella, algo me animaba a profundizarlo. Me alcé ligeramente y atrapé a Medusa entre mi torso y las mantas con el propósito de sentirla más cerca. Ella, leyendo el momento, entreabrió sus labios para darme paso a su boca y yo, sin poder resistirlo, caí rendida como de costumbre ante sus encantos. Busqué su lengua tímidamente con la mía y, cuando se encontraron, me recorrió un escalofrío de pies a cabeza y el estómago me dio un vuelco. Mis mejillas comenzaron a arder, pero no me quería detener.

Deslicé la mano hacia su cuello, atrapé su nuca e invadí su boca para poder sentirla por completo. Sin darme cuenta, mi cuerpo descansaba casi enteramente sobre el suyo y Medusa agarraba mi cintura con fuerza. Nuestras piernas se entrelazaron y las togas se alzaron un poco, por lo que podía sentir la piel de sus muslos bajo los míos. Suspiró sonoramente y dejó salir un sonido gutural que retumbó en mi boca, lo cual me provocó una nueva sensación añadida a todo lo que ya estaba pasando entre nosotras.

Agarré una de sus manos y la alcé sobre nuestras cabezas para entrelazar sus dedos con los míos. Justo en ese momento, pensé fugazmente que no sabría decir dónde acababa ella y dónde empezaba yo, porque nos sentía a las dos como parte de un mismo ser. No sabía cómo llamarlo, pero las dos estábamos irremediablemente unidas como la parte de un todo. Sentí su otra mano en mi pelo, acariciándolo con devoción, y me di cuenta de que a las dos nos faltaba el

aire. Me separé de ella, pero junté su frente con la mía, sintiendo nuestra respiración en cada trocito de piel que me era posible.

— Creo que ha llegado un punto en que no puedo vivir sin ti — dijo en un susurro. Sus pestañas rozaron las mías, por lo que supe que tenía los ojos cerrados—. No me importa cómo suene porque hace muy poco que nos conocemos, solo siento que tenías que oírlo.

— Creo que yo tampoco puedo — dije correspondiéndole, sorprendida porque no solo me pasaba a mí.

— Si algún día me fuese, ¿me buscarías? — Había algo de temor en su voz, pero en ese entonces no lo entendí.

— Depende. Si te vas intentando alejarte de mí, no. Me dolería perderte, pero ante todo respetaría lo que decidieses. Si te obligasen… Iría hasta el fin del mundo para salvarte.

— ¿Ocurre algo, hija? — preguntó Atenea sacándome de mis pensamientos.

— Estaba pensando… — Hice una pausa y sonreí con nostalgia—. Voy a volver a besarla como aquel día.

Atenea asintió comprendiendo rápidamente lo que acababa de ocurrir. No preguntó nada al respecto, solo sabía que ese recuerdo me daba el coraje que necesitaba más allá de la decisión que había tomado y eso parecía ser suficiente para ella. Me puse el casco y lo aseguré a mi cabeza decidida a que no se cayese ni aunque Zeus me golpease con todas sus fuerzas. Después, preparé mi arco — pensé que era mejor medir fuerzas desde la distancia —, miré a mi madre por última vez y, cuando dio un paso atrás, lista para dejarme ir, avancé y abrí la gran puerta que tenía frente a mí, dispuesta a combatir.

# Zeus

No me di cuenta de que estaba conteniendo el aire hasta que comenzó a dolerme el pecho. No obstante, tardé unos segundos en atreverme a volver a coger otra bocanada después de que me di cuenta, temiendo hacer demasiado ruido y arruinarlo todo incluso antes de que empezase. Me encontraba en lo más alto del monte y, aun así, no pude ver en primera instancia lo que me rodeaba o siquiera si Zeus estaba allí. Cuando abrí la puerta, esa zona me recibió con un fogonazo de luz que me obligó a apartar la mirada, pero no me podía permitir tener la guardia tan baja.

Me obligué a mí misma tanto a respirar como a abrir los ojos y, poco a poco, dejó de molestarme la claridad. Me llamó la atención que esa sala no tenía techo, solo una serie de finas columnas con un friso que las unía, por lo que se podía ver perfectamente la noche estrellada y despejada. Entonces, ¿de dónde provenía una luz tan deslumbrante? Miré al frente buscando una respuesta y fue cuando pude reparar en aquello que me rodeaba, empezando por el anciano que me daba la espalda en el centro de la sala.

Era casi decrépito, de apariencia muy débil, el pelo cano, delgado y con la piel arrugada y caída. Estaba descalzo y me fijé en que tanto sus manos como sus pies eran huesudos, como si alguien le hubiese absorbido su energía vital. No tenía dudas de quién era, incluso si me di cuenta de que no tenía una sala como el resto de los dioses — probablemente ese era su hogar — y no se parecía a su imagen en los templos. Por ello, sabía que no me debía dejar engañar por su exterior, porque al fin y al cabo mi madre, la poderosa Atenea, le temía.

También observé que estaba agachado sobre una especie de pila que brillaba y recortaba su silueta, la cual era probablemente lo que me deslumbró. Incluso de lejos, pude distinguir que aquello era nuestro mundo en miniatura, casi al alcance de la mano de cualquiera, y Zeus, incluso en la quietud de la noche, lo vigilaba. Además, sabía qué estaba mirando exactamente, porque observaba con atención el volcán que Medusa y yo llamábamos hogar.

— Veo que mi hija ya te ha traído a mí — dijo con voz profunda y temblorosa, como la de cualquier anciano. Sin embargo, su timbre me dio el mismo miedo que aquella vez que la escuché por primera vez con tres años.

Solo entonces se dio la vuelta y pude ver cómo era su rostro. Tenía una barba larga, morena con algunos vellos blancos, los ojos de un azul tan profundo como el del cielo y unos labios muy finos, tanto que casi parecía no tener boca. Mi cuerpo tembló sin poder controlarlo racionalmente, me quedé parada durante unos segundos y él me miró, divertido. Sin embargo, no aprovechó ese momento de debilidad para atacarme, sino que cambió su expresión y me observó con curiosidad.

— O tal vez me equivoco. — Su cuerpo pareció destensarse, como si no estuviese en guardia—. La hija de mi hija era ciega.

— No intentes engañarme, sé cuándo alguien miente. — Desvié la mirada a la pila y volví a mirarle a los ojos, acongojada, pero dispuesta a no hacerme pequeña ante su presencia—. Has estado buscándome desde que salí de ahí.

— De tal palo, tal astilla. Comprende que tenía que intentarlo. — Se estiró hasta alcanzar su verdadera envergadura. Incluso a lo lejos, sabía que era bastante más alto que yo. Saqué el arco, advirtiéndole que no se acercase—. Por los dioses, niña, guarda eso. Estamos aquí para que

te mate, pero eso no quiere decir que no podamos hablar civilizadamente.

— Permíteme corregirte, abuelo. Estamos aquí para matarte, y solo si no me dejas otra.

— ¿Cómo se llama mi nieta mortal? — preguntó tras un leve gesto de sorpresa.

— Atenea me llamó Cressida, pero mi nombre es Helena.

— Cressida… — Me miró de arriba abajo—. Sí que sabe escoger nombres. Incluso tu cabello es de oro. ¿Por qué Helena?

— Tenía tres años cuando mataste a mi padre y me separaste de mi madre. Me encontraron unos espartiatas y les serví de esclava. Borraron mi identidad y mi individualidad, a diario incluso mis ganas de vivir, pero escapé. Llegué a ese sitio que tanto observas. — Lo señalé con el dedo y él lo miró de reojo—. Allí alguien a quien aprecio me dio un nuevo nombre y un sentido para vivir, pero lo perdí el día que me dio su último regalo. — Acaricié la piel de cerca de mis ojos—. Intento recuperarla desde entonces.

— ¿Me odias? — preguntó en tono suave, como si quisiese entender por todo lo que pasé.

— No. Te tengo lástima.

— Un poco presuntuoso para una mortal, ¿no crees?

— Incluso si así fuese, no puedo evitarlo. Existes por y para el miedo, abuelo, pero no vives. Tienes una vida inmortal, gente que te venera, una familia, comodidad en este templo, y aun así te has volcado en evitar que yo estuviese aquí. A pesar de todo, aquí estoy y la forma en la que has vivido no ha tenido sentido. Estás mirando a los ojos a tu fracaso.

— Mide tus palabras, niña — dijo entre dientes, conteniendo su ira.

— Eres tú quien pregunta, Zeus. Sé que no te vas a conformar con coexistir conmigo, así que lo mínimo que te debo es sinceridad — respondí en un tono suave, dándole a entender que no quería ser una amenaza.

— ¿Coexistir? — Su tono incrédulo me dio a entender que no había pensado en esa posibilidad—. Tú y yo no podemos coexistir. Las Hermanas fueron claras con mi destino.

— Pero yo puedo dictar el mío. Si me ayudas, si me das lo que he venido a buscar, no tengo motivos para pelear contigo.

— ¿No quieres vengarte?

— He probado ese camino con Perseo, tu hijo, pero eso no me devolvió a la persona que amo y me hizo sentir infinitamente desgraciada. Prefiero pensar que tus acciones me llevaron a ella y que decidirás volver a hacer lo mismo. Pero si no…

Antes de que pudiese darme cuenta, un haz de luz invadió toda la sala seguido de un estruendo. Era un rayo, pero, antes de que pudiese procesar lo que estaba ocurriendo, la figura imponente de mi abuelo me agarraba con fuerza por el cuello. Dejé de sentir el suelo bajo mis pies y me alzó por encima de su cabeza. Me estaba estrangulando y me miraba con ira. Llevé las manos a su muñeca y, recopilando toda la fuerza que era capaz en ese momento, no fui capaz siquiera de aflojar el agarre.

— ¿Si no qué, niña? ¿Te atreves a venir a mi hogar a amenazarme? — Con todas sus fuerzas, me lanzó al otro lado de la sala y paré solo cuando me choqué con la pila. Esta se resquebrajó un poco y yo no me rompí ningún hueso gracias a la armadura—. ¿Te crees que soy tonto? Me dices esto ahora, pero me tienes rencor, me odias y el día menos pensado, cuando duerma, me asesinarás. — Su voz era demente y comprendí que no había forma de razonar con él—. Te quité a tu padre, te separé de tu madre, hice que mi hijo matara al monstruo que tenías por amante, ¿y crees que me voy a tragar esa faceta de niña buena?

Tomé aire con dificultad, aún dolorida por el golpe, y me levanté apoyándome donde primero pude. Empezaba a sentir mi poder recorriendo todo mi cuerpo, avisándome de que no podría evitar lo que estaba escrito para él, pero intenté mantenerlo a raya un poco más. No deseaba esa batalla ni su muerte, solo quería a Medusa y quería que él también se diera cuenta de ello.

— No estoy aquí para pelear — repetí tras toser.

— A mí tampoco me engañas. No vienes a pelear, pero traes una armadura del Olimpo, vienes armada hasta los dientes y estás claramente entrenada. ¿Y quieres que me trague que todo esto es por una tía? Vienes aquí, hablando de amor como si no pudieses acostarte con cualquiera, pero maté a tu padre y te arrebaté tu vida. ¿Pretendes que crea que no te vas a vengar?

— No entenderías qué siento por ella, ni aunque vivieras mil años más. No todo es yacer juntas o desecharla cuando no me interese o, en este caso, se muera. Ni siquiera el sexo era lo más importante. El día que murió sentí verdadera desesperación, más que cuando me quedé sola. Quería ver el mundo entero en llamas y morir porque mi felicidad había desaparecido con ella. Pero tú no sabes lo que es el amor, solo el capricho. Esto — dije alzando mis armas— lo traigo porque sé que no vas a ayudarme de buena gana.

— Prepárate a morir, Helena.

Zeus se quedó quieto, mirándome con un odio que nunca fui capaz de imaginar que existiese, mezclado con puro terror. Si bien podía percibir su fuerza en cada poro de mi piel, debía centrarme en su miedo para intentar ganar lo que estaba a punto de comenzar. Tensé el arco para advertirle que no se acercase, pero, tras reír sonoramente a carcajadas, corrió hacia mí con una velocidad que jamás podría haber seguido. Era como un rayo apareciendo y desvaneciéndose del cielo con la misma rapidez.

También era fuerte, mucho más de lo que aparentaba, lo cual supe por la forma en que golpeó mi estómago. Volé unos metros lejos de él y esta vez me paró una de las columnas que rodeaban la sala. Esta se resquebrajó y yo me quedé incrustada en el mármol. Todo el aire de mis pulmones salió ante su fuerza y, si bien la armadura no se había deformado, esta vez sí que había sido doloroso. Caí al suelo a plomo, concentrándome en respirar e ignorando el dolor que eso suponía, y miré a Zeus. Cada vez era más grande.

Me incorporé de forma patética, observada por él con la seriedad que no se había dignado a mostrar hasta el momento y con las piernas temblándome. No era temor lo que sentía, sino que me había debilitado de un solo golpe. ¿Cómo había sido tan estúpida? ¿Cómo había pensado que podía obligarle a hacer lo que yo quería cuando nuestro poder era tan desigual? No importaba su destino, yo decidía sobre el mío y, si fallaba, yo sería la única en morir esa noche. Respiré hondo, intentado disuadir todos aquellos pensamientos y, una vez más, me puse en guardia.

Vi que alzó una mano al cielo y que, de la despejada noche, apareció un rayo ensordecedor que descansó en su mano. Su poder se acumulaba en la palma de Zeus hasta formar una gran bola de luz. Después la dirigió hacia mí y, cuando intuí que iba a lanzarla adonde yo estaba, rodé por el suelo. Conseguí esquivarla por unos milímetros y, cuando vi el estado de la columna, me di cuenta de que se había reducido a polvo. Esa podría haber sido yo.

Me quedé estática, como si de repente el cuerpo no me funcionase, presa del pánico a fracasar y a estar separada de Medusa para el resto de la eternidad en el hades. Ni siquiera me daba miedo el dios que tenía delante, pero la mera idea de no volver a verla me paralizaba y me hacía temblar. Llevé las manos a mi cara, presa del pánico, y tapé mis ojos. Solo entonces,

sumida en la oscuridad y volviendo a mi estado natural, volví a encontrar la calma que poco a poco había empezado a perder desde que pisé aquel lugar.

Me centré en la respiración, que paulatinamente volvía a acompasarse con el resto de mi cuerpo y me dejaba de doler, y me centré en el sonido que me rodeaba. El aire se movía a mi alrededor y los pájaros cantaban en la miniatura del mundo de la pila. Me recordó al día que pasamos Medusa y yo en el Pequeño Paraíso cuando yo aún tenía los pies heridos. Conseguí calmarme, pero no abrí los ojos.

— ¿Te crees tan buena como para poder vencerme con los ojos cerrados? Te estoy dando una paliza, desgraciada.

— Al contrario, Zeus — dije en un tono tan calmado como lo fue el día de mi recuerdo —. Estoy aterrada y por eso no puedo mirarte. Si no ves la altura de la montaña, no te da miedo cuán alta sea para escalarla.

— Pienso arrancarte la cabeza como se la arrancó mi hijo a Medusa.

Escucharlo hizo que me recorriese un impulso eléctrico por todo el cuerpo acompañado de una ira que no sabía que retenía. Su tono de voz orgulloso por las hazañas de Perseo hizo que recordase cómo me sentí tras ver lo que hizo y, antes de darme cuenta, mi cuerpo ya había reaccionado ante ello. Lancé una flecha, una que silbaba con furia y cortaba el aire y, prediciendo que la iba a esquivar, utilicé el tiempo que le iba a llevar hacerlo para desenvainar la espada y acercarme a él.

Nunca había sido tan rápida, pero jamás había sentido la necesidad de explotar tanto mi ira. ¿Qué no iba a ser capaz de salir viva? Eso no iba a volver a pensarlo. Cuando amaneciera, volvería a estar con Medusa y no tenía intención de seguir perdiendo el tiempo con un viejo que no comprendía mi amor por ella. Lancé mandobles fuertes y precisos, pero, a pesar de ello, se las ingeniaba para interceptarlos o esquivarlos. Mi espada vibraba con cada uno de mis movimientos y llegué incluso a pensar que ella tenía su propia sed de sangre.

Cuando Zeus se cansó de que le avasallara, volvió a darme un golpe igual de fuerte que el que me hizo volar por los aires, pero esa vez lo intercepté con el escudo, por lo que solo resbalé por las marmóreas losas de la sala. El brazo crujió por el impacto y no tuve más remedio que quitarme el *aspis* y pegar aquella extremidad contra mi pecho; se había quebrado. Mi abuelo, al darse cuenta de ello, rio con un evidente timbre de locura celebrando aquella brutalidad como si eso le diese la victoria, pero no estaba dispuesta a rendirme.

Solo entonces abrí los ojos, temiendo lo que iba a pasar. Como supuse, volvió a alzar la mano, sabiendo que con el brazo así no podría esquivar su ataque, y convocó un nuevo rayo desde el cielo. Esta vez, sin embargo, no acumuló su poder, sino que alzó la otra mano y condujo tan letal arma hacia mí. De repente, las palabras de mi madre regresaron a mi cabeza: «La armadura es a prueba de rayos.» y se me ocurrió una idea tan brillante como descabellada.

Me centré en mí misma, respiré profundo y concentré toda mi atención en ver todo a mi alrededor más lento. Su brazo bajando hacia mí se ralentizó y también lo hizo el rayo que me dirigió. Entonces, interpuse la espada entre este y el resto de mi cuerpo, y lo repelió. Además, me di cuenta de que podía dirigirlo de nuevo a él, que luchaba por controlar su poder y devolvérmelo con fuerza. Sin embargo, clavé los pies en el suelo, dispuesta a ganar ese duelo, hasta que conseguí que lo lanzase a otro lado. Me di cuenta de que tenía las palmas de las manos quemadas; Zeus no era inmune a sus ataques.

A pesar de haber salido indemne de aquello, no podía considerarlo una victoria. Me di cuenta de que, cuanto más se miraba los dedos, más crecía el pánico en sus ojos y decidí que era

momento de explotarlo. Físicamente no iba a ser capaz de ganarle, pero la mente tenía más poder que cualquier cuerpo, así que, si ganaba la batalla en la psique, podía obligarle a hacer lo que yo quisiese. Bajé la espada y le miré fijamente. Mi voz cambió ligeramente, como si vibrase mi garganta más y, llevada por esa sensación, me dirigí a él.

— No tenemos por qué pelear. — Vi a mi madre de reojo entrando en la sala, sorprendida—. Quiero solo una cosa y sabes cuál es. — Bajó los brazos. Me estaba escuchando —. Convoca a Hades, dile que me dé la oportunidad de recuperarla, y me iré. — Comencé a avanzar hacia él sin apartar la mirada hasta que quedé a escasos pasos de él—. Si no, tendré que obligarte. ¿Qué deseas hacer, Zeus?

— No — Intentó resistirse y alzó la mano para darme una bofetada.

— Ni se te ocurra. — Sentía que me ardían los ojos, pero solo sabía que él volvió a quedarse quieto.

— ¡No!

Entonces, salió del trance en el que había entrado e intentó golpearme. Sin embargo, mi madre se puso en medio y bloqueó su ataque, pues probablemente se había dado cuenta de que yo ya no podía hacerlo. Tenía miedo, podía ver en sus ojos que rebelarse contra su padre le aterraba, pero estaba allí por mí. Me alejé y ella volvió a mi lado.

— La fuerza bruta no servirá, cariño. Medusa te dio todo lo que necesitabas.

Miró hacia abajo y, cuando la seguí con la mirada, reparé en el zurrón que aún descansaba en mi cadera. Había olvidado que en este había algo más que dracmas; tenía los frascos con la sangre de Medusa y el verde era puro veneno. Atenea volvió a enzarzarse a pelear contra su padre y yo, sin que él se diese cuenta de qué hacía, impregné la hoja de mi espada con dos gotas de muerte.

Quizás no necesitaba atravesarle con la espada, rozarle la piel era más que suficiente para matarle y ese era mi objetivo. Tomé aire, pensando bien cuál iba a ser mi siguiente movimiento y, tras apretar más el brazo roto contra mi pecho, rocé ligeramente el rostro áurico de Medusa con los dedos, lo cual me dio fuerzas para hacer mi último ataque. Aquello debía funcionar, por lo que el fracaso no estaba contemplado. Hice una seña a mi madre, que rápidamente se apartó de Zeus algo magullada en la cara y los brazos y, con un solo gesto, ambas supimos qué hacer.

— Padre — dijo mirándole fijamente.

— Zeus. — La imité y, de nuevo, mi voz vibraba con un tono distinto—. Quédate quieto.

— No… — Intentó resistirse, pero el poder de ambas hizo que obedeciese a pesar de que no quería.

— Quieto… ¿Estás dispuesto a obedecer y darme lo que he venido a buscar?

— Antes muerto. — Pronunció con seguridad. Al parecer, su orgullo era mucho mayor que su miedo a perecer.

— Me alegra que digas eso. ¿Sabes qué es este frasco? No, no lo sabes. Es sangre de mi amada. Veneno, para ser más concreta, y lo he echado en esta espada. — Corté la piel cuarteada de su pecho, que comenzó a sangrar más que una herida normal. No tardó en caer al suelo—. Vas a morir, a no ser…

— ¿A no ser? — preguntó con desesperación.

— A no ser que te hagas con este frasco. — Le enseñé el negro, el cual curaba todo, incluso la muerte—. Si lo quieres, dame lo que te he pedido.

Zeus cayó al suelo en cuestión de segundos y me di cuenta de que la vida se iba apagando en sus ojos. Era prácticamente un señor mortal muy anciano, como cualquiera que

habitaba Grecia, pues toda su divinidad comenzaba a desaparecer y solo quedaba el miedo de ver su muerte, mi cara, frente a él. Mi madre no lloraba ante su inminente pérdida, y a mí ya no me levantaba ningún tipo de sentimiento, solo indiferencia.

De repente, mi abuelo asintió con la cabeza cuando estaba a punto de viajar al inframundo y, recostándose sobre el suelo, comenzó a murmurar. Cerré los ojos, dispuesta a centrarme solo en el oído y no perderme una sola de las palabras que decía, por si se le ocurría engañarme y hacerme creer que me estaba complaciendo falsamente.

— Hades, hermano. Por favor, ayúdame. Ella ha venido a por mí y me ha derrotado. Estoy a punto de morir y de ti depende que eso no ocurra. Quiere buscar a alguien en tus dominios. Llévala contigo y me salvará.

Abrí los ojos cuando calló, esperando a que ocurriese algo. Miré a mi madre, la cual tenía la duda plasmada en sus ojos. Era evidente que se preguntaba si todo aquello había valido la pena, pues al final dependía de que Hades acudiese a la llamada de Zeus. Entonces, percibí una silueta oscura tras mi madre, la miré y divisé un cuerpo masculino, joven y tan bello como una escultura. Sin embargo, su casco me rebeló quién era sin tener que preguntar: Hades había acudido a la llamada.

# El inframundo gris

Por las historias que me había contado Cyrilla para asustarme cuando era pequeña, creía que Hades iba a ser una criatura horrible que infundiera miedo hasta al guerrero más bravo, pero, al contrario de todo lo que creía, me sentía en paz en su presencia. Miré a mi madre, pues ella lo conocía mejor, para saber si mi instinto me fallaba y, tal y como decía su leyenda, no era alguien de fiar. Su expresión era calmada, muy distinta a aquella que le dedicaba a su padre. Solo entonces me relajé del todo.

Zeus yacía moribundo en el suelo marmóreo, ahora tintado de un rojo intenso proveniente de una pequeña herida que no dejaba de sangrar, suplicándole a su hermano con la mirada que me dejase ir al hades. Él, con alguna clase de sonrisa leve y triunfante en el rostro, caminó de forma sosegada hasta quedar al lado del dios de dioses. Si no me equivocaba, le alegraba verle así.

— ¿Pides mi auxilio, hermano? Qué ironía más deliciosa.

— No es el… — Dejó la frase a medias porque comenzó a escupir sangre.

— Ya, bueno, no todos los días se ve al gran Zeus, al señor me-basto-yo-solito-porque-soy-el-mejor, pidiendo ayuda. Así que sí, sí es el momento. Permíteme que me regodee antes de que me pidas lo que quieres.

Aspiró aire con una sonrisa mucho más evidente, no maligna pero sí malintencionada, mientras veía a Zeus sufrir. Mi abuelo, por otra parte, comenzó a retorcerse sobre sí mismo empujado por el dolor. Me di cuenta de que Medusa había sido el ser más temible de toda Grecia, pues siempre había albergado el poder de vencer a un dios. Cuando ella me escribió la carta, no pensé que fuese tan importante el hecho de recoger su sangre. Más bien, lo hice porque era su última petición. ¿Sabría ella que ese era el uso que le daría?

— Quieres ir a mi reino, ¿verdad? — Me miró directamente a los ojos con un brillo en los suyos que no era capaz de comprender—. ¿Qué buscas exactamente?

— Creo que ya lo sabe, mi señor. — Agaché la cabeza para mostrar mi respeto.

— Tutéame, soy tu tío o algo por el estilo — dijo con una cálida sonrisa en la cara, como si momentos antes no fuese amenazante—. Pero date prisa, — Apartó la mirada y la dirigió al suelo—, el viejo se muere.

— Busco a mi amada, tío. Se llama Medusa. Mi… otro tío, Perseo, la mató.

— Ah, sí, la dulce y bella Medusa. Estaba destrozada cuando llegó ahí abajo. No suelo hacerlo, pero me conmovió tanto ver sus últimos momentos que suelo dejarla cuidar a Kérberos. Tiene algo especial con los animales. Claro, que ella lo fue tiempo atrás. Pero hoy ha decidido que quería estar sola. Se sentía melancólica.

— Llévala con… ella. — Suplicó Zeus.

— Lo haré, hermano, pero porque quiero charlar con mi… ¿sobrina? Sí, sobrina. Y no quiero tener a un moribundo haciendo aspavientos hasta que se vaya para abajo. Tú le has prometido algo a cambio, ¿no? No me gusta la gente que falta a su palabra.

Cuando me recordó que le debía algo a Zeus, mi cuerpo reaccionó casi de inmediato para buscar el frasco negro en el zurrón. Hacerlo con una sola mano era mucho más difícil, en especial porque me dolía muchísimo siquiera mover un poco el otro. No me había dado cuenta durante la batalla, pero el hueso estaba claramente desplazado y el brazo se estaba tornando de

un color morado, como si la sangre se acumulase en ese lugar.

Poco después, di con el frasco y lo saqué tan rápido como fui capaz de hacerlo, pero, cuando me quise dar cuenta, Zeus ya no hacía ruido. No se movía ni respiraba. Mi madre me miró, entre dolida y aliviada, dándome a entender que ya era demasiado tarde. El veneno había reaccionado mucho más rápido de lo que ninguno de los presentes podría haber imaginado y ya era demasiado tarde como para remediarlo. Sin embargo, recordé las últimas palabras que Medusa me dedicó en aquella carta: la sangre negra podía curar y también devolver la vida.

Me agaché junto al que ahora era el cadáver de Zeus sin estar muy segura de lo que iba a hacer. Lo tumbé boca arriba y pedí a Atenea con la mirada que me ayudase, pues con una mano no iba a ser suficiente. Ella le agarró de la nuca para incorporarle un poco y le abrió la boca. Después, llevé el tapón del frasco a la mía, tiré de él con los dientes y vertí el preciado líquido entre sus labios. Hasta la última gota. Durante unos fatídicos segundos, no hubo reacción alguna por su parte, pero, después de unos momentos que a mí me parecieron eternos, la herida que le había provocado el veneno y mi espada comenzó a cerrarse.

— Volverá en sí en unos minutos. Podemos empezar a prepararlo todo para irnos. Aléjate de él, estará enfadado cuando despierte. Pero no te preocupes, me aseguraré de que te deje en paz para el resto de tu vida.

Tanto Atenea como yo nos separamos de él y, haciendo caso al gesto de Hades, nos apartamos para dejar un gran espacio. Él se agachó y tocó el suelo ensangrentado con los dedos. Después, vi cómo comenzaba a escribir sobre una superficie limpia el nombre de su mascota. Cuando acabó, la forma de su nombre, «ΚΕΡΒΕΡΟΣ», empezó a brillar la superficie del suelo que había pintado. Ante mí comenzó a aparecer una puerta negra y, cuando Hades la abrió, pude ver que había una escalera para descender. Era el camino al inframundo.

— Atenea, querida, tú tienes que quedarte aquí. Ya es demasiado que admita a una viva como para llevarme a dos. Tú sígueme.

— No puede ser. — Escuché débilmente la voz de Zeus entre tosidos. Cuando me di la vuelta, se estaba incorporando a duras penas—. Las Hermanas me dijeron que estabas destinada a acabar conmigo por algo grande, no a… esto — Señaló las puertas como si mi viaje fuese algo trivial, casi por diversión.

— Todavía no lo entiendes — dije en calma y sintiendo en mí la divinidad de la que él carecía—. No hay nada más grande que el amor incondicional. ¿Crees que haría esto por cualquiera? Por ella, y solo por ella, he sido capaz de derrotarte y me voy a meter en las fauces del hades. Claro que estoy destinada a algo grande. Ella es mi gran destino.

— Es solo sexo, como todas las tías.

— Hermano, eres el ser más despreciable que jamás haya conocido, y eso que al inframundo vienen todos los días ladrones y violadores. Jamás vas a entender el amor que siente por ella, así que al menos haz el favor de apartarte y mantenerte al margen si no quieres que vuelva a por ti. Puede que ella te haya revivido, pero tu vínculo de muerte sigue siendo mío. ¿Nos entendemos?

Hades volvió a sonreír de forma maliciosa y Zeus, al igual que cuando se dio cuenta de que iba a morir, lo miró aterrado. Quizás, depender de los designios de Hades iba a ser, a partir de ese momento, peor que saber que la profecía se había cumplido. Ahora nunca sabría cuándo su hermano se iba a cansar de él ni cuándo sería su último día entre los mortales. Sonreí pensando que ese era el mejor castigo que se le podía dar a alguien como él. Las leyendas no se equivocaban, Hades era realmente temible.

Atenea se fue de la sala, probablemente para no quedarse a solas con su padre, y mi tío me tendió la mano para traspasar el umbral del inframundo. Todo estaba mucho más oscuro ahí, ya que ni siquiera la luz de la superficie se atrevía a venir con nosotros, aunque haber pasado años sin ver nada en absoluto me ayudó a adaptarme rápidamente. Llegué a la conclusión de que mi vida había sido negra y que el inframundo, en comparación, era gris.

Poco a poco, comenzamos a bajar la escalera sinuosa invadidos por un silencio sepulcral. Me di cuenta de que, en realidad, no había nadie vagando por allí ni lamentándose constantemente. Por el contrario, todo era muy tranquilo, aunque también sumamente frío, tanto que mi respiración tomaba forma en el aire. Hades concordaba con ese lugar a la perfección.

— Gracias por haberme defendido ahí arriba — dije con sinceridad.

— Mi hermano es un imbécil. Adora el sexo, pero creo que tiene un serio problema. Piensa en todo el mundo como si fuese desechable. No sé cuántos tíos y tías mortales tienes que tener por ahí, pero apostaría a que muchos. No tiene derecho a reducir a tu amante a un simple objeto sexual, sé de buena tinta que ella es mucho más.

— Parece que la conoces bien.

— Son rollos de dioses, pero, en resumen, cuando viene la esencia mortal de alguien conecto con esa persona. Así sé qué ha hecho en vida y cómo ha muerto para mandarle a su propio inframundo. Medusa me conmovió especialmente.

— Se ha dedicado a sufrir casi toda su vida, es normal que te emocione.

— No es solo por eso. Era mala, no siempre queriendo, pero a veces asesinaba a sangre fría. Sin embargo… estabas tú. Nunca he visto a nadie sentirse así con respecto a otra persona. Te confieso, pequeña, que jamás había llorado rememorando los últimos momentos de nadie, pero lo hice con los de ella. Dio su vida por ti sabiendo que tenerte a su lado la iba a matar y, aun así, no renunció a vosotras. También vi que te quedaste junto a su cadáver, desolada y sola, durante días. Debió de ser duro para ti.

Me quedé callada sin saber qué decir. Con toda probabilidad, esa habilidad suya le llevaba a un entendimiento de todo lo que pasaba entre nosotras que nadie más, salvo ella y yo, podría haber sentido o siquiera comprendido por completo nunca. Mientras llegábamos al final de esa escalera, tuve que llevar mis dedos a los ojos, pues comenzaron a brotar lágrimas sin que yo pudiese controlarlo. Estar allí hablando con él sabiendo que me entendía más profundamente que nadie me dejaba ser tan vulnerable como no me había permitido ser en todo aquel tiempo.

Decidí continuar mirando al frente y esconder lo que me estaba ocurriendo. Si bien me encontraba cómoda con Hades, no podía dejar de pensar que era un completo desconocido y, tal y como me enseñó Medusa, no debía mostrar mis debilidades a cualquiera. Al fin y al cabo, no sabía si tendría que enfrentarme a él también. Sin embargo, cuando fijé la vista en una criatura en particular, mi tío no era la mayor de mis preocupaciones. Kérberos, el perro gigante de tres cabezas que custodiaba la entrada, me miraba con unos ojos negros intensos y me enseñaba sus colmillos.

— Acércate. Gruñe porque sabe que estás viva, pero no muerde. Solo te advierte de que no puedes pasar sin permiso.

— No pienso acercarme — dije con desconfianza. No iba a arriesgarme a que me arrancara las piernas.

— Está bien… Kérberos. — Alzó las orejas y miró a su amo esperando órdenes. No me gustaba lo que veía—. Huele. — Me señaló.

A pesar de estar lejos, uno solo de sus pasos fue suficiente para que se pusiese frente a

mí. Permanecí quieta, intuyendo que si me movía o salía corriendo estaba prácticamente muerta y, con el cuerpo tenso, dejé que se acercara. Este posó sus tres grandes narices en distintas partes de mi cuerpo y, casi al instante, sus caras dejaron de ser amenazantes. Kérberos sacó las lenguas, me lamió de arriba abajo — lo cual me dejó un olor nauseabundo y el cuerpo húmedo — y se recostó boca arriba para enseñarme la barriga. Argos solía hacer lo mismo en casa de Proteus y Cyrilla. Esta gran bestia era… amigable.

— A la cabeza de la izquierda le gusta que le rasques las orejas, a la del centro el cuello y a la de la derecha que le masajees la piel de la cara. Todo tuyo, sobrina.

Sin saber muy bien por qué, comencé a mimar a una bestia colosal tal y como me dijo Hades que debía hacerlo. Si bien encaramarme a su cuerpo se me hizo difícil con un brazo roto, me esforcé por conseguirlo, puesto que intuía que volver con Medusa pasaba por agradar a la bestia de la que dependía mi paso al inframundo. Por algún motivo, dejó de ser paulatinamente algo raro porque, aparte de ser monstruoso, no dejaba de ser un perro.

— Le gustas porque hueles a ella. Debajo del sudor, la sangre, la baba y de que salta a la vista que no te has bañado mucho, quiero decir.

— L-lo siento, no he tenido la oportunidad estos días — dije realmente avergonzada ahora que sabía lo importante que era, al contrario que en mis años de esclava.

— Tranquila, lo comprendo. Lo que quiero decir es que, si quieres, tengo una bañera recién preparada de agua caliente y mi mujer tiene por ahí unos jabones y ropa que te puede valer.

— Tienes que sentirte solo sin Perséfone en esta época del año — inquirí comprendiendo que él también acarreaba una gran tristeza.

— Solo puedo estar con ella seis meses al año. Y todavía queda una eternidad para la próxima vez. Sígueme, quiero que estés presentable para reencontrarte con Medusa.

— Entonces, ¿puede venir conmigo?

— Eso depende de ti, Helena.

El tono con el que dijo algo tan simple me provocó un escalofrío que me recorrió todo el cuerpo. Incluso habiendo llegado tan lejos, estando allí, no parecía seguro que fuese a salir con ella o que siquiera pudiera irme de ese sitio. Tampoco parecía estar Medusa en los alrededores a pesar de que Hades me dijo que pasaba mucho tiempo con Kérberos y que no le había designado ningún inframundo. ¿Era realmente de fiar?

Lo cierto es que no quería pensar en ello porque, si continuaba desconfiando, me plantearía cada paso que diese hacia adelante, pero mi intuición me decía que tenía que dejar la lógica de lado y dejarme llevar por lo que fuese que tenía que pasar. Seguí a mi tío por las amplias y silenciosas llanuras del hades, acompañados en todo momento por el murmullo del río Aqueronte. Como bien apuntaban las leyendas, la esencia de cada ser vivo era arrastrada por la corriente mientras el barquero surcaba las lúgubres aguas. No era el sitio ideal para vivir, pero al menos era tranquilo.

No tardamos mucho en llegar a un gran templo construido en la roca viva, como si en vez de estar erigido, se hubiese esculpido sobre esta. Aquello no era como el Olimpo; no brillaba el oro ni estaba todo recubierto de mármol. Por el contrario, las piedras eran grises y afiladas, pero no dejaba de ser hermoso a la vista. Todo era muy diferente a como había imaginado el temible inframundo. Hades avanzó y, tras subir un corto tramo de escaleras, abrió las puertas que daban paso a su morada y me invitó a pasar.

Allí dentro sí había luz, pero no provenía de ninguna pila mágica ni del propio edificio;

se alumbraba como cualquier otra *oikós*, con velas y un hogar. Me llamó la atención, por otra parte, que el fuego no era de color rojo, era casi completamente azul, aunque las lenguas de la hoguera si alcanzaban un tono amarillento. Miré a mi alrededor; para ser el templo de un dios, era un sitio bastante austero. Me agradó que Hades no encontrase la satisfacción en la ostentación porque, por primera vez en mi vida, me parecía a algún familiar.

— Los aposentos de Perséfone están por ahí. — Señaló un largo pasillo en cuyo fondo había una puerta—. ¿Tienes algún color favorito?

— Creo… creo que el amarillo — dije tímidamente.

— Como el sol — añadió en un tono especial dándome a entender que ya lo sabía y por qué —. Ve a bañarte, te buscaré algo que ponerte y después hablaremos. — Me di la vuelta y comencé a caminar—. Una cosa más, Helena. — Volví a girarme y le miré a los ojos—. ¿Por qué no usaste la sangre para revivirla? ¿Por qué dársela a Zeus?

— Medusa me escribió una carta antes de morir. Me dijo que recogiera su sangre, pero no que la utilizase con ella. Y el día que la enterré… — Se me hizo un nudo en la garganta—. Tenía una herida en la mano cubierta de sangre negra. Se cortó ahí para sanar mis ojos, pero su piel no se había cerrado a pesar de estar bañada en esta. Si ella hubiese sabido que podía volver a la vida con su propia sangre, me lo habría escrito y no hubiese emprendido este viaje, pero comprendí que era la única criatura en la faz de la tierra a la que no le habría surtido efecto.

— Es cierto que eres tan inteligente como tu madre. Aun así, ¿por qué no quedártela para ti? — Señaló mi brazo, cuyo aspecto empeoraba conforme pasaba el tiempo.

— Porque hice un trato. Puedo perder un brazo, pero no la oportunidad de llevarla a casa.

— No se lo digas a Atenea, pero eres mi sobrina favorita. Anda, ve a bañarte, niña. Tienes que estar deseando salir de aquí.

Sonreí porque era cierto, estaba desesperada por volver arriba y más aún de hacerlo acompañada. Corrí a los aposentos de Perséfone, tan sobrios como el resto de la casa, aunque a la vez amplios y acogedores. Me llamó la atención que ahí no había nada para guardar ropa, solo un lecho y una cómoda con cepillos para el pelo y aceites esenciales. Al fondo de la sala, había una puerta de madera que, probablemente, llevaba a la zona de baño. La abrí y me pareció sorprendente ver que esta sala sí era de color blanco, al contrario que todo lo demás, que seguía la línea de color del inframundo, aunque no me entretuve en maravillarme demasiado.

A pesar de la dificultad que me supuso quitarme la armadura y desnudarme, me di un baño rápido a la vez que concienzudo y, cuando salí, descansaba sobre el camastro un vestido blanco con grecas bordadas con hilo de oro, así como una diadema del mismo metal para recoger mi pelo, un brazalete con el símbolo de mi madre y unas sandalias de cuero. Por suerte, ceñirme la tela de gasa fue mucho más fácil que deshacerme de una armadura recia, aunque no pude utilizar todo lo demás, ni siquiera las sandalias porque no podía atármelas.

Decidí que no iba a perder más el tiempo y que saldría así para reencontrarme con Hades. Necesitaba que todo ocurriese y lo necesitaba ya, porque la rueda estaba girando y, a su vez, la paciencia que había tenido todo este tiempo para ponerla en marcha se había desvanecido. No podía seguir esperando para verla por primera vez. Sin embargo, cuando percibí a mi tío sentado junto al hogar con una copa de vino, esperándome, me di cuenta de que él no compartía la prisa que yo tenía. Me miró divertido y negó con la cabeza. Algo me decía que no íbamos directamente con Medusa.

# La oportunidad de Orfeo

Sin decir una sola palabra, se levantó aún con la copa en la mano y se acercó a mí con parsimonia. Suspiré, hastiada por su lentitud, pero no me atreví a exigirle que se diese prisa. Sabía que intentaba molestarme y no quería echar a perder todo el esfuerzo que me había costado estar allí para pedirle un favor. Se detuvo momentáneamente frente a mí, me repasó con la mirada y continuó caminando. Cuando pasó de largo y continuó por el pasillo del que yo acababa de salir, me di cuenta de que quería que le siguiese.

Podría jurar por todos los dioses que ese pasillo parecía mucho más largo o que, por el contrario, nosotros caminábamos demasiado lento. Sin embargo, me daba la sensación de que era una combinación de ambas cosas. Pasaron dos eternidades hasta que abrió la puerta de los aposentos y me hizo entrar en ellos una vez más. Me ordenó con un solo gesto que me sentase en la banqueta frente a la cómoda y esperé a ver qué iba a pasar. Hades cogió las sandalias, se acercó a mí y se arrodilló para ponérmelas, ajeno a mi mirada extrañada.

— A veces hago esto con Perséfone. La echo mucho de menos — dijo con voz sosegada y una sonrisa nostálgica en la cara—. ¿Sabes quién es Orfeo?

— Pues… No. — Agarró mi pie con delicadeza y me deslizó una de las zapatillas.

— Era un gran músico, el mejor que he visto en toda mi subterránea vida. — Con precisión, ató los cordones y comenzó a repetir el proceso en el otro lado—. Tocaba como si las musas le inspirasen solo a él. Cuantos más años pasaban y más practicaba, más diestro se volvía. De hecho, enamoró a una muchacha tocando la lira, Eurídice. — Se levantó y se puso a mis espaldas—. Y él estaba loco por ella, si se me permite opinar.

» Pero la pobre murió poco después de que empezasen una vida juntos. — Se me tensaron los músculos de la espalda. No me estaba contando aquello porque sí—. Orfeo cayó en una profunda pena por no poder estar sin su Eurídice y se atrevió a colarse en el inframundo para llevársela. ¿Te puedes imaginar la soberbia? — Comenzó a recogerme el pelo, aunque dejó unos mechones sueltos—. Claro, que estos son mis dominios. Si entra un vivo sin permiso a robarme, lo sabré.

» Debo admitir que me ablandó mucho el hecho de que me encantaba su música, porque si no le habría matado allí mismo y le habría mandado a un hades peor que el de Eurídice. — Me colocó la diadema y me pidió en silencio que me levantase. Le miré a los ojos, comenzaban a tintarse de una pequeña sombra malévola—. Así que decidí darle una oportunidad, porque los mortales sois un poco impacientes y cometéis errores. No me importó ser un poco paternalista. — Cogió de dentro de la cómoda unas telas finas y, de encima de la cama, la funda de mi espada. Después, me pidió el brazo roto. Iba a entablillarlo—. Muerde esto. — Me puso una tela en la boca.

» Hicimos una especie de trato. — Apretó las telas y no pude evitar hacer una mueca de dolor—. Él tocaría para mí y yo le dejaría llevarse a Eurídice, pero solo se cumpliría cuando a ella le bañase el sol por completo en el exterior. — Pasó otra tela por encima de mi hombro, rodeó mi cintura un par de veces y soltó. Ahora tenía el brazo inmóvil—. Quiero ofrecerte la misma oportunidad.

— ¿Y consiguió salir? — pregunté temiendo conocer la respuesta.

— No llegó a cumplir el trato. — Cogió el brazalete y me lo ajustó—. Ya estás perfecta.

Has heredado mi belleza, claramente. — Sonrió, pero mi semblante seguía serio.

— Imagino que nada de esto, incluido llevarme a Medusa, es un favor.

— ¿Ves por qué eres mi favorita? No hay que explicarte las cosas.

— ¿Qué quieres a cambio? No tengo mucho que ofrecer, pero lo que pidas será tuyo.

— Ropa por ropa. Algún día, Zeus visitará este sitio permanentemente y necesitaré algo que proteja a Perséfone de él. Mi hermano sabe que, para hacerme daño, tiene que ir a por ella.

— ¿Y por Medusa?

— Sangre por sangre. Ese veneno es la Muerte, pertenece a este lugar y su poder debe ser mío.

Volvió a quedarse en silencio, probablemente para dejarme pensar en el acuerdo y en si lo iba a aceptar, y me invitó a salir de la habitación para volver a la sala principal. No era como si pudiese negarme. Al fin y al cabo, la ropa y la armadura no me importaban porque, pasase lo que pasase, no iba a volver a luchar. Si salía de allí con ella, no tendría la necesidad de hacerlo y, si lo hacía sola, no tendría motivos para pelear un día más. Podía ceder el regalo de Hefesto sin problema.

Por otro lado, tampoco iba a necesitar la sangre para nada. Si él ansiaba su poder para deshacerse de sus enemigos sin despeinarse, ese no era mi problema. Sabía que tanto a ella como a mí nos tenía en alta estima y que el mundo podría arder, pero a nosotras no nos pasaría nada. Lo que me preocupaba más bien de la petición era que no sabía realmente los detalles del trato y no podría cumplirlo a rajatabla sin conocer todos los detalles.

— ¿Cuáles son exactamente las condiciones del trato?

— Muy bien, Helena, me gusta que preguntes antes de pactar nada. A muchos condenados les saldría ampollas de ver que una mujer es más inteligente que ellos. El trato es sencillo: dejas aquí tus pertenencias, excepto la vaina de la espada, y subes por la escalera por la que has venido sin mirar atrás ni una sola vez. Cuando hayas salido, no podrás verla hasta que Medusa no esté del todo fuera y el sol toque su cuerpo por completo.

— ¿Y cómo sé que ella vendrá detrás? — Entrecerré los ojos, sospechando.

— No te queda otra que confiar en mí — dijo con una risa malévola.

Sabía que no me podía fiar de él y que, si bien parecía un dios de palabra y cumpliría el acuerdo a pies juntillas, había algo que no me estaba contando. Tenía que ser especialmente precavida con los pasos que fuese a dar en los próximos minutos porque todo dependía de aquello. Si era tan sencillo como no mirar, no miraría, y eso era todo lo que iba a tener en la cabeza hasta que pudiese volver a abrazarla de nuevo. Él mismo había alabado mi inteligencia más de una vez en tan corto tiempo y ahora era mi turno para hacer alarde de ella.

Le tendí la mano y asentí con la cabeza, dándole así a entender que teníamos un trato. Hades, con una sonrisa satisfecha y ya sin rastro de maldad, la estrechó con efusividad y suspiró. Después, dio una palmada al aire e hizo que le siguiera con apremio al lugar por donde habíamos entrado. Ahora que era yo la que quería tomar las cosas con calma para no equivocarme, él quería ir rápido. Me di cuenta de que nada de aquello ocurría porque sí; Hades quería que fallase.

Me pareció curioso que diera la oportunidad de salir de allí si una persona amada estaba dispuesta a sacar a la otra, pero que, a la vez, hiciera que las condiciones tuvieran trampa. ¿Realmente le conmovía el amor o solo disfrutaba del dolor que suponía perder toda la esperanza? No me importaba demasiado aquello, pues vi en sus ojos y sentí en el timbre de su voz cierta codicia cuando mencionó que quería la sangre. Si el trato no se cumplía, me aseguraría de no dejar que se la quedase. El frasco por Medusa; si no tenía lo que yo quería, él tampoco.

Respiré hondo y solté el aire lenta y sonoramente cuando tuve las escaleras al exterior de nuevo delante de mí. Repasé la cantidad de escalones que había con la mirada y me mentalicé de que, si bien no era un camino largo, se iba a volver agónico. Hades se apartó a un lado y tendió el brazo en el aire para dejarme pasar. Caminé hasta quedarme a un paso de la primera escalera y le miré, esperando que me dijese que podía comenzar con aquello.

Pocos segundos después, inclinó levemente la cabeza para darme su consentimiento y di el primer paso. Comencé a sentir angustia de la tensión que me provocaba aquello, pero decidí respirar una vez más, intentar calmarme y centrarme en el camino que tenía que recorrer. Durante los primeros pasos, solo me escuchaba a mí misma caminar y respirar, y creí que estaba sola. Sin embargo, cuando la luz de las antorchas de la entrada al hades desaparecieron por completo, escuché un llanto lastimero. Kérberos estaba llorando como un perro cualquiera cuando se va su amo y sonreí pensando que no sollozaba por mí.

Con un poco más de seguridad, seguí subiendo las escaleras, una a una, notando la leve fatiga que eso conllevaba a pesar de haber recorrido tantos lugares para encontrarla. Haber escuchado el lamento del perro de tres cabezas me daba a entender que ella iba detrás de mí. Pero ¿y si necesitaba creer en aquello? Kérberos podría haber gimoteado por cualquier cosa, no necesariamente por Medusa, y lo cierto es que seguía sin escuchar pasos detrás de mí.

Me paré en seco y dejé de subir las escaleras, buscando un mínimo ruido que me diese a entender que no estaba sola, pero no escuché nada. Entonces cerré los ojos, conectando con mi yo anterior y percibiendo hasta el sonido más discreto. Entonces, pude escuchar la característica fricción que provoca una pata en una oreja porque Kérberos se estaba rascando. Era lejana, muy lejana, así que supe que mis facultades no habían mermado, es que no había nadie detrás de mí y por eso no escuchaba nada.

Abrí los ojos de nuevo temiendo haber sido engañada y giré la cabeza ligeramente. Sentí la tentación de mirar y es que tenía que hacerlo así que, poco a poco, comencé a girar el cuerpo. ¿Y si me engañaba? ¿Y si ella estaba detrás? A lo mejor, Hades se las había ingeniado para que no pudiese percibirla, pero estaba ahí. Recordé el trato: pasase lo que pasase, solo mirar hacia adelante y subir. Por ello, volví a colocar mi cuerpo al frente y, tras cerrar los ojos para evitar el deseo de mirar, continué andando.

Era curioso que, a pesar de haber pasado solo unas semanas con unos ojos funcionales, jamás había sentido la necesidad de observar algo tanto como en ese momento. Me di cuenta de que los mortales éramos terribles cuando se nos prohibía algo, porque entonces y solo entonces sentíamos la necesidad de hacerlo. Para despejar mi mente y no centrarme en los ruidos, empecé a cantar la melodía que tantas veces le había oído a Medusa hasta que mi cabeza tocó el techo.

Me fijé en la puerta oscura que me había llevado a ese lugar y, con inseguridad, alargué la mano y empujé con fuerza hasta que unos rayos de luz empezaron a colarse por una rendija. Después, deslumbrada por la luz, salí y me separé unos pasos, al menos los que consideré necesarios para que Medusa estuviera completamente cubierta por el sol. Me fijé en que estaba sola en la sala del consejo, en lo más alto del monte Olimpo, y en que apenas había empezado Helios a traer el día a Grecia. Algo me dijo que debía esperar, porque no era normal que no hubiera rastro de ninguno de los dioses, en especial Zeus.

Seguí sin darme la vuelta, comprendiendo que a lo mejor el truco estaba en que tendría que salir el sol por completo y que ni siquiera mi sombra podía tocarla, así que me aparté y me senté lejos de donde había salido, a esperar una señal. Si Medusa estaba allí, ella misma me tocaría el hombro, como siempre, para avisarme de que todo había salido bien. Sin embargo,

pasaban las horas y el sol cambiaba de posición, pero ella no daba señales de vida. Quizás aquello que percibí entre líneas es que no era a ella a la que tenía que esperar, sino a Hades.

— Tengo sentimientos encontrados — dijo apareciendo de repente frente a mí—. Me gusta que seas lista, pero odio que lo seas tanto como para intuir que había truco. Más de uno, en realidad. Había luz, pero no sol, te apartas para no proyectar tu sombra y esperas una señal divina. Impresionante.

— Entonces, ¿puedo darme ya la vuelta? ¿Puedo verla?

— Oh, pequeña, ese es el mejor truco de todos. — Sonrió sombríamente—. Ella está aquí, pero has rescatado una esencia sin cuerpo. Lleva horas intentando tocarte, hablarte, pero no puede. — Miró hacia atrás y me recorrió un escalofrío. Su timbre de voz me decía que no mentía —. Necesita un toque especial para estar viva. Una lástima que le dieras toda la sangre negra a Zeus.

— Maldito hijo de… — Apreté el puño e intenté incorporarme, presa de la ira.

— Tranquila, fierecilla. No he dicho que no la vayas a tener de vuelta. La obra maestra, el colofón de nuestro acuerdo, es que no la vas a llegar a ver… *Nunca*. Tus ojos albergan ese poder en ellos. Renuncia a tu vista, a tus ansias por saber cómo son sus facciones más allá de cómo la sientes con las manos y en lo que tú parpadeas la tendrás de vuelta. Qué dilema, ¿verdad?

— Te lo he dicho antes: lo que pidas será tuyo. Si tengo que renunciar a verla, no es nada comparado a renunciar a estar con ella.

— ¡Muy bien!

Sin siquiera avisar, agarró mi nuca con una de sus manos y puso los dedos de la otra sobre mi cara. Instantes después, sentí cómo empezaba a drenarme desde lo más profundo de mi ser y, mientras se me emborronaba la vista, vi unas gotas negras flotar entre él y yo hasta caer en su palma. Poco a poco, todo se quedó oscuro y volví a sentirme yo misma antes de que nada de esto pasase. Lejos de estar decepcionada, me sentía liberada y completa, como si me hubiese quitado una gran carga de encima. Instantes después, sentí un corte en la mano y fluyó mi propia sangre a través de este.

— Voy a crear un vínculo terrenal entre vosotras dos. Esto significa que estará contigo siempre, en la vida y en la muerte, y que Medusa vivirá tanto como tú lo hagas. — De nuevo, sentí una especie de cariño en su voz que se escapaba a mi comprensión —. Con esto te quiero decir que tengas cuidado y que no te metas en líos, pequeña, porque cuando esto acabe, tu vida y tu muerte no serán solo tuyas.

— ¿Y si pasa el tiempo y no quiere estar conmigo?

— Dudo mucho que eso ocurra — dijo con una leve sonrisa en su tono—. Pero si te refieres a que algún día os enfadáis y no queréis ni respirar el mismo aire, o que tengáis que estar cerca la una de la otra, no estáis obligadas a estar juntas. Ahora, escribe su nombre con vuestra sangre hecha una.

Guio mi mano hacia el líquido y unté mis dedos tanto como me fue posible. A mis fosas nasales llegó un olor metálico que, si bien era familiar, también tenía una peculiaridad que lo volvía extraño: olía dulce. Poco después, dirigí mi mano al suelo, dispuesta a repetir la forma que tantas veces había garabateado en piedra y que una vez escribí en su tumba. Al final, todo se redujo a la forma de las letras que conformaban su identidad: «ΜΕΔΟΥΣΑ». Tras una espera eterna, sentí una mano en mi hombro, tan cálida y suave como la recordaba.

# Reencuentro

Pensé mil veces en cómo sería reencontrarme con ella, en que la abrazaría y la besaría hasta que ella me dijese basta, que sonreiría sin control o que daría saltos de alegría, pero allí, viviéndolo, no se parecía a nada de lo que hubiese salido de mi cabeza. Mi instinto más primario, al final, fue llevar mi mano sana al hombro y encontrarme con la suya. Me aferré a ella, aún sin darme la vuelta porque no me lo creía, y comencé a llorar silenciosamente sin parar.

Medusa se recostó en mi espalda y rodeó mi cuello gentilmente con sus brazos. Parecía que había pasado una eternidad desde que la olí o la sentí por última vez, tanto que hasta parecía un poco extraño, pero ese era el tacto de su piel y ese era su pelo acariciando mis mejillas. Era ella, sin trucos y sin engaños. Después de todo, estaba allí conmigo. Escuché por primera vez en mucho tiempo su risa y algunas de sus lágrimas cayeron sobre mi piel. Ella también me había echado mucho de menos.

Cuando por fin mi cuerpo reaccionó, me di la vuelta y la estreché contra mí todo lo que me fue posible. Quería sentirlo todo y convencerme de que aquello no era un sueño. Refugié mi cara en su cuello, buscando ese sitio seguro que siempre había sido ella, y aspiré su aroma con nostalgia y felicidad. Poco después, ella me separó de sí, acunó mi cara entre sus manos y secó mis lágrimas con sus pulgares. Durante unos segundos, tuve la sensación de que me miraba mientras seguía riendo y acarició mis labios con ternura. Dioses, sabía lo que aquello significaba y quería que ocurriese ya.

Sin pensarlo dos veces, sin saber dónde estaba la cara de Medusa exactamente, me lancé a besarla. Estrellé mi boca torpemente contra la suya y me acogió con todas las ganas que ambas habíamos acumulado durante todo ese tiempo. Quizás no era el beso perfecto, pero era el mejor que habíamos compartido nunca. Poco antes de separarnos, acarició mi nuca y se me erizó el vello. Después, juntó su frente con la mía, intentando calmar su respiración antes de hablar.

— Por los dioses, estás bellísima. — Al escuchar su voz, me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

— Te he echado de menos.

— Y yo a ti, Helena. ¿Dónde estamos? Y ¿qué te ha pasado en el brazo? Dame un cuchillo, te lo curaré en seguida.

— Yo que tú no haría eso, querida. — Casi se me había olvidado que Hades seguía allí —. Solo vas a conseguir hacerte daño. Tu bestia murió el día que te cortaron la cabeza. Ya no tienes ningún don.

— ¿Soy…?

— Mortal — confirmó mi tío con una especie de regocijo en la voz.

— Gracias — susurró aliviada más para mí que para él.

— En cuanto a tus preguntas… Estamos en el Olimpo y Zeus me rompió el brazo — dije con una sonrisa insegura—. Es otra larga historia, pero, esencialmente, le obligué a que le pidiera a Hades que me llevase al inframundo, se negó, peleamos, el me hizo esto y yo lo maté, pero ahora está vivo y tú aquí.

— Madre mía… — Incluso sin verla, sabía que se había llevado una mano a la cara—. Vamos, que has revolucionado el Olimpo entero para rescatarme. Ya me contarás los detalles. — Acarició mi pelo, aún medio sin creer todo lo que había escuchado.

Sabiendo que no podíamos quedarnos allí eternamente, me levanté ayudada por la gentileza que siempre había caracterizado a Medusa. Me llamó la atención que, de todas las preguntas que había hecho, no había mencionado nada sobre mi ceguera. Ella sabía — por lo que pude leer en la carta — que iba a ver la luz cuando muriese, pero allí estábamos, como siempre habíamos sido las dos. Quizás Hades no mentía y, aunque yo no pude verla ni oírla, estuvo allí todo el tiempo.

Tal y como acostumbraba, me agarró de la cintura para caminar por sitios que ella creía que eran extraños para mí, pero, a pesar de que recordaba todo el hogar de los dioses y podría recorrerlo más o menos sin incidentes, no dije nada y me dejé hacer. No sabía cuánto había extrañado hacer cosas tan simples como aquella. Mi corazón latía fuertemente mientras sentía el roce de su cuerpo en mi brazo y mi piel se erizaba cada vez que inhalaba su olor, y es que había cosas que ni la muerte cambiaban.

Al salir de la sala del consejo, escuché que las puertas del suelo que conducían al inframundo se cerraban, por lo que supe que Hades se marchó de nuevo a su reino para esperar a su amada Perséfone. Nosotras comenzamos a bajar las escaleras que tanto me había costado mentalmente subir, esta vez sin sentir la mirada de ninguno de los dioses que vivían allí, como si mi regreso o mi triunfo sobre su líder no fuese algo digno de su atención, pero preferí que fuese así. Solo me apetecía estar con Medusa.

Reconocí por el olor un lugar en particular y, cuando llegamos a uno de los muchos descansos que tenían esas escaleras a los lados, tiré levemente de la mano de Medusa para indicarle que íbamos a parar un momento. Sentí la reticencia en su tacto, probablemente porque había leído el nombre que coronaba la puerta de esa zona, pero yo decidí tocar. Si bien Medusa no cuestionó mis acciones, pude notar en seguida que lo que había hecho no era de su agrado.

Momentos después, la puerta chirrió un poco dándome a entender que la habitante de esa habitación me había recibido. Se hizo, de repente, un silencio más sepulcral que aquel del hades e incluso a mí se me tensó el cuerpo cuando noté la fricción que había entre Atenea y Medusa. Por supuesto, mi amada tenía una visión de la historia contraria a la de la diosa y, si bien ella le guardaba rencor, de mi madre solo percibía cierta vergüenza.

— Atenea… — Saludó Medusa entre dientes, casi obligada.

— Es… mi madre — dije tímidamente. Hacía mucho tiempo que no tenía la necesidad de desaparecer, pero ese era el momento idóneo. ¿En qué estaba pensando?

— Lo sé, cariño. Cuando te vi, supe que eras su hija. Sois como dos gotas de agua, solo que parece que el hablar con mochuelos se hereda, pero la mezquindad no.

— Sé que te va a costar perdonarme y que no me vas a creer, pero tuve que hacerlo.

Atenea, al parecer, nos cedió el paso a sus aposentos y, a pesar del ambiente que se había creado, Medusa pareció estar abierta a explicaciones. Nos sentamos las tres y escuché cómo mi madre narró con lujo de detalles cómo llegamos hasta el punto en el que nos encontrábamos, incluso nuestro reencuentro en Atenas y cómo me ayudó en cierta manera a llevar a cabo mi tarea. Medusa, por otro lado, no dijo una sola palabra ni hizo preguntas, lo cual solo podía significar que estaba evaluando con detalle cada palabra que decía una persona a la que odiaba.

— Pues vas a tener razón. — Volteé la cara hacia ella, sorprendida. No me esperaba esa respuesta—. Me va a costar perdonarte. Jugaste con su vida y con la mía como si los años o los siglos no fuesen apenas nada. A mí me condenaste a vivir sola y a ella a ser maltratada a diario. Y sí, nos encontramos, pero ¿a qué precio?

— Helena me dijo lo mismo y reconozco mi error. Esa parte no tiene excusa. He

entendido que el fin no justifica los medios. — Se hizo un silencio incómodo.

— Pero… — Escuché su voz ablandarse de repente. Ahí estaba la mujer de la que me había enamorado —. También la has ayudado y la has guiado hasta este momento. En cierta manera, estoy aquí por ti y eso tampoco lo puedo ignorar. Quizás… — Sentí cómo masticaba las palabras, le estaba costando decir lo que quería decir —. Si pasas por casa de vez en cuando, podríamos limar asperezas. A lo mejor algún día ya te haya perdonado.

— Nada me gustaría más. — Escuché a mi madre suspirar aliviada.

— En fin, mamá, nos tenemos que ir. Creo que las dos necesitamos un buen descanso.

— Por supuesto, hija. — Se acercó a mí y me estrechó entre sus brazos. Pude notar que estaba muy contenta de que todo hubiese salido bien —. Nyctimene está abajo con Hippós. Os he preparado suministros para unos cuantos días. Imagino que tendréis de sobra para llegar a casa. Y cuida mucho ese brazo, que si se cura mal te va a doler bastante.

— Yo me encargaré de ello, no te preocupes.

— No puedo despedirte con un abrazo, ¿verdad?

— Un apretón de manos será suficiente — dijo con media sonrisa en la voz.

Sonreí yo también al darme cuenta de que, en realidad, Medusa se estaba haciendo la dura. Al final, por mucho que hubiese sufrido, no era capaz de guardar rencor. Adoraba la personalidad que tenía porque, si bien no se olvidaba de nada y eso hacía que no fuese ingenua, no podía mantener una pose fría con una persona arrepentida. Sabía que quería que Atenea se ganase de verdad el perdón, pero Medusa zanjó aquel asunto hacía ya mucho tiempo.

Sin detenernos y ya dejándome guiar por desconocimiento hasta la salida, llegamos a un lugar donde mis pies ya no pisaban mármol, sino tierra firme. A lo lejos, escuché relinchar a mi fiel compañero y, hasta ese momento, no me di cuenta de lo mucho que le había echado de menos a él también. Con paso más apresurado, nos dirigimos hacia Hippós. Los tres queríamos estar muy lejos de allí y comenzar a vivir nuestra vida.

— Tal y como te prometí, aquí estamos para esperarte. Me alegra mucho que todo haya salido bien.

— Me suenas de algo.

— No es su forma habitual. Nyctimene suele estar en el hombro de mi madre.

— Espera, ¿eres el pájaro? O sea ¿el que siempre revolotea alrededor de Atenea y come serpientes? ¿Ese? — dijo con cierto temor. Si bien no era una bestia, seguía teniéndole miedo.

— Se podría decir que sí, aunque a ti te comería sin ser serpiente ni nada.

— ¡Oye! Lo siento, pero ya está pillada — dije algo molesta. ¿Habrase visto?

— Es broma, solo quiero liberar tensiones y soy muy consciente del tipo de humor que tiene. Atenea y yo solíamos observarla en el templo. ¡Si se está riendo!

Entonces, cuando presté atención, el sonido de su risa pasó de ser contenida a una sonora carcajada. Con todo lo que habíamos pasado, casi me había olvidado de que Medusa tenía debilidad por los chistes con doble sentido y no me quedó más remedio que reírme junto a ellas. Dioses… Había añorado demasiado los momentos como aquel. No pasó mucho tiempo hasta que escuché el batir de las alas de Nyctimene. Comprendí que se había transformado y que había vuelto junto a Atenea. Estábamos, por primera vez solas.

Como era obvio, no fui la única que se dio cuenta de ese pequeño detalle, así que todo se quedó de repente en silencio y, como tantas veces antes, sentí la mirada de Medusa sobre mí, observándome con atención. El suelo crujió levemente ante sus pisadas y supe que se acercaba a mí saboreando cada paso que daba al frente. Finalmente, su aliento acarició mi piel levemente;

estaba muy cerca de mí.

— Esa toga te queda muy bien — ronroneó en mi oído.

— Gracias — susurré —. A ti la vida te favorece bastante.

— Sí, me sienta fenomenal — dijo rozando mis labios.

Esa vez fue ella la que me besó y fue un contacto muy diferente al que tuvimos en la cima del monte Olimpo. Aquel beso tenía un tinte más necesitado, más hambriento, aunque seguía siendo suave. Dio un paso más para pegarse a mí por completo y llevó su mano a mi nuca. Quizás ella no quería que me escapase, pero es que no estaba dispuesta a irme. Me recorrió un impulso eléctrico de pies a cabeza cuando noté la punta de su lengua rozar mis labios. Haciendo caso a su petición, abrí la boca para dejarle paso y, en un instante, me invadió por completo.

Mi corazón dio un salto y se me cortó momentáneamente la respiración cuando la sentí explorarme. Nuestras lenguas comenzaron a danzar y, sin poder evitarlo, las dos gemimos levemente al mismo tiempo. Las piernas me temblaron cuando me di cuenta de que ambas estábamos disfrutando de ello y Medusa, movida por el deseo, me mordió suavemente el labio inferior y me besó fugazmente antes de separarse de mí. Las dos jadeábamos, faltas de aire.

— Eres lo mejor que me ha pasado en la vida — dijo muy bajito con su frente apoyada en la mía y con las manos en mis mejillas —. Te amo, Helena.

— Te… — Me quedé callada unos instantes —. Y yo a ti, Medusa.

Aunque me costaba mucho decir la palabra «amor» y ella lo sabía, era consciente de que mis sentimientos eran sinceros y que le correspondía incluso si no lo decía con palabras. Al fin y al cabo, el amor fue lo que me hizo mover cielo y tierra para estar con ella una vez más. Sentirme preparada o no para decir ciertas palabras no quitaba ese hecho. Por suerte, Medusa siempre había respetado mis ritmos y le valía con que le dijese que lo que sentía era recíproco. Era irónico, pero matar a Zeus se me hizo mucho más fácil que decirle que la amaba.

Comenzamos a alejarnos de aquel lugar para emprender rumbo a nuestra casa. Echaba de menos estar allí, incluso si lo que nos esperaba era una limpieza de sangre y una reparación de todo lo roto que nos llevaría un tiempo. Fuese como fuese, volveríamos a la normalidad en algún momento. Dejé que Medusa se subiese a Hippós y, como supuse, estuvo un rato mimándole mientras caminábamos, diciéndole lo buen chico que era por haberme llevado hasta allí.

Aproveché el resto del día para contarle todo aquello que sucedió desde que se fue al reino de los muertos y ella escuchó con suma atención cada palabra. A pesar de que no decía nada, sabía cuándo se sorprendía, cuándo se emocionaba y cuándo se dejaba llevar por la ira, porque su respiración cambiaba conforme iba avanzando la historia. Había cosas que no cambiaban y la forma en la que me escuchaba era una de ellas. Había pasado tanto tiempo sin decir nada viajando o hablando con Hippós — quien no podía contestarme — que no me di cuenta hasta ese momento de lo bien que sentaba estar acompañada.

Cuando acabé mi relato, ya bien entrada la tarde y solo habiendo parado para comer, ella comenzó a contar el suyo mientras buscábamos algún sitio para pasar la noche. Según me contó, despertó en el hades con una sensación de angustia y con la mano en el cuello, que aún le dolía. Lloró cuando miró a su alrededor y comprendió dónde estaba y que no me iba a volver a ver. Todo lo que tenía era lo puesto y las dos dracmas con las que la enterré. Caronte la fue a buscar, pero, antes de subirse a la barca con él, Hades fue a por ella en persona.

Me contó que la miró tan intensamente que lo sintió en su interior y que, de repente, se puso a llorar. Supe entonces que no me había mentido y que la malicia que sentí no era otra cosa que su naturaleza. Entonces, decidió llevarla con él en vez de a alguno de los inframundos y

comenzó a vivir en unos aposentos de invitados, ya que no iba mucha gente a hacerle visitas. Un día, paseando melancólicamente, encontró a Kérberos y comenzó a hacerle compañía. Según me contó, solía hablar con él porque le resultaba más fácil que no le contestase.

A veces, la desesperación le llevaba a intentar escapar de allí, pero el perro siempre se lo impedía. Fue entonces cuando Hades le mostró que yo había emprendido el camino para recuperarla y me vio rescatando a los comerciantes con los niños. Dijo que sintió una mezcla entre orgullo y placer por verme tan imponente. Me sonrojé ante eso, ya que no esperaba que lo hubiese visto. Desde ese día, estuvo esperando que llegase.

— Cuando salí del inframundo y no me escuchabas, entré en pánico. A Hades le gusta tender trampas, pero me alegro de que tú no cayeras en ellas. Por cierto, creo que este es un buen sitio para quedarnos esta noche.

— ¿Dónde estamos? — pregunté al no reconocer ningún olor ni sonido.

— En un hostal a dos días de Salónica. Vine hace unos años, cuando me sentí lista para viajar un poco, y es un sitio encantador.

Guardamos a Hippós en la cuadra y le dejamos una buena bala de heno en recompensa por el trabajo que había hecho durante todo el día. Después, nos dirigimos al interior y pedimos quedarnos en una habitación. Nos advirtieron de que ellos no se encargaban de la comida de los clientes, cosa que Medusa ya sabía, así que decidimos comer de nuestras provisiones en la habitación. Cansadas, buscamos el sitio, nos encerramos sin cruzar palabra con ningún otro huésped y nos sentamos tranquilamente a compartir nuestra primera cena.

— Es muy raro — dijo de repente tras notar que llevaba un rato observándome.

— ¿El qué?

— Es… Llevo siglos teniéndola en mi cabeza, pero de la noche a la mañana no está. Me pasaría mirándote todas las horas del resto de mi vida, pero no hay nadie que me exija hacerlo, ni que me agobie para que le ceda el cuerpo… nada. Me siento extraña.

— Siempre he considerado que erais la misma persona, pero que por la maldición estabas separada de ti misma. Que ya no te hable no quiere decir que no esté ahí. A la bestia le gustaba mirarme y te sigue gustando, le gustaba morderme cuando me besaba y lo sigues haciendo. Incluso sigue dándote algo de respeto Nyctimene. No estás sola, solo que esa parte de ti ya no tiene voz propia.

— Tienes razón…

Pasó el resto de la cena en silencio, pensando en lo que le había dicho. Echaba de menos las cenas reflexivas, esas que lo curaban todo. Sin embargo, no tardó en volver a estar animada y en hablar de cosas triviales o graciosas juntas, como siempre habíamos hecho. La cena, por otro lado, no duró mucho, ya que las dos estábamos deseando dormir un poco para afrontar el viaje de vuelta a casa. Realmente no teníamos prisa, pero añorábamos nuestro hogar.

Le pedí ayuda para deshacerme de la toga y vestirme con algo más ligero que mi madre nos había dejado en el equipaje porque, a pesar de ser un vestido precioso, no era nada cómodo para dormir. Sentí las palmas de sus manos acariciar mi piel y se me erizó el vello casi al instante. Eché demasiado de menos el efecto que provocaba su tacto en mí y sonreí al pensar que ya no iba a tener que extrañarlo nunca más. Primero, desenrolló las telas que rodeaban mi cintura y se deshizo del improvisado cabestrillo. Después, deslizó la tela del vestido hasta hacer que cayese al suelo y se apartó de mí para recogerla. Sin embargo, aquello fue solo un momento, porque después se acercó mucho más a mí.

— ¿Te duele mucho? — Sentí por encima de la tela que tocó el brazo roto.

— Un poco. Antes de que Hades lo entablillase tenía la sensación de que se me iba a caer, pero… — Llevé el brazo a mi pecho —. Creo que sigo curándome bastante rápido. Cuantas más horas pasan, menos dolor siento.

— Seguro que en un par de semanas estará mejor. Yo te cuidaré — dijo en un susurro antes de estrecharme entre sus brazos —. Echaba de menos tu olor, y este cuerpo… Eres adictiva.

— Lo sé. De tanto viaje se me han tonificado los músculos y la verdad es que se veían genial. — Me acerqué más a ella hasta que la distancia fue casi inexistente.

— Me pones muy difícil eso de alejarme de ti. — Tragó saliva.

— Es que no quiero que lo hagas.

Llevé la mano a su nuca y, aferrando su cabello entre mis dedos, la acerqué a mí y la besé una vez más. Ella me correspondió con algo de asombro, aunque no tardó en seguirme el ritmo y, antes de que me diese cuenta, ya estaba tanteando su ropa para averiguar cómo quitarla. Medusa, siempre complaciente, me ayudó a deshacerme de ella y acabó en el suelo. Sin embargo, aquella no la recogió, sino que la dejó allí. Me condujo lentamente al lecho y me recostó con delicadeza, velando por no hacerme daño.

No tardó en ir a mi lado y acariciarme el vientre, disfrutando ambas del momento que estábamos compartiendo. Después, aprovechó para ponerse sobre mí y recorrer mi cuerpo hacia arriba mientras me besaba. Su mano decidió descansar en uno de mis pechos y apretarlo, mientras que el resto del cuerpo lo tenía un poco más alejado para no dejar caer el peso sobre mi brazo, y me di cuenta de que aquello me estaba excitando demasiado. Mi cuerpo no había olvidado su tacto, solo lo había extrañado, y ahora sentía una sed que había estado durmiendo durante demasiado tiempo. Allí no quedaba rastro de mis inseguridades, solo ella y yo.

Me besó nuevamente, esta vez sin pedir permiso para invadir mi boca, y nuestras lenguas comenzaron a juguetear. Gemí sin poder controlar lo mucho que me gustaba que me besase así y sentí sus dedos rodear mis pezones y pellizcarlos suavemente. Todos los músculos se me tensaron ante tan placentero estímulo y, de repente, reaccioné. Llevé mi mano a su cuerpo y comencé a acariciar todas aquellas zonas que sabía que a ella le gustaban, en especial la cintura y el pecho. Medusa también empezó a gemir y mis oídos se deleitaron con el que creía que era el mejor sonido del mundo.

No pude evitar incorporarme y hacer que se sentase. Fui capaz de sentir que había mucha diferencia de altura cuando me coloqué sobre su regazo, pero parecía que ambas disfrutábamos de ello. Pegué mi torso al suyo y sentí su pecho en mi abdomen, rozándolo. Le agarré una vez más del pelo y la besé, esta vez con más calma, mientras Medusa me abrazaba y me pegaba contra sí. Cuando se separó, repartió besos por todo mi cuerpo lentamente sabiendo que me excitaba mucho el roce de sus labios sobre mi piel y acarició la cara interior de mis muslos.

Yo besaba su cuello y lo lamía, sabiendo que aquello la volvía loca, mientras intentaba mantener el equilibrio. En un pensamiento fugaz, me di cuenta de que no importaba cuánto tiempo hubiésemos estado separadas; éramos la una para la otra y nos sentía como un único ser. Todo el cuerpo me dio un vuelco cuando sentí que exploraba mi zona más íntima con timidez, insegura de si era demasiado pronto, pero sonrió cuando me escuchó lanzar un gemido más profundo. ¿Era así como se sentía que me tocase ahí? No lo había recordado hasta ese momento.

Me acariciaba lentamente, mojando sus dedos tanto como le era posible y usando mi humedad para deslizarlos entre mis pliegues porque sabía que aquello me encantaba y, como respuesta, solo atiné a morderle el hombro. Ella lanzó un ruido gutural, primitivo, que me hizo

saber que aquello le gustaba. Ya no me importaba mantener el equilibrio; yo también quería sentirla a ella, así que aproveché que uno de sus brazos todavía me rodeaba para colar mi mano entre las dos y buscarla. No tardé en encontrar su centro, empapado y cálido, esperando por mí.

Imité sus caricias, pensando que si Medusa las hacía así era probable que también le gustase recibirlas de esa manera, y no me equivoqué. Pasó de hacer un ruido áspero a directamente gemir conmigo, bajito, pero en mi oído, lo cual me excitaba más todavía. Adivinando lo que necesitaba, no tardé en sentir que exploraba mi interior con dos dedos y que los movía suavemente, esta vez sin sentirse insegura de hacerlo. Arqueé la espalda buscando una mejor posición y eso le hizo llegar a una zona que me hacía perder la cabeza. Sin dejar de acariciarla, comencé a besarla y a mover las caderas, buscándola continuamente con el vaivén de nuestros cuerpos.

Incluso sin ver nada, no pude evitar abrir los ojos cuando sentí su pulgar acariciarme para liberar la tensión al mismo tiempo que me penetraba, y juro por todos los dioses que me humedecí más todavía en cuestión de segundos. Nuestros besos se tornaron un poco más agresivos porque necesitábamos mordernos, invadirnos, sentirnos hasta que no quedase nada más de nosotras, y me complacía saber que las dos estábamos sincronizadas.

— Helena… — Gimió mi nombre y eso me puso el vello de punta. Me encantaba cómo lo decía —. S-si sigues así, yo…

— Yo también estoy a punto — susurré en su oído. Después, sentí cómo le recorría un escalofrío —. Acaba conmigo.

Al parecer, que le sugiriera terminar juntas le excitó más de lo que podría haberme esperado, pues hizo que pegase mi cuerpo completamente al suyo, llevase la mano a mi nuca e hiciese que apoyase la cabeza en su hombro. Medusa hizo lo mismo en el mío y, sin necesidad de decir nada, ambas aumentamos el ritmo de nuestras caricias hasta que nuestros cuerpos explotaron. Percibí cómo sus músculos se tensaron a la misma vez que los míos y las dos gemimos alto, como si aquello liberase parte de la tensión que estábamos experimentando.

Instantes después, el cuerpo me pesaba demasiado como para moverme, por lo que decidí quedarme apoyada en Medusa durante un minuto más. Me abrazó, mojó mi piel con sus lágrimas y yo no pude evitar hacer lo mismo por la emoción. Enterré la cara en su cuello mientras esperaba a que todo se calmase. Poco a poco, nuestros cuerpos volvían a la normalidad, aunque no teníamos ganas de separarnos.

— Ven, acuéstate — me dijo en un tono suave y claramente enamorado —. ¿Te encuentras bien?

— Sí, es que ha sido muy intenso. — Cuando estuve tendida, me tapó con una de las mantas que, al parecer, había —. ¿Tú estás bien? — Se recostó en mi hombro y le acaricié la cabeza calmadamente.

— Sí. Había tantos sentimientos acumulados de por medio que no he podido evitar llorar.

— Tranquila, llorar está bien.

Después de eso, nos quedamos calladas disfrutando de la simple presencia de la otra. Ella se acurrucó sobre mi cuerpo y pasó su brazo alrededor de mi cintura; yo apoyé la barbilla en su cabeza mientras seguía acariciando su pelo. Me había olvidado de lo suave que era y de lo bien que me hacía sentir cuando estábamos así, dándonos cariño. Si antes lo había apreciado por la dura infancia que había tenido, ahora lo hacía porque sabía lo que era perderlo. Cuando estaba a punto de dormirse, rompí el silencio sin siquiera pensar; habíamos pasado por demasiadas

cosas como para no decirle lo que deseaba expresarle desde hacía tanto tiempo.

— Te amo, Medusa. Te amo con todo mi ser.

# Epílogo

# Un nuevo comienzo

Al final, ese día no nos levantamos temprano, pero sí que lo hicimos con una gran sonrisa en el rostro. Durante unos instantes, me pareció todo tan ideal que me dio miedo que fuese a desaparecer en cualquier momento, pero todas las dudas se disiparon cuando me besó la mejilla como cada mañana. Decidimos tomar un desayuno frugal, recoger los pocos bártulos que habíamos puesto en medio, sacar a Hippós de la cuadra y hacer el camino de vuelta a casa.

El trayecto estuvo lleno de risas, no tanto por lo que decíamos o hacíamos, sino porque éramos felices de verdad. De hecho, ni siquiera me daba cuenta de si había alguien alrededor o no, era ajena a todo aquello que no fuese Medusa, o más bien no me importaba lo que me rodease demasiado. Al menos no hasta dos días después, cuando el bullicio y el olor de donde estábamos se me hizo tremendamente cotidiano. Al fin y al cabo, había vivido allí casi toda mi vida, aunque fuese a través de una ventana. Salónica no había cambiado.

Seguimos avanzando por sus calles mientras noté un cambio de actitud en Medusa. Estaba más callada y taciturna, seguramente mirando todo a nuestro alrededor. Sabía que yo era de allí y, probablemente, estaba buscando a los monstruos de mis relatos y el lugar donde me había criado. Yo ya no les temía a raíz de mi última visita a ese lugar, pero ella les guardaba un profundo rencor que surgió cuando le conté mi historia.

— Tenemos que parar un momento aquí — dije cuando reconocí el olor de mi antigua *oikós* —. Es donde viven ellos, pero tengo algo que hacer antes de irnos. Cuando vine aquí, solucioné algunas cosas a mi manera. Necesito que no te salgas de control, en seguida entenderás por qué.

— Vale, pero no te prometo nada. Hay cosas que no pienso tolerar.

— Tranquila, me las arreglé para que no se les ocurriera hacerme nada. — Solté media sonrisa y ella entendió lo que quise decir.

Me bajé de Hippós y, guiada hasta la entrada por Medusa, abrí la cerca que me llevaba a la propiedad de mis antiguos amos. Había quedado tan atrás todo… Pasé de creer que moriría allí a escapar. Después me autoconvencí de que no iba a volver a pisar aquel lugar y, cuando más desgraciada me sentí, volví para buscar mi final. Si no hubiese sido por Cyrilla, irónicamente, hubiera muerto allí. Me guio para descubrir qué hacer y ahora regresaba de nuevo, completamente libre de toda atadura.

Suspiré antes de cruzar el umbral del que una vez fue mi propio hades. El aire estaba más cargado de lo usual, como si nadie ventilase el lugar, y de inmediato percibí que había algo diferente. Demasiado silencio a pesar de estar la casa habitada. Allí, definitivamente, había menos gente que la última vez que fui. Sin embargo, cumpliendo con mi palabra, iba buscando a alguien en concreto.

Avancé hasta donde estaba el hogar, el cual ya no crepitaba ni daba calor, por lo que supe que nadie se encargaba de él, y esperé a que alguien apareciera. Cuando escuché con atención, me di cuenta de que todo el ajetreo estaba en el exterior, pero unos leves sonidos me dieron a entender que también había alguien en el interior.

— Así que sigues viva. — El timbre de su voz ya no me hacía temblar, sonaba ya a tan poca cosa…

— Te dije que volvería a por Cara. Espero que la hayas cuidado como te dije. — Por

toda respuesta, hizo un ruido en la base de su garganta dándome a entender que sí. Se dio cuenta de que volvía a ser ciega —. ¿Dónde está?

— En su habitación. Se nos quedó libre cuando Proteus murió. — No hice ninguna pregunta, pero vio cómo alcé la ceja, sorprendida —. Se nos dio mal la cosecha, así que tuvimos que liberar esclavos. Al no tener a nadie más, tuvo que encargarse de los bueyes. Llevaba tanto tiempo sin encargarse de nada que el muy inútil les pegó y ellos le pisotearon hasta matarlo. Ni siquiera tú fuiste tan tonta como para enfadarlos.

— Fue víctima de su propia soberbia. A mi tío Hades le habrá encantado recibirle — dije con media sonrisa.

Sin decir nada más, recorrí de memoria el camino hacia el que fue el andrón. La puerta estaba abierta y la habitación ya no olía a sudor y a secreciones, solo a aceites esenciales de una pequeña niña. A pesar de que ella había comenzado a vivir mejor, sabía que era cuestión de tiempo que aquello se acabase. Cyrilla no la cuidaba de buena gana y, si bien le dio algunos «lujos», una infancia de verdad estaba llena de amor y ella nunca se lo daría.

— Cara, ¿te acuerdas de mí?

— ¡Helena! — exclamó feliz y me buscó para abrazarme. Oí cómo Cyrilla la guio a mí y se me aferró a la cintura. Yo le correspondí el abrazo —. ¿Nos vamos ya?

— Sí, cariño. Nos vamos. Mete lo que te quieras llevar en un zurrón y nos marcharemos a tu nueva casa. He traído a una amiga. — No pude evitar sonreír al nombrar a Medusa —. Nos está esperando fuera.

— No es tu amiga — me dijo en tono perspicaz —. He escuchado a las muchachas del pueblo hablar de las personas que les gustan en el mismo tono que tú ahora.

— Me gusta que seas inteligente, pero no me des mucha guerra en el futuro, ¿sí?

En respuesta, solo se rio dándome a entender que sí, que probablemente lo haría, y recogió rápidamente aquello que se quería llevar. Por lo poco que pesaba el zurrón cuando me lo dio, imaginé que eran un par de prendas de ropa y, a lo mejor, algún juguete de tela. Al conocer aquella casa de memoria, no tuve problema en agarrarle de la mano y ser su guía a pesar de ser igual que ella. Cuando llegamos a la puerta, me di la vuelta una vez más para dedicarle unas últimas palabras a Cyrilla.

— ¿Arsen sigue aquí?

— Es el único que no se ha ido. Sigue liberando a esclavos, pero ya no le puedo pagar como antes.

— Libéralos a todos. Es cuestión de tiempo que la granja perezca por sí sola. Sabes cultivar, te escuché una vez decirlo, así que produce lo justo para ti y para intercambiar cosas con los vecinos. Deja que se vayan.

— ¿Por qué debería yo hacer el trabajo de los esclavos? — preguntó indignada.

— ¿Ves a la mujer que hay en la cerca, al lado del caballo? — Volvió a hacer el mismo ruido para afirmármelo —. No le caes bien. Me quiere mucho y sabe lo que me hicisteis. Si le digo que estando aquí dentro me has pegado a mí o a Cara, no podré garantizar tu seguridad. ¿Nos estamos entendiendo?

— Sí — respondió con voz seca.

Acto seguido, me alejé para caminar hacia Medusa de la mano de Cara y no tardé en escuchar a Cyrilla vociferar su liberación. Sonreí al darme cuenta de que, en cierta manera, se había tomado la amenaza en serio y temía a una persona a la que ni siquiera conocía. Al final, las cosas caían por su propio peso y los tiranos se derrumbaban sin remedio.

— ¿Quién es esta niña tan guapa? — Sentí en mi mano cómo la levantaba del suelo. Probablemente, la había subido a Hippós.

— Era mi sustituta — dije en un tono extraño. Medusa lo entendió rápido.

— Oh… ¿Cómo te llamas?

— Helena me llamó Cara. ¿Sois mis mamás ahora?

— Eh… Pues… — No supe qué decir, ¿era así?

— Seremos tus mentoras, pero podríamos considerarnos familia con el tiempo si quieres ser parte de ella. No tienes que decidir ahora.

Creo que aquella fue la primera vez que una pregunta me pareció realmente incómoda. Si bien íbamos a cuidar de ella y Medusa y yo éramos pareja, me veía demasiado joven como para considerarme madre de nadie. De hecho, nunca me había imaginado a mí misma cuidando de niños y menos si no habían salido de mi vientre. Sin embargo, sabía que Cara estaba sola en el mundo; empatizaba con ella más por el hecho de sabernos iguales y no podía dejarla allí.

Sin embargo, eso de ser su mentora no me parecía imposible. Siendo iguales, podría enseñarle a adaptarse al mundo sin necesidad de hacerlo a través de la violencia y Medusa podría enseñarle las cosas cotidianas tal y como lo hizo conmigo, ya que ella era una gran maestra. Quizás Cara estaba destinada a nosotras y a formar parte de nuestra vida, pero no a ser nuestra hija, sino nuestra protegida.

Al contrario de la primera vez que la vi, estando bien alimentada era una niña bastante enérgica y perspicaz, por lo que tenía unas ganas de hablar y de aprender casi incontenibles. A Medusa no parecía costarle adaptarse al ritmo de Cara, lo cual me hacía sonreír. Hacía solo unos meses, creía que iba a estar eternamente sola debido a su maldición, pero ahora podía ser libre y estar rodeada de gente. Era feliz y se le notaba.

Paramos a descansar un rato después de reanudar nuestra caminata, ya que se había hecho de noche. Esa vez, decidimos acampar en el bosque y hacer una hoguera para resguardarnos de la fría noche. Cenamos lo que la niña eligió de las provisiones — como imaginé, cosas que nunca había probado porque Cyrilla no se lo había permitido — y Medusa y yo aprovechamos para empezar a enseñarle los colores. Poco después, ella se quedó dormida y nosotras nos quedamos charlando acompañadas por el crepitar del fuego.

— Identificas bien los colores.

— Me costó averiguar cuál era cada uno, pero recordando tus enseñanzas y escuchando a la gente hablar, al final los aprendí. Probablemente el color de tus ojos es como el de este bosque cuando amanezca.

— Seguramente — dijo con una leve sonrisa —. Llegaremos a casa en unos cuantos días, pero con aquella masacre… No podemos dejar que Cara huela nada de eso.

— Lo sé. Había pensado en vivir en la choza del pánico hasta que esté todo como antes. Aunque deberíamos de dejar de llamarla así…

— No está mal como algo temporal, la verdad — dijo bajando el tono de su voz. Estaba tranquila —. La llamaremos choza, sin más.

— Hay algo que me ronda la cabeza desde el momento en que te fuiste. ¿Recuerdas que me hablaste de que había cuatro tipos de amor?

— Sí, claro. — Se acercó a mí y me abrazó con ternura. Después me besó el pelo y esperó a que preguntase.

— ¿Cuál era el cuarto?

Entonces rio suavemente con la voz melódica que la caracterizaba y me habló

dulcemente al oído. Después, empezó a describir con precisión cómo nos sentíamos la una por la otra. Me dijo que era el tipo de amor más puro e incondicional que existe, además del más raro de encontrar. Este hacía que las personas se complementasen más allá del físico y siempre buscasen anteponer las necesidades del otro por encima de las propias, incluso si debían sacrificarse de alguna manera por asegurar su bienestar. Lo especial de ese amor residía en disfrutar el amar al otro, por lo cual era el más tierno y amable. Su nombre era Ágape.